

# todos los ombligos son redondos



álvaro de  
laiglesia



Lectulandia

Los límites entre el absurdo y la realidad quedan continuamente traspasados por la ingeniosa sucesión de situaciones siempre sorprendentes y divertidas para el lector.

**Lectulandia**

Álvaro de Laiglesia

# **Todos los ombligos son redondos**

ePub r1.0

jandepora 26.11.13

Álvaro de Laiglesia, 1956

Editor digital: Editor  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Ama a tu prójimo, pero no te acerques mucho a él si no quieres que te muerda.*

(Lema de la Sociedad Protectora de Racionales)

## *Advertencia del autor*

Todos los personajes, lugares y acontecimientos de este libro son imaginarios. Afortunadamente.

Eso indica, en primer lugar, que tengo imaginación. Y en segundo, que no he estafado al lector contándole unos cuantos sucesos copiados de la vida real. Para leer sucesos ya están los periódicos, que sólo cuestan unas cuantas perras gordas y sirven después para envolver las cosas sucias. Demostración de que los hechos auténticos son siempre más baratos y menos duraderos que los fantásticos. Y los libros tienen demasiada jerarquía para limitarse a relatar las míseras realidades humanas.

Desde Homero hasta mí, pasando por todos los Dantes y los Cervantes, el buen escritor fue siempre un Creador. Cada cual creaba su mundo particular, parecido a la Tierra, pero nunca idéntico. Eso hizo inmortales las criaturas que alumbraron y los paisajes que describieron.

Porque los mundos de la fantasía no están sujetos a las implacables leyes biológicas que hacen corta la vida y efímera la belleza; y conservan su lozanía eternamente sin envejecer jamás.

Cuando la erosión de otros cien siglos borre los mármoles donde los antiguos griegos esculpieron la Historia de su patria, la Grecia homérica no habrá perdido ni uno solo de sus versos y se conservará tan fresca como una lechuga.

Cuando la región manchega se convierta en un bosque industrial de apretadas chimeneas, la Mancha cervantina permanecerá intacta en la memoria de todas las generaciones venideras: sus áridas llanuras no perderán ni uno solo de sus míseros hierbajos y sus fantásticos cabreros seguirán pastoreando el mismo número de escualidas cabras, porque los siglos no pueden diezmar los rebaños de la imaginación.

Morirán todos los grandes hombres contruidos en huesos forrados de carne; pero Ulises y Don Quijote seguirán viviendo, sin que el tiempo sea capaz de añadir ni una sola cana a sus barbas eternas.

*(Grandes aplausos y murmullos de aprobación).*

Por eso los escritores que ya son clásicos, y los que vamos camino de serlo... (*Gritos de «¡Si, si! ¡Y tú el primero!»*) creemos firmemente que la novela debe nacer de la imaginación pura. Y nunca de la vulgar realidad llena de impurezas. Novelar es inventar. El escritor que borda su relato sobre el cañamazo de un hecho auténtico, puede que llegue a ser un historiador, pero nunca será un novelista.

*(Grandes aplausos y murmullos de aprobación).*

Esta verdad, dura como un puñetazo y clara como las estrellas que se ven al recibirlo, la saben todos mis colegas contemporáneos. Pero se han puesto de acuerdo para enmascararla, lanzando astutamente la moda del «realismo».

*(Gritos de «¡Eso, eso!»)*

Y yo os digo: un «ismo» ha sido siempre el mejor biombo para disimular muchas majaderías. Detrás del jactancioso «realismo», se esconde la impotencia mental de un nutrido grupo literario incapaz de crear sus mundos propios. ¿Por qué? Muy sencillo: porque cuando no brota en las cumbres cerebrales el manantial de la ficción, hay que bajar a la calle para beber en las fuentes públicas de la vulgaridad cotidiana. (*«¡Muy bien, muy bien! ¡Así se habla, simpático!»*)

Yo atribuyo la aparición de este estilo novelístico pedestre, hecho a base de inflar con más o menos retórica unos cuantos periódicos atrasados, a una crisis de fantasía producida por la defectuosa nutrición de las masas encefálicas en la larga cadena de guerras que viene soportando nuestro siglo. Tesis bastante lógica si se tiene en cuenta que casi todo el fósforo mundial, elemento indispensable para alimentar la materia gris, es absorbido por la industria de armamentos para fabricar bombas incendiarias.

*(Susurros de conformidad, y algún tortazo suelto a los que no están de acuerdo).*

Esta crisis, fruto de la escasez fosfórica, ha inundado las bibliotecas actuales de libros ramplones en los que se recogen sucesitos humanos dignos de la prensa provinciana. A mí me recuerdan las minuciosas «naturalezas muertas» que pintaban antiguamente los artistas con oficio pero sin talento creador, en las cuales derrochaban muchas horas de trabajo para retratar un conejo despanzurrado, cuatro peras o un filete con patatas.

Eran cuadros pintados a conciencia, con exactitud fotográfica: el bicho muerto tenía todos los pelos de su piel dibujados uno por uno; cada fruta ostentaba su correspondiente agujero con el correspondiente gusano, y en el pedazo de carne frita no se omitía ni uno solo de los nervios que suelen dificultar su trinchamiento. (*Fuertes risas*). Y el espectador de aquel «realismo» pictórico, pensaba ante esta clase de obras:

—Las figuras retratadas parecen de verdad, en efecto, pero no me interesan en absoluto: he visto en mi vida muchos conejos muertos, he tirado a la basura infinidad de peras pochadas y me he comido varios millares de filetes con patatas. El Arte se creó para elevar el espíritu del hombre a regiones superiores, y no para meterlo de narices en la cocina de su casa.

*(Ovación y comentarios).*

Una protesta idéntica se le escapa al lector del actual «realismo» literario. Y yo le doy toda la razón.

*(Una voz: «¡Y nosotros también!»)*

Falsos novelistas de ambos sexos, impotentes para engendrar personajes irreales, recurren hoy al truco de disfrazarse ellos mismos de protagonistas cambiándose el nombre y tiñéndose el cabello. Así obtienen un héroe central muy manejable, a través del cual nos van contando sus modestas autobiografías.

Cuanto más sórdida haya sido la vida del autor, más material le suministra para rellenar sus pobres páginas. Cuando más monstruosa y desgraciada haya sido su propia familia, mayor número de seres ficticios podrá dibujar con la madera sin savia de su lápiz.

*(Interrupciones y bravos).*

Sin piedad ni pudor y por riguroso turno, hace desfilar la vergonzosa giba de su tía Rafaela, el muñón de la pierna que su padre perdió en África, o la maldad de su hermano Perico, que cegaba a los gatos del vecindario con un pincho candente.

Encabezando este reparto de tristes seres vivos, clavados en su mediocridad por el lastre de sus taras físicas y de su pobreza espiritual, el autor revive en el protagonista los humildes lances de su propia existencia. Su apatía imaginativa suele ser tan grande, que ni siquiera se molesta en levantar un escenario inventado para vigorizar la trivialidad de los hechos que relata: la casa del protagonista fue también la del autor, y las gentes que salen a relucir en los capítulos, las mismas que trató él. Y el resultado de esta técnica suele ser una novela que sólo interesa de verdad a los parientes del autor retratados en ella:

—La giba que me pone mi sobrino en el capítulo quinto —presume la tía gibosa, coqueta— es igualita que la mía.

—Mi muñón, en cambio, le ha salido demasiado sonrosado —gruñe el papá del autor, ofendido—; dice que es como el rosbif, y lo cierto es que resulta más pálido que una rodaja de merluza.

—Porque tu muñón lo llevas siempre tapado con los pantalones —disculpa la tía del biógrafo familiar—, y tuvo que describirlo de memoria. Pero como mi joroba está más a la vista, le ha salido exacta.

Y toda la familia del autorzuelo, tan vulgar que jamás soñó con aparecer en letras de molde, se pone muy ufana al verse manchando con sus diminutas suciedades la blancura de un libro entero. Y la vanidad les hace perdonar al pariente novelista que haya sacado a la luz pública sus porquerías más íntimas.

*(Cuchicheos de «Tiene razón; conozco yo algunos casos...»)*

Cuando el escritor «realista» no dispone de una familia suficientemente pintoresca para llenar el vacío de su inventiva, se apropia de la familia de un vecino o bucea en las hemerotecas en busca de un puñado de infelices que le sirvan de hilván para coser su relato.

También la Historia proporciona un hilo excelente para esta clase de remiendos novelísticos. El procedimiento es muy antiguo, pero muchos colegas contemporáneos lo han resucitado para asegurarse un mediano éxito de público. Los chismorreos de la Historia —¡esa vieja cotilla que lleva tantos siglos escuchando detrás de las puertas para divulgar después lo que oye en tomos muy gordos!— entretienen siempre a la gente.



Desde que se coció al sol la bola del mundo hasta nuestros días, han ocurrido algunas cosas con cierto interés que despiertan la curiosidad de los lectores. Y aunque a todos los acontecimientos históricos se les ha dado muchos golpes literarios, aún pueden golpearse mucho más sin que sufran desperfectos. Es cuestión de variar el ángulo visual desde el cual se «golpea» el tema, para no coincidir demasiado con los golpes anteriores. He aquí un ejemplo:

Una gran batalla descrita una vez desde el Alto Mando puede describirse mil veces más desde los distintos puntos de vista de todos los soldados que tomaron parte en ella. Y los relatos serán siempre diferentes. No habrá dos soldados que puedan contar igual el mismo ataque de caballería: un artillero, en la altura de su observatorio, sólo verá las orejas de los caballos, mientras que un infante tumbado en el suelo verá únicamente las patas. Estos mismos caballos le parecerán hormigas insignificantes a un aviador, y dinosaurios gigantes a un zapador.

*(Una voz: «¡Eso, eso!»)*

Esta ley elemental, que hace múltiples las perspectivas de un mismo paisaje, ha permitido a los escritores sin imaginación describir de cien mil modos una sola batalla. Y quien dice una batalla, dice una guerra completa. Y quien dice una guerra completa, dice un reinado o un período histórico.

¿No es cierto que la turbulenta vida conyugal de aquel Enrique inglés, archivado en la Historia con el número VIII, puede verse también de muchas maneras? Desde la alcoba donde el rey estrenaba a sus esposas; o desde el patíbulo donde se deshacía de ellas, atacándole como asesino de mujeres, o ensalzándole como precursor del divorcio.

Trinchando cualquier pedazo histórico, como queda demostrado, es muy fácil escribir un libro relativamente original. Pero nunca original del todo, claro, puesto que es necesario plegarse a la servidumbre de los hechos fundamentales sin tergiversar las fechas ni las épocas. Esto, sin embargo, no le importa demasiado al novelista sin fantasía: lo importante para él es que el suceso en que se basa le proporcione algunos puntos de apoyo para sustentar el frágil argumento de su narración.

El literato auténtico no puede ceñirse a esas pautas que limitan su impulso creador, lo mismo que los niños con talento no respetan los renglones del cuaderno caligráfico que pretende guiar sus primeros palotes.

(Yo intenté hace varios años escribir una novela empleando como urdimbre la batalla de Waterloo, pero tuve que desistir: en el ardor del combate, la imaginación me arrastró fuera de la verdad histórica. Y al final triunfaba Bonaparte aprovechando un *penalty* inglés, apuntándose la victoria por un muerto de ventaja en el segundo tiempo).

*(Muchas risas).*

Creo que las razones expuestas justifican sobradamente mi advertencia preliminar de que todos los personajes, lugares y acontecimientos de este libro son imaginarios. Ni el protagonista soy yo metido en la cáscara de un disfraz ni las tías que van saliendo a lo largo del relato son las mías.

Tampoco hice seguir a mi héroe en sus andanzas las mismas sendas que yo anduve, ni le metí a descansar después de sus andanzas en las mismas camas que yo utilicé.

Tengo aún ahorros de inventiva que me permiten costear a mis personajes una vida independiente, y no necesito prestarles la mía para que dispongan de un sitio donde caer muertos.

*(Oración y vuelta al párrafo).*

Si algún día se me agotan estos ahorros, dejaré la literatura para dedicarme a los negocios sucios. Porque por sucio que sea un negocio, siempre será más limpio que ganarse el pan abriendo agujeros con la pluma en la pared de nuestras intimidades, para exhibirnos desnuditos ante los mirones.

En esta novela, por lo tanto, el lector verá un mundo fabuloso que no se parece nada al que muestran las agencias de viaje. He falseado deliberadamente todos los países, unas veces para criticarlos y otras para embellecerlos. Y aunque en algunos casos conservan sus nombres verdaderos para facilitar la comprensión del lector, sus geografías han sufrido modificaciones en mis páginas que no figuran en ningún mapa.

Los Alpes, por ejemplo, son más bajitos; y la nieve de sus cumbres tan inofensiva como si fuera de azúcar.

Y en el Obelisco de la Plaza de la Concordia parisiense, al pie de los jeroglíficos egipcios, hay un cartelito con la solución para evitar quebraderos de cabeza a los turistas.

Y la democrática península italiana vuelve a tener forma de zapato inofensivo, porque fue la dictadura de Mussolini quien le dio la silueta de una bota militar.

Y la patria de mi héroe es cualquier país mediterráneo, aunque lo mismo podría ser atlántico o pacífico.

Y el telón de acero soviético tiene un agujerito, por el cual se ve al público ruso pateando con impaciencia para que se levante el telón...

Las guerras europeas a las que aludo aquí dentro no son tampoco con exactitud las que ha sufrido nuestro venerable continente. Aunque también es verdad que podrían serlo. Pero las guerras inventadas, aparte de que siempre resultan menos crueles que las auténticas, tienen la ventaja de que no hacen recordar a las familias el adiós de aquel pariente soldado que nunca volvió.

Hecha esta advertencia, sólo me queda agradecer a la Fantasía la valiosa y desinteresada ayuda que me ha prestado, sin la cual no me hubiera sido posible

escribir este libro. Gracias a los datos que hallé en su inagotable archivo puedo ofrecer a los lectores, modestamente, esta trascendental autopsia del hombre contemporáneo.

Dicho esto, le abro a usted la puerta de esta hoja. Y me aparto, con una reverencia cortés, para dejarle entrar en la novela.

A. de L.

También él se llamaba Juan, pero no poseía el don de las mujeres; ese don envidiable que permite a algunos privilegiados llegar en poco tiempo a los corazones femeninos. (Y como el corazón es igual que la pera de una bocina, basta oprimirla para que se aparten los prejuicios del camino que conduce a todo lo demás).

Los fracasos de este Juan frente al sexo que un humorista llamó «débil», se remontaban a su más tierna infancia. Ni siquiera en la época en que sólo era un paquetito de carne envuelto en felpa, etapa tan propicia para recibir caricias y carantoñas, logró que las señoras amigas de la familia le acogieran en sus brazos.

—¿Quién le va a dar un besito a mi nene? —decía su mamá entrando con él en el salón donde esperaba la visita.

—Yo, desde luego, no —contestaba la visita enérgicamente, retrocediendo hasta darse con la nuca en la pared.

—Pero ¡si es muy mono!

—Por eso mismo: temo que me trepe a la cabeza y me chafe el sombrero.

No fue fácil tampoco conseguir una niñera que se ocupara de mudarle los envoltorios rezumantes, pues las candidatas huían, al verle, dando traspiés, pretextando que sus madres acababan de ponerse enfermas. (Pretexto bastante estúpido, porque todo el mundo sabe que la mayoría de las niñeras se dedican a niñar por ser huérfanas hasta las cachas).

Ni yo mismo me explico el motivo de que el pequeño Juan inspirara tal repulsión a las féminas adultas.

(«Pues si usted mismo no se lo explica y es el autor —dirán los lectores—, aviados estamos»).

Quizá fuera su gran nariz, tan ganchuda como el garfio del que se valen las grúas para pescar los hatos de mercancías. O quizá sus desmesuradas orejas, de forma cónica, que hacían pensar en los aparatos fonolocalizadores empleados para la defensa antiaérea. O quizá sus piernas demasiado frágiles, que se habían curvado con el peso del macizo cuerpecillo hasta encerrar sus andares entre paréntesis...

Con los años, sin embargo, las imperfecciones físicas de Juan fueron disimulándose bastante. A medida que su cuerpo crecía, sus defectos de fabricación quedaban empequeñecidos por otros nuevos que le trajo el desarrollo. Por ejemplo:

El gancho de su nariz, entre sus mejillas, que adquirieron con el crecimiento proporciones de nalgas, parecía menos prominente y agresivo. Los amplios embudos de las orejas, flotando como nenúfares en el encrespado mar de sus cabellos, pasaban casi inadvertidos al ojo poco perspicaz. En cuanto a sus piernas, semejantes a sables por su delgadez y curvatura, se ocultaron con la pubertad en las vainas del pantalón largo... Y así, casi todo.

Pero estas alteraciones y enmascaramientos de sus desencantos anatómicos no contribuyeron a incrementar sus escasas dotes de seductor.

Ni en el colegio, donde estudió el bachillerato como todo el mundo, ni en la universidad, donde se hizo abogado como todo el mundo también, jamás logró que una muchacha se fijara en él. Y cuando alguna se fijó, la pobre no pudo contener la risa al ver lo feo que era.

Juan sufría oyendo las aventuras galantes que contaban sus jóvenes amigos, los cuales habían iniciado ya sus escauceos donjuanescos con las sirvientas de sus madres y las mecanógrafas de sus padres. Y cuando en la ruleta de la tertulia le tocaba a Juan contar sus exploraciones entre faldas, tenía que callarse avergonzado y cederle el turno a otro.

—Pero ¿es posible que a tu edad no hayas tenido ninguna aventurilla? —le pinchaban los demás con guiños pícaros y gestos obscenos.

Sí: había tenido una. Pero tan insignificante, que no se atrevía a contarla por miedo a provocar la risa de sus oyentes. La aventura fue así:

Una tarde, viajaba Juan en la plataforma de un tranvía. Un carro se cruzó ante el vehículo, obligando al conductor a frenar bruscamente. El frenazo hizo perder el equilibrio a todos los pasajeros, que lanzaron sordas imprecaciones al chocar con sus vecinos. Y una muchacha rubia, impulsada por la inercia, fue a parar entre los brazos de Juan, que los cerró instintivamente para sujetarla.

El abrazo sólo duró unos segundos, pues la chica lo deshizo en seguida apartándose de él con un azorado «Usted perdone». Pero Juan no olvidaría nunca aquel instante, único de su vida, en que había estrechado un cuerpo de mujer. Recordaba la embriaguez que experimentó al sentir en su nariz el cosquilleo de aquellos pelos dorados y alborotados, que olían a cuero cabelludo joven sin curtir. Recordaba también el aroma a noble sudor artesano que se desprendía de sus ropas, y el delicioso mohín que hizo al excusarse por el encontronazo...

Ese había sido el momento culminante de su árida carrera sexual, y se comprende que no se atreviera a referirlo ante un público con conocimientos bastante más profundos del alma femenina.

Así fueron pasando los años, hasta que el desdeñado Juan se encontró con un diploma de abogado en la pared y un bufete de lo mismo debajo de los codos.

En el bufete pasaba esas horas de la mañana y de la tarde que fueron antiguamente las mejores del día, hasta que a un imbécil se le ocurrió estropearlas llamándolas «laborales». Juan, sin embargo, no tuvo que laborarlas ni pizca. Demasiado joven para que los clientes acudieran a él, su única labor consistía en construir toda clase de animales doblando hábilmente grandes pliegos de papel. (Lo mismo suelen hacer todos los magnates en sus oficinas. Pero éstos, en vez de hacer sus pajaritas en papel corriente, utilizan costoso papel del Estado).

En la soledad de su oficina consultiva, en la que nadie se presentaba para consultar, fabricó Juan toda la zoología que puede obtenerse con unos cuantos dobleces.

Estaba claro que la abogacía no se le daba bien, pues sus experiencias fueron escasas. He aquí un par de ellas, para que los lectores juzguen por sí mismos:

Una mañana entró en su despacho un señor grueso, que le dijo sin preámbulos.

—Me duele aquí.

Y se señalaba ese bolsillo del chaleco en el que los pobres tienen el hígado y los ricos el reloj.

—¿Y qué quiere que yo le haga? —se encogió de hombros Juan.

—Pero ¿no es usted doctor?

—Sí, pero doctor en Derecho.

(Vale reírse).

El señor grueso se levantó y salió bufando del bufete.

Pocos días después, se presentó un marido menudito diciendo:

—Acabo de pegar una torta a mi mujer y necesito que me defienda.

—¿Es que la ha matado usted?

—No: es ella la que me va a matar a mí en cuanto me coja. (Vale reírse).

Ninguno de estos casos tenía base jurídica suficiente para ser defendido ante los tribunales. Y la toga de Juan se apolillaba en el perchero, mientras él seguía cubriendo su mesa de inocentes pajaritas.

## II

### *La ley del ombligo*

Siento tener que decirlo, pero estudiar no sirve para nada.

Las grandes ideas que han hecho progresar a la Humanidad nunca fueron fruto del estudio, sino del ocio. Véase la muestra:

A Newton se le ocurrió su famosa gravedad viendo caer una manzana cuando se estaba debajo de un árbol. Pitágoras inventó la aritmética una noche de insomnio, cuando trataba de conciliar el sueño contando corderos imaginarios. Arquímedes descubrió su famoso principio un domingo por la mañana, al sumergirse en la bañera para quitarse la pátina de toda la semana. Muchos políticos místicos crearon sus doctrinas en el aburrimiento de sus celdas carcelarias, donde estuvieron ociosos muchos meses...

Y Juan, lo mismo que todos ellos, fue madurando en la soledad de su bufete sin clientela la más generosa de todas las filosofías contemporáneas: la ley del ombligo.

Un hombre, cuya fealdad le hace ser repudiado por las mujeres, sólo tiene dos caminos para resolver su porvenir: o se quita la vida, o se busca un pretexto filosófico para conservarla.

Es más brillante la primera solución, lo reconozco; pero los hombres elegantes la rechazan porque el disparo en la sien estropea el peinado, la soga en el pescuezo arruga el cuello de la camisa y los venenos ensucian el estómago. El pretexto filosófico, en cambio, da distinción al que lo lleva y le ayuda a resistir con entereza los cuatro días que van ustedes a vivir. (Yo espero vivir seis).

Sin este lastre compensador, el macho rechazado por las hembras embestiría ciegamente contra su prójimo. Su negro resentimiento sería un inagotable pozo de petróleo para alimentar un perpetuo incendio del resentimiento. No olvidemos que Atila y sus «mariachis» fueron bárbaros porque eran feísimos y no les hacían caso las chicas de su tierra.

El primer atisbo de su hermosa teoría lo tuvo Juan una mañana debajo de la ducha. Los flecos de agua le cubrían el cuerpo como un transparente mantón de Manila, enredándose los hilillos cristalinos en el enmarañado vello de sus miembros. Juan restregó sobre la húmeda piel una resbaladiza pastilla de jabón, que iba dejando a su paso una blanca estela de espuma.

Pero su mano, al deslizarse por la tersa superficie del vientre, se detuvo al tropezar en el bache del ombligo. Juan introdujo un dedo en él, y se entretuvo un buen rato licuando jabón para rellenar aquella oquedad.

«¡Qué agujerito tan curioso! —divagó mientras tanto entre la niebla que despedía el agua caliente—. El ombligo debe de ser el hierro con el cual la Naturaleza marca a todas las ovejas del rebaño humano. Sólo así se explica que ese pequeño círculo tatuado profundamente en la epidermis se conserve toda la vida.

»Puesto que el ombligo sólo sirve para enchufarnos el cordón del fluido vital en el instante del nacimiento, lo lógico sería que desapareciera al desarrollarse nuestro cuerpo. El hecho de que conservemos este cratercillo inútil en el árido pasaje abdominal, desierto sólo interrumpido por la duna adiposa de algún “michelín”, indica que el ombligo cumple también una misión importante en la edad adulta».

Este razonamiento preliminar, esbozado entre los vapores de la ducha matinal, fue el arranque de largas meditaciones a las que Juan se entregó con entusiasmo en su vacío bufete.

Abandonó la construcción de pajaritas y otros bichos, concentrando toda su capacidad pensante en descifrar el misterio umbilical. Y poco a poco iba afianzándose en él su idea primitiva:

«Es forzoso que el ombligo sea el distintivo de nuestra ganadería bípeda —razonaba cada vez más convencido—. Sólo en este caso su permanencia tiene explicación.

»En el reino animal nacen a diario miles de seres tan diversos, que es necesario poner un sello a cada familia para que sus componentes no se confundan y se metan en las guaridas de los demás. Algunos cangrejos de río llevan una cruz de Santiago dibujada en el caparazón, para que no se equivoquen y se lancen al mar creyendo que son langostas canijas. Y hasta los perros más absurdos, creados a fuerza de monstruosos cruzamientos, dicen “¡guau!” para indicar su condición perruna y que no les tomen por comadreja.

»Todos los animales, en fin, tienen una marca exclusiva que los diferencia de las otras especies. Al hombre, por lo tanto, que es el bicho más importante de toda la Creación, no podía faltarle su correspondiente distintivo.

»La redondez del ombligo es el único signo externo común a todos los seres humanos. Desnudad a un príncipe y a un mendigo —si se dejan— y observaréis que ambos tienen un pequeño circulito del mismo diámetro en la misma zona. Este será el único punto de coincidencia entre sus dos anatomías. Ni las narices de Su Alteza serán iguales a las de Su Pobreza ni las finas manos hechas para dar se parecerán a las rudas zarpas hechas para pedir.

»Por mucho que busquéis en la multitud, os será imposible encontrar un par de orejas idéntico a otro. Por muchas manos que estrechéis, jamás hallaréis dos en cuyas líneas de la palma haya escrito el Destino el mismo autógrafo. Por muy bípedos y mamíferos que seáis, lo cierto es que sólo nos parecemos en ese agujerito que tenemos bajo la hebilla del cinturón.

»Fuera de ese emblema, unos son feos como yo y otros guapos como usted; unos son zanquilargos y otros piernicortos; unos se quedan en chatos y otros pasan de pinochos».

Pero al llegar a esta importante conclusión, Juan no se detuvo en sus



meditaciones. Apoyándose en la diminuta cavidad umbilical, edificó una hermosa doctrina de solidaridad humana cuyo catecismo queda resumido en estos párrafos:

«Dios ha puesto un ombligo a los seres humanos para recordarles que pertenecen a una misma familia. Aunque varíen sus características raciales y cubran sus esqueletos con pieles de distintos colores, todos sus ombligos son redondos.

»El del esquimal que caza focas en el Ártico, tiene la misma redondez que el del negro que pesca tiburones en el Caribe. El de Su Majestad Británica, con todos los respetos, es tan redondo como el que ostenta el reyezuelo de Uganda.

»Este símbolo físico, grabado sin excepción en todos los vientres, une a la Humanidad con una tupida red de cordones invisibles. Del ombligo de cada cual parte un cordón con miles de ramificaciones conectadas a todos los ombligos de su prójimo.

»Lo malo es que estos lazos sólo pueden verse con los ojos del alma, y los ojos de las almas modernas tienen demasiadas dioptrías para apreciar estas sutilezas. Nos bastaría pensar un instante que nuestro mayor enemigo tiene un ombligo igual al nuestro, para deponer el arma con la que nos proponíamos agredirle.

»Si al dar una limosna se le pasara a usted por la imaginación que el infeliz pedigüeño tiene un ombligo idéntico al suyo, duplicaría automáticamente el volumen de su óbolo.

»Cuando la cólera nubla su mirada, baje sus ojos hasta posarlos en el ombligo de su contrincante. Y la nube colérica se disipará de su rostro, para que luzca en él una sonrisa radiante.

»Porque el ombligo, además de hacernos gracia, inspira respeto hasta al hombre más salvaje. Observen ustedes que los indios pieles rojas, último vestigio de barbarie que ha durado hasta el siglo xx, fueron cazadores de cabelleras. Pero nunca cazaron ombligos. Lo cual demuestra que respetaban ese símbolo. Llego incluso a suponer que lo consideraban sagrado, pues de no ser así no se explica su conducta. Porque les hubiera resultado mucho más cómodo cazar ombligos, que abultan menos que los cueros cabelludos y pueden transportarse metidos en un junco como si fueran rosquillas.

»Tampoco las tribus caníbales se atrevieron jamás a hincar el diente en esa zona, porque quizá pensaron que el ombligo es la órbita vacía de un tercer ojo que tuvieron los hombres primitivos para mirarse la conciencia».

A estas conclusiones llegó Juan, y gracias a ellas la pesada carga de su fealdad se hizo más liviana. Empezó a sentirse apóstol de una nueva filosofía para lograr la paz universal, decidiendo en consecuencia recorrer los caminos del mundo para crear núcleos de adeptos a su doctrina. ¿No los recorren también otros con menos base doctrinal?

En la mente de Juan, en el abono de estas meditaciones, habla germinado el

ambicioso proyecto de fundar una vasta organización pacifista.

### III

#### *La Hermandad Umbilical*

Este fue el título provisional que dio Juan a su proyecto.

—Pero ¿cómo vas a arreglártelas para difundir esa idea? —le preguntaron sus amigos cuando él les puso en antecedentes.

—Recorreré todos los países predicando —dijo muy serio, pues se sentía tan iluminado como si le hubiese salido una aureola de sus grandes orejas.

—Pues así no conseguirás nada —le desanimó un médico, que tenía fama de ser una eminencia porque escribía en los periódicos unos ensayos muy bonitos sobre literatura.

—¡Claro que no! —reforzó un literato, que estaba estudiando medicina porque no podía vivir de la pluma—. La técnica de predicar era eficaz antiguamente, cuando la vida no se había mecanizado y la gente gastaba sus horas de ocio paseando por las calles. Entonces, en cuanto un predicador abría la boca, le rodeaba un nutrido corrillo de mirones y escuchones. Y en el silencio de las ciudades antiguas, no turbado aún por el pedorroteo de los motores, las prédicas sonaban con nitidez. Y las ideas que contenían penetraban en las conciencias de los ociosos, convirtiéndolos a las doctrinas predicadas.

»Muchos discípulos que siguieron a muchos apóstoles —continuó, escuchándose con gran placer—, fueron simples transeúntes que engrosaron el grupo de paseantes apiñado en torno a un orador callejero: Ahora, en cambio, la vida es demasiado apresurada para que cuaje este sistema de propagación ideológica.

—Es natural —intervino el médico—: el transeúnte moderno, con gabardina y zapatos, no reacciona lo mismo que el antiguo, con túnica y sandalias. Hoy la calle no es un lugar de esparcimiento espiritual, sino un camino que conduce de un negocio a otro. Si alzas la voz en una acera para predicar, aparte de que tendrás que alzarla una barbaridad para que no la ahogue el estrépito de los *claxons* y los tranvías, la gente te tomará por un charlatán que pretende vender algo. Y es probable que se acerque un guardia a multarte por pregonar tu mercancía sin licencia municipal. Será inútil que te defiendas diciendo que sólo vendes un poco de ilusión envuelta en palabras: el guardia te dirá entonces que debes pagar una multa mucho mayor, pues la ilusión en estos tiempos es un artículo de lujo que tributa mucho más que un abrigo de visón. Y te quedarás solo sobre el cemento de tu esquina, predicando en desierto, porque todo el público se habrá metido en los cines a ver una película en *pamemascope*. Y tu altruista Hermandad Umbilical no reclutará ni un solo hermano.

—¿Qué debo hacer entonces para difundir mi ideal? —se dejó aconsejar Juan.

—Hazte diplomático —le dijo un abogado, que debía de ser listísimo porque todos sus colegas opinaban de él que era completamente idiota.

—¿Qué tiene que ver la diplomacia internacional con el ombligo mundial? —

preguntó el apóstol, enarcando una ceja hasta darle la forma de signo interrogativo.

—Es una profesión que te permitirá viajar y ponerte en contacto con las altas esferas de todas las naciones. Desde una Embajada te será muy fácil deslizarte entre bastidores de la función política e inculcar a sus actores tu programa de paz. El Cuerpo Diplomático también tiene ombligo, y no olvides que las manos de este cuerpo mueven todas las marionetas de la farsa histórica. Ellas son las que provocan las guerras cuando intervienen para hacer las paces, y de sus dedos cuelgan los hilillos que hacen bailar como monigotes a los grandes estadistas.

—Naturalmente —le apoyaron el médico famoso por su literatura y el literato famoso por su medicina—: las batallas no se ganan tan sólo por el genio del general que manda las tropas, sino por la astucia del embajador que consigue aliados poderosos. Si penetras en el Cuerpo Diplomático y ablandas su corazón con tu tesis pacifista habrás logrado pacificar el mundo entero.

—Pero quizá no tenga yo aptitudes para la diplomacia —objetó Juan, convencido parcialmente por la argumentación de sus ladinos amigos.

—Imposible —rechazaron sus interlocutores—. Si es cierto el refrán «de casta le viene al galgo», no habrá nadie como tú para entrar en una Embajada.

—¿Por qué?

—¿Olvidas que en la corteza de tu árbol genealógico, grabadas desde hace siglos con la punta del espadín de un embajador, aparecen las iniciales «C. D.»? —preguntó el abogado con el énfasis propio de su profesión.

—Desciendes de un árbol cuyas ramas nos dieron siempre óptimos representantes en el extranjero —remachó el doctor—. Desde tu tatarabuelo Félix de Velasco, que firmó en San Petersburgo un convenio con la reina Catalina para importar nieve rusa con destino a nuestros refrescos veraniegos, se han sucedido en tu familia muchos insignes especialistas en trapicheos internacionales: tu bisabuelo Edmundo, embajador de París, altivo y valeroso, que amenazó a Napoleón con pegarle un puñetazo en el estómago si intentaba invadir nuestro país (amenaza que obligó a Napoleón a llevar desde entonces una mano en la región estomacal, por si las moscas). Y tu antepasado Renato, gran ministro plenipotenciario y grandísimo bebedor al que nuestro rey concedió el vizcondado de Empinar el Codo. Este título, como ya recordarás, tenía como escudo tres botellas en campo de gules color tinto, un borracho rampante intentando rampar al mostrador de una taberna, y este lema orlando el conjunto con letras doradas: «Toma del frasco, Velasco».

—Tu ascendencia diplomática es tan numerosa —concluyó el literato—, que no hay memoria capaz de recitar toda la dinastía sin omitir algún nombre. Pero bastará que te recuerde a tu abuelo Leonardo, para convencerte de que nadie tiene un abolengo tan rancio como el tuyo en esa carrera. ¿Has olvidado a tu abuelo Leonardo?

—¡Es verdad! —exclamó Juan dándose una palmada en la frente—. ¡No me acordaba de mi abuelo Leonardo! Tiene uno tantas cosas en que pensar...

## IV

### *El abuelo embajador*

Aquella evocación hizo acudir a la memoria de Juan la señorial figura de aquel prócer que había sido, entre otras cosas, padre de su padre.

La proeza llevada a cabo por Leonardo de Velasco es digna de pasar a la Historia, y si no ha pasado aún debe de estar en cola esperando que le llegue el turno. Cuando le llegue, estoy seguro, Leonardo de Velasco dará un brinco para encaramarse en un pedestal.

No se le hará la estatua por haber ganado una batalla, sino por haber evitado una guerra. Y por si algún lector no recuerda los pormenores de esta hazaña diplomática, hago a continuación un resumen de sus peripecias fundamentales:

Poco antes de terminar el siglo XIX, nuestras relaciones con Inglaterra se agriaron bastante. Ya sé que nunca fueron muy dulces, pero habían alcanzado tal grado de acritud que resultaban intragables. He olvidado el incidente que provocó esta tirantez, detalle que a mi juicio carece de importancia: raro es el país que no tuvo en su Historia varios motivos de fricción con los ingleses, unas veces por «fas», otras por «nefas», y otras por «fasnefas».

El caso es que la tirantez existía con las consigüentes bravuconadas de los políticos en la Cámara de los Comunes (allí), y las consigüentes pedradas de los estudiantes a los consulados británicos (aquí).

Al principio nadie se alarmó, porque unos cuantos días de tirantez no perjudican a nadie; incluso divierten un poco a la gente, porque permiten a los periódicos salir de su habitual sosería y emplear esas letras tan gordas que usan también los ópticos para graduar la vista. Pero pasaron unas semanas sin que aquella tirantez se aflojara. Y cuando las tirantezas duran demasiado pierden toda la gracia, porque en seguida empieza a menearse peligrosamente el equilibrio de las balanzas comerciales respectivas: los barcos de ambas naciones afectadas por la tirantez no intercambian productos, y los productos se pudren en los almacenes esperando inútilmente la hora de ser embarcados.

Este fue el motivo de que nuestro Gobierno enviara al embajador en Londres un telegrama cifrado, ordenándole que aflojara inmediatamente aquella tirantez por todos los medios a su alcance. Nuestras cosechas de frutos para la exportación estaban recolectándose en todos los campos, y no era cosa de cerrarnos las puertas del mercado inglés por ser demasiado picajosos.

Nuestro embajador en Londres era el abuelo de Juan. Diplomático activo y eficaz, se apresuró a cumplir la orden sin demora.

Lo primero que hizo don Leonardo fue cambiar el gesto adusto de su rostro, en el que se reflejaba la tirantez, por una cordial sonrisa. Después envió tarjetones a

diversos personajes del Gobierno británico, invitándoles a tomar el té. Con lo cual demostró ser un hombre cauto. Dada la frialdad que existía entonces en nuestras relaciones con la rubia Albión, era una imprudencia organizar una cena de gala sin un tanteo previo. Se corría el riesgo de que los personajes invitados dijeran que no podían ir porque les dolía la cabeza. Y aparte del fracaso que esto suponía para la labor de acercamiento iniciada por el embajador, una cena de gala cuesta un pico y no se debe desperdiciar; porque aunque los pollos asados pueden guardarse para los días siguientes, los huevos fritos se echan a perder de un día para otro. Y por rica que fuese una Embajada, no estaban los tiempos para tirar a la basura doscientos huevos fritos.

En cambio, si los invitados hacían el feo de no acudir al *five o'clock tea* de tanteo, sólo se desperdiciarían unos litros de agua caliente con algunos puñados de hierbajos. Si por el contrario todo resultaba bien en aquella toma de contacto preliminar, podía organizarse la comilona para más adelante, con la tranquilidad de que cada huevo frito tendría su correspondiente comensal.

Esta decisión era ya por sí sola un hecho heroico digno de anotarse en el haber del embajador, pues don Leonardo de Velasco detestaba el té. Sentía una repulsión infinita al ver esa aguachirle pardusca que inunda la vida inglesa, y que poco falta para que se expendan por las calles en surtidores análogos a los de gasolina. Su organismo meridional no admitía aquel carburante anglosajón. Prueba de ello es que la única vez que lo probó, se le descompuso el aparato digestivo de tal modo que por poco tienen que cambiárselo por otro de repuesto. La mecánica visceral de don Leonardo sólo marchaba bien llenando su depósito de coñac, cuyo elevado número de octanos movía sus miembros al máximo rendimiento.

Esta aversión que le inspiraba el té era escollo para el ejercicio de su cargo en Inglaterra, pues continuamente tenía que enfrentarse con tazas humeantes del aborrecido brebaje. Y como un diplomático no puede cometer la falta de tacto de confesar a un inglés que odia su inmunda tisana —el Foreign Office le retiraría el *placet* en el acto—, don Leonardo tenía que recurrir a mil estratagemas para torear las tacitas que le ofrecían sin traslucir el asco que le inspiraban:

Unas veces, simulando un movimiento torpe al coger el platillo, derramaba todo el contenido de la taza en el suelo; y aunque la anfitriona era demasiado correcta para llamarle puerco por haber manchado su alfombra, no volvía a arrimarle la tetera por miedo a que cometiese una nueva torpeza.

En otras ocasiones, aprovechaba una distracción de los reunidos para cambiar con disimulo su taza llena por la vacía de su vecino. Y alguna vez, a falta de escape más airoso, tuvo que llenarse los carrillos con todo el contenido del pequeño recipiente sin tragar ni una gota. Este sistema tenía la desventaja de que durante largo rato, hasta la hora de marcharse y poder escupir el buche contenido en su boca, tenía que

permanecer en silencio, con las mejillas hinchadas por el líquido. Imposible despegar los labios sin que brotara a gran presión un surtidor de té. Pero él justificaba este mutismo poniendo cara de dolor, indicando con los gestos a los presentes que no podía hablar por culpa de aquellos flemones producidos por unas muelas enfermas.

Con éstas y otras artimañas semejantes iba don Leonardo librándose de la persecución del repelente cocimiento, sin violar las leyes de la exquisita cortesía diplomática.

Conociendo estos detalles, el lector comprenderá más fácilmente por qué calificué de heroico el rasgo del embajador al cursar una invitación para tomar el té. Los secretarios de la Embajada, que conocían esta repugnancia de su jefe y aprovechaban cualquier ocasión para adularle, le compararon con aquel filósofo antiguo que se dispuso a beber la cicuta como si fuera gaseosa. Y el abuelo de Juan rechazó los piropos de sus subalternos con esta frase digna de pasar a una hoja de calendario:

—Por salvar a la patria su destino, tomaría hasta aceite de ricino.

En realidad no se trataba entonces de salvar el destino de la patria, sino las cosechas de frutas y tomates. Pero así la frase resultaba más bonita, porque «destino» rima con «ricino». Y es más fácil pasar a la Historia con una bella falsedad retórica que con una cruda verdad histórica.



Llegó la tarde fijada para relajar la tirantez con compresas de té caliente, y don Leonardo recibió a sus invitados en un salón íntimo de la Embajada.

Como la gente inglesa es tan puntual, acudieron en masa a las *five o'clock* en punto y a la puerta hubo algunas apreturas porque todos pretendían entrar al mismo tiempo. Pero al fin entraron, y el embajador comprobó complacido que ni uno solo de los personajes convocados le había hecho el desaire de no acudir.

Estaba lord Kitchen, pinche mayor del Fogón Real, acompañado de su correspondiente lady. Y sir James Ferryboat, secretario Comercial del Ministro de Toma y Daca. Y lord Randolph Patatoes, ministro de Abastecimientos. Y míster Bernard Macferlán, jefe del Departamento de Relaciones con ese puñadito de países insensatos que se obstinan en ser independientes, negándose a disfrutar de la maternal tutela británica. Y sir Percy Porcy, primer pantuflero de los Príncipes Pequeños...

Don Leonardo de Velasco hizo los honores con su tacto proverbial: besó la mano a las ladies, estrechó la de los lores, y dio palmaditas en la espalda a los místeres.

La reunión iba tomando un rumbo favorable para el aflojamiento de la tensión existente entre ambos pueblos. El embajador, repartiendo lisonjas entre sus huéspedes, creó un clima de cordialidad muy beneficioso para limar asperezas. Un poco más tarde entraron los criados con bandejas y teteras de plata para servir el prometido té. Y todos los asistentes, tetómanos furibundos, se apresuraron a poner sus tazas bajo el candente chorrillo que manaba de los pitorros. El propio don Leonardo, para adular a sus invitados, se hizo servir también una tacita de la infusión que tanto odiaba. Con ella en la mano, fingiendo ser tan tetómano como cualquier londinense, evolucionó hábilmente hacia una gran maceta puesta junto a un balcón y cuya tierra pensaba regar a escondidas con el líquido nefasto.

Pero antes de que pudiera alcanzar su objetivo le detuvo la voz de sir James Ferryboat:

—Oiga, Excelencia —dijo el secretario comercial con buen humor—: puesto que esta reunión tan agradable ha disipado la niebla de hostilidad que nos envolvía, propongo que lo celebremos con un brindis.

Y sir James, alzando la taza de té, añadió solemnemente:

—Yo levanto mi taza y brindo por una amistad firme entre nuestros países.

Don Leonardo palideció. ¡Esta vez era imposible evitar el mal trago del aborrecido cocimiento! Todos los presentes, capitaneados por sir James, se llevaron sus tazas a los labios para rematar el *toast*. No beber con ellos se interpretaría como una renuncia a su oferta de amistad, y la tirantez se mantendría con todas sus funestas consecuencias...

El embajador no lo pensó más: cerró los ojos, musitó una jaculatoria y se tragó de

sopetón el contenido de su taza.

Gracias a la máscara que poseen todos los miembros de la diplomacia para ocultar sus verdaderos sentimientos, en el rostro de don Leonardo no se reflejó el asco que experimentaron todas las vísceras al ser bañadas por el detestado liquidillo. Al finalizar el brindis, los asistentes estrecharon con calor la mano de su anfitrión, haciendo votos para que no se deshiciera nunca el lazo amistoso que acababan de anudar.

Pero el té ingerido por Su Excelencia comenzó a hacer fechorías por su organismo. Los trastornos gástricos que le produjeron siempre esa clase de tisanas no tardaron en manifestarse.

La manifestación, triste es decirlo, se inició de un modo sumamente escandaloso, con una serie de ruidos internos en la región abdominal del representante diplomático. Es innecesario que transcriba la partitura de este concierto, pues todos lo hemos escuchado alguna vez interpretado por las tripas propias. La música no es demasiado bonita, pero recuerda un poco el gorjeo de un pájaro. De un pájaro excepcional, con una voz de extensísimo registro que va del flautín al trombón. Al oír sus trinos tenemos la sensación de habernos tragado un ruiseñor vivo, que canta tristemente en las tinieblas de su prisión intestinal.

El primer gorgorito que emitieron las excelentísimas tripas de nuestro embajador, fue bastante agudo. Se sostuvo unos instantes haciendo filigranas en las notas altas, para descender al final de un gracioso *pizzicato* hasta convertirse en un ronco estertor. Pero como después del brindis todos los invitados guardaron silencio para seguir merendando, el gorgorito fue escuchado en varios metros a la redonda.

Hubo tosecillas de esas que se lanzan para cubrir las situaciones embarazosas, miradas de reojo a los vecinos para localizar al autor del incorrecto gorjeo... Y don Leonardo, recurriendo a toda la flema británica que se le pegó en sus años de vida londinense, se puso a disimular mirando a una lámpara.

Pero el té seguía haciendo diabluras en sus conductos internos, y la aflautada voz del invisible pajarillo abdominal lanzó un nuevo «pirripipío». Esta vez el cántico fue más estentóreo y de mayor duración, iniciándose en una profunda nota de violón para ascender a la cúspide de una punzante nota de violín.

Lo malo fue que la melodía no se detuvo como la primera vez, sino que descendió de tono sin interrupción, dispuesta a entonar una sinfonía al estilo de Stravinsky.

¡Qué alarde de escalas! ¡Qué riqueza de sonido! ¡Qué potencia la de aquellos arpeggios, que repercutían en el diafragma como en la membrana de un tambor!

Las toses se repitieron y todas las miradas se posaron en don Leonardo, el cual no tuvo más remedio que ponerse tan colorado como los tomates que su país pretendía exportar.

—*Shocking!* —susurró una ladi, ofendida por aquel virtuosismo intestinal.

Y en Inglaterra, cuando una lady dice *shocking*, el autor del acto que provoca ese adjetivo queda descalificado socialmente. Y cuando la descalificación recae sobre un embajador, sufre también las consecuencias el país que representa.

El abuelo de Juan, concededor de esta regla inexorable, deseó con toda su alma que le tragara la tierra. Pero la tierra no tenía apetito aquella tarde y no quiso tragárselo. Gruesas gotas de sudor bañaron su frente, mientras el concierto proseguía, a pesar suyo, con un trémolo alucinante.

La situación se agravó por momentos. Muchas señoras le volvieron la espalda con un mohín de disgusto, al par que los caballeros masticaban ruidosamente galletas secas y picatostes para atenuar la intolerable serenata.

Lleno de angustia, don Leonardo contrajo con fuerza los músculos abdominales pensando que así lograría estrangular la vocecilla fatal. Pero lo único que consiguió fue hacerla más ridícula y chillona, agudizando la tesitura de su gimoteo temblón.

El instante era el más grave registrado en la historia de la diplomacia del siglo XIX. Si se prolongaba unos segundos, la ruptura de relaciones era inevitable. Inglaterra puede perdonar que una tribu caníbal de sus dominios se zampe un par de guarniciones británicas, pero no perdona jamás una falta de educación. No le importa que un marino sea pirata, con tal que en sociedad se comporte como un *gentleman*. No le importa que los reyes de sus dinastías acuchillaran a sus enemigos, porque lo hacían cogiendo el cuchillo correctamente y sin levantar el codo al dar las cuchilladas...

Tras la sudorosa frente del apurado embajador brilló como un relámpago la visión de su patria arruinada por no haber podido exportar a tiempo sus frágiles cosechas de frutas y hortalizas. Esta trágica estampa desencadenó en su interior un repentino huracán de energía. El ardor patriótico transformó su cuerpo en una poderosa caldera, suficiente para mover una locomotora. Y esta fuerza sobrehumana, que únicamente los grandes héroes son capaces de acumular minutos antes de acometer sus proezas, transformó la derrota de don Leonardo en una brillante victoria. El relato de una hazaña tan asombrosa merece párrafo aparte:

Fracasados sus esfuerzos para acallar el alboroto de aquellas gases juguistas, el embajador optó por impedir al menos que desafinaran de un modo tan escandaloso. Ni él mismo supo nunca qué recónditos musculillos logró mover con el vigor de su desesperación para conseguirlo, pero el resultado fue que pudo recoger las riendas del indómito silbido.

Aunque parezca mentira, con inverosímiles movimientos y contracciones viscerales, lo mismo que un ventrílocuo profesional, articuló aquel gorjeo caprichoso obligándole a entonar las notas que él modulaba. Dado este primer paso, no le resultó difícil formar una melodía adecuada a las circunstancias. Y de pronto las agraviadas orejas de los invitados se quedaron estupefactas: ¡las tripas del excelentísimo señor

embajador don Leonardo de Velasco comenzaron a cantar con nitidez y solemnidad el *God save the King!*

Pasado el primer instante de sorpresa, todos los personajes británicos se pusieron en pie y escucharon el himno respetuosamente. Lord Kitchen, además de levantarse, se cuadró militarmente porque había sido en su juventud oficial de Elefantería de la India. Y a la ladi que calificó de *shocking* la conducta de nuestro representante, le asomaron a los ojos lágrimas de arrepentimiento.

Fueron unos minutos de emoción inenarrable.

En la última estrofa los efectos del té fueron atenuándose, disminuyendo la intensidad del fenómeno acústico. Y coincidiendo con el acorde final, volvió a reinar el silencio en el abdomen del embajador. Pero no en el salón, que se llenó de aplausos enfervorizados.

El hielo se deshizo definitivamente con el calor de aquel hermoso acto. Que un diplomático interprete el himno del país en el cual diplomatiquea, aunque sea con las tripas, es la máxima prueba de adhesión que puede dar. Así lo comprendió el gobierno inglés, y todos sus miembros se apresuraron a corresponder dictando las disposiciones necesarias para reanudar e intensificar el tráfico comercial con nuestro país.

En premio a este ruidoso triunfo diplomático, don Leonardo de Velasco fue condecorado con la Orden Civil del Mantón de Manila, y la Gran Cruz del Vestido Chinés.

Y su epopeya la cantan aún los alumnos de la Escuela Diplomática cuando salen a jugar en el recreo.

El recuerdo de su abuelo, reforzado por el de todos sus antepasados que prestaron valiosos servicios a la diplomacia, hizo que Juan tomara en consideración lo que le sugerían sus amigos. Era indudable que por sus venas corría sangre rica en vitaminas «C.D.», gracias a lo cual no haría mal papel si ingresaba en ese Cuerpo. Era indudable también que ninguna otra profesión le brindaría tantas ocasiones de ponerse en contacto con personajes internacionales que le ayudaran a crear su Hermandad del Ombligo en todo el orbe.

Y después de consultarlo con su almohada, única compañera femenina en la soledad de su fealdad, decidió seguir ese camino.

Con el título de abogado y un repaso concienzudo a su cultura general, pronto estuvo listo para concurrir a las oposiciones diplomáticas. Los idiomas no fueron un obstáculo para él, pues, aunque sólo tenía una lengua dentro de la boca, hablaba tres. Opositó con éxito y obtuvo una plaza. Pero antes de ser destinado al extranjero, tuvo que asistir algunos meses a la Escuela Diplomática.

Daba un poco de risa ver a unos abogados tan mayorzotes yendo a la escuela como si fueran parvulitos, con su manojito de libros y su bocadillo para merendar. Aquellos alumnos zangolotinos tenían la sensación de haber vuelto a la infancia, y adoptaban sin darse cuenta las costumbres escolares de los mozalbetes. Una de ellas, por ejemplo, era la de coleccionar cromos y hacer intercambios a la salida con los que tenían repetidos. La única diferencia era que los cromos coleccionados por los diplomáticos no se adquirían en caramelos y chokolatinas, sino en unos paquetes de tabaco rubio que vendía una estanquera a la puerta de la escuela. Y los cromos, en vez de retratar futbolistas o «estrellas» del cine, retrataban a los miembros más relevantes de la diplomacia mundial.

—Te cambio a Foster Dulles, que lo tengo «repe», por Molotoff —le decía a Juan un compañero de su clase.

—Ni hablar, rico —rechazaba la oferta Juan—. Molotoff es muy raro, y a Foster Dulles se le encuentra en todas partes. —Pues te doy además un José Félix de Lequerica.

—¡Vaya una cosa! Lequericas tengo yo a puñados. Tendrías que darme un Encargado de Negocios holandés, y algún Embajador turco.

—Las series más difíciles de completar —opinaba otro— son las de los países sudamericanos: como en cada sublevación cambian de embajadores y allí están sublevándose todos los días...

—¡Fíjate el que me ha salido en el paquete que compré esta mañana! —presumía un bigotudo mostrando un cromo—: ¡Krupp!

—Pero ¿ése no era fabricante de armas?

—Por eso lo incluyen en la colección: porque en todas las conferencias que celebraban los diplomáticos en este siglo para mantener la paz, él dijo siempre la última palabra.

Y así, con el juego de cambiar estampitas, los alumnos iban conociendo a sus colegas del mundo entero, familiarizándose al mismo tiempo con sus nombres y sus rostros.

La escuela era pequeña porque las promociones que allí se educaban tenían como máximo medio centenar de individuos. El edificio había sido en su juventud un palacete de los que suelen ocupar las Embajadas, rodeado por una ancha faja de jardín.

En este jardín transcurrían las horas de recreo de Juan y sus condiscípulos, durante las cuales se les permitía jugar al fútbol. Pero con el fin de aunar el ejercicio físico con el espíritu diplomático, los alumnos no practicaban este deporte con un balón vulgar de cuero, sino con un globo terráqueo de goma.

De este modo, a fuerza de darle puntapiés, iban perdiéndole el respeto al mundo y aprendían a considerarlo una simple pelota hecha para que ellos se divirtieran chutándola de un lado para otro.

El curso estaba dividido en varias asignaturas. Una de las más importantes era la de la Elegancia Masculina, explicada por el célebre sastre Emilio Gomar, cortador *honoris causa* de la *Gentlemen Academy of London*. Al maestro Gomar se le consideraba una eminencia en cosicajos y botones. Había vestido a tres reyes europeos, y siguió vistiendo después a los tres presidentes que los sucedieron al ser aquéllos expulsados de sus tronos respectivos.

Aparte de su habilidad sastrícola, don Emilio poseía también el instinto de la elegancia varonil. En su primera lección, los alumnos estudiaron el cuadro sinóptico de los colores que deben tener los trajes de un diplomático en el transcurso de su jornada laboral.

—Un hombre elegante —explicó Gomar—, es lo mismo que un camaleón: el color de su ropa varía a cada momento, adaptándose a los ambientes y paisajes que atraviesa.

»Desde el frívolo «Príncipe de Gales» matinal al severo frac nocturno, pasa por diversas metamorfosis. A saber: chaqué negro en la recepción oficial a mediodía, traje cruzado gris oscuro en el almuerzo de cumplido, americana deportiva para el concurso hípico a primera hora de la tarde, traje azul marino en el *cocktail* de las ocho y pico, *smoking* para la cena...

—Más que para diplomáticos, parece que estudiamos para Frégolis —criticó por lo bajo un escolar.

—No te quejes —le calmó Juan—. Por lo menos podremos hacer las comidas completas, desde los entremeses hasta el postre, con el mismo traje.

—¿Y eso te consuela?

—Algo es algo. Peor sería tenernos que poner un traje claro para comer el pescado, y uno oscuro para comer la carne.

En otra de sus lecciones el profesor Gomar les marcó las longitudes de sus pantalones, los picos del cuello de sus camisas, y la tonalidades de sus corbatas.

—Un diplomático europeo —dijo— tiene que presentarse como el estuche lujoso de una joya valiosísima. Si el estuche va provisto de una sólida cerradura, mucho mejor; porque así nadie podrá abrirlo, y nadie se llevará una desilusión al comprobar que está vacío.

—Eso es una impertinencia —murmuró Juan.

—No —le aclaró un compañero—: es una frase ingeniosa.

Algunas veces, este catedrático de Elegancia intercalaba en sus clases breves conferencias definiendo su posición frente a determinadas prendas de la indumentaria masculina. Defendía el acierto del pantalón y el armónico diseño de la chaqueta, pero era un enemigo virulento del chaleco.

—Hay que abolir definitivamente esa especie de corsé para hombres que es el chaleco —vociferaba—. Porque el chaleco lo inventó antiguamente un señor barrigón para conseguir entrar en las chaquetas que se le habían quedado pequeñas con el engorde. La fea tirilla que hoy tiene en la espalda, ¿no parece una reminiscencia del recio torniquete que debió de llevar en su origen para comprimir las grasas aquel tripudo?

»Un sastre ladino, para dar esbeltez a sus clientes obesos, se apropió esta idea y comenzó a fabricar el horrendo corsé con la misma tela del traje. De este modo quedaba incorporado al conjunto como una prenda más. Y para disimular su aspecto de aparato ortopédico le puso bolsillos por todas partes, sustituyendo además las cintas delanteras del corsé por una larga fila de botones.

»A partir de entonces, por novedad al principio y por inercia después, aquel corselete disparatado se añadió a todos los trajes de gordos y flacos. Tuvo en su primera época cierta utilidad, porque el hombre antiguo iba cargado con muchos accesorios para andar por la vida y encontró en los bolsillos del chaleco un desahogo para sus faltriqueras repletas.

»En uno de ellos metió su pesado reloj con fuertes valvas, como un grueso marisco de oro; en otro, el extremo de la gran cadena que lo sujetaba para que ese valioso marisco mecánico no se escapara a las manos de los rateros; en otro bolsillín más chico, guardó la tijera indispensable para despuntar los recios habanos que se fumaban entonces. Los restantes tenían carga de sobra con el enorme mechero cuya mecha era larga como la soga de un ahorcado, con la caja de pastillas para la tos a base de goma arábiga, con el peine de concha para la barba y el bigote, y con el estuche blindado para proteger la fragilidad de los lentes.

»Pero el hombre moderno ha reducido tanto el lastre de objetos que lleva encima, que no tiene nada que meter en esa colección de ridículos bolsillitos. Ha llegado el momento, por lo tanto, de suprimir definitivamente el antiestético chaleco. Y nadie mejor que los diplomáticos, árbitros de la elegancia en los modales y en las ropas, para librar a la moda masculina de ese adefesio.

Y al grito de «¡Abajo el chaleco!», coreado con fervor por todos los alumnos, terminaba la lección de don Emilio Gomar.

Otra de las asignaturas importantes, sin la cual no era posible obtener a fin de curso las cartas credenciales, era la de Réplicas Agudas.

Sabido es que el diplomático no se caracteriza por lo que hace, que suele ser poco, sino por lo que dice, que siempre es muchísimo. Contestar con ingenio y rapidez a las preguntas más insólitas, es una esgrima defensiva que debe manejar con soltura el personal de todas las Embajadas. Las frases que se cruzan en un salón pueden ser estocadas mortales si no se dispone de una «guardia» para desviarlas a tiempo. Un titubeo en la respuesta al representante de una potencia enemiga, una indiscreción o una inconveniencia, puede ser el salvazo que apague bruscamente la pipa de la paz. Una respuesta ingeniosa, atinada y oportuna, puede en cambio evitar una guerra y unir a los presuntos beligerantes en estrecha amistad.

Por eso, como veremos a continuación, en aquella escuela se enseñaba al futuro embajador a manejar su lengua con la misma agilidad que si se tratara de un florete.



## VII

### *La guerra de verbos*

La clase de Réplicas Agudas estaba a cargo de seis profesores especializados en temas diversos. Ante este tribunal iban desfilando los alumnos en fila india, para ser zarandeados por un interrogatorio compuesto de preguntas rápidas como una descarga de armas de todos los calibres.

Muchos sucumbían a los primeros disparos, o contestaban tales imbecilidades que volvían a su sitio con un cero mayor que la rueda de un carro. Otros se defendían brillantemente, replicando con justeza y donaire a las cuestiones más diversas.

Pero ninguno como Juan de Velasco. La sangre de sus antepasados diplomáticos, y en especial de su abuelo Leonardo por ser más fresca y reciente, daba a sus réplicas la fluidez y exactitud precisas para obtener las mejores notas.

Pese a sus buenos propósitos de unir a la Humanidad en una inmensa gavilla amarrada por un cordón umbilical, se transparentaba en su estilo dialéctico un poco de amargura mezclado con virutas de cinismo. Pero estas impurezas no se pueden evitar en las almas de los feos, pues son las toxinas que sus fracasos sentimentales vierten en su torrente sanguíneo. Tienen la ventaja de que actúan en la conversación como una especia, que da a las frases del cínico un sabor fuerte y sorprendente.

He aquí un muestrario de las preguntas hechas a Juan por el sexteto de profesores que formaban la cátedra de Réplicas Agudas, con las certeras respuestas dadas por él.

—Si una superbomba de hidrógeno destruyera toda Europa, ¿dónde le gustaría estar en el momento de la explosión?

—En Europa, naturalmente; porque sin ella no valdría la pena seguir viviendo en este mundo.

—Si fuera usted director de un periódico italiano, ¿qué sección confiaría a una mujer?

—La de hacer interviús —contestaba Juan sin vacilar—. Como la mujer habla tanto, los entrevistados no tendrían que molestarse en contestar nada, porque ella lo diría todo.

—En política hay muchos altos cargos desempeñados por ineptos desde hace muchos años. ¿No le parece monstruoso que logren mantenerse a flote tanto tiempo a pesar de su ineptitud?

—Al contrario: es natural. Los hombres en la política, lo mismo que las botellas en el mar, flotan mucho mejor cuando están completamente vacíos.

—¿Podría indicarnos si hay algo peor que una madre política?

—No lo sé, porque nunca estuve en África y desconozco las costumbres de las otras fieras.

—¿Qué le parece a usted la pintura abstracta?

—Son lienzos ensuciados con rabia por los aprendices de pintores al convencerse

de que no saben pintar.

—¿Qué opina usted del peinado de la mujer moderna? —Es un truco ideado por los esquiladores para poder convertirse en peluqueros.

—¿Qué debe hacer un criado cuando al servir la mesa se le caiga una croqueta de la fuente?

—Depende: si cae al suelo, debe cogerla, para que no se manche la alfombra. Pero si cae en el escote de una señora, debe dejarla, para que no le pegue una torta.

—¿Por qué se dice siempre «una pobre viuda» y nunca «una pobre soltera»?

—Porque la viuda es más digna de compasión, no por haber perdido a su marido, sino por haber desperdiciado lo mejor de su vida aguantándole.

—¿Puede darnos una definición moderna del matrimonio?

—Es un *match* de boxeo interminable, en el cual hay que seguir peleando aunque los dos contendientes estén *groguis*.

—¡Alto! —protestó el sexteto de profesores—. ¡Esa frase ya la dijo usted en otra ocasión! ¡No vale repetir!

—¿Por qué no? —replicó Juan sin perder la serenidad—. Yo creo que mis obras son tan importantes como las de Beethoven. Y lo mismo que ustedes han oído cien veces sin cansarse la misma sinfonía de él, pueden oír otras ciento la misma frase mía.

—¿Por qué cree usted que se habrá desarrollado tanto en los últimos años la afición mundial al fútbol?

—Porque la gente, irritada por las dificultades de la vida, da al balón la forma de la cabeza que más le fastidia. Para uno, es el jefe de su oficina; para el otro, la del catedrático que le suspendió; para algunos, la del cobrador de cuentas; para muchos, la del político que detesta. Y todos disfrutan viendo cómo le pegan puntapiés.

—¿Qué debe decir un diplomático cuando lo presenten a una señora con el busto muy desarrollado?

—Debe decir sencillamente: «mucho busto».

Esta facilidad para hallar respuestas detonantes a las preguntas más desconcertantes situó a Juan en cabeza de su promoción. Porque en este mundo de charlatanes, el dominio de la palabra es una virtud esencial.

Su aptitud en la clase de Réplicas Agudas le permitió sobresalir sin dificultad en la de Oratoria. Esta asignatura era también básica, pues raro es el día que los diplomáticos no tienen que decir alguna cosilla a los postres de algún ágape. Y es necesario que estudien a fondo la técnica de los discursos para salir airosos de estos trances de su carrera, tan delicados como frecuentes.

Porque el lenguaje que se emplea en estos brillantes monólogos, tiene el mérito de que no se parece en absoluto al que utilizamos en la conversación normal. Las palabras son las mismas, eso sí, pero rebozadas con un ingrediente llamado

«retórica». Y la retórica es para el orador lo que el pan rallado para la cocinera. Una frase envuelta en retórica, viene a quedar igual que un filete empanado. Tanto la frase como el filete pierden su sabor original con esta envoltura, pero resultan mucho más bonitos. Por eso, lo que en las conversaciones mondas y lirondas llamamos «guerra», se llama en los discursos «epopeya»; y las carreteras manchegas de tercer orden se transforman en «las rutas de Don Quijote»; y al Mar Mediterráneo se le asciende a «Mare Nostrum»; y hasta Inglaterra queda convertida en «Albión», con un adjetivo más o menos calificativo; y la nave vieja pasa a ser «la carabela», e incluso «la caraba». Hasta las cosas más vulgares parecen interesantísimas al cubrirlas con esta crema de belleza que es la retórica.

Y eso fue lo que aprendió la promoción de Juan en la clase de Oratoria: el arte de decir lugares comunes que sonaran a sitios inexplorados.

El profesor de esta cátedra era un viejo político que supo navegar a lo largo de su vida en todas las aguas. Los cambios de régimen no torcieron su rumbo, pues mudaba de casaca con rapidez sorprendente para seguir ocupando su puesto en las nuevas tripulaciones que se sucedían en el timón nacional.

El armario ropero de este sujeto estaba bien provisto de casacas cortadas por los mejores ideólogos contemporáneos. Las tenía con ideas de todos los colores: desde el azul más pacífico y celeste, al rojo más agresivo e infernal. Dominaba, por lo tanto, todas las tretas de los oradores y los orates. Su dilatada experiencia en mítines y peroratas le permitía fustigar a las muchedumbres con toda clase de latiguillos. Y como sabía reforzarlos con enérgicos ademanes de sus brazos, sus latiguillos tenían eficacia de latigazos.

Aquel astuto politicastro se apellidaba Mantecón, apellido que le cuadraba perfectamente por su viscosidad para adaptarse a cualquier tostada. Su aspecto físico le ayudaba mucho en su histriónico oficio. No era muy alto porque la estatura no es un requisito indispensable para quienes trabajan subidos en una tarima: hasta los enanos pueden parecer gigantes izando sus peanas de madera con unos cuantos tarugos. Pero aunque las piernas de Mantecón eran rechonchas tirando a zambas, tenía en cambio un torso amplio con capacidad de aire para soltar de un tirón una larga perorata sin puntos ni comas. Y el torso sí tiene importancia en un orador, por ser el único pedazo del tronco que asoma por encima de la tribuna.

También la cabeza favorecía a Mantecón, pues alardeaba de ser propietario del ejemplar más voluminoso que jamás se instaló sobre hombros humanos. Tan grande era, que el individuo se esponjaba con orgullo cuando le aplicaban el aumentativo de cabezota.

Gracias a esta capacidad craneana extraordinaria, disponía del espacio suficiente para albergar en su masa encefálica todos los programas políticos imaginables sin que se estorbaran unos a otros. (A un hombre normal, de cabeza *standard*, sólo le cabe

uno de estos programas utópicos, por el que vota con entusiasmo en cuanto le ponen una urna al alcance de la mano: es el elector. A un orador brillante de cabezón superdotado, le caben además todas las artimañas dialécticas para justificar después de las elecciones el incumplimiento del programa votado por los electores: es el elegido.

Esta asignatura sirvió a Juan para iniciarse en el arte de poder hablar durante varias horas cuando no tuviera nada que decir. Lo cual le permitiría asistir a las comidas oficiales, tan frecuentes en su carrera, sin torturarse el cerebro desde los entremeses hilvanando las palabras que debería pronunciar a los postres.

Con esta sólida preparación, reforzada con algunas nociones de etiqueta que abarcaban desde el besuqueo de manos femeninas hasta la distribución de puestos por orden jerárquico en la mesa del comedor, los alumnos de la Escuela Diplomática quedaron listos para incrementar el consumo de *whiskey* en todas las capitales extranjeras.

—Y si a un diplomático no le gusta el *whiskey*, ¿qué debe hacer? —se informó Juan, que era bastante abstemio por parte de hígado.

—Pues se chincha —le respondió un profesor—. Tampoco a los médicos les gusta sajar golondrinos, y se aguantan.

El curso se clausuró con un hermoso acto oficial, regado con abundantes discursos, en el que los nuevos diplomáticos recibieron sus diplomas.

El ministro de Negocios Extranjeros, que presidió la ceremonia forrado de terciopelo y con una coraza de condecoraciones, soltó la misma parrafada que había heredado de sus antecesores para estos casos y que en síntesis sólo decía esto:

«Como van ustedes a representar a la patria en el extranjero, procuren portarse bien para que no digan que somos unos malcriados: límpiense los zapatos en el felpudo de la frontera antes de entrar en un país, quítense el sombrero cuando ya estén dentro y no traten de leer sus cartas credenciales al trasluz como hacen las criadas».

El ministro, está claro, recubrió este esqueleto con una hora de retórica y tuvo que echar mano de todos los recursos acostumbrados: hablar un poco de que América la descubrió Colón (única noticia que puede repetirse todos los días sin que pierda actualidad), recordar otro poco una antigua batalla victoriosa (las derrotas es mejor no menearlas) y dedicar una loa a esa obra de minorías titulada «La Paz» (que todo el mundo aplaude, pero que nadie soporta mucho tiempo).

Cuando el ministro terminó su discurso, todos los oyentes le aplaudieron mucho por eso mismo: porque había terminado.

El diploma que recibió cada graduado era de pergamino, y los daban enrollados en tubos de cartón como fundas de catalejos. El pergamino, decorado por un artista muy mañoso, tenía dibujado un globo terráqueo visto de frente y de perfil, con estas

iniciales cubriendo los cinco continentes:

*C.D.*

Y debajo del globo, en primorosa letra gótica, el lema del Cuerpo:

*Donde el hombre pone el pie,  
llega volando el «cedé».*

## VIII

### *Adiós a la Patria*

Pocos días después, los justos para que la nueva hornada de futuros embajadores completase su guardarropa e hiciera sus maletas, apareció la lista de vacantes que debía cubrir la promoción.

El primero en elegir entre las plazas disponibles fue Juan, por haberse clasificado con el número uno. Y eligió París. El último en elegir fue el más zoquete de la clase, que había logrado perforar la criba de los exámenes montado en un torpedo de recomendaciones. Y eligió Tegucigalpa (porque era el único destino que quedaba y no tenía más opción que irse allí o quedarse en su casa).

Mientras duró esta distribución de plazas, se reprodujo el fenómeno escolar del intercambio. Pero esta vez, en lugar de intercambiarse cromos, se operaba con ciudades y países. El destinado a Venezuela, arrepentido de su elección, ofrecía al destinado en el Japón:

—Te doy mi Caracas a cambio de tu Tokio.

—¡Vamos, anda! ¿Crees que me chupo el guante? —rechazaba el otro con finura, pues la buena educación prohíbe a los diplomáticos chuparse el dedo desnudito.

—Pero ¡si a ti no te gusta el arroz, hombre! —trataba de convencerle el primero.

—No te preocupes: me llevaré un saco de lentejas.

—Pues yo —proponía otro— cambio Finlandia por cualquier país tropical, porque estoy muy acatarrado. Y al que quiera ir a Helsinki, además, le regalaré una bufanda estupenda que me ha hecho mi mamá.

La oferta de la bufanda encandiló a un compañero de escasos medios económicos, que había elegido Brasil no porque le gustara, sino por ahorrarse la ropa de invierno. Y hay europeos tan enamorados de su vieja y helada Europa, que les basta el abrigo de una simple bufanda para no abandonarla. Por eso cuajó este cambio; y el diplomáticamente débil se fue a Finlandia con la bufanda, mientras el acatarrado marchó al Brasil para curarse el catarro.

A Juan le hicieron ofertas tentadoras para que cambiara su apetitoso París, pero él rechazó todas con este argumento:

—París es el púlpito mejor para predicar mi Hermandad, porque siempre ha sido el ombligo de Europa.

—Pues yo te lo cambio por Washington, que es el ombligo de América —le propuso un compañero.

—El ombligo de América no se ha formado todavía —sentenció Juan—, porque acaba de nacer a la Historia y tiene aún el cordón umbilical que la une a su madre europea.

—¡Cómo te envidiamos todos! —suspiró en masa la promoción—. La suprema aspiración de todo el «C. D.» mundial, es llegar a conseguir un puesto en París. De

niños, cuando soñábamos con llegar a ser diplomáticos, situábamos nuestro sueño en la capital de Francia. Nos veíamos con el vistoso uniforme de nuestro Cuerpo, rematado por el simbólico sombrero de dos picos, paseando en coche de caballos por el bosque de Bolonia y merendando en los palacetes del *faubourg* de San Honorato. La sutileza del *esprit parisien* es el terreno más adecuado para ejercitar la esgrima dialéctica de nuestra carrera.

Y tenían razón. Porque siendo diplomáticos en cualquier república de cafres, no puede uno lucirse: allí los problemas no se resuelven con frases *charmantes*, sino con estacazos contundentes.

—Dejando aparte estas consideraciones de orden profesional —se sinceró uno de los promovidos con Juan—, lo verdaderamente bueno de París es que ¡hay cada chavala! ...

—No seas bruto, Aristigueta —le reprendieron los demás—. Todos sabemos que Juan no se fija en esas cosas.

—Decid mejor que son esas cosas las que no se fijan en Juan —contestó cruelmente el llamado Aristigueta, que había obtenido muy buenas notas en la clase de Réplicas Agudas.

Estas palabras despiadadas empañaron un poco la alegría del joven Velasco, pues le hirieron en su fealdad lo mismo que un espejo. Pero los emocionantes preparativos de su viaje le disiparon aquella nubecilla de tristeza.

Lo primero que hizo fue comprarse unas magníficas maletas de segunda mano. Y las compró de segunda mano no por tacañería, sino por evitar que el aspecto flamante de la piel nueva delatara su condición de viajero novato. Las maletas adquiridas por Juan habían pertenecido a un viajante de comercio y estaban cubiertas por la pátina que los miles de kilómetros dan al cuero.

Dentro de ellas fue metiendo todo lo necesario para pasar muchos años fuera de su patria: desde el fundamental cepillo de dientes, al superfluo calzoncillo de seda azul para llevar bajo el pantalón del uniforme; desde el imprescindible gorro de dormir, a la poco usada chistera de media copa para festejos de media gala. No olvidó tampoco un montón de postales con vistas de su tierra, que estaba a punto de abandonar, con el fin de consolarse contemplándolas si en el extranjero le picaba el moscón de la nostalgia.

El día antes de partir para sus destinos respectivos, todos los miembros de la promoción se reunieron para celebrarlo.

Después de beber una copa en un bar, el grupo salió a la calle en busca de otros bares donde beber nuevas copas. A la sexta parada de aquel recorrido catando mostos, empezó a formarse el clásico orfeón de beodos.

El cáustico Aristigueta, con voz destemplada y evidente gracejo, improvisó una canción folklórica con acento andaluz, cuya letra podría servir de himno a todos los

diplomáticos. Empezaba así, gallo más o menos:

*Soy de la raza «cedé»,  
que al mundo dicta sus leyes  
vivo como un soberano  
y llevo cartas de reyes  
«pa» entregar en propia mano...*

Todos corearon la cancioncilla, alborotando las calles por donde pasaban como reclutas de una nueva quinta cuando celebran su despedida de la vida civil. Para aumentar su parecido con esos mozos que se disponen a ingresar en los cuarteles, un compañero de Juan robó en una taberna el bote de pintura que se emplea para escribir en el cristal del escaparate el precio de las gambas. Y en la oscura fachada de un palacio, con toscos brochazos blancos, escribió:

*«¡Vivan los diplomáticos del 56!»*

Y el grupo celebró la ocurrencia entonando canciones cuarteleras adaptadas a su distinguida profesión. Lo cual proporcionó al mordaz Aristigueta una nueva ocasión de lucimiento, pues compuso en un instante esta copla deliciosa:

*¡Ya se marchó el señorito  
con su carta credencial...!  
¡Ya se marchó el señorito  
con su carta credencial...!  
¡Y ahora vive en la Embajada  
y ahora vive en la Embajada  
como un sultán oriental...!*

Pasada la medianoche, el grupo se deshizo después de cambiar emocionados abrazos de despedida. Prometieron escribirse unos a otros telegramas cifrados, por ser éste el medio de comunicación más usual entre los diplomáticos.

—No dejes de ponerme un telegrama cifrado desde Pekín, felicitándome las pascuas —rogaba uno.

—Descuida —le prometía otro—. Y tú no dejes de telegrafiar-me en clave cuántos agujeros tiene el campo de golf de Calcuta.



A la mañana siguiente, apagado el calor alcohólico de la despedida con una ducha fría, Juan se dirigió al aeropuerto para tomar su avión. Los aviones, como grandes pájaros amaestrados, evolucionaban sobre las pistas obedeciendo las órdenes que transmitía el domador desde la torre de mando. En las jaulas de los hangares, los bimotores trinaban inquietos.

—Deben de tener sed —dijo el jefe del campo a los cuidadores de aquellos pajarracos—. Poned en cada jaula un bidón de gasolina para que beban a gusto.

Una avioneta gris, pequeña como un gorrión, se posó dando saltitos en la pista principal. Pero echó a volar despavorida viendo que un cuatrimotor, tan grande como un águila, avanzaba hacia ella con sus inmensas alas desplegadas.

En el restaurante del aeródromo almorzaban los viajeros que se habían desayunado en África, que merendarían en Europa y que cenarían en América. Al pasaje de un avión inglés hubo que ponerle delante de un ventilador, para que se disipara su envoltura de niebla londinense. Un altavoz rogaba en tres lenguas a don César López que se presentara en la Sala de Despedidas, pues su papá quería darle un beso antes de que emprendiera el vuelo.

Un hombre de negocios cargado con dos maletas, correteaba por las pistas, buscando un taxi aéreo.

—¿Va libre? —decía a gritos cuando algún pequeño aparato de alquiler pasaba por encima de su cabeza.

Pero el taxista volante le hacía el ademán de que iba a comer o le señalaba con la visera de la gorra un cartel en el parabrisas de la carlinga en el que se decía: «Al hangar».

Por suerte para el hombre de negocios, al calor de aquel moderno servicio de transportes se había formado una sociedad anónima de golfillos que facilitaba la búsqueda de vehículos y abría sus portezuelas por el módico precio de «la voluntad». Uno de esos golfillos vivarachos se acercó a él ofreciéndole.

—¿Le busco un taxi aéreo, señorito?

Y al recibir una respuesta afirmativa, el chicuelo salió volando a toda velocidad para volver al poco rato en el estribo de un biplano libre. ¡Hay que ver lo que puede una propina!

El altavoz del aeropuerto dejó de reclamar a don César López —sin duda ya se había presentado en la Sala de Despedidas para recibir el beso de su papá—, y poco después repitió varias veces en tono monótono:

—¡Los señores viajeros con destino a París, tengan la bondad de subir al avión!...

Sinceramente emocionado, Juan salió del pabellón para dirigirse al aparato que le indicó un funcionario. Su corazón se puso a palpar al doble de su velocidad normal,

pues tenía dos motivos para acelerar su ritmo: iba a volar por vez primera, y el vuelo le alejaría de su patria durante mucho tiempo. Para contrarrestar los efectos de la primera de estas emociones, había tomado unas píldoras contra el mareo. Para la segunda no pudo tomar nada, porque aún no se han inventado las píldoras contra la nostalgia. Lo único que pudo hacer, antes de subir por la escalerilla que conducía al interior del aparato, fue arrancar un manojito de hierba del macizo verde que adornaba el borde de la pista. Y se lo comió rumiándolo fervorosamente, para llevarse en el relicario de su estómago un recuerdo del suelo vernáculo. La hierba, al fin y al cabo, es el cabello de la tierra. Y comerse un manojito viene a ser lo mismo que cortar un mechón a la mujer amada para conservarlo en un guardapelo.

Cuando estuvo acomodado en el asiento que le correspondía, la azafata se le acercó y le dijo en tono confidencial:

—Póngase el cinturón.

Juan, primerizo en las lides aeronáuticas, se llevó las manos a la cintura pensando muy azorado:

«Sin duda olvidé ponérmelo al salir de casa, y esta empleada me advierte amablemente que se me están cayendo los pantalones».

Pero al oír que la señorita repetía la misma advertencia al viajero que ocupaba la butaca contigua, comprendió que la señorita no se refería a su cinturón particular, sino a las anchas bandas que sirven de protección en el despegue y el aterrizaje.

El pasajero instalado junto a Juan era calvo; pero tenía unas cejas tan pobladas que, si llega a peinárselas hacia arriba, le hubiesen cubierto el cráneo hasta el occipital. Unos ojillos porcinos, pequeños y rojizos, abrían un tragaluz en lo alto de sus mejillas, lisas y blancas como paredes. Cuando los motores se pusieron en marcha y el avión fue adquiriendo velocidad para despegar, aquella birria humana clavó sus dedos en los brazos del asiento y apretó los dientes con fuerza.

«Tiene miedo —pensó Juan, que también lo tenía, pero que lo disimulaba con una exquisita sonrisa diplomática—. Mi deber es tranquilizarle dándole conversación. Además, debo aprovechar el tiempo haciendo amistades internacionales. Tanto para mi carrera como para mi apostolado umbilical, pueden serme útiles».

Y cuando el avión subió hasta chapuzarse en el azul del cielo, le dijo a su vecino para iniciar el diálogo:

—A mí, lo que más me impresiona de los aviones es que puedan volar. Parece un milagro que a las cuatro estemos aquí, y a las ocho llegemos allá. ¿No le parece?

Pero el vecino no le contestó: miraba con fijeza por la ventanilla, siguiendo al mismo tiempo con todos sus nervios las oscilaciones más insignificantes del aparato. Juan volvió a la carga sin desanimarse.

—Yo voy a la capital de Francia —dijo con volubilidad, aclarándole a continuación por si no lo sabía—: París. ¿Y usted?

Nuevo silencio de su compañero, cuyos dientes, apretados, no dejaban salir ni la palabra «fideo», que es la más delgada de todo el diccionario. El avión había entrado en una zona de baches atmosféricos que hicieron bailar a los maletines en las redecillas y a las vísceras en los cuerpos. Las mejillas del calvo acusaron este ajeteo interno tiñéndose de verde con motitas coloradas.

—Observo que las rutas celestes están tan mal pavimentadas como las terrestres —bromeó Juan para animar a su compañero—. El ministro de Aeronáutica debería organizar un cuerpo de aviones camineros, que pintaran en la blancura de las nubes carteles preventivos para pilotos: «Tramo de cielo defectuoso»... «Precaución: masa de aire caliente»... «Disminuir velocidad: zona nubosa»... Así se evitarían muchos accidentes de aviación, ¿no le parece?

El viajero de ojos porcinos continuó más mudo que un jamón. Su única respuesta a la locuacidad de Juan fue un brusco cambio de color en su rostro, que pasó del verde moteado en rojo al amarillo con manchas violáceas. Esta variedad de tonalidades hizo exclamar a Juan con verdadero asombro:

—¡Caramba! Tiene usted un mareo en tecnicolor.

Pero la ingeniosa observación no hizo ninguna mella en su atribulado vecino, que se hallaba ocupadísimo realizando una curiosa operación: había cogido una bolsita de papel grueso colocada estratégicamente por la Compañía al alcance de todos los viajeros, y se la llevó a la boca como si se dispusiera a hincharla para reventarla después de un manotazo. Pero como Juan poseía una aguda inteligencia, le bastaron muy pocos segundos para comprender la finalidad de aquella extraña actitud. Y mientras el infeliz mareado dejaba la bolsa en el suelo después de utilizarla, le dijo con naturalidad:

—¿De manera que es usted alemán?

El viajero, aliviado de su malestar, le miró con estupor.

—¿Cómo lo sabe? —balbució confuso.

—Por su acento.

—Pero ¡sino he dicho ni una palabra!

—Me ha bastado para averiguarlo la fonética de su arcada —explicó Juan sin darse importancia—. A un buen poliglota le basta cualquier sonido laríngeo para averiguar la nacionalidad de quien lo emite. Los franceses, por ejemplo, se marean en «bruá!»; los españoles en «¡jrrr!»; los anglosajones en «off!», y los alemanes en «ajj!». Usted, *mein Herr*, se ha mareado pronunciando un «ajj!» clarísimo.

El alemán, cuyo cutis iba recuperando poco a poco su sano color de salchicha cruda, mostró gran interés por las teorías idiomáticas de Juan. Y para corresponder a su peroración, le obsequió con una conferencia sobre la cría de la araña de seda en Prusia Oriental.

—Pero ¿la seda no era un negocio que tenían montado los gusanos? —preguntó

Juan un poco sorprendido.

—En los países ricos, sí —suspiró el *herr*—. Pero no olvide usted que Alemania es una nación derrotada dos veces consecutivas en las mejores guerras de este siglo. Y perder dos guerras de las caras empobrece a cualquiera. Porque aparte de no sacar tajada, hay que pagarle al enemigo todos los gastos que hizo para vencer y todas las roturas que se le ocasionaron en las batallas que ganó.

»Y para saldar estas cuentas fabulosas, Alemania tuvo que entregar la totalidad de sus materias primas: desde el negro trozo de carbón al blanco gusano de seda.

»Privados de todo lo auténtico, nos vimos obligados a crear el mundo sintético: un mundo falso, copiado del original, en el que las cosas se parecen a las cosas sin ser en realidad las mismas cosas: a falta de ovejas, esquilamos la corteza de los pinos para obtener lana; a falta de petróleo, ordeñamos las pizarras bituminosas para fabricar gasolina; y a falta de gusanos, hicimos seda con las frágiles hilaturas de las arañas.

»Millones de arañas, en colaboración con nuestros químicos expertos, suministran a la industria textil una hebra muy parecida a la seda, pues su origen es igualmente repugnante: una babilla pegajosa, segregada por un insecto que da asco.

No necesito decir que, mientras tanto, el avión continuaba su vuelo, porque el lector ya supondrá que no iba a detenerse en el aire como un tonto. Por los ojos de buey —que en los aviones deberían llamarse «ojos de águila»—, se veía una llanura con puñados de cajas de cerillas que eran las aldeas. La chimenea de una fábrica inmensa no era mayor que una colilla humeante. La aeromoza distribuyó un tentempié completamente superfluo, ya que todos iban sentados. Lo mejor del tentempié era el postre, que consistía en una deliciosa sonrisa que la guapísima azafata dedicaba a cada comensal al retirarles la bandeja.

—Parece que uno de los motores tose un poco —dijo el alemán aguzando el oído.

—Se habrá acatarrado por ir desnudo encima del ala —opinó Juan—. Si los aviones llevaran los motores dentro de la cabina en lugar de llevarlos a la intemperie, no se acatarrarían.

Pasado el ataque de tos, el avión continuó zumbando con regularidad, devolviendo la calma al pasaje.

—¡Mire! —exclamó de pronto el alemán, pegando la nariz al cristal del ventanillo—. ¡Ya estamos volando sobre Francia!

—¿En qué lo ha notado? —preguntó Juan, sorprendido por la perspicacia del teutón.

—En que allí abajo está la «F» del letrero que cruza los mapas, indicando los nombres del país.

Aquella «F» gigantesca que, en efecto, se veía desde el aire con gran nitidez, no pertenecía al letrero que los impresores superponen en el mapa de Francia, como

supuso aquel ingenuo. Era en realidad un aeropuerto, cuyas largas pistas de cemento formaban esa letra mayúscula. A pesar de todo, acertó al decir que volaban sobre Francia, pues poco después vieron una culebrilla plateada que era el río Loira, orillada de minúsculas construcciones que eran sus famosos castillos.

La azafata sirvió poco después una nueva comideja, que el germano se adelantó a rechazar con cortesía por miedo a rechazarla más tarde con violencia. Y mirando con asco a Juan, que engullía un pedazo de tortilla a la española, preguntó:

—¿Quién inventaría la tortilla de patatas? Y Juan respondió sin vacilar:

—Una cocinera inexperta, a la que encargaron huevos fritos con patatas fritas. Y como era muy bruta, quiso hacer las dos cosas a la vez.

—¿Y la «bechamel»?

—Un fijador de carteles, que una mañana no tenía dinero para almorzar. Y se comió su bote de engrudo.

Comprendieron que ya estaban cerca de París porque empezaron a ver en el cielo, a la altura del avión, globos cautivos publicitarios. Los había de todos los tamaños, con vistosos anuncios multicolores pintados en sus panzas. Unos anunciaban sugestivos espectáculos para turistas a base de *french can-can*; otros talleres de reparación y piezas de repuesto para aviones; muchos, marcas de *champagne* y *coñac*; y algunos, cremas de belleza, perfumes y firmas de modistos.

Era un sistema de publicidad verdaderamente eficaz: aquellas alegres manchas de color atraían los ojos de todos los viajeros, cansados de contemplar el monótono azul celeste.

—Esta idea se le ocurrió a un judío durante la pasada guerra —explicó el alemán, que viajaba mucho vendiendo seda de araña a las fábricas europeas—. En aquellos años, como usted sabe, las capitales de los países beligerantes se rodearon de un cinturón protector formado por globos unidos con cables.

»Estas barreras no fueron muy eficaces porque los pilotos que pretendían bombardear, al ver los globos se remontaban para rebasarlos y ponían sus mortíferos huevos tranquilamente. Pero tenían que ver los globos a la fuerza, y de allí nació el proyecto del astuto semita: cubrir aquellas grandes superficies esféricas con anuncios de productos y lugares franceses, para que los vieran los pilotos enemigos. «París —razonaba el hijo de Israel— vive principalmente del turismo extranjero. Y el piloto enemigo en la guerra de hoy será un turista amigo en la paz de mañana. Si ahora viene a tirar bombas, volverá después a gastar francos».

—Excelente idea —reconoció Juan.

—Sí. Pero el Alto Mando francés, que tomaba la guerra muy en serio, la rechazó por parecerle un poco frívola. No obstante, el judío no se desanimó; patentó el sistema publicitario que había inventado y lo puso en práctica con gran éxito cuando cesaron las hostilidades. Su negocio es ilimitado, pues los anuncios que él lanza no tienen que ceñirse, como ocurre en los periódicos, a un tamaño o un número de páginas; él dispone de un espacio infinito y gratuito, porque el cielo no hay que pagarlo al peso como el papel.

En un globo grande y colorado, que cabeceó ligeramente con el aire de las hélices, Juan pudo leer: «Al bajar del aeroplano, aperitivo Pimplano». Otro, en forma de *zeppelin* y pintado como un puro, anunciaba los «Cigarros Tipitón, la caricia del pulmón». Pasaron cerca de un conjunto de globitos verdes, agrupados para simular un racimo de uvas, que invitaban a adquirir un rico vinillo bordelés.

Y de pronto, al doblar la primera nube a mano derecha, París apareció ante sus ojos atónitos.

¡Allí estaba, en el suelo rosado y liso como un vientre, el ombligo de Europa!

—Es una ciudad tan femenina —comentó el alemán—, que hasta la Torre Eiffel parece una gigantesca pierna de mujer, con el ensanchamiento del muslo en la base y el zapatito minúsculo en la punta. Una de esas piernas en esqueleto que se colocan como reclamo en los escaparates de las mercerías, para vestirlas después con una media de seda.

Juan, que también observaba por la ventanilla, preguntó:

—¿Qué será aquella cúpula redonda y blanca como una cabeza vendada?

—Debe de ser «los Inválidos».

El avión fue perdiendo altura y disponiéndose a tomar tierra. Cuando pasó junto a las torres truncadas de Notre-Dame, los monstruos de las gárgolas le hicieron burlas, con sus caras horripilantes.

—¿Y por qué llaman a París la «Ville Lumière»?

—No sé. Quizá por aquellos hermanos que inventaron el cine, que se apellidaban así...

Lo primero que hizo Juan al tocar París con las plantas de los pies, fue buscar alojamiento. El sueldo de secretario de Embajada, aunque cien veces mayor que el de cualquier otro funcionario estatal, no alcanza para vivir en el exquisito Hotel Fritz, de la Plaza Vendôme. Y aunque Juan pudo instalarse en cualquier otro de inferior categoría, prefirió buscar un ambiente más hogareño.

Detestaba los hoteles con sus largas hileras de puertas en los pasillos, que parecen nichos donde el huésped no entra a dormir durante la noche, sino a morir hasta el día siguiente.

Le ponían nervioso esas filas de timbres para llamar a un montón de criados desconocidos, que no saben las costumbres de cada señor y ponen a todos la misma cantidad de azúcar al servirles el café y el mismo número de grados al prepararles el baño. Y le ofendía esa desconfianza hotelera de lastrar las llaves con gruesas cadenas y pesados colgajos, como si fueran presidiarios, para que los huéspedes no caigan en la inocente tentación de llevárselas como recuerdo. (Lo cual es una prueba de mezquindad indignante, pues hacer el duplicado de una llave sólo cuesta un par de francos, y el beneficio que deja un huésped cada noche da para comprar una puerta completa).

Para resolver este problema fundamental del domicilio, Juan compró en el aeropuerto un periódico con abundante sección de «anuncios por palabras». Y en el taxi que le condujo desde el campo a la ciudad, leyó atentamente la columna de *chambres à louer*<sup>[1]</sup>.

La primera oferta decía:

«Viuda inconsolable alquilaría habitación a viudo que tampoco se pueda consolar».

—Buena idea —pensó Juan en voz alta—; porque si la viuda es guapa y el viudo

no es tonto, acabarán consolándose los dos.

Y siguió leyendo:

«Joven actriz que promete mucho, alquila alcoba a empresario que dé algo».

No le hizo falta un gran esfuerzo mental para adivinar que la alcoba ofrecida por la joven actriz era la que usaba ella misma. Y Juan, antes de reanudar la lectura, lamentó no ser empresario.

«Enfermo gravísimo, sin recursos, cede el piso que dejará libre al morir, cobrando ahora un pequeño traspaso».

—Arriesgada inversión para el que pique —razonó Juan—: si el moribundo emplea el traspaso anticipado en medicinas y se salva, el anticipador se quedará sin piso y sin dinero.

La lista continuaba con ofertas de todas clases para durmientes de todos los tipos:

«Alquilo confortable cámara de gas, con derecho a horno crematorio. Boulevard Landrú, esquina a la Rue Petiot».

«Hotel Rendez-Vous. Todas las habitaciones comunicadas por puertas escondidas en el fondo de los armarios».

«Traspaso pocilga sin inquilinos, para artistas bohemios muy cochinos».

«Familia que no puede permitirse el lujo de pagar criada, cedería habitación gratis a estudiante que sepa guisar, barrer y abrir la puerta».

«Alquilo buhardilla sin calefacción a pintor que pinte al fresco».

«Señora nueva rica compraría palacio a señora nueva pobre».

«Alquilo lujosa habitación a diplomático extranjero».

Al llegar aquí, los ojos de Juan se detuvieron en seco. Era precisamente lo que él necesitaba. El anuncio parecía hecho a su medida. Leyó atentamente el texto completo, que decía así:

«... Todo confort. Barrio aristocrático. Calle de la Guillotina, 17. Distrito de Pasemisí. Preguntar por Madame Huesiris dando un grito por el patio».

Juan repitió estas señas al chófer, que agitó la cabeza en desabrida señal de conformidad. Y el vehículo viró rápidamente para poner rumbo a aquel distrito, entre imprecaciones de transeúntes y silbidos de gendarmes.

¡El distrito de Pasemisí! ¡Cuántos recuerdos traía este nombre a su memoria de lector! Porque casi todas las novelas francesas de ambiente elegante se desarrollan en este barrio señorial. Docenas de escritores han hecho certeras descripciones de sus calles y sus casas.

Este *arrondissement*, como todos sabemos, está situado entre el bosque de Bolonia y la plaza de los Dos Alejandro Dumas. Atravesado por la distinguida Avenue du Smoking (antes Sansculotte), aloja en sus residencias a las familias más linajudas de la capital: los Potpourri de Poisson Varié tienen allí su hermoso palacio. Y los Patatín Patatán, descendientes indirectos de un célebre militar corso cuyo



nombre no recuerdo en este momento, honran el distrito con su mansión prócer.

La calle de la Guillotina, a la que el taxista llegó después de intercambiar algunos insultos con dos colegas y tres peatones, era una de las peores que existen en aquella suntuosa barriada. Fuera de un palacete con un jardincillo completamente calvo, las edificaciones que la componían eran viejas casas de vecindad bastante vulgares.

La fachada del número 17 tenía ciertas pretensiones artísticas; pero como las pretensiones eran de escayola, a casi todas les faltaba algún pedazo. El portal era amplio, con entrada para carruajes, que en la actualidad sólo utilizaban los carritos del trapero y del lechero. Al fondo estaba el patio, desde el cual había de llamar a la realquiladora de la habitación según las instrucciones del anuncio.

—¡Madame Huesiris! —gritó Juan asomándose al patio.

Tuvo que repetir la llamada varias veces, aumentando progresivamente el volumen de su voz. Por fin se abrió una ventana del tercer piso, y una laringe de mujer contestó también a gritos:

—¿Quién me llama?

—¡Deseo ver la habitación que anuncia!

—¿Es usted diplomático extranjero? —indagó la voz con desconfianza.

—¡Las dos cosas!

—¡En ese caso apártese, que voy a tirarle la llave del ascensor para que suba al tercero! ¡El dueño de la casa es un roñoso; ha puesto una cerradura en la puerta del camarín para que sólo lo utilicen los inquilinos! ¡Allá va!

Antes de que Juan tuviera tiempo de apartarse, la llave rebotó en su cabeza y fue a caer a sus pies.

—Si llego a ir sin sombrero, me descalabra —rezongó Juan agachándose a recogerla.

Abrió el ascensor y subió en él al tercer piso, mecido por una fuerte trepidación.

Madame Huesiris le esperaba con su puerta abierta.

—Pase, pase —le invitó.

Y Juan pasó, después de quitarse el sombrero, abollado por la llave.

No sabía que acababa de entrar en la casa del personaje más pintoresco que vivió en París en la primera mitad del siglo xx.

Esta extraña mujer vestía un traje negro muy ceñido, que le llegaba hasta los zapatos, y fumaba en una boquilla tan larga como la batuta de un director de orquesta. Su raro apellido coincidía con su estructura anatómica, pues era un manojo de huesos tapizados en cuero amarillento. Era muy alta. Se adivinaba que en su ya remota juventud debió de tener un tipazo espléndido.

Juan calculó que aquella Madame andaría cerca de los sesenta años, y se quedó corto porque hacía siete justos que los había rebasado. Esta pizca de rejuvenecimiento la lograba con su espeso maquillaje que alcanzaba en algunas zonas el centímetro de espesor. Uno se creía, al ver su rostro, que estaba contemplando una de esas mascarillas que se hacen a los difuntos importantes. En lo único que se diferenciaba aquel rostro vivo de esos retratos póstumos, era en los ojos. Madame los tenía grandes y verdes como las olas de un mar en plena tempestad. Y sobre ellos, la espuma alborotada de unas canas que combatían para mostrar su blancura contra los tintes más corrosivos.

Pese al baño de afeites salían a relucir unas facciones armoniosas, algo exóticas quizá, con pómulos ligeramente salidos y sienes profundamente hundidas.

Madame le precedió en el trayecto por el pasillo hasta la habitación que alquilaba. Juan pudo observar en sus andares unas ondulaciones, desde la cintura a los tobillos, impropias de una mujer cuya partida de nacimiento era casi un incunable. La brasa del cigarrillo que fumaba sirvió al diplomático de faro-piloto para no perderla por el largo corredor en penumbra.

—¿Qué cargo ocupa usted en la diplomacia? —preguntó la dueña de la casa mientras abría de par en par una gran puerta con tallas de contornos confusos.

—Secretario de Embajada.

—Me alegro —se tranquilizó ella—, porque cada día resulta más difícil encontrar diplomáticos puros. Ese Cuerpo tiende a desaparecer en todo el mundo, para ser sustituido por las agregadurías. Las Embajadas se están convirtiendo en simples depósitos de agregados especialistas en todas las materias. Se empezó con la moda de los agregados militares, se amplió después el cupo a los comerciales, y hace poco se incorporaron también ¡los laborales! ¡Como si los albañiles necesitaran un representante para observar cómo se ponen los ladrillos en Estocolmo! A este paso, dentro de algún tiempo cada Embajada tendrá un agregado para cada cosa y cada cosa con su agregado. Hasta habrá uno de Buena Educación, encargado de corresponder a las atenciones y compromisos sociales enviando flores a las señoras, tarjetas a los pésames y padrinos a los impertinentes. ¿Qué harán entonces ustedes, los diplomáticos de carrera?

—Lo que debemos hacer —replicó Juan sin vacilar—: seremos embajadores

diplomáticos, rodeados de agregados políticos. Y no como ocurre ahora, que los embajadores suelen ser intrusos políticos rodeados de auténticos diplomáticos. Lo cual es tan disparatado como poner a un civil sin experiencia militar al mando de un batallón compuesto por oficiales del ejército.

La habitación que le mostró Madame Huesiris era muy amplia. Debió de ser en lejanos tiempos de esplendor el salón de su piso, pues tenía un vetusto sofá que se apoyaba en una pared para no caerse y unas sillas con poca solidez para sentarse. Por los cristales del balcón, vestidos de visillos que perdieron su blancura en la guerra del setenta, se ensuciaba de amarillo la luz del atardecer.

Un armario estilo Luis XV contrastaba con una consola Luis XIV y una mesita Luis XVI. En realidad, todos los Luises de la dinastía francesa —excelentes mueblistas además de buenos reyes— habían dejado huellas de sus estilos respectivos en el mobiliario de aquella habitación. La alfombra, por lo antigua y raída, debió de tejerse en tiempos de Luis I. La cama, por lo grande y carcomida, pertenecía sin duda al reinado de Luis II. Y así sucesivamente, cada chisme y cachivache era un muestrario de ingenio desplegado por cada Luis en el arte de la decoración.

Lo que más le chocó a Juan fue una estatuilla de bronce, atornillada en la punta de un pedestal con forma de obelisco, que se erguía junto al balcón. Era una silueta de mujer, cuyo perfil se parecía extraordinariamente al de Madame Huesiris.

—¿Es usted? —preguntó el diplomático señalando la escultura.

—No; es una sacerdotisa de Osiris, hallada en la pirámide Cheops junto al sarcófago del faraón Tutanfrutan.

—¡Qué coincidencia de parecido tan asombrosa!

—No tanto, tenga en cuenta que yo soy egipcia, y que desciendo de una aventurilla que tuvo aquel faraón con esta sacerdotisa.

—Ya decía yo que su apellido no me sonaba a francés —comentó Juan.

—Huesiris es un apellido que sólo se cría a orillas del Nilo —dijo Madame acariciando con nostalgia la nariz bronceada de su antepasada, al tiempo que consumía el cigarro de su boquilla con un tremendo chupadón.

Luego, clavando en Juan sus alucinantes ojos de cocodrilo, le preguntó:

—¿Nunca ha oído hablar de mí?

—Pues no, la verdad. Huesiris no me suena.

—Quizá le suene, en cambio, mi nombre de guerra: Chandra Govín.

—¡Chandra Govín! —repitió él con un sobresalto—. ¿Es posible que usted sea la temible y astuta Chandra Govín?

—La misma.

Juan miró con sincera admiración aquella gloriosa ruina, que tuvo en jaque durante muchos años a los Estados Mayores de todos los ejércitos mundiales.

Porque Chandra Govín, que en realidad se llamaba Nata Huesiris, fue una de las

espías más renombradas de la primera Guerra Europea. El mundo entero conocía su historia.

A los pocos días de comenzar las hostilidades, la entonces bellísima egipcia llegó a París en compañía de su madre. Ambas señoras se hospedaron en el Hotel Fritz, y admitieron desde el primer momento cariñosos pellizquitos de los generales aliados. A la madre, como el lector comprenderá, sólo le pellizcaban por compromiso. Pero pronto hubo cola de jefes y oficiales para pellizcar a Chandra, que a cambio de cada pellizco exigía un secreto militar. El que no traía secreto, se marchaba con los dedos vacíos.

Algunos meses después cuando la cosecha de secretos era ya abundante, la madre de Chandra cometió el error de dar a lavar en el hotel uno de sus calzoncillos. Y como los calzoncillos tenían bordada el águila del Kaiser, no fue difícil deducir que la falsa madre era el coronel Otto von Krankenfuss, jefe del espionaje alemán.

Detenidos ambos espías, el coronel fue fusilado tres horas después. Pero a la hermosa Chandra le bastó guiñar un ojo pocos segundos antes de la ejecución, para que ni un solo balazo de la descarga rozara su piel. Ella conocía la vanidad masculina y calculó que todos los soldados del piquete, al ver su guiño pensarán: «Se está timando conmigo».

Y ningún hombre, por muy soldado que sea, es capaz de matar a una mujer guapa que se le insinúa con un gesto prometedor.

No obstante se desplomó fingiendo que moría con el corazón atravesado por una docena de balas. Y cuando el piquete dio media vuelta para seguir fusilando por los alrededores, Chandra se escabulló arrastrándose como una lagartija.

Su extraordinaria belleza era un salvoconducto mágico que le permitía atravesar todos los frentes y todas las fronteras, sin más trámite que barbillear a un centinela o sonreír a un carabinero. Y espía sin parar, ofreciendo sus servicios al mejor postor.

Fue agente de los alemanes al principio, de los ingleses después y de los rusos por último. Sus informes dieron la victoria a ejércitos derrotados y provocaron catástrofes en las tropas vencedoras. Varios generales aliados estuvieron a punto de escindir su alianza por el fuego de los celos que ella prendió en sus corazones, y veintiséis coroneles desertaron de sus regimientos en la línea de fuego para invitarla a beber vinos espumosos.

Es inútil seguir contando las hazañas de la cautivadora egipcia Nata Huesiris, alias Chandra Govín, pues la prensa del mundo entero se encargó de divulgarlas extensamente cuando dejaron de ser secretos militares. Su belleza deslumbradora, realizada por el velo de la leyenda y el misterio, la hizo pasar con categoría de *vedette* al anecdotario de aquella primera Guerra Europea. Luego su huella se perdió en los caminos de la paz, y nadie volvió a hablar de ella.

Juan, conmovido ante el ínfimo residuo que había dejado la rueda del tiempo

después de triturar a aquella mujer excepcional, no pudo resistir la curiosidad de preguntar:

—¿Y qué fue de su vida al firmarse el armisticio del dieciocho?

—Entonces no habían inventado aún los «criminales de guerra», y los vencedores estaban tan atrasados que no ahorcaban a los vencidos. Firmar la paz era lo mismo que «tocar barrera» en el escondite infantil: después de este trámite se daba por zanjado el juego de la guerra, y ya *no valía* sancionar a los jugadores por las faltas que cometieron mientras jugaban. Por eso yo, desgraciadamente, conservé mi cabeza sobre los hombros.

—¿Desgraciadamente? —repitió Juan, extrañado.

—Sí —dijo la decrepita Madame, sentándose en el borde del vetusto sofá—. Las grandes espías como yo son estrellas fugaces que iluminan el cielo sangriento de la guerra. Cruzan velozmente sobre este mundo caótico y están condenadas a desaparecer cuando vuelve a salir el sol de la paz. Lo mejor que les puede ocurrir a estos seres efímeros, cuyas venas son regueros de pólvora que se abrasaban pronto, es morir durante la guerra en acto de servicio.

—¿Por qué?

—Si vivimos gracias a los fusiles, debemos morir fusiladas. Nuestra vida es corta, sí; pero tan intensa y rica en emociones como si apuráramos en un sorbo de caldo concentrado la esencia de setenta largos años.

»En pocos meses salimos de la nada, triunfamos, nos enriquecemos, amamos, huimos, robamos, bebemos, viajamos, sufrimos, traicionamos, nos arrepentimos, lloramos, reímos, matamos, y debemos morir.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Juan, sin acabar de comprender.

—Porque cada hora de nuestro reloj pone en juego todas nuestras energías. Nuestras glándulas de secreción interna segregan constantemente sometidas a la máxima presión. Y aceptamos la muerte inmediata como el fin natural de este esfuerzo orgánico agotador.

Madame Huesiris suspiró tristemente. Y Juan, comprendiendo que su historia iba a ser larga, aprovechó la pausa del suspiro para sentarse en una silla. Los visillos del balcón colaban todavía unos posos de luz cuando ella continuó:

—Pero la muerte que me gané a pulso con mis fechorías, y que yo esperaba como una liberación de mi cuerpo consumido en cuatro años escasos, no llegó. Era la primera vez que en Europa se vertía tanta sangre junta, y los vencedores tuvieron el buen gusto de no incrementar aquella macabra inundación con unos cuantos litros más.

»A mí, personalmente, me fastidiaron. Me quedé como idiotizada, viendo en los campos el relevo de los tanques bélicos por los tractores agrícolas. No sabía qué hacer ni dónde dirigirme. Los soldados volvían en tropel a las ciudades, obstruyendo

los caminos y las calles. Entraban en las casas que ocuparon antes de la movilización, y volvían a salir gozosos disfrazados con sus viejos trajes civiles. Eran casi disfraces, sí, porque se les habían quedado anchos con el adelgazamiento y cortos con el crecimiento.

»El que fue zapador devolvió el pico a la Intendencia del ejército, y pidió otro igual a una sociedad minera para seguir zapando en el fondo de una mina. El que fue fusilero, engrasó su escopeta de dos cañones y el primer domingo se marchó al campo a cazar, en las mismas actitudes y con los mismos ardidés que en las escaramuzas del frente.

»Todos volvieron a la normalidad con una rapidez asombrosa. Hasta los muertos se dieron prisa en descomponerse, a fin de que sus sustancias químicas sirvieran de abono a las semillas sembradas en la capa de tierra que los cubría...

»La única que no encontraba hueco donde acoplarse era yo.

Madame Huesiris lanzó un suspiro tan potente, que temblaron los visillos del balcón. Después, encendiendo un nuevo cigarrillo, continuó:

—Intenté pedir ayuda a los jefes militares que unos meses antes habían enloquecido por mí, pero me llevé un chasco tremendo: su pasión había desaparecido lo mismo que una borrachera. Al llegar la paz sus esposas tomaron el mando de sus hogares, y ellos no querían remover sus devaneos de la guerra por miedo a provocar «Verdunes» y «Mames» domésticos.

»Unos se negaron a recibirme, y otros que me recibieron acabaron la entrevista enseñándome las fotos de sus niños, para que apreciara lo mucho que habían crecido a pesar de las privaciones que pasaron en la retaguardia. Y me despidieron estrechándome la mano y deseándome buena suerte.

—¡Ingratos! —se creyó Juan en el deber de exclamar para solidarizarse con el dolor de la vieja.

—No los culpe a ellos, pobres *cheris* —los defendió aquel residuo de Nata agriada por el despecho—. También sus vidas entraron en punto muerto al quitarse las botas de andar por las trincheras y ponerse las zapatillas de pisar sobre la cera.

»Comprendí que mi destino, como el de ellos, era vegetar entre cuatro paredes hasta que estallara un nuevo conflicto que nos pusiera de nuevo en activo. Y vegeté.

»Como también los vegetales necesitan alimentarse para no morir, vendí el último brillante que me quedaba de mis rapiñas guerreras: el famoso «Kulo de Vasso», que me regaló el reyezuelo árabe Ala-Porra por haberle sugerido que hiciera un agujerito en el oleoducto de los ingleses, para robarles petróleo con la goma de un irrigador disimulada bajo la arena del desierto arábigo.

»Con la suma que obtuve por el precioso pedrusco, alquilé un piso modesto en Menilmontant con vistas al cementerio del Pere Lachaise. La visión constante de la muerte ajena era lo único que me hacía llevadera mi vida propia.

»Dejaba correr los días asomada a mi balcón, fumando cigarrillos cuyas cenizas iban por el aire a engrosar las que ya poseía el camposanto. Desde mi atalaya las tumbas parecían de juguete, aunque me figuro que a ningún niño le apetecía jugar con cosas así. Entre los visitantes que frecuentaban el lugar observé bastantes tipos dramáticos, de los que surgen en las escorias que dejan todas las guerras. El más conmovedor era un hambriento que todas las mañanas, con aire devoto y apesadumbrado, se arrodillaba ante la tumba de Parmentier. Y cuando estaba seguro de que nadie le veía, escarbaba furiosamente con los dedos en la tierra próxima a la losa en busca de unas patatas. ¿Cómo no encontrarlas —pensaría él con terca lógica— en la última morada del primer almacenista que las trajo a Europa?

»Otro visitante asiduo era un pederasta delgado, que en todas las estaciones del

año se cubría con una absurda pamea vieja y florida. Remontaba la colina hasta el mausoleo de Oscar Wilde y depositaba en él una florecilla de trapo que arrancaba allí mismo de su sombrero. Era uno de esos seres estafalarios a los que la gente ya no dice nada, porque está aburrída de habérselo dicho todo.

»También solía ir una viuda muy económica que, en vez de llevar flores a su marido, se apropiaba al pasar de cualquier ramo colocado ante otra lápida y se lo ponía a su difunto con el mayor cinismo.

Era ya de noche. La antigua Chandra Govín, sin moverse del sofá, alargó su kilométrica boquilla hasta el interruptor de la luz y movió con ella la palanquita para encender la lámpara. Las bombillas revelaron con crudeza su vejez de momia egipcia. Dos profundas arrugas en forma de paréntesis, que arrancaban en las comisuras de sus labios y concluían en la barbilla, daban a su boca una amargura escalofriante.

El gesto de curiosidad de Juan, que se bebía su torrente de recuerdos sin perder ni una sílaba, la animó a proseguir:

—Pasé algunos años haciendo esta vida contemplativa y estúpida, cogiendo catarros en mi balcón y poniéndome vahos dentro de casa para quitármelos. Un día, harta de mi soledad, decidí bajar a la calle a comprarme un filete de ternera que me hiciese un rato de compañía. El carnicero, al verme entrar en su establecimiento, emitió un rugido que en su tosco lenguaje equivalía a un piropo. Volvió a rugir mientras me despachaba y siguió rugiendo cuando me marché.

»Como la compañía del filete sólo me duró hasta la hora del almuerzo, pronto sentí la imperiosa necesidad de adquirir uno nuevo. Si usted piensa que la adquisición de este segundo filete no fue más que un pretexto para volver a oír el rugiente chicoleo del matarife, acertará. En el fondo, por muy egipcia que sea una y por muy desengañada que esté de la vida, siempre agrada gustar a algún señor aunque tenga instinto de cernícalo. Y ya que los mariscales habían desertado de mis brazos, no quise que se me escapara aquel carnicero. Era descender mucho en la escala social, lo reconozco, pero no tenía más aspirantes donde elegir. Y me consolé pensando que, al fin y al cabo, los carniceros matan tanto como los mariscales (salvando las distancias, claro está, entre las víctimas de unos y otros).

»Total: que acabada mi vida de espía, decidí empezar otra nueva de burguesa. Y me casé con Michel Dusanglier, aprovechando un día de vigilia en que no tenía mucho trabajo en la carnicería.

»Michel era muy rico, porque al finalizar la guerra compró al arma de Caballería todos los caballos que ya no estaban para muchos trotes, y los vendió, despedazados con malicia, como corderos lechales. Su fortuna le permitió alquilar este piso en el distrito de Pasemisí, y amueblarlo con los estilos de esos Luises que reinaron fundamentalmente para embellecer los tacones de las señoras y las patas de las sillas.

»Aquí vivimos muchos años como cualquier matrimonio de la clase media, sin



pizca de amor pero con mucha camaradería. Cada cual respetó el pasado del otro sin meter las narices en sus trapos sucios; él no quiso saber nada de los hombres que yo devoré, ni yo quise saber nada tampoco del número de reses que él había sacrificado.

»No tuvimos hijos debido a que el pobre Michel era muy bestia, y decía que en casa no quería más carne porque ya tenía bastante con la de la tienda.

Madame suspiró de nuevo tan profundamente, que por poco se clava el puñal del esternón en los pulmones. Luego, encendiendo el trigesimoquinto cigarrillo de la jornada, reanudó su apasionante autobiografía:

—Pero los años siguieron pasando, como es su obligación, y los frágiles materiales de la paz empezaron a resquebrajarse... A Alemania se le había quedado estrecho el Tratado de Verselles, cosa que no me sorprendió porque se lo hicieron tan ajustado que casi no podía respirar. Y como no tenía dobladillo en las costuras para darle un poco de amplitud, la pobre estaba sofocadísima y a punto de reventar.

»Francia, mientras tanto, echaba más cemento en la Línea Maginot e intranquilizaba por radio a la población civil recomendándole tranquilidad. El flemático míster Chamberlain empezó a ir a todas partes con paraguas, síntoma evidente de que esperaba un chaparrón de un momento a otro. Se celebraban tantas conferencias internacionales, que la gente comprendió que las cosas ya no tenían arreglo.

»Y una noche, a la sucia luz del alba, que es cuando la Humanidad aprovecha para cometer sus grandes porquerías, empezó la nueva matanza.

### XIII

#### *El dolor de envejecer*

—A partir de aquel instante ya no fui la misma. Aquella apacible burguesa que envejecía sin pena ni gloria junto a la acogedora panza de un carnicero, quedó convertida en cenizas de la noche a la mañana.

»¡Chandra Govín había entrado de nuevo en erupción, destruyendo a la resignada Nata Huesiris! Mi sangre hervía lo mismo que veinte años atrás, al olfatear los peligros que me aguardaban en aquel juego mortal. El buen Michel observó mi transformación con estupor y juntó sus manazas para implorarme que no le abandonara.

»Pero fue inútil: yo había sacado ya de un viejo baúl mis rutilantes uniformes de espía, y en cuanto se les quitó el olor a naftalina salí de esta casa para vender mis servicios a los Cuarteles Generales.

»Allí empezó mi calvario. Mi espíritu no había envejecido, pero mi cuerpo sí. Los cuatro lustros largos transcurridos desde la guerra anterior, me habían dejado huellas imborrables en toda la periferia. Mis músculos carecían de elasticidad como las ligas viejas, y mis tejidos abdominales estaban vacíos como una faja podrida. La dureza de mis pechos, tan legendaria como la de las pirámides, había cedido de un modo lastimoso y tuve que apuntalarlos con un andamiaje metálico más complicado que el de la Torre Eiffel.

»Me había convertido en una vieja. Lo comprendí cuando un *poilu* del Ministerio de la Guerra, al que pregunté por las oficinas del Servicio Secreto, me contestó:

»—Están en el primer piso. Pero puede subir en el ascensor para no cansarse, abuela.

»Lancé al soldado tal mirada de indignación, que estuve a punto de desintegrarlo a pesar de no haberse descubierto aún la energía atómica. Y subí los escalones de dos en dos para demostrar mi agilidad, aunque confieso que llegué al piso primero jadeando como un perro rabioso.

»Allí me esperaba una nueva decepción: todos los altos oficiales del Espionaje que conocí y enamoré en el año catorce, habían sido retirados.

»Sólo quedaba un tenientillo de entonces, convertido en tenientazo coronel, que al verme tuvo el poco tacto de exclamar:

»—¡Sapristi! ¡Al verla tan de luto, tan vieja y tan flaca, creí que era usted la Muerte!

»Encajé ese nuevo golpe con entereza y le expuse mi pretensión de trabajar para el Servicio Secreto francés. ¡Qué mal rato pasó el pobre hombre al oír aquello, conteniendo la risa para no ofenderme!

»Después empezó a dar rodeos para decirme que nadie había olvidado mi nombre glorioso, que mis proezas se cantaban en el mundo entero con música de banda

militar, pero que los años no pasaban en balde. No quería decir con eso que yo estuviera demasiado pachucha para seducir, ni mucho menos; pero el tipo de belleza que encalabrínaba a los oficiales del treinta y nueve era distinto al que encalabrínó a los del catorce.

»—Ahora —me dijo— está de moda un modelo de chatunga melnuda y regordeta, con hoyuelos en las mejillas, cosquillas en las caderas y andares de taquimeca. Las mujeres misteriosas envueltas en velos ya no se llevan. Todos los Cuarteles Generales han acordado que se dejarán espiar con mucho gusto por chicas rubias y alegres, vestidas con blusa camisera y una falda muy sencilla.

»Añadió para terminar que, no obstante, si yo obtenía alguna información espiando por mi cuenta y poniendo en juego mis manoseados recursos, me la pagarían con mucho gusto.

»Así, con la promesa de esta limosna encubierta, el teniente coronel me acompañó a la puerta. Salí a la calle temblando de ira, comprendiendo con amargura que hubiera debido morir antes de que terminara la guerra anterior. ¡Me habían desplazado unas mocosuelas sin talento ni misterio, que espiaban sentándose en las rodillas de los coroneles como vulgares secretarias!

»Pero no quise darme por vencida. Y me lancé a recorrer los países beligerantes, dispuesta a demostrar que Chandra Govín podía variar aún el curso de la guerra con sus encantos marchitos.

Un nuevo suspiro abombó ligeramente la caja torácica de Madame, lisa como las empleadas para guardar zapatos. Las porciones del Nilo que formaban sus ojos se inundaron de lágrimas cuando confesó:

—Por desgracia, fracasé de un modo rotundo en todos los frentes. Los oficiales del nuevo ejército alemán, educados en el culto a la belleza aria en los campos desnudistas, no se alteraban con el embrujo de mis raros perfumes, ni con la suavidad de mis sedas sugerentes, ni con la sabiduría de mis caricias enervantes. En el mejor de los casos se echaban a reír tomándome por una vieja maniática con furor uterino, y en el peor me daban un empujón para mandarme a freír buñuelos.

»Algunos antiguos oficiales del Kaiser que me facilitaron los planos en la conflagración anterior, y que en ésta habían pasado a la retaguardia por su edad avanzada, se compadecieron de mí y procuraron ayudarme. Pero como los puestos que ocupaban eran muy secundarios, los informes que podían facilitarme apenas tenían interés.

»Uno me proporcionó el diseño de un nuevo retrete que iba a instalarse en todos los cuarteles del Reich, con cisterna a presión que daba más rapidez al servicio y mayor rendimiento.

»Otro me hizo el croquis de una cuchara secreta para uso de los soldados, que aumentaba la duración de las comidas gracias a un agujero que tenía en el fondo. Por

este agujero el caldo de cada cucharada caía de nuevo al plato antes de llegar a la boca, con lo cual los comensales tenían la sensación de que sus raciones eran inagotables. Y engordaban por sugestión, ahorrando a la Wehrmacht muchas toneladas de fideos.

»Un anciano general completamente chocho me apuntó con mucho misterio una receta para hacer albóndigas muy sabrosas picando la tripa que envuelve las salchichas.

»Por estos informes y otros parecidos, como usted comprenderá, me pagaban unas sumas ridículas, con las cuales sólo podía vivir en pensiones de mala muerte. Recordaba muchas veces la vida confortable que abandoné junto a mi marido el carnicero, pero mi orgullo me impedía volver a su lado reconociendo mi fracaso.

»Viajé por toda Europa en tercera clase (porque no había cuarta), y mi vejez me daba un aspecto tan inofensivo que en ninguna frontera me pusieron dificultades.

»—Pase usted, abuela —me decían las tropas fronterizas levantando la barra blanca y roja que cerraba el paso.

»Pero a medida que transcurrían los meses de lucha, tropezaba con más obstáculos en mi trabajo. Hasta los bondadosos ancianos que me daban pequeños informes por caridad, se hartaron de mi insistencia y me dieron con la puerta en las narices.

»—Mi coronel —anunciaba el ordenanza—, ahí fuera está esa anciana espía que viene a pedir una informacioncita por el amor de Dios.

»—¿Otra vez? —gruñía el coronel, molesto—. ¡Pero si ayer le di el prototipo de unos nuevos tirantes para los pantalones de la Marina, que ayudan a flotar en caso de naufragio porque son de goma!

»—La despacharé diciendo que Dios la ampare, espía.

»—No, espere —se compadecía el coronel—; dele esta caja de cerillas para consolarla, y díglele que es nuestra última arma secreta: cerillas que, cuando se encienden, ya no se pueden apagar.

»—¿Y si se le ocurre hacer la prueba y ve que se apagan al primer soplido?

»—Se pondrá muy contenta, porque pensará que acaba de inventar la contraarma.

»Y así, con una miserable caja de cerillas, me despachaban para que no les diese la lata.

»Mi aspecto era cada vez más lastimoso. En mis bellos trajes de corte antiguo, adelgazados por el roce de las antesalas infructuosas, empezaban a aparecer los feos eccemas de los zurcidos. Muchas veces, en esta larga boquilla que es una prolongación de mi personalidad, ardieron colillas que capturé disimuladamente pinchándolas con la punta de mis afilados tacones.

—¡Qué horror! —exclamó Juan sinceramente conmovido.

—La paz me sorprendió hecha un harapo humano, tratando de seducir a un

sargento soviético para que me dejara dormir en una cuadra. Y volví a París en un tren de mercancías habilitado para transporte militar. (La habilitación se reduce a poner en los vagones este bochornoso cartelito: «Capacidad, ocho caballos y treinta soldados»).

»Al llegar aquí me enteré de que había cambiado de estado civil sin darme cuenta: ya no era casada, sino viuda. Poco tiempo después de que yo le abandonase, mi desconsolado Michel se enroló voluntariamente en el ejército. Su destreza en el manejo del cuchillo carnicero le permitió sobresalir en los ataques a la bayoneta, especialidad en la que logró unas cifras de mortandad dignas de encomio. Sus jefes le felicitaron en varias ocasiones no sólo por la eficiencia de su trabajo, sino también por su pulcritud. Porque Michel no era como los soldados corrientes, que matan adversarios pinchándoles de cualquier manera y los dejan después tirados en mitad del campo de batalla; él, después de quitarles la vida, les quitaba también la piel y las vísceras, que al descomponerse estropean la carne, y colgaba los cuerpos por una pierna con unos garfios de metal. Hasta que un día, en uno de esos ataques a la bayoneta, le tocó enfrente un salchichero de Frankfurt más experto que él en el sacrificio de reses para la industria cárnica. Y después de intercambiar algunos bayonetazos de tanteo, ganó el salchichero.

»Sola, vieja y derrotada, sin más fortuna que este piso con sus cuatro trastos antiguos, tuve que dedicarme a alquilar habitaciones para poder vivir. Pero sólo admito diplomáticos extranjeros, por nostalgia de mi pasada actividad. Así me parece que vivo aún en ese apasionante mundillo internacional cuajado de claves y secretos, donde se decide el destino del mundo.

»Y para forjarme la ilusión de que continúo estando en activo, espío a mis huéspedes. Pero no se asuste: es un espionaje tan inocente como un juego infantil. Cuando el huésped se va por las mañanas a su oficina, yo entro de puntillas en su habitación fingiendo que corro el peligro de ser descubierta. Abro uno por uno los cajones de todos los muebles, echo un vistazo al contenido y vuelvo a cerrarlos con un gesto de decepción. Llego por fin a la mesa de noche, abro la trampilla conteniendo el aliento y lanzo un grito de júbilo como si acabara de encontrar el importantísimo secreto que buscaba. Miro a derecha e izquierda para cerciorarme de que nadie me observa, y entonces...

—¿Entonces, qué? —preguntó Juan, emocionado.

—Entonces cojo el orinal del huésped y lo saco de la habitación para vaciarlo.

El joven diplomático sintió un nudo en la garganta al imaginar la tragicómica pantomima de aquella pobre anciana. Y Madame Huesiris, que llevaba mucho rato anunciando la conclusión de su historia, concluyó definitivamente:

—A estas míseras bajezas ha quedado reducida la gran Chandra Govín, que incendió a miles de hombres para encender sus cigarrillos en las llamas. Mi dramática

historia es la de todas las espías que tienen la desgracia de no morir a tiempo.

Hubo un largo silencio, bastante embarazoso por cierto, que Juan rompió cambiando de conversación:

—Pues la habitación me gusta, señora. Si no tiene usted inconveniente, considéreme su huésped desde este mismo momento.

Lo cual demuestra que Juan era un hombre bondadoso, capaz de hacer una obra caritativa a costa de su comodidad personal. Porque la habitación, en realidad, no le gustaba ni pizca.

Pero pensó que el ombligo de aquella desventurada era tan redondo como el suyo, y sospechó que sin los francos del alquiler se acentuarían más aún los «Huesiris» de su apellido.

Así fue como Juan de Velasco, a las tres horas y pico de llegar a París, dormía en el aristocrático distrito de Pasemisí, sobre un colchón tan blando que parecía relleno con el sedoso cabello de las antiguas pelucas cortesanas.

Descanse en paz. (Nunca supo que, aprovechando su descanso, la espía más célebre de la Guerra Europea entró en su alcoba con pasos felinos para robarle un modesto paquete de cigarrillos).

A la mañana siguiente, Juan se vistió del color adecuado para hacer su presentación en la Embajada. (Según el protocolo diplomático, en estas ocasiones debe usarse traje azul con pintas blancas, guantes de gamuza amarilla y zapatos grises a juego con el sombrero).

La Embajada era un edificio del siglo XVIII, restaurado en el XIX y estropeado en el XX con unas anacrónicas obras de modernización. Fue construido en la esquina de la Rue du Pompier con el Boulevard de Troche et Moche, y desde entonces no se ha movido de allí.

En la primera planta no había más que salones para festejos, con alfombras así de gordas y tapices así de grandes. En la segunda estaban las oficinas, en las que se trabajaba con ardor de doce a una y de cinco a seis. En la tercera vivía el embajador con su familia, formada por la embajadora y tres embajadorcitos. Había también un sótano lleno de criados y una buhardilla llena de goteras.

El embajador, al cual tenía que presentarse Juan para que le diera posesión de su destino, le hizo esperar un poco. La noche anterior Su Excelencia estuvo trabajando en un baile importantísimo hasta la madrugada, y le estaban dando masaje en los tobillos para quitarle las agujetas producidas por la danza. Le recibió por fin a mediodía, echando la culpa de su retraso al exceso de responsabilidades que pesaba sobre sus pies.

—¡Tres bailes semanales, *mon enfant!* —se quejó amargamente—. ¡Y luego dicen que los diplomáticos nos damos buena vida! Hay que tener unas pantorrillas de acero para resistir estos trotes, acarreando casi siempre a alguna señora de gran tonelaje. El esfuerzo físico que se desarrolla en las horas que dura un baile es muy superior al que se necesita para subir un piano de cola hasta un quinto piso.

—Es cierto —aduló Juan—. Prueba de ello es que los diplomáticos acaban teniendo unas piernas tan musculosas como los futbolistas.

—¡Y tanto! ¡A un mozo de cuerda quisiera yo verle bailando dos «mambos» seguidos con la embajadora de Dinamarca, que encima de sus cien kilos de peso bruto se carga con veinte más de piedras preciosas! Un pisotón de esa dama deja laminado el zapato más resistente con todos los dedos que contenga.

Era la primera vez que Juan veía un embajador de cerca, y le chocó que aquel hombrín tan bajo pudiese ocupar un puesto tan alto. Porque don Rosendo Castillete, alias «Su Excelencia», era un rechoncho de pies a cabeza. La calvicie había iniciado ya la recolección de sus cabellos, dejándole unas zonas de cierta frondosidad alrededor de las orejas. Poseía además una hermosa nariz con ventanas tan amplias, que de noche tenía que cerrarlas con una pinza de tender la ropa para no acatarrarse.

Sus ojos, en cambio, eran muy pequeños, defecto que él disimulaba colocando ante ellos unas gafas con cristales de aumento que triplicaban su tamaño.

El conjunto de su rostro menudo y redondo, con orejas grandes y sobresalientes como asas de un pucherito, era dulce y simpático. Tenía la fea costumbre de subrayar sus palabras con amplios movimientos de brazos, pero procuraba corregir este defecto manteniendo sus manos entrelazadas sobre el almohadón del vientre.

Juan observó que hacía algún esfuerzo para expresarse en su lengua vernácula, dificultad común a todas las personas que residen en el extranjero muchos años consecutivos.

—Me complace sobremanera su llegada, joven —le dijo don Rosendo con gesto campechano—, porque me va a ser usted muy útil. Yo salí de nuestra patria hace seis lustros, y desde entonces no he vuelto a vivir en ella. Hice, sí, algunas escapadas para llevar un informe o firmar un tratado, pero tan breves que no me permitieron ponerme al corriente de las transformaciones que ha sufrido en los últimos tiempos. Mi esposa es noruega. Mis tres hijos han nacido el mayor en Calcuta, el mediano en Ottawa y el pequeño en Dublín. Siempre deseé que pasáramos nuestras vacaciones anuales en mi país, pero nunca lo conseguí: mi mujer es de hielo, como todas las noruegas, y se niega a ir al Sur porque teme derretirse con el sol. No hay forma de convencerla.

»Todos los veranos tenemos la misma discusión, que siempre termina con la misma solución: pasamos las vacaciones cerca de Narvik, en casa de mis suegros, junto a un mar más frío que un carámbano.

»Y los recuerdos que conservo de mi patria, desdibujados por una distancia de treinta años, se me van borrando a medida que el tiempo los aleja más aún. Necesito, por tanto, una persona como usted, recién llegada de allá, que refuerce el contorno de esos recuerdos y los ponga al día.

»Porque yo, por ejemplo, no sé si la estatua del político Carlos Pasterle sigue en la Plaza Mayor de mi ciudad natal, o si la fundieron para aprovechar su bronce en el caballo del general Pum. No sé tampoco si los tranvías de nuestra capital siguen siendo rojos como cangrejos cocidos, o si los pintaron de verde limón. Desconozco también el nombre del autor cómico que llena hoy nuestros teatros, y del autor dramático que los vacía. (Sólo recuerdo cómo se llaman las primeras actrices, porque supongo que seguirán siendo las mismas).

»Una de sus tareas en esta Embajada será rellenar con noticias frescas de la patria los baches que la ausencia ha producido en mi memoria. Quiero saber de qué gobernante habla mal la gente, y de cuál habla peor. Quiero saber qué teatros se convirtieron en cines y qué cafés en cafeterías. Quiero que usted me explique si mis compatriotas siguen merendando chocolate caliente como en mis tiempos, o si se pasaron al batido helado de los yanquis. Quiero, en resumen, tener una idea más concreta del país en que nací y cuya representación ostento. Porque estoy tan



despistado como un viajante que pretendiese hacer la propaganda de una fábrica sin saber ni siquiera lo que fabrica. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente —se apresuró a decir Juan—. Y haré todo lo posible por serle útil.

—Dedicaremos a estas lecciones patrióticas una hora diaria —decidió el embajador—. Pero tiene que darme su palabra de que nadie lo sabrá. Si el personal a mis órdenes llegara a enterarse, me pondría en ridículo.

—Seré una tumba.

—No es necesario que se muera; me basta con que se calle.

—Puede estar tranquilo. ¿Cuándo desea que empecemos?

—Mañana mismo. Cuanto antes, mejor. Porque cada vez que me visita algún compatriota recién llegado de allá, paso unos ratos malísimos. En el curso de la conversación, me dice a lo mejor:

»—Se rumorea que en la próxima crisis ocupará la cartera de Hacienda don Teodoro Romagosa. ¿Le parece acertada la elección?

»Y yo, que jamás oí hablar en el extranjero de ese sujeto, tengo que salir del paso con ambigüedades que disimulen mi ignorancia:

»—Pues yo creo que don Teodoro Romagosa puede hacerlo muy bien, aunque tampoco descarto la posibilidad de que lo haga muy mal.

»Con frecuencia el visitante alude a nuevos edificios de los que yo sólo conocí el antiguo solar, y a nuevos solares en los que yo recuerdo todavía la silueta de antiguos edificios. Lo cual me somete a la tortura de seguir buscando evasivas airoas para no meter la pata.

Fijado el horario de estas clases secretas para refrescarle al embajador el conocimiento de su propio país, se convino también en aquella entrevista que Juan dedicaría el resto de su jornada laboral al gabinete de Cifra. La tirantez internacional había incrementado el intercambio de telegramas entre la Embajada y el Ministerio de Negocios Extranjeros, actividad que hacía necesaria la incorporación de un funcionario más para cifrarlos y descifrarlos.

El gabinete de Cifra era un pequeño despacho con ventana al Boulevard de Troche et Moche, ocupado por el señor Quesada. Ignacio Quesada, segundo secretario, era sin duda el miembro menos atildado de todo el Cuerpo Diplomático. Su despreocupación en el vestir llegaba a límites inconcebibles: más de una vez se había presentado en su oficina con la raya del pantalón escasa de plancha y con un extremo de la corbata más largo que el otro.

Estos desacatos a la elegancia, dignos de un bohemio, intolerables en cualquier otro secretario, se le toleraban a él lo mismo que se perdona el desaliño a un sabio.

Porque Quesada tenía un talento extraordinario. Era el único diplomático del mundo que, después de terminada su carrera, siguió estudiando para enriquecer sus conocimientos. Se había especializado en claves y era un verdadero fenómeno traduciendo las más intrincadas. Le bastaba examinar durante algunos minutos un enjambre confuso de cifras y letras, para extraer sin ningún error el mensaje que contenía.

Sus compañeros le llamaban con cierto respeto «el Cerebro Electrónico», y acudían a él para que les resolviera los crucigramas demasiado difíciles que llenaban sus horas de oficina.

Ignacio y Juan se llevaron bien desde que se conocieron y empezaron a trabajar juntos. Los dos eran feos y nada une tanto en la vida como compartir la misma desgracia.

Cuando Ignacio le entregó el primer telegrama para que lo cifrara, Juan le preguntó qué clave debía emplear. En la Escuela Diplomática le habían enseñado el manejo de un grueso librote con el cual se formaban todas las claves secretas oficiales. Por eso se quedó muy sorprendido cuando Quesada le dijo:

—La clave de «ti».

—¿Cómo?... Esa no viene en el libro.

—Claro que no —le explicó Ignacio bajando la voz, pues se trataba de un tema secretísimo—. Las claves cifradas ya no tienen ninguna utilidad. Todos los países disponen de personal especializado que las descifra en menos tiempo del que se tarda en leer una tarjeta postal. Para ayudar a estos expertos, se emplean ya cerebros electrónicos mucho más inteligentes y rápidos que los humanos. Por complicada que sea la combinación numérica que elijas, esas máquinas te la traducen sin el menor esfuerzo.

»Demostrada la inutilidad de cifrar nuestros mensajes para mantenerlos secretos, la diplomacia del mundo entero lleva muchos meses estrujándose los sesos buscando un medio de comunicación verdaderamente confidencial. Y yo he sido el primero en encontrarlo: hace un mes propuse a nuestro ministro de Negocios Extranjeros que

implantáramos la clave de «ti», y desde entonces la estamos usando sin que los «escuchas» internacionales hayan podido entenderla. Ni la entenderán jamás, estoy seguro.

—¿Y cómo es la clave de «ti»? —preguntó Juan, muy intrigado—. Debe de ser tan intrincada, que tardaré mucho tiempo en aprender a manejarla.

—Al contrario; es sencillísima. Hasta el punto de que seguramente tú la habrás empleado alguna vez.

—¿Yo?...

—Sí, hombre; cuando eras niño. Consiste en separar todas las sílabas de la palabra, y anteponerles la partícula «ti». Para decir, por ejemplo, «Pepito es tonto», se dice «tipe-tipi-tito-ties-titon-tito». ¿Es posible que no la conozcas?

—¡Claro! —recordó Juan—. Es un lenguaje que emplean los párvulos en el colegio, hasta que se dan cuenta de que todos sus compañeros también lo hablan y la entienden. Entonces pierde toda la gracia.

—Pues ésa es la clave que usamos ahora con tanto éxito en la correspondencia diplomática —dijo Ignacio, orgulloso de haber sido el inventor de tan brillante idea.

—¿Y dices que ningún país extranjero ha logrado descifrarla? —se asombró Juan.

—Ni uno. ¿Te extraña?

—Un poco, la verdad. A mí me parece bastante facilona.

—Y lo es. Tan fácil que por eso mismo resulta tan difícil. Porque todas las naciones del mundo están buscando el sistema de complicar sus claves para evitar que el espionaje las traduzca. Matemáticos y filólogos a sueldo de los Gobiernos estudian día y noche retorcidas combinaciones numéricas y alfabéticas que burlen la sagacidad de los cerebros electrónicos. Por eso mismo nunca se les pasará por la imaginación a los «escuchas» que nosotros empleamos una clave de una sencillez rayana en la imbecilidad. Las talentudas máquinas se quedan perplejas al leer nuestro ingenuo «tipe-tipi-tito-ties-titon-tito». Y se les funden las válvulas buscando las soluciones más inverosímiles. Tampoco a ellos les cabe en sus cabezas metálicas que basta tachar las sílabas «ti» intercaladas para leer tranquilamente el texto completo. Y con este truco infantil, apoyándonos en la tendencia que tiene la Humanidad a pasarse de lista, nuestros mensajes se entrecruzan libremente sin que nadie meta la cuchara en su contenido.

Juan tuvo que reconocer la sabiduría de Ignacio, y pensó que sería un valioso elemento digno de catequizar para su futura Hermandad Umbilical. No tardó en manejar con soltura la clave de «ti», con la cual aderezaba los informes secretos que escribía el embajador al ministro.

A título confidencial y sin que salga de nosotros, diré al lector que Juan observó que estos informes, en los que don Rosendo daba cuenta de la situación política en Francia, se componían de las noticias publicadas por los periódicos. Lo cual le hizo

pensar que su patria se ahorraría muchos miles de francos en telegramas suscribiendo directamente al ministro a cualquier diario de París. Pero no se atrevió a proponer esta innovación, por si las broncas.

Entre el gabinete de Cifra y las clases privadas a Su Excelencia para ponerle a *la page* en cuestiones patrióticas, se repartía el trabajo del joven Velasco en la Embajada.

En días sucesivos fue conociendo a los funcionarios encargados de las otras secciones, que le trataron con la condescendencia de una familia linajuda a un modesto pariente pueblerino.

—¿Tenéis ya la luz eléctrica en el pueblo? —parecían decirle mirándole compasivamente de arriba abajo—. ¿Es cierto que plantáis lechugas para poder vivir, y que cuando se os muere una vaca os ponéis de luto?

Juan se sentía un poco intimidado ante aquellos hombres que rezumaban distinción a chorros, pulidos por el roce de todos los países que conocían y lavados a lengüetazos por todas las lenguas que hablaban. El primer secretario, sobre todo, imponía respeto en un área de diez metros por su afectación y engolamiento. Al hablar entornaba los ojos hasta convertirlos en dos rendijas, y aguzaba los oídos para escucharse con deleite. Sobre sus bien cepillados hombros pesaban todas las responsabilidades protocolarias de la Embajada, y gracias a él no quedó nunca un cumpleaños sin felicitar, unas flores sin mandar ni un pésame sin dar. Presumía de ser el caballero que más cosas sabía decir haciendo dobleces a su tarjeta de visita, y el que mejor urdía los embustes para declinar cortésmente las invitaciones fastidiosas. El embajador le consultaba todos los problemas de la etiqueta social y él los resolvía en el acto del modo más conveniente.

Algo menos tiesos e inaccesibles eran los agregados, que procedían de otras carreras ajenas a la diplomática y tenían, por lo tanto, una educación menos perfecta.

Al frente de la agregaduría militar estaba el coronel Tormo, solterón simpaticote cuya actividad fundamental consistía en pasar revista a todas las formaciones de bailarinas que actuaban en los cabarets, inspección que le permitía redactar documentados informes sobre la decadencia del Ejército francés.

El agregado aeronáutico era un comandante soñador, llamado Pacheco, que siempre estaba en las nubes. Y el naval nunca se enteraba de nada, porque era un gran aficionado a la pesca submarina y se pasaba la vida en el fondo del mar.

Cuando el embajador pedía a estos agregados su opinión sobre el estallido de la próxima guerra, los tres se encogían de hombros y contestaban filosóficamente:

—Lo que sea, sonará. ¿Para qué vamos a molestarnos en saber con anticipación un acontecimiento que no podremos evitar?

Y se quedaban tan frescos, en su lugar descanso.

Aparte de estos agregados, habituales en toda representación diplomática que

presuma un poco, había algunos más de nuevo cuño cuyos puestos se crearon para desterrar airoosamente a todos los políticos que fracasaban o estorbaban en el país: el agregado agrícola, encargado de observar si las cosechas tenían muchos granos; el agregado turístico, que fomentaba el tráfico de autobuses cargados de mirones entre los dos países: el agregado deportivo, cuya misión consistía en lograr el fichaje de los buenos futbolistas galos para exportarlos a los equipos nacionales; el agregado alimenticio, que se sacrificaba todos los días comiendo en los mejores restaurantes para hacer estadísticas de las proteínas, vitaminas y pamplinas que ingería el ciudadano francés. Y por último existía también el agregado vinícola, que, amparado en el pretexto de seleccionar los mostos con miras a su inclusión en el *clearing* de los tratados comerciales, agarraba unas melopeas que solían concluir en escándalo en la vía pública y calabozo en la comisaría.

Con una plantilla de personal tan extensa y eficaz, la Embajada podía competir con las mejores y más acreditadas de la capital francesa. Y Juan, en el gabinete de Cifra, ponía en clave de «ti» los despachos que daban cuenta al Gobierno de los éxitos logrados por el embajador.

«Anoche bailé dos “sambas” con la embajadora del Brasil, seis “congas” con la de Cuba (que está imponente) y tres “buguis” con la norteamericana, que tampoco es manca. Stop. Para completar esta astuta política de acercamiento, ordené a mi primer secretario que bailara con la embajadora de Inglaterra, que parece un bacalao. Stop. También hice que el agregado militar bailase con la encargada de negocios de Alemania, que sería el vivo retrato de Hindenburg si no fuera porque tiene el bigote un poco más moreno. Stop».

«El embajador de la República Argentina tiene el honor de invitarle a la cena de gala que ofrecerá el próximo jueves, con motivo de la toma de posesión del nuevo Presidente. (Frac con la máxima cantidad de condecoraciones. — S.R.C.)»

Así rezaba el hermoso tarjetón que recibió Juan.

Juan se puso muy contento porque era la primera invitación oficial que recibía desde que terminó la carrera. Y novato aún en cuestiones de etiqueta, consultó con Ignacio Quesada algunos detalles:

—¿Qué significa «S.R.C.»?

—Depende. Si la invitación es un *cocktail*, quiere decir: «Se repartirán croquetas». Pero si es una comida, significa: «Se ruega contestación», para que la cocinera calcule los filetes que debe freír. No están los tiempos para echar a perder varios kilos de carne friéndola sin necesidad.

—¿Y cómo voy a arreglármelas para ir de frac con condecoraciones?

—¿Es que no tienes frac?

—Lo que no tengo son condecoraciones.

—Por eso no te preocupes. No olvides que vives en París, la única ciudad del mundo donde están resueltos todos los problemas que puede plantear la civilización. En la Rue de la Vanité, encontrarás una tienda que se llama «Les Petits Diplomates». Se dedica exclusivamente a fabricar condecoraciones imaginarias para diplomáticos jovencitos que aún no las tienen verdaderas. Son tan vistosas como las auténticas, y tienen nombres igualmente absurdos; por mil francos puedes comprar la Orden del Pajarraco de Guayaquil, la Placa del Cuadrúpedo de Cachemira y el Collar del Gran Mastuerzo de la Patagonia. Y si te gastas mil más, podrás lucir un bonito pasador con seis medallas monísimas en miniatura: una se llama del Mérito Gimnástico, otra del Tesón Burocrático, otra del Catarro Crónico... Todas tienen nombres sonoros y colores chillones, que es lo principal en esta clase de adornos para enjaezar a los hombres en las ferias de la vanidad.

Juan agradeció los informes de su amigo. Y después de contestar que asistiría a la cena para que la cocinera argentina friera su filete sin preocupaciones, se fue a «Les Petits Diplomates».

Por dos mil francos, en efecto, adquirió metal suficiente para convertir la negrura de su frac en una auténtica verbena: medio kilo de chatarra esmaltada y dos metros de cintajos con todos los colores del arco iris.

Al llegar el jueves de la gran solemnidad, tenía hechos todos sus preparativos: el frac planchado por la propia Madame Huesiris, que le quemó un poco el pantalón con su eterno cigarrillo, las condecoraciones prendidas en las zonas de mayor lucimiento, varias corbatas de repuesto por si alguna se manchaba al tirar sus alas para hacer la

mariposa...

Empezó a vestirse con mucha anticipación mientras Madame, ansiosa de que se fuera para robarle un paquetillo de tabaco, le espiaba por el ojo de la cerradura. Vencida la resistencia de las superficies almidonadas a dejarse sujetar por gemelos y tirantes, Juan salió al fin de su casa cubierto con una enorme chistera de la que un prestidigitador hubiese podido sacar varios conejos.

La Embajada argentina ocupaba un gran palacio próximo a los Campos Eliseos, en la Rue du Can-Can. A la hora fijada por las invitaciones, un centenar de invitados con llamativos arreos de gran gala irrumpió en el vastísimo comedor. Hubo cierto revuelo hasta que cada cual ocupó el puesto que le habían asignado de acuerdo con su jerarquía, pero al fin se sentaron todos a esperar la sopa mordisqueando el pan.

En la cabecera de la mesa gigantesca, presidiendo el acto, se acomodó el embajador argentino, Fabio Gauchini. La forma ovoidal de su cuerpo regordete, cruzado en todas direcciones por bandas y fajines, le daba el aspecto de un alegre huevo de Pascua.

Junto a él, en las sillas restantes de la presidencia, se instalaron los altos cargos de la Embajada por riguroso orden jerárquico. Una veintena de embajadores y ministros plenipotenciarios ocupaba los sitios de honor, y el resto de los comensales eran simples secretarios como Juan, para hacer bulto.

Un grato olorcillo a caldo concentrado en cubitos anunció a las ilustres narices congregadas en el comedor la llegada de la sopa. No tardó en oírse el clamoroso chapoteo de cien cucharas, que se hundían con avidez en los platos servidos por los camareros.

Dominando este rumor metálico, de los cubiertos al chocar con la porcelana de la vajilla, Fabio Gauchini habló a sus huéspedes del nuevo Presidente argentino, cuya toma de posesión había motivado el convite a tan solemne comilona.

—Octavio Carpincho —dijo— ocupó esta tarde la presidencia con el apoyo unánime del pueblo. Y digo unánime porque la ocupación fue casi pacífica. Aparte de algunos mamporros que sus numerosos partidarios tuvieron que repartir entre grupos opositoristas, que ocasionaron un montoncito de muertos verdaderamente ridículo, no hubo que lamentar ni un solo incidente en esta jornada de entusiasmo patriótico.

»Hoy se ha visto con claridad el profundo amor que siente la Argentina por Octavio Carpincho, el hombre excepcional que sabrá gobernarla con justicia y sabiduría. Bajo el mando paternal del gran Carpincho, nuestra república se dispone a vivir largos años de paz y prosperidad.

»Y yo, que acabo de ser nombrado embajador en París porque soy amigo suyo, alzo mi sopa de fideos para brindar por el nuevo Presidente.

De todas las manos salió un donativo de aplausos para premiar las palabras de Fabio Gauchini. Mientras él pronunciaba su pequeño discurso exaltando la figura de

Carpincho, los comensales se tomaron la sopa. Y la ovación final fue aprovechada por los criados para retirar los platos sucios.

Pero en la pausa entre la retirada de la vajilla sopera y la entrada de las bandejas portadoras del pescado, se produjo un incidente en la cabecera de la mesa que no pasó inadvertido a los ojos de Juan.

Un funcionario de la Embajada había entrado en el comedor, y acercándose a Gauchini le entregó con disimulo el inconfundible papel amarillo de un cablegrama.

El embajador, previa excusa con sus vecinos, desdobló el mensaje y leyó el texto que contenía. Sólo las miradas sagaces, entre las que figuraba la de Juan, notaron que el rostro de Su Excelencia palidecía a medida que avanzaba en la lectura. Y al terminar estaba tan blanco como la pechera de su frac.

Sin decir ni una palabra se levantó de su silla y fue hasta el extremo de la mesa donde se sentaba el coronel Rovira, agregado militar de la Embajada. Gauchini le dijo unas palabras al oído y el coronel no pudo disimular un gesto de satisfacción. Después se puso en pie, como disparado por un muelle, y marchó con paso marcial a ocupar el puesto de honor que Gauchini había dejado libre.

Muchos comensales, enfrascados en conversaciones con sus vecinos o distraídos con el ir y venir de los camareros que habían servido el pescado, no advirtieron este cambio. Y se quedaron un poco perplejos cuando vieron al coronel Rovira al frente del banquete, y le oyeron hablar del nuevo Presidente argentino.

—El general Belindo Suárez —dijo el hasta entonces agregado militar— ocupó hace dos horas la presidencia con el apoyo unánime de las fuerzas armadas. Y digo unánime porque, aparte de la marina y de la aviación, que permanecen leales al derribado Carpincho, casi todo el ejército está junto al invicto general Belindo.

»Reina un orden absoluto en todo el país, salvo algunas batallas que apenas se oyen porque se desarrollan en la pampa, lejos de las ciudades. La población civil vitorea a las tropas, que patrullan pacíficamente por las calles, armadas de ametralladoras, tanques y cañones. Lo ocurrido a unos cuantos que se negaron a vitorear ha servido de estímulo al pueblo; y ahora prorrumpe en vítores todo quisque, por si las moscas.

»Hoy se ha visto con claridad el profundo amor que siente la Argentina por Belindo Suárez, el general glorioso que sabrá gobernarla con disciplina y energía.

»Y yo, que acabo de ser nombrado embajador en París porque soy coronel de infantería, alzo mi copa para brindar por el nuevo Presidente.

A las vibrantes palabras del coronel Rovira, contestó el auditorio con una descarga cerrada de aplausos. A Juan le chocó un poco que un cambio político tan brusco lo aceptasen todos los comensales con tanta naturalidad, sin exteriorizar la menor sorpresa ni hacer el más ligero comentario.

«Olvido que somos diplomáticos —pensó después—, y que no podemos



comprometer nuestra amistad con un país por una inoportuna reacción personal. No somos un grupo de señores comiendo lenguado en una mesa, sino un conjunto de naciones manteniendo el equilibrio en un mapa. Y es natural que no hagamos caso de percances insignificantes, por muy pintorescos que nos parezcan. La Argentina, al fin y al cabo, nos invitó para celebrar la toma de posesión del nuevo Presidente. Pero no nos dijo cómo se llamaba».

Concluido el pescado, del que sólo quedó una blanca raspa en cada plato, los camareros mariposeaban alrededor de la mesa disponiéndolo todo para servir la carne. El embajador de Suecia, con exquisito disimulo, comprobó con la yema de su dedo pulgar el filo del cuchillo que le había correspondido.

—¿Qué nos darán? —era el tema de conversación general—. ¿Ternera o vaca?

Estas conjeturas distrajerón la atención de todos los asistentes, hasta el punto de que no repararon en un hecho aparentemente trivial:

Un funcionario de la Embajada había entrado en el comedor y se dirigió sin detenerse a la cabecera de la mesa. Cuando estuvo junto al coronel Rovira, deslizó unas palabras en su oído y un papelito en su mano.

La reacción que la lectura del cablegrama produjo en el militar fue muy distinta a la de su antecesor: lejos de palidecer como Gauchini, Rovira enrojeció gradualmente hasta alcanzar el púrpura intenso de la apoplejía. Esta congestión que amenazaba romper la delicada cristalería de sus vasos sanguíneos, encontró una válvula de escape en un formidable puñetazo que el rudo embajador descargó sobre la mesa.

Luego se levantó con brusquedad derribando la silla, y se dirigió a grandes zancadas hasta el lejano rincón que ocupaba en la comida el agregado naval. Cambió con él unas frases tajantes, y el trueque de sillas se realizó a la misma velocidad que la vez anterior.

Y cuando los invitados atacaron a cuchilladas el plato de carne —que desmintió el pesimismo de algunos porque era de ternera, y bien tierna por cierto—, no pudieron disimular un ligerísimo sobresalto al oír que un capitán de fragata, sentado en la cabecera, comenzaba a hablarles del nuevo Presidente argentino:

—El almirante Néstor Urquiza —dijo el que había sido hasta aquel instante agregado naval— tomó posesión de la presidencia hace una hora, con el apoyo unánime de la marina. Y digo unánime, porque algunas unidades de la flota que traicionaron a Urquiza han dejado de flotar. Todas las ciudades del litoral, que son las buenas, se han rendido con entusiasmo al oír los convincentes discursos patrióticos que pronunciaron los cañones de nuestros acorazados.

»Belindo Suárez se ha fugado en avión a Miami, donde acaba de inaugurarse con gran éxito el «Hotel de Expresidentes Sudamericanos». Todas las playas argentinas, a pesar del fuerte calor reinante, se han visto concurridísimas de bañistas que testimonian simbólicamente su adhesión a la escuadra zambulléndose en el mar.

»La Argentina ha comprendido al fin que es una nación eminentemente marítima, y entrega el sillón presidencial a Néstor Urquiza.

»El prestigioso almirante, teniendo en cuenta que soy capitán de fragata, acaba de nombrarme embajador en París. Y yo alzo mi vaso de agua como símbolo del mar, para que brindemos por el nuevo Presidente.

Considero inútil consignar que los aplausos se repitieron con la misma intensidad que en las ocasiones precedentes.

Los criados, ajenos a las oscilaciones presidenciales del país bajo cuya bandera servían, cambiaron con discreción y diligencia los platos ya vacíos por otros más pequeños para el postre.

El nuevo embajador demostraba su vocación de marino bebiendo sin cesar grandes vasos de agua.

Un diplomático de nación semioculta por el telón de acero, que aprovechaba las fiestas occidentales para compensar las escaseces orientales, pidió que le sirvieran otro pedazo de carne. Pero ya era tarde.

Llevada en procesión por cuatro camareros, entró en el comedor una tarta monumental. Iba cubierta por un blanquísimo manto de nata, incrustado todo él de guindas como rubíes. Sobre el manto, sustituyendo la tinta por crema de chocolate, un repostero había escrito con excelente caligrafía:

«¡Viva el Presidente!»

Fue una suerte que no se le ocurriera completar la frase con el nombre, gracias a lo cual la tarta no perdió actualidad y pudo servirse, pese a los muchos y fugaces ocupantes que había tenido el sillón presidencial en el curso de la noche.

Como todos los ojos se clavaron en la succulenta golosina, verdadera obra maestra de la arquitectura pastelera, sólo Juan —que no era goloso— observó la entrada en el comedor de un nuevo personaje cuyo rostro ya le era familiar.

La sagacidad del lector le habrá hecho adivinar que se trataba del funcionario encargado de recibir los cablegramas, y no necesito repetir que también esta vez traía en la mano un papel amarillo para mostrárselo al embajador.

La reacción de éste, que estaba bebiendo su quinto vaso de agua cuando le dieron el nefasto papelito, fue atragantarse. Su atragantamiento provocó la expulsión violenta del agua contenida en su boca, que fue a parar al frac del embajador turco, sentado frente a él. Unas frases corteses por un lado y la servilleta por otro zanjaron sin consecuencias este percance acuático.

Y el marino argentino, con el mismo ceremonial que sus antecesores, dejó la cabecera para cambiar de silla con el agregado aeronáutico.

Un minuto después, cuando los comensales se disponían a hincar sus tenedores en la tarta repartida con equidad, observaron que la cara del anfitrión había cambiado una vez más. Pero esta vez no se sorprendieron lo más mínimo porque ya estaban

acostumbrados. Y empezaron a comer el sabroso pastel, mientras el exagregado aeronáutico les hablaba del nuevo Presidente argentino:

—El comodoro del aire Poncio Bustillo descendió hace media hora a la presidencia de nuestra república. Y digo «descendió» en lugar de «ascendió», porque aterrizó por sorpresa en la azotea del palacio presidencial pilotando un helicóptero. Cuando la escolta del almirante Urquiza quiso rechazar el inesperado ataque, ya estaba el comodoro Poncio sentado en el apetitoso sillón.

»Nuestros aviones vuelan sobre todo el territorio nacional, lanzando bombas envueltas en proclamas. Las proclamas sirven para enardecer a nuestros partidarios, y las bombas para apaciguar a nuestros enemigos.

»Dominamos todo el aire del país. La tierra, todavía no. Pero eso es lo de menos, porque tierra hay poca y aire mucho. Prueba de ello es que nuestra tierra termina al sur de la Patagonia, y nuestro aire sigue sin interrupción hasta el infinito. Por lo tanto, la Argentina, dada la extensión de su aire, es una nación eminentemente aérea.

»Nuestro pueblo se ha dado cuenta al fin de esta verdad indiscutible, y acepta enfervorizado al comodoro Bustillo para que rijas sus destinos.

»Y yo, que acabo de ser nombrado embajador en París porque soy oficial de Aviación, brindo con alborozo por el nuevo Presidente.

Una nueva emisión de aplausos, tan ruidosa como las anteriores, remató estas vibrantes parrafadas.

Los comensales habían consumido entretanto sus porciones de pastel, sin dejar ni una mísera migaja. Los platos de postre fueron sustituidos por tazas para el café, y unos criados de calzón bastante corto recorrieron la mesa con imponentes cafeteras de plata.

Fue en ese preciso momento cuando entró en el comedor el famoso funcionario que ya conocen ustedes, el cual siguió el mismo itinerario de sus visitas anteriores. Esta vez, sin embargo, no trajo ningún papel amarillo: se limitó a cuchichear unas palabras en el oído izquierdo del recién estrenado embajador.

Debo decir en honor de la verdad que éste demostró ser más sereno que sus antecesores, pues al oír la noticia que le daban no hizo más que lanzar un suspiro y levantarse para ir en busca de su sucesor.

Unos instantes después, un nuevo sujeto ocupó el puesto de honor. Y los diplomáticos más jovencitos, con poca flema todavía para dominar sus reacciones, estuvieron a punto de lanzar una exclamación de asombro al verle.

¡Era Fabio Gauchini, el mismo embajador que les habían servido con la sopa!

Y mientras todos tomaban el café, el anfitrión les habló del nuevo Presidente argentino:

—La radio de Buenos Aires —dijo Guachini— acaba de comunicar que Octavio Carpincho, nuestro glorioso político, ha ocupado de nuevo la poltrona presidencial.

Como ya les dije antes, Carpincho cuenta con el apoyo unánime del pueblo. Y vuelvo a decir unánime, porque no vale la pena tomar en consideración algunos combaticillos que se están desarrollando en todo el territorio entre carpinchistas y tropas particulares de los presidentes depuestos.

»Fuera de estas sanas controversias, en las que interviene algún cañoncete y unos cuantos acorazadillos, la normalidad es absoluta. Y me complace terminar esta comida en honor del nuevo Presidente ocupando el mismo puesto que ostenté al iniciarla.

Los invitados le aplaudieron, se levantaron, se pusieron los abrigos y se marcharon.

Aquella cena fastuosa, en la que se sirvió un Presidente con cada plato, fue la entrada de Juan en una intensa vida social rica en comidas y bebidas.

A la invitación de la Argentina, siguió inmediatamente otra de Bélgica. Y así, por riguroso orden alfabético, fue comiendo gratis bajo todos los pabellones del mundo.

Los invitados, pertenecientes al Cuerpo Diplomático acreditado en París, eran siempre los mismos. Lo único que variaba era la comida.

En el *menú* de la Embajada china nunca faltaba el arroz, y hacían una especie de «paella a la pequinesa» con tropezones de una carne rara y correosa que parecía de dragón.

En la de Suiza abundaban las *bechameles* y los productos lácteos en general, y era costumbre servir después del postre un gran vaso de leche recién condensada.

En la italiana se engordaba muchísimo, porque todos los platos eran a base de las típicas pastas.

En la del Pakistán se comía fatal, porque en la India la gente no aprende a comer, sino a ayunar...

Al finalizar la lista en la «Z» (Legación de Zululandia), Juan llegó a la conclusión de que la Embajada donde mejor se comía era la soviética. Lo cual no debe extrañar a nadie, porque es lógico que en el país donde la gente pasa más privaciones, el Estado pueda hacer más ahorros para gastárselos en sus francachelas. (No hace falta ser economista para observar que los países de nivel vital más modesto suelen ser los que poseen una vida oficial más lujosa. En Suecia, el propio rey puede viajar en la plataforma de un tranvía sin que se le caiga la corona, mientras en Rusia cualquier mindundi comunista tiene un coche del partido a su disposición para ir a tomar «chatos» de vino de Crimea con «tapas» de caviar).

Cubierta esta primera etapa gastronómica de sus relaciones sociales, Juan quedó un poco harto de ver siempre las mismas caras ocupando los mismos puestos en distintas mesas. El mundillo diplomático gira en todas las capitales sincronizando su ritmo con rotación y traslación, con lo cual sólo se consigue que todos los componentes del mundillo acaben hartos de sus colegas, y que el almíbar que rocía sus relaciones se convierta en acíbar.

Juan pensó que quizás esta fricción constante, que termina irritando e hiriendo a todos los que están sometidos a ella, sea una de las causas que desencadenan las guerras. Porque es indudable que las relaciones internacionales serían más amistosas si los diplomáticos no tuvieran la manía de reunirse sin tener nada que decirse.

Estas reuniones casi diarias, sin más pretexto que el de corresponder a una invitación anterior, no hay quien las soporte. A la décima ingestión de tres platos y un postre frente a la venerable barba del embajador finlandés, que a fuerza de contar las

mismas anécdotas picantes consiguió quitarles todo su picor, el pacífico canciller del diminuto Luxemburgo tiene que morderse los labios y clavar sus uñas en el mantel para no mandar un ultimátum a Finlandia. A la vigésima taza de caldo bebida junto al fofísimo primer secretario de la Legación inglesa, el diplomático alemán recuerda con nostalgia la *blitzkrieg* y la vieja canción *Gegen England*.

—Sería mucho mejor que los diplomáticos sólo se viesan una vez al año, o antes si hubiera peligro de guerra —dijo Juan a Ignacio una mañana, mientras esperaban algún mensaje que cifrar—. Estoy seguro de que la paz se mantendría con mucha más facilidad si nuestro Cuerpo dejara de zascandilear por comedores y salones, dedicándose, en cambio, a la vida hogareña. Cuidar un pequeño jardín, hacer los deberes a los niños cuando vuelven del colegio, acostarse temprano y salir al campo los domingos con una buena merienda, serían ocupaciones que fomentarían el espíritu pacifista de las familias diplomáticas.

—Tienes razón —reconoció Ignacio—; no puede existir una amistad duradera entre un grupo de amigos que se ven todos los días a todas horas.

—Claro que no. Yo mismo, que elegí esta carrera para predicar la fraternidad universal, siento arrebatos homicidas cuando me toca soportar en una cena, por enésima vez, la vecindad del encargado de Negocios griego.

—¿Te refieres a Pericópuli? —se asombró Quesada—. ¡Si es un hombre encantador!

—Pero su repertorio de encantos se agota en dos sesiones. Y cuando a fuerza de oír las amenidades de su conversación te las aprendes de memoria, le cortarías la cabeza de un mordisco como a un espárrago. Si tengo que soportar a ese pelmazo una vez más, temo que desearé que las ruinas de la Grecia antigua se extiendan también a la moderna. Y rezaré para que desaparezca del mapa una nación capaz de exportar unos representantes tan plúmbeos.

—Tranquilízate —le dijo su compañero dándole unas palmaditas en la guata de las hombreras—. Todos sufrimos al principio esas crisis de irritabilidad que nos produce el trato ininterrumpido con nuestros colegas, a los cuales sólo nos une el lazo fortuito de haber sido destinados a la misma capital. Pero poco a poco nos habituamos a soportarnos mutuamente, y la irritación se convierte en manso aburrimiento. El alcohol, administrado en dosis más o menos fuertes según la pesadez del interlocutor, es un aliado valiosísimo para hacer más llevadera esta cruz profesional.

»Hay organismos de escasa capacidad hepática, que con el carburante de dos *whiskies* son capaces de recorrer cien kilómetros de conversación insulsa. Otros, en cambio, con hígados más potentes y de mayor consumo, necesitan varios litros para cubrir el mismo kilometraje de locuacidad. Yo marchó bien con medio litro por noche, mezclando algunos *martinis* para reforzar la carburación cuando me enfrento

con algún posma que se me hace muy cuesta arriba.

—Pero a mí no me gusta beber —dijo Juan entristecido.

—Tampoco a mí me gusta mentir, y no hacemos otra cosa en todo el día.  
Diplomacia obliga, amigo.

## XVIII

### *Salón literario*

Para aliviar su empacho de comidorras exóticas, Juan rogó a don Rosendo Castillete que le introdujera en algún círculo de la sociedad francesa. Y el embajador, agradecido a su maestro de folklore vernáculo —gracias al cual se había puesto al corriente de los tópicos nacionales más en boga—, le dio una tarjeta para que le dejaran entrar en el salón literario de la condesa Josefa du Champignon.

Por analfabeto que sea el lector, que no lo es porque si lo fuera no estaría leyendo, sabrá que la condesa Josefa era la personalidad más relevante del París intelectual. Por su casa de la Rue du Tribuette desfilaban los grandes cerebros de la literatura francesa, con sus correspondientes cuerpos, y ningún literato podía considerarse una auténtica lumbrera hasta que no participaba en aquel desfile.

La condesa, a primera vista, parecía viuda; pero luego se fijaba uno mejor y veía que en un rincón de sus salones, tapado con una manta hasta el pescuezo, estaba su marido.

Ella era *vedette* del existencialismo, mientras él no pasaba de ser una víctima del reumatismo. Ambos vivían consagrados a sus «istmos» particulares: la condesa tratando próceres y el conde tomando pócimas. Al conde le importaban tan poco los escritores de la condesa, como a la condesa los dolores del conde.

Con la tarjeta de su embajador, Juan circuló por los salones de los Champignon como *Pierre par sa maison*. Las meriendas que servían en aquellas cachupinadas intelectuales eran más bien flojas, a base de café con leche a discreción y un bollo por barbilla. Pero, en cambio, se hartaba uno de engullir *esprit* por las dos orejas. Cuando la llama del *esprit* empezaba a vacilar, se servían vasos de ajenjo, que aumentaba de nuevo su voltaje por ser bebida de rancia prosapia literaria.

Los concurrentes, a excepción de Juan, procedían todos de las distintas ramas que forman el arbolito de las letras.

Unos eran académicos de la Lengua, y la sacaban de la boca con cualquier pretexto para demostrar que la tenían más limpia que nadie. Otros eran poetas, y aprovechaban el más ligero descuido para recitar el poema que habían escrito la noche anterior.

Iban también algunos novelistas, cuyos nombres la gente recordaba haber leído en portadas de libros que no había comprado. Y a veces caía por allí un autor verdaderamente afamado, de esos que venden libros o llenan teatros, sobre el cual las señoritas caían como moscas para pedirle ejemplares gratuitos o entradas de favor.

Juan pensó que aquel clima de alta tensión intelectual sería el más propicio para sembrar las primeras semillas doctrinales de su gran movimiento umbilicalista. Las plumas de aquellos brillantes escritores serían poderosas antenas para propagar un bello ideal de solidaridad humana.



Pero no tuvo en cuenta que el escritor es el individuo más reacio a escuchar las ideas ajenas. En esos torneos de *esprit* que son las tertulias de los salones literarios, cada cual está al acecho para disparar contra los demás sus propias ideas. Cada frase es una perdigonada que busca la diana del aplauso más nutrido, y los tiradores no pueden desviar su puntería por distraerse escuchando el ruido de los disparos ajenos.

Por este motivo, la conversación en casa de la condesa Josefa se desarrollaba así:

Un académico catarroso, con tanto prestigio en la lengua como vejez en los huesos, aprovechaba un hueco de silencio general para lucirse diciendo:

—El pañuelo es la bandera blanca que ondeamos para rendirnos ante los ataques del catarro.

Los mejor educados de la reunión premiaban este rasgo de ingenio con una sonrisa, mientras los aspirantes al sillón de la Academia que ocupaba el viejecito decían por lo bajo:

—Está «gagá».

Inmediatamente, un articulista que se hizo famoso por colaborar en un periódico de gran formato que se vendía mucho para hacer paquetes, estiraba el cuello y decía con voz engolada:

—La *gilllette* es una guillotina en miniatura, para cortar la cabeza a los granitos que han sido malos. Y mientras algunos sonreían, los envidiosos murmuraban:

—Se ve que es periodista: hasta en sus frases ingeniosas inserta anuncios de alguna marca comercial.

Un poeta con dos ajenjos de más salía de un profundo butacón para poner su huevecito de *esprit*:

Las lombrices son pedazos del hilo que emplea la Naturaleza para coser a la tierra los prados floridos.

Y proseguía el tiroteo con la intervención de un historiador con una barba tan frondosa, que su madre se la peinaba en dos gruesas trenzas con severos lazos negros en la punta.

—Los siglos —definía el historiador— son una banda de ladrones que roban las narices a las estatuas, el color a las pinturas y el oro a las antigüedades.

—Pues la lengua —añadía un célebre orador que no sabía estar callado— es el rabo de un lagarto que un verano nos tragamos sin darnos cuenta, cuando dormíamos la siesta.

La condesa repartía más tazones de café con leche para facilitar la digestión de aquellas píldoras espirituales; y el torneo continuaba poco después en todos los corrillos, disuelto en todas las conversaciones.

—Coleccionar sellos es una crueldad —declara una poetisa frágil y sensible como una pompa de jabón—. Yo pienso que el sello es el tafetán que protege alguna pequeña herida en la frente de las cartas, y que no debemos despegarlo porque a lo

mejor sale sangre.

—¿Y qué me dice usted de los nenúfares? —preguntaban a la poetisa los que sabían que estas flores gustan a los poetas tanto como lechugas.

—El nenúfar —contestaba ella poniendo los ojos en blanco— es un barquito fondeado en los lagos para las excursiones dominicales de las mariposas.

—¿Irá usted mañana a la oficina? —se informaba un ensayista dirigiéndose a un rico mecenas, al que pretendía dar un sablazo para editar sus ensayos.

—¡Qué remedio! —«espriteaba» el mecenas, cuyos mecenazgos habían hecho crecer en él algunos pinitos literarios—. La oficina es la cárcel de los hombres que viven en libertad.

—¡Floja frase, nombre de un perro! —criticó un paliducho. En un corrillo de novelistas al que Juan arrió el oído, oyó que un jovenzuelo le pedía este consejo a un consagrado:

—¿Qué recomendaciones debo buscar para que me concedan este año el Premio Goncourt?

—Ninguna —contestó el consagrado, terminante—. La recomendación es la muleta en que se apoya para andar por la vida el mutilado mental.

A veces se oía un grito penetrante al fondo del salón, pero nadie se molestaba en volver la cabeza: todos sabían que quien gritaba era el marido de la condesa.

El dolorido Champignon, como ya les expliqué, vivía inmóvil en un sofá, cubierto por una manta. No era fácil advertir su presencia sin fijarse mucho, y a menudo algún literato distraído se sentaba sobre sus piernas reumáticas provocando aquel alarido desgarrador. Pero ya no desgarraba en absoluto, porque todos se habían acostumbrado a fuerza de oírlo. Y las conversaciones proseguían sin interrupción.

Juan quiso aprovechar la presencia del académico viejecito para perfeccionar su francés, y le hizo esta consulta:

—En la ortografía de mi lengua no se usa el acento circunflejo. ¿Puede usted explicarme para qué sirve?

Y el académico, esponjándose de satisfacción ante la oportunidad de lucirse que le brindaban, contestó en voz muy alta para que, además de Juan, le oyeran todos los demás:

—El acento circunflejo es un paraguas para proteger las vocales, que sólo se emplea en los idiomas de las naciones donde llueve mucho.

A un flacuenco que no se sabía bien si era poeta o prosista, pues aunque los renglones que escribía eran unos más largos que otros no rimaban nunca, le preguntaron:

—¿Cuál cree usted que fue la primera flor que existió en el mundo?

—La alcachofa —replicó el flacuenco sin titubear—. No hay más que ver sus pétalos, rudimentarios y prehistóricos. Es indudable que las mujeres primitivas

empezaron a adornar sus cavernas con ramos de alcachofas.

Aunque sospechando la imposibilidad de exponer un pensamiento propio a aquellos ególatras que sólo querían decir los suyos, Juan intentó explicar su doctrina umbilicalista a un filósofo de cuyos libros hablaba todo el mundo con mucho respeto, porque nadie los había entendido. Hizo que la propia condesa le presentara al prohombre y cuando lo tuvo delante empezó a decirle:

—Verá usted; yo opino que los ombligos...

Pero el filósofo, rápido como la centella, le cortó con este *bon mot* que tenía pensado para estos casos:

—El ombligo es para el hombre lo que el agujerito central para los discos gramofónicos. Gracias a esta perforación nos mantenemos adheridos al planeta, que gira y es redondo como el plato de un gramófono.

Y volvió la espalda a Juan, para atender a una admiradora que quería cortarle un mechón de bigote para guardarlo como recuerdo.

Juan se cansó pronto de las reuniones intelectuales en casa de la condesa Josefa. Para combatir su hastío rogó al embajador que le introdujera en un círculo social cuyos miembros estuviesen dispuestos a dialogar y no practicaran el monólogo como único medio de comunicación con sus semejantes.

—Puedo darle cartas de presentación para que le inviten a las fiestas de la aristocracia —le dijo don Rosendo—. Francia es la república mundial que más aristócratas tiene. A pesar de la poda que se hizo durante la Revolución en los árboles genealógicos, o quizá por eso mismo, siguieron brotando ramas frescas de los troncos envejecidos.

»El caso es que hoy, en París, existe una vida aristocrática tan intensa como en cualquier nación que no haya destronado todavía a su rey. Pero no le aconsejo que frecuente esa alta sociedad.

—¿Por qué? —se sorprendió Juan.

—Porque se aburriría usted como un rinoceronte. Una aristocracia sin monarquía es tan aburrida como un cabaret sin animadora. Puede que el símil no sea muy feliz, pero ésa es la sensación que da. Falta esa figura principal que incita a bailar, beber y charlar. Y aunque sin ella se baile, se beba y se charle, no es lo mismo.

»Yo he conocido, sin embargo, los únicos años en que esa aristocracia lánguida recibió una inyección que la hizo salir de su aburrimiento. Fue justo después de la Guerra Europea, cuando los comunistas le quitaron el nombre a Rusia para bautizarla con unas iniciales de sociedad anónima. Entonces, a aquellos tiparracos les llamábamos “bolcheviques”, palabra extraña cuyo significado nadie conocía. Y veíamos todas las barbaridades que cometían porque no habían bajado aún su famoso “telón de acero”.

»Esta ausencia del telón permitió a los rusos blancos, derrotados por los rojos, huir del escenario de su derrota. Y cayó sobre París una lluvia de nobles familias esclavas.

»El Gotha europeo se empapó con un chaparrón de linajudos apellidos rusos que requerían una agotadora gimnasia lingual para ser pronunciados. La anarquía que reinaba en la recién constituida U.R.S.S. permitió a esta gran masa de fugitivos cruzar las fronteras soviéticas sin tropezar con aduanas ni carabineros. Circunstancia que les permitió salvar joyas, pieles y objetos de valor, con cuyo importe se instalaron en Francia decorosamente.

»La duquesa Nikolasa Taumanovna, por ejemplo, llegó a París en una “troika” cargadísima de alhajas, tirada por veinte hermosos perros. (Por cierto que los veinte perros llegaron con cuarenta palmos de lengua fuera —dos palmos cada uno—, porque cuando salieron de Moscú las estepas rusas estaban cubiertas de nieve. Pero

cuando llegaron a Francia ya había empezado la primavera. Y tirar de una “troika” sobre el asfalto de las carreteras, hace polvo al perro más bruto).

»Esta repentina transfusión de sangre azul exótica —continuó don Rosendo después de este inciso— reanimó al postrado gran mundo francés. Los aristócratas salieron de su letargo y desempolvaron sus ruidosos castillos en provincia (de los que sólo quedaban las vetustas edificaciones mondas y lirondas, porque los parques se habían vendido parcelados a los labriegos de los contornos).

»En dichos castillos se dieron banquetes y cacerías a aquella nobleza en el exilio, que hablaba muy bien el francés porque esperaba su expulsión desde los tiempos de Iván el Terrible y se había preparado para afrontarla estudiando idiomas.

»Vizcondesas parisienses con pisitos diminutos en el Faubourg de San Honorato, se despepitaban por alternar con aquellas archiduquesas moscovitas que habían vivido en palacios cuyos salones se medían en verstas.

»El despepitamiento se extendió también a los vizcondes, pues casi todas las rusas blancas que cayeron en París eran guapísimas. Tenían el rostro ovalado, los ojos ardientes y las narices altivas. Por sus bocas, de labios finos y más bien exangües, vagaba una ligera mueca de desencanto que encantó a los hombres occidentales. Hablaban poco y casi siempre con voz de contralto.

»Todas ellas trajeron en sus equipajes un gran frasco de misterio, con el que perfumaban su belleza. La dieta forzosa a que estuvieron sometidas durante su accidentada huida, eliminó sus grasas superfluas y estilizó sus figuras hasta los límites fijados por el instituto embellecedor más exigente. Sus miradas iban pregonando el dolor de vivir en el destierro, y al pregón acudían los hombres como moscas, para consolarlas.

»Algún matrimonio se deshizo por su culpa, pero las esposas abandonadas perdonaron al cónyuge infiel porque comprendían que aquellas mujeres orientales eran irresistibles. Hágase usted cargo:

»¿Cómo un señor bajito y regordete, nacido en Lyon, no iba a enloquecer ante una esbelta baronesa parida en las faldas de los Urales, y que además se llamaba Tatiana Vicentovna Komeykaya? ¿Cómo el marqués du Camelot, asmático y cincuentón, podía resistir a la subyugante princesa Fedora Manolenka Trapicheff, conocida en todas las Rusias con el remoquete de “la pícara Manolita”? ¿Cómo se iban a enfadar las esposas, además, si sus maridos se fugaban con unas rusas que eran tan de derechas?

»Aquellas eslavas pálidas y misteriosas, que llevaban auestas el saco de su pasado repleto de añoranzas, alumbraron como un fugaz relámpago el declinar de la decrepita sociedad francesa. París roció con su dorado *champagne* el negro caviar que los expatriados sacaron de Moscú, y hubo orgías hasta que se agotó la última hueva de esturión. Algunos escándalos vitalizaron las moribundas “crónicas sociales” de los

periódicos y se observó cierta influencia de la indumentaria folklórica rusa en la moda femenina de aquellas temporadas.

»Luego, con los años, las aguas aristocráticas volvieron a su antiguo y rutinario cauce. Las bellas rusas blancas fueron acoplándose en las celdillas de la sociedad occidental, porque las reservas de joyas que trajeron se iban agotando y calcularon que no podrían vivir eternamente vendiendo brillantes. Unas se casaron. Otras hicieron vida conyugal sin llegar a casarse. Y las menos agraciadas se colocaron de institutrices, o dieron clases de lengua rusa a ese puñado de *snoobs* que aprende, para presumir, las cosas que no sirven para nada.

»Pero lo grave fue que todas envejecieron, sin que hubiera posibilidad de sustituirlas por otras más jóvenes e igual de guapas. La U.R.S.S. disolvió las empingorotadas familias que producían estas beldades. Y desaparecidas las fábricas, no había forma de renovar los productos que fabricaron. El sol de muchos veranos sucesivos fue derritiendo aquellas maravillosas muñecas de nieve hasta hacerlas desaparecer.

»De ellas sólo queda hoy el eco de sus rutilantes apellidos, semiocultos muchas veces tras el sencillo Dupont del marido que pescaron al final de su belleza como solución a su vejez.

Y el embajador, con un suspiro, concluyó:

—Desde que estas adorables criaturas desaparecieron, las fiestas de la aristocracia francesa han vuelto a ser tan sosas y pesadas como las de cualquier otro país. Si no es usted aficionado a bostezar, no se moleste en frecuentarlas. Hay dos Cuerpos internacionales que hoy se aburren en el mundo con la misma intensidad: el Cuerpo Diplomático y el Cuerpo Aristocrático.

Un viento casi huracanado arrancó del calendario las veinte primeras hojas correspondientes al mes de marzo. Y París, sin darse cuenta, se encontró bruscamente con la primavera delante de las narices.

El sol, que había estado pasando sus vacaciones invernales en la Costa Azul, llegó una mañana por la bóveda encristalada de la estación del Mediodía. Su primera visita fue para los artistas que viven en las buhardillas como palomos, y les anunció que ya podían ahorrarse el carbón de la estufa. Luego dio un paseo por las calles céntricas, pero la nube producida por los escapes de los automóviles y autobuses le ocultó a los ojos de los peatones.

Una semana después, escuchando atentamente, se oía en los jardines de Versalles el estallido de los capullos que reventaban a toda prisa para convertirse en flor. Por el lomo del Sena empezaron a corretear barquichuelas que transportaban enamorados fuera del término municipal, a una zona franca donde el beso al aire libre no paga impuestos a los gendarmes vigilantes de la moralidad pública.

—El que no ha estado en París durante la primavera, no sabe lo que es la primavera en París.

Con esta afirmación rotunda, que no admitía discusiones, Madame Huesiris dejó a Juan completamente convencido.

Debía de ser cierto que aquella estación tenía en la capital de Francia un encanto especial, porque él mismo empezó a notar un no sé qué, que le desasosegaba no sé cómo. Pese a su destreza en el manejo de la clave de «ti» que le valió felicitaciones de sus superiores, cometió en el mes de abril varias faltas garrafales al cifrar telegramas importantes: una vez puso «gato» en lugar de «toga», y en otra ocasión alteró del mismo modo el orden de las sílabas al citar el apellido del general Damier.

Ignacio Quesada, como jefe del gabinete de Cifra, supervisaba todos los mensajes antes de transmitirlos. Y corregía estos errores de Juan con una sonrisa comprensiva.

—Pero ¿qué es lo que me ocurre? —se desesperaba el joven Velasco dándose cuenta de su inexplicable torpeza.

—Tienes primaveritis —diagnosticó su compañero, burlón.

—¿Y eso cómo se cura?

—No hay más que un tratamiento —dijo Quesada. Y señalando la puerta del despacho, le ordenó con voz autoritaria—: *Cherchez la femme!*

—¿Dónde? —se asustó Juan.

—Eso es cuenta tuya. París está lleno de *femmes* esperando que las busquen.

—Pero no seré yo quien las encuentre —suspiró con amargura el infeliz, consciente de su fealdad.

Y a su memoria acudieron las sangrientas chuflas que le dedicó en la Escuela

Diplomática el mordaz Aristigueta. Su evidente falta de encantos, que durante el invierno se mantuvo casi oculta por la bufanda y el cuello subido del gabán, salía a relucir con el buen tiempo en toda su pujanza. Pero comprendió que Ignacio tenía razón: aquel ataque de primaveritis galopante, que le quitaba el sueño y la lucidez mental, sólo podía curarse sometiéndose al tratamiento de una doctora especialista en amor. La primavera ataca con más virulencia al hombre que nunca se inyectó la vacuna amorosa, lo mismo que el sarampión balda al adulto que tuvo la desgracia de no pasarlo en la infancia.

Y aunque sin fe en el resultado de su búsqueda, Juan se lanzó a la calle con la sana intención de *chercher la femme*. Como coto de caza eligió el bulevar de los Capuchinos, por parecerle más formal que el de los Italianos. La terraza de un gran café le suministró el puesto ideal para instalarse durante el ojeo de las piezas. Y empezó la cacería.

Frente a él, por la ancha acera, pasaban bandos de infelices a peón. Eran oficinistas, que salían de sus oficinas matinales para tomar un bocado rápido y correr a sus oficinas de por las tardes. Gracias a estos dos salarios, incrementados por el refuercito de una oficina nocturna, podían vivir pagando la comida que no tenían tiempo de tragar y la cama en que no tenían tiempo de dormir.

Nadando en este terreno burocrático como pececillos de colores, se veían mecanógrafas jovencitas que esperaban su oportunidad para dejar de serlo. Porque la mecanografía nunca es un fin, sino un medio. Por su aspecto exterior, podía calcularse con ligerísimos errores la peripecia de cada una frente a la máquina de escribir. Las más expertas se aproximaban bastante al físico de orangután, diferenciándose entre sí únicamente en detalles del vestuario. Las menos aptas, en cambio, suplían sus deficiencias ortográficas con notables ventajas geográficas.

Había también en aquella multitud apresurada dependientas de grandes almacenes, que al salir a almorzar dejaron detrás del mostrador la sonrisa para el público complementaria de su uniforme. Y mostraban sus caritas sin maquillar, serias e indiferentes a los ojos masculinos, porque las chicas que trabajan sólo coquetean los domingos.

Juan, estimulado por un par de aperitivos reforzados con ginebra, se lanzó al ataque. Pero él mismo comprendía que atacaba con poco brío para lograr una conquista. Su táctica era demasiado elemental:

Consistía en elegir con la vista un ejemplar apetitoso entre el material femenino circulante. Hecha la elección aguardaba a que estuviese lo más cerca posible del velador que él ocupaba en la terraza. Y, entonces, mirándola fijamente, cerraba un ojo durante varios segundos manteniendo el otro bien abierto.

Aquel gesto pretendía ser lo que en lenguaje donjuanesco se llama «un guiño pícaro». Pero su falta de práctica en esta clase de mímica, quitaba a su guiño toda la



picardía: la violenta contracción de todos sus músculos faciales para lograr el cierre del párpado, daba a su rostro el aspecto de que se le había metido una arenilla en el ojo. Y las mujeres guiñadas, en vez de captar la insinuación contenida en aquel gesto, le compadecían creyéndole víctima de un corpúsculo extraño. La compasión que inspiraba el guiñador llegó a tal punto, que una de las muchachas a la que intentó atraer con aquella mueca se le acercó para decirle:

—¿Le soplo en el ojo?

Y Juan huyó de la terraza comprendiendo que había fracasado.

Nadie le dijo al pobre aprendiz de conquistador que la treta del guiño está pasadísima de moda, y que hoy resulta tan anacrónico como el polisón o el sombrero hongo.

Guiñar un ojo al paso de una mujer fue un atrevimiento que escandalizaba mucho en el siglo XIX, cuando las señoras iban tapadas como buzos y los seductores se ponían como locos al ver un centímetro cuadrado de piel femenina. El intencionado descenso de la pequeña persiana que es un párpado, equivalía para aquellas pudibundas a una proposición deshonesta formulada cruelmente. Muchas fortalezas de honestidad, envueltas en cien trapos y mil cintas como paquetes certificados, se rindieron al recibir el impacto de un guiño certero.

Pero la sensibilidad contemporánea se ha acorchado de tal modo, que ha sido necesario reforzar los métodos de seducción con estratagemas más contundentes. Y el pollo bigotudo que guiñaba un ojo, se ha convertido en el galán «duro» que pega un tortazo.

Después de su fracaso en el parpadeo a distancia, Juan probó el abordaje en marcha. Este sistema requería más audacia que el anterior; pero en el salón literario de la condesa Josefa él había descubierto un manantial que suministra esta virtud en abundancia: el ajenjo. Tres tragos de ese «matapoetas» verdoso bastan para convertir en serpiente a una lombriz.

Convencido de su escasísimo poder de seducción, Juan eligió para el primer abordaje una mujercita poco llamativa, con una de esas caras que la gente llama «simpáticas» porque no merecen la calificación de guapas. Debía de ser bastante alta, porque llevaba zapatos de medio tacón. También debía de ser bastante morena, porque tenía el pelo demasiado rubio para ser natural. El joven diplomático, animado por los latigazos del ajenjo, la encontró en los Campos Elíseos. Iban los dos en la misma dirección, hacia la plaza de la Concordia, y él sólo tuvo que aligerar un poco el paso para alcanzarla.

Cuando estuvo junto a ella se armó de valor y dijo mirándola de soslayo:

—¡Vaya hembra!

La mujercita, que iba pensando en sus cosas, tuvo un ligero sobresalto.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó volviéndose hacia él con extrañeza.

—He dicho «¡vaya hembra!» —replicó Juan con menos brío.

—¿Por qué? —dijo ella con sincera curiosidad.

Juan, desconcertado, tuvo que hacer una pausa para buscar una respuesta adecuada.

—Pues... porque al verla a usted, se me ocurrió.

—¿Qué es lo que se le ocurrió?

—Decir «¡vaya hembra!» —insistió él, desesperadamente.

—¿Y tanto le ha sorprendido que yo sea hembra? A mí no me sorprende en absoluto que usted sea varón.

El ajeno comenzó a salirle a Juan por los poros en forma de sudor frío, La mujercita, que debía de ser estudiante, llevaba varios libros bajo el brazo. Y el título del primero, que él pudo leer con el rabillo del ojo, era éste: «Tratado de Lógica».

«Estoy perdido —pensó—. El cerebro de esta infeliz nunca entenderá el significado de mi jacarandoso “¡vaya hembra!” No le bastaría un ciclo de conferencias, ni siquiera un triciclo, para comprender por qué los hombres meridionales, cuando ven a una mujer, sienten la necesidad imperiosa de acercarse a ella lo más posible y decir: “¡Vaya hembra!”

»Aparte del Ecuador, que divide el mundo en dos hemisferios, hay otra línea que separa la civilización en dos grupos: países que conceden derechos a la mujer, y países que le dedican piropos. La nación que concede derechos, castiga con multas los piropos. Y el pueblo que piropea espontáneamente, se opone a conceder derechos. Yo creo, sin embargo, que se honra más a la mujer diciéndole: “¡vaya hembra!” que admitiéndola en la Escuela de Ingenieros de Caminos. Pero las mujeres del Norte nunca entenderán a los hombres del Sur».

Y Juan, fingiendo que se le había desatado el cordón de un zapato, se detuvo para atárselo mientras la mujercita continuaba caminando hacia la plaza de la Concordia. Así se libró de ella, anotando en su registro amoroso un fracaso más.

Las intenciones sucesivas le condujeron a resultados análogos, aunque por distintos caminos:

Una modistilla quiso llamar a un gendarme para librarse de él. Una morena vistosa le asustó advirtiéndole que su marido era boxeador. Y una mujer pública le amenazó con demandarle por injuria, porque la había llamado «puta» en lugar de «prostituta», que es el nombre autorizado por la ley.

Cito sólo sus fracasos más sonados, pues sería prolijo enumerar todas las veces que anduvo un trecho junto a una «peatona» tratando de entablar conversación, sin obtener ni una palabra de ella.

Abrumado por el peso de su derrota, llegó a esta triste conclusión que expuso a Ignacio:

—Es inútil que trate de curar mi primaveritis con el tratamiento que me recetase. He salido a *chercher la femme*, y no puedo encontrarla. Es posible que París en primavera suministre este medicamento a cuantos padecen la misma enfermedad que yo, pero conmigo ha fallado. Y no le echo la culpa a París, que conste, porque el pobre hace lo posible para incitar al amor y está precioso con sus flores recién abiertas, y sus paraguas recién cerrados. La culpa de que ninguna mujer me haga caso, es mía exclusivamente: soy demasiado feo.

—No digas tonterías —protestó Ignacio—. Tu fealdad no tiene nada que ver con el resultado adverso de tu búsqueda. Te dije que fueras a *chercher la femme*, pero estaba seguro de que no la encontrarías. Porque la verdad es que ahora, en París, no la encuentra casi nadie.

—¿No? —dijo Juan muy sorprendido.

—Claro que no. Conozco hombres con apéndices nasales mucho más perfectos que los nuestros y con orejas mucho menos desarrolladas, que fracasan a diario lo mismo que tú.

—Imposible. París siempre tuvo fama de ser la capital más frívola del mundo.

—Hoy conserva la fama, pero no carda la lana. Su frivolidad ha pasado a ser una leyenda que conviene sostener en beneficio del turismo. Si corriera la voz de que París es actualmente una ciudad morigerada y más bien pacata, no vendría ni el gato.

»Atrae más al forastero la sonrisa de una modistilla que la de la Gioconda. Por eso se guarda el secreto de esta evolución hacia las buenas costumbres: para evitar que la corriente turística se desvíe hacia otras ciudades europeas igualmente sosas, pero más baratas.

»No hay miedo de que París pierda su tradicional prestigio de frivolidad porque el propio turista, para no hacer el ridículo, inventará al regresar a su patria la aventura que en realidad no tuvo y la juerga divertidísima en la que realmente no participó.

»La vanidad masculina es demasiado grande para confesar una derrota en un terreno donde todos los que lo pisaron aseguran que tuvieron éxito. Y de este temor que tenemos todos a pasar por tontos, nacen esos eficacísimos embustes que sostienen en el mundo entero la fama de la ligereza parisiense. Pero los que llevamos varios años viviendo aquí, sabemos la verdad.

»Francia no salió desmoralizada de la última guerra, como creen muchos en el extranjero, sino más moralizada que nunca. Es un error suponer que ese puñado de franceses que trajeron de las trincheras el hábito de no lavarse ni afeitarse, representa la tendencia general de este país. Ese grupo de cochinos no es más que paletada de lodo en el agua diáfana del actual pueblo francés.

»Todo el mundo sabe que en los últimos cinco años las solicitudes de licencias matrimoniales han aumentado aquí considerablemente. Harta de servir como campo de batalla para las guerras de los demás y de luchar por ideales políticos que siempre defraudan, Francia ha decidido retirarse a la vida privada. Y como en el hogar hay poco que hacer después de la cena, la natalidad crece que da gusto.

»Hombres con salarios mínimos sin esperanzas de que lleguen a ser máximos, afrontan valerosamente la fundación de una familia. Chicas guapísimas, que tendrían un brillante porvenir alternando en los cabarets, se convierten en madres humildes y felices de dos robustos niños. (Y hasta de tres, que ya se han dado algunos casos). La moralidad se extiende como un bálsamo curativo sobre las antiguas llagas de la corrupción. Hoy, en París, hay el mismo número de adúlteros que en cualquier otra capital europea. Ni uno más.

—¿Tú crees? —dudó Juan—. Yo estaba convencido de que los gallos franceses, en vez de saludar la salida del sol diciendo «kiki-rikí», decían «cocu-cocú».

—¿Qué te hizo pensar semejante disparate? —se indignó Ignacio.

—La literatura francesa contemporánea. En todas las novelas que he leído impresas aquí, aparece un cónyuge con protuberancias en la región frontal que no son precisamente quistes sebáceos.

—Eso mismo te demuestra que el cornudo escasea en la realidad. Los novelistas crean personajes y argumentos fantásticos para dar interés a sus relatos. El lector busca en los libros seres que se salgan de lo corriente y situaciones que no ocurren todos los días. Nadie se gasta ochocientos francos en una novela copiada del mundo real, que se limite a contar la plácida historia amorosa de un matrimonio constituido por una mujer honesta y un hombre honrado.

—Puede que tengas razón —cedió un poco Juan, aunque sin dejarse convencer del todo—. Pero yo he visto con mis propios ojos un caso tan escandaloso de frivolidad, que desmiente tu teoría de la conversión parisiense a la vida hogareña. Sólo en París puede verse una cosa así.

—¿Qué es lo que viste?

—Una señora casada, que se exhibe en todas partes con su «gigoló».

—¡Ah, sí! ¿Te refieres a Madame Frapé?

—No.

—Entonces —dijo Ignacio sin dudar—, será la otra.

—¿Cómo? ¿Es que sólo hay dos?

—Sí. La que dices se llama Madame Flambé, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Pues aunque su conducta te haya escandalizado, esa señora es digna de admiración. Y su compañera también. Madame Frapé y Madame Flambé son tan buenas patriotas, que no me extrañaría verlas dentro de poco con la roseta de la Legión de Honor.

—¿Por qué? ¿Por pegársela a sus maridos?

—No digas disparates. Ellas adoran a sus maridos. Sus hogares son verdaderos ejemplos de la felicidad conyugal más empalagosa que puedes imaginarte. Son de esos matrimonios que comen cogidos de una mano, dándose bocaditos el uno al otro con la otra.

»Pero no vacilan en sacrificarse por el mal nombre de su ciudad natal, que tantos ingresos produce a las arcas de la República. Y arrojando la maledicencia, han resucitado una vieja costumbre desaparecida para prestigiar la declinante frivolidad de París: el “gigoló”.

»Hace años que el Cuerpo de “gigolós” tuvo que disolverse por falta de clientela que contratara sus servicios. Salvo alguna millonaria chiflada, casi siempre americana, las mujeres modernas son demasiado listas para llenar sus vacíos sentimentales con hombres alquilados a tanto la hora. El oficio de “guapo-taxi” fue producido antiguamente, cuando la mujer era más mema y envejecía más de prisa. Una cincuentona necia y pocha, con apetitos excesivos en su cuerpo ya marchito, no tenía más solución que llamar por teléfono a la “gigolería” y pedir que le enviaran el “gigoló” más hermoso que tuviesen.

»Hoy, en cambio, la mujer no se conforma con tan flaco sustento. La cincuentona actual, que sabe mucho porque ha leído un poco y ha envejecido poco porque se ha cuidado mucho, ama y es amada como cualquier jovencita. Y los pobres “gigolós”, condenados al ostracismo, han tenido que dedicarse a trabajos más ingratos y menos productivos.

»Pero las señoras de Frapé y Flambé, enamoradas de su querido París, velan por conservar sus más típicas tradiciones. Y por iniciativa suya, sin estar subvencionadas por el Comité del Turismo, se han echado las dos “gigoló” formal.

»Digo formal, porque sé de buena tinta que la relación de estos muchachos con sus alquiladoras es la de meros “señoritos de compañía”. Jamás se propasan con ellas. Se limitan a acompañarlas para llenar el plato más sabroso de la comidilla social: el

chismorreo. (En las fiestas de sociedad siempre tiene que haber alguien de quien se pueda hablar mal, para que la reunión lo pase bien).

»Hay que reconocer además que el “gigoló”, prescindiendo de su íntima catadura moral, era antes en los salones un bonito elemento decorativo. Lo mismo que las damas de las camelias realzaban con su belleza pecaminosa el sarao en un palacio, aquellos “margaritos gautiers”, sanos y bien vestidos, ponían una nota de vigor juvenil en esas reuniones de nobles barrigas sujetas con fajas y de aristocráticos senos enderezados con alambres.

»Esto no quiere decir que defienda al “gigoló”, ni mucho menos; pero creo, como las madames Frapé y Flambé, que es un personaje tan típicamente parisiense que no debe desaparecer. Y aplaudo el heroísmo de esas señoras, que sacrifican su inmaculada reputación para que los turistas puedan seguir diciendo al regresar a sus bases:

»—París está frívolo como siempre. Con decirte que sigue habiendo señoras que tienen un “lulú” y un “gigoló”...

»—¡Olalá! —se excitan sus interlocutores, ansiando visitar la asombrosa ciudad donde ocurren tales fenómenos.

»—Y no me lo contaron, que conste —remacha el turista—: yo mismo vi un par de ellas con mis propios ojos.

»No saben que ese par, aparte de ser las únicas, son dos intachables madres de familia dedicadas a ocultar esta verdad tan edificante, pero tan perjudicial para las agencias de viajes: que París va camino de convertirse en Pamplona.

Juan quedó bastante chafado con esta demostración que le hizo Ignacio de la creciente mojigatería parisiense.

Desde que se incorporó a su destino de la Embajada, tuvo la secreta esperanza de que allí no le faltarían ocasiones de completar con clases prácticas su deficiente educación sexual. Se imaginaba París como una inmensa Universidad amorosa, con un profesorado tan abundante que le sería fácil encontrar alguna catedrática dispuesta a aprobarle su examen de ingreso en el Amor.

Pero por lo visto se había equivocado y aquello no era el «coladero» que él suponía.

—¿Qué puedo hacer entonces para resolver mi problema? —preguntó a Quesada, entristecido y desorientado.

—No te preocupes, hombre —le tranquilizó su compañero—. Entre la Sodoma y Gomorra que se imagina la gente y la Pamplona que pronostico yo para el porvenir, hay un término medio moderado que es el París actual. Aquí existen lugares de esparcimiento como en cualquier otra capital. Con un poco de dinero y un mucho de fantasía, puedes vivir una aventurilla nocturna que te cause cierta ilusión. Si esa clase de idilios a precio fijo no te seduce, no te queda más recurso que comprar un

periódico.

—¿Para entretenerme leyéndolo en la cama?

—No: para encontrar alguien que te acompañe en ella. Leyendo atentamente los «anuncios por palabras» de cualquier diario, se encuentran siempre amores de ocasión. Hay que fijarse bien, porque las anunciantes que ofrecen esta mercancía tienen el pudor de disfrazar su oferta con un barniz de honorabilidad.

»Lo cómodo sería que en la clasificación que ordena esas páginas publicitarias, entre las secciones de “alquileres” y “automóviles”, se intercalara otra titulada “amores” para agrupar en ella todos los anuncios de esta índole. Pero en vista de que aún no se ha implantado esta facilidad, el lector tiene que buscarlos con astucia y paciencia porque se publican mezclados con todos los demás.

—Pues ayúdame a encontrar alguno —le rogó Juan enviando a comprar un periódico del día.

Ayudado por Ignacio, experto en estas investigaciones, Juan fue examinando uno por uno todos los «anuncios por palabras» del diario *La Tierra es redonda*.

—«Camioneta Mercedes —leyó— se ofrece para cualquier servicio público». ¿No será una señorita llamada Mercedes, que se hace pasar por camioneta? Eso de «cualquier servicio público» puede ser un modo discreto de ofrecerse para otras cosas privadas.

Llamó para cerciorarse al teléfono que indicaba el anuncio, y preguntó dulcemente por aquella «Mercedes».

—La Mercedes ha salido —le contestó una voz de hombre—, pero estará libre mañana por la tarde. Gasta muy poco, y puede soportar encima una carga de mil quinientos kilos.

Este último dato hizo sospechar a Juan que se trataba de una auténtica camioneta. Y colgó.

Continuaron recorriendo las columnas del periódico hasta tropezar con este anuncio prometedor: «Señorita extranjera enseñaría el sánscrito a caballero honorable».

—¿Por qué supones que esta inserción oculta un doble sentido amoroso? —preguntó Ignacio.

—Porque sabe Dios a lo que esa señorita llamará «sánscrito».

—No te fíes. También yo cuando no tenía experiencia, telefoneé muy ilusionado a una señorita que prometía enseñar «búlgaro». Y me llevé un chasco tremendo, porque se refería al idioma.

—Pero ¿quién puede tener interés en aprender el sánscrito?

—¡Qué sé yo! En París hay tantos extranjeros...

Siguieron buscando, hasta que Ignacio se detuvo en seco:

—Mira. Este es el que te conviene: «Señorita maniquí del modisto Paquitou aceptaría sincera amistad de señor formal». Aquí hay aventura asegurada. La profesión de maniquí garantiza que la chica será atractiva. Y la «sincera amistad» que solicita, no es más que un elegante eufemismo del verdadero objetivo que encierra su proposición.

Juan esperó para telefonarla a la hora que indicaba en el anuncio (de seis a ocho), y tuvo que repetir la llamada varias veces hasta que encontró la línea libre. Otros buscadores de amor se le habían adelantado y temió haber perdido la presa. Pero no.

La propia anunciante se puso al teléfono, pues no se apartaba de él para ir haciendo la selección de candidatos. Tenía una voz agradable, de soprano sin pretensiones, y hablaba con desparpajo, como recitando una lección bien aprendida:



—Me llamo Verónica y nací en Marsella. Llegué a París hace poco tiempo. Me coloqué de maniquí en Paquitou. No tengo amistades en esta ciudad y me encuentro muy sola. Ahora hábleme de usted. Cuénteme algo de su vida, de su profesión, de sus ingresos...

Juan hizo el resumen de su personalidad que se le pedía, añadiendo que también se sentía muy solo y ansioso de una amistad sincera.

—¿Qué estatura tiene usted? —preguntó ella al final para hacerse una idea de su aspecto.

—Más de metro y medio y menos de dos.

—¿Cuánto pesa?

—No lo sé con exactitud, porque nunca me he cogido en brazos.

—¿Tiene alguna tara física importante?

—No. Algunos defectillos, como todo el mundo.

La voz de Verónica pareció satisfecha del examen y propuso una cita previa de reconocimiento mutuo, sin ningún compromiso.

—Será una reunión de tanteo, para ver si podemos llegar a llevarnos bien —dijo ella. Lo del «tanteo» sedujo a Juan, que aceptó encantado.

—Entonces —concretó la modelo—, si no le parece mal, podemos encontrarnos a las nueve en el «Café de las Barbas».

—No conozco ese café. ¿Dónde está?

—Según se va todo derecho, a la izquierda. Es un pequeño local al que acuden todos los artistas que usan barba.

—No será usted una mujer barbuda, ¿verdad? —se asustó Juan.

—¡No, por Dios! —rio ella con una sonrisa que sonó a relincho de potranca—. Es que ese café me pilla cerca de casa. Para que usted me reconozca, llevaré un periódico en la mano.

—Así no la reconoceré, porque París es una ciudad muy culta y todo el mundo lleva periódico en la mano. Debe usted llevar algo menos corriente: una rana en la cabeza, un pajarraco en el sombrero, una cachimba en la boca...

—Está bien —concedió la voz de soprano sin pretensiones—: llevaré en un pie un zapato verde, y en otro uno azul.

—Conforme. Hasta las nueve entonces. Seré puntual.

Treinta minutos antes de la cita, el corazón del joven diplomático bombeaba su sangre a una velocidad de doscientas pulsaciones por minuto. Madame Huesiris, que le espío por el ojo de la cerradura mientras se acicalaba encerrado en su cuarto, chascó la lengua y dedujo con gran sentido psicológico:

—¡El feúcho ha pescado una currita!

Y la vieja suspiró con tristeza, porque ella en cambio ya no encontraría nunca un idilio primaveral que llevarse a los brazos.

«Debe ser guapa y esbelta —pensaba Juan mientras tanto—; porque si no lo fuese, no la hubieran admitido como maniquí. Lo malo será que yo no le guste en esta entrevista preliminar, y que me rechace cuando se inicie el tanteo».

Y para embellecerse lo más posible, reforzó en medio centímetro la capa de fijador que mantenía lisos y brillantes sus encrespados cabellos.

Un taxi le condujo al «Café de las Barbas», situado en una callejuela próxima a San Germán de los Prados. En toda esta zona, popularizada por Sartre y sus muchachos, había indicaciones recomendando prudencia a los automovilistas, semejantes a las que se emplean en las zonas escolares. Pero en los discos, en vez de un grupo de niños con el letrero: «Cuidado: escuelas», aparecía un grupo de filósofos con esta advertencia: «Cuidado: escuelas filosóficas».

El «Café de las Barbas», por una de esas graciosas paradojas que sólo ocurren en el intelectualísimo París, era un local que empezó siendo barbería. Pero el dueño, contaminado por el existencialismo del barrio en el que estableció su negocio, comprendió un día que era criminal vivir de un oficio que coartaba una libertad de la Naturaleza: el crecimiento de los pelos faciales. Es indudable, desde el punto de vista filosófico, que no hay profesión tan «contra natura» como la de barbero. Por no hablar de su inutilidad, pues no hace falta ser un Kant para llegar a la conclusión de que es completamente estúpido malgastar la existencia cortando hoy un terco pelito que volverá a salir mañana con el mismo vigor.

A estas conclusiones llegó el propietario de la antigua barbería. Y en desagravio a todas las barbas a cuyo libre desarrollo se opuso navaja en ristre, dedicó su establecimiento a fomentarlas y protegerlas.

Dentro del café, en efecto, había numerosos parroquianos barbudos alternando con unos pocos afeitados. Todos los que lucían adorno capilar en el mentón, eran artistas. O por lo menos eso creían ellos.

Había también parejas de novios que trataban de vencer con coñac el miedo que tenían de casarse, y matrimonios que trataban de olvidar con la misma bebida las calamidades que sufrían por haberse casado. Algunas personas solas, en distintas mesas, pensaban en sus cosas consumiendo despacio una consumición.

Dominando su timidez, Juan empezó a recorrer todas las filas de veladores en busca del cuerpo desconocido que contenía la voz de soprano.

Sus pesquisas produjeron a Juan bastante sofoco, pues tenía que detenerse ante cada velador y agacharse para examinar el calzado de sus ocupantes. A la gente, claro está, aquel examen le parecía una impertinencia. Algunos hombres le tomaron por un limpiabotas distinguido, y le decían con malos modos que no necesitaban sus servicios. Las mujeres, en cambio, se bajaban las faldas instintivamente, pensando que lo que Juan pretendía con su agachamiento era verles las piernas.

Cuando estaba a punto de terminar su azorante recorrido, bajo una de las mesas en penumbra colocadas al fondo del café encontró lo que buscaba: dos piernas pertenecientes a la misma mujer, calzada una con un zapato verde y la otra con un zapato azul.

Los ojos del diplomático se detuvieron emocionados en aquel punto, e iniciaron después un tímido ascenso tobillos arriba.

La primera etapa de esta inspección ocular condujo a Juan hasta unas pantorrillas carnosas y sólidas, de diámetro bastante superior al normal. La seda de las medias en que estaban embutidas, le recordó no sé por qué el pellejo transparente que recubre la rosada carne de las butifarras. Al nivel de las rótulas, el telón de la falda impedía admirar espectáculos de más altura.

Los ojos de Juan continuaron trepando por el cuerpo que sustentaba aquellas extremidades macizas, y sufrieron bastante vértigo durante la escalada.

Porque resultó que Verónica era gorda. Francamente gorda. Su silueta estaba desdibujada por abultamientos, redondeces y otros accidentes carnográficos. El volumen de sus pechos no les permitía entrar en la dulce calificación de «senos», teniendo que conformarse con la grosera definición de «mamas».

El rostro de Verónica, al que por fin llegó Juan ya muy decepcionado, era el remate lógico de aquel pedestal tan deplorable. Tenía la clásica forma llamada «de torta» o «luna llena», con ojos pequeños y muy separados entre sí. Sus cabellos no estaban mal, pues tenía muchos y todos del mismo color castaño. Pero había cometido la torpeza de esquilárselos a la última moda, con lo cual dejaban al descubierto un cogote con gruesos pliegues de pellejo repletos de grasa.

Pese a la acumulación de tantos defectos, Verónica resultaba simpática gracias a la sonrisa de su boca y a la chatedad de su nariz. Y mientras Juan la examinaba de pies a cabeza, ella también lo examinó de cabeza a pies.

—Usted perdone... —balbució el secretario de Embajada sin saber cómo iniciar la conversación—. ¿Es usted la señorita Verónica?

—Sabe de sobra que lo soy —contestó ella, un poco nerviosa también—. No encontrará en toda Europa una mujer con un zapato verde y otro azul. ¿Quiere sentarse?

—Con mucho gusto —dijo él, ocupando una silla junto a la gordita.

Y para disimular su azoramiento, se puso a dar palmadas llamando al camarero. Hubo un silencio molesto que los dos trataron de rellenar con tosecillas y carraspeos. Pero viendo que Juan no se arrancaba, Verónica se lanzó a dar el primer paso:

—Le he decepcionado, ¿verdad?

—¡Por favor, señorita!...

—Sí, no lo niegue —insistió ella—. Pero quizá le sirva de consuelo saber que también usted me ha decepcionado a mí.

—¿Qué?

—Es mejor que hablemos francamente, ¿no le parece? Convinimos que esta cita sería sin ningún compromiso. Y la «amistad sincera» que yo solicitaba en mi anuncio, sólo puede iniciarse con sinceridad por ambas partes.

—Desde luego —reconoció Juan animándola a continuar, pues para su timidez era un alivio que ella llevara la voz charlante.

—En ese caso empecemos diciendo la verdad: usted esperaba que yo sería una venus estilizada y se ha encontrado con una birria achaparrada.

—Tanto como achaparrada... —suavizó Juan, sin negar lo de birria.

—Yo, por mi parte, creí que usted sería un Romeo seductor, y me encontré con un feo aterrador.

—Tanto como aterrador... —suavizó de nuevo Juan, sin negar tampoco lo de feo.

—Puesto que la decepción ha sido mutua y equivalente —prosiguió la mujer con admirable sinceridad—, sólo nos queda decidir si nos interesa prolongar esta entrevista.

—Por mi parte... —empezó a decir Juan.

—Por su parte, ¿qué? —le acució ella.

—Por mi parte... —dijo de nuevo, sin atreverse a continuar.

Y recordó los días amargos que estaba pasando, porque no hay nada tan triste como la soledad en primavera.

El camarero, al acercarse en aquel momento a preguntarles qué iban a tomar, le brindó una solución airosa para ganar tiempo.

—¿Qué le apetece a usted? —preguntó a la regordeta—. Yo tomaré una ginebra con agua.

—Y yo un vermut con sifón —dijo ella, añadiendo con una sonrisa—: Pero sin compromiso, ¿eh?

—Claro, claro —contestó él, sonriendo también—. Sin ningún compromiso.

Y los dos se echaron a reír, porque en el fondo se sentían contentos de no estar solos en aquella estupenda noche primaveral. Y en el cerebro del joven diplomático brotó este pensamiento indigno de su distinguida carrera:

«A falta de pan, buenas son gordas».

Cuando el camarero trajo las bebidas, empezaron a tomarlas a sorbitos pequeñísimos, para que les durara más el pretexto de prolongar la charla en el café.

—Yo creí que los diplomáticos eran ustedes más guapos —dijo Verónica sin malicia, por iniciar un tema de conversación.

—Pues también creí yo que las modelos eran menos gordinflonas —replicó Juan un poco picado—. Le confieso que lo que más me sorprende de usted, es que sea maniquí con ese tonelaje.

—Comprendo su sorpresa —admitió ella— y reconozco que mencioné mi profesión en el anuncio como cebo para que picaran más incautos. Porque yo, en realidad, soy la única modelo del mundo que pesa ochenta kilos. Se lo debo al gran Paquitou, el mejor modisto de París. Paquitou es un hombre inteligente y se dio cuenta de que la exhibición de sus colecciones tenía un defecto garrafal: la excesiva esbeltez de las señoritas encargadas de lucir los trajes. Altas como pértigas y delgadas como galgos, las maniqués no dan nunca una visión auténtica del efecto que puede producir un vestido. En sus anatomías estilizadas, cualquier trazo se estiliza también, adquiriendo una ligereza y una gracia totalmente falsas. Porque luego, cuando el mismo trazo cae sobre el cuerpo de una comadrona, adquiere la pesadez y la tristeza de una cota de malla.

»Este fenómeno se explica fácilmente: las señoras que pueden permitirse el lujo de adquirir los costosos trajes de Paquitou son en general ricachas ya fondonas que rondan la madurez. Raro es el marido joven que puede pagar a su joven esposa esas facturas astronómicas. Salvo algunos casos aislados de herencias prematuras, cada vez menos frecuentes debido a la longevidad que proporcionan los antibióticos, los maridos sólo consiguen la riqueza cuando ya sus esposas están en plena pachuech.

»Paquitou, que no se chupa el dedal, no quiso engañar a su clientela de señoras gruesas mostrando sus vestidos en airoso esqueletos cubiertos de piel escueta. Y en un alarde de honradez profesional, me contrató a mí como modelo. Yo participo en todos los desfiles exhibiendo los trajes más caros de la colección, que son los que suelen adquirir las millonarias obesas. Ellas pueden ver en mis ochenta kilos una reproducción exacta del aspecto que tendrían al ponérselos. En una palabra: soy la realidad; la reproducción exacta de sus cuerpos con dinero y sin cintura. Y ellas agradecen a Paquitou esta “versión original”, porque así nunca se llevan un disgusto por haberse forjado demasiadas ilusiones. Y Paquitou diseña sus creaciones procurando que me sienten bien a mí, porque el éxito de un modisto sólo consiste en saber vestir a las señoras gordas.

Al terminar esta explicación, las copas de ambos estaban vacías.

—¿No tiene usted hambre? —preguntó Juan.

—No —dijo ella secamente, interpretándolo como una alusión a su gordura—. Mi volumen es fruto de mi tiroides y no de mi voracidad.

—No quise ofenderla. Lo dije pensando que quizá podríamos ir a cenar juntos.

—Bueno —accedió ella con rapidez—. Si insiste usted de ese modo... Conozco un pequeño restaurante donde cuecen las patatas maravillosamente. Nunca habré comido usted unas patatas tan bien cocidas.

—Pues vamos allá —propuso Juan, pagando y propinando al camarero—. ¿Está muy lejos?

—A dos pasos de aquí. Se llama «El pelo en la sopa».

—Es curioso —observó él mientras salían—; todos los establecimientos de este barrio tienen nombres peludos: «Café de las Barbas», «El pelo en la sopa»...

—Es natural; como hay tantos existencialistas...

El restaurante era ligeramente sórdido, pero simpaticote. Estaba decorado en ese estilo que llaman «rústico», que consiste en no decorar. La cocina, si no buena, era al menos potente, pues esparcía por todo el local un denso tufo a guisos variados.

—Aquí han comido muchos prohombres del existencialismo —le explicó Verónica.

—Comprendo entonces sus teorías de la náusea y el asco vital —dijo Juan echando un vistazo a su alrededor.

—Le advierto que es un sitio muy típico.

—No necesita advertírmelo: se ve a simple vista y se huele a simple olfato. El tipismo, no sé por qué, se hace en todos los países con los mismos ingredientes: platos muy fuertes para comer y asientos muy duros para sentarse.

Eligieron una mesa apartada para poder charlar tranquilamente. Charlaron bien, pero comieron mal. Las patatas cocidas, especialidad de la casa, se habían terminado, y tuvieron que conformarse con unas *côtelettes Princesse Royale à la sauce Empereur*.

A la segunda botella de vino, las lenguas de la pareja se desataron y se metieron en la zona de las confidencias.

—Yo desciendo de una familia noble —se embolsó Verónica al sexto vaso—. Mi tatarabuelo fue un mosquetero finísimo de la escolta real. Tan fino era, que la empuñadura de su espada tenía una goma para borrar las manchas de sangre que hacía con la punta.

Juan aprovechaba las pausas que ella hacía al masticar las *côtelettes* para meter anécdotas de su vida reducidas al tamaño de incisivos. Y Verónica se echaba a reír con esa carcajada fresca y ruidosa que sólo tienen los hipotiroideos.

Terminada la cena reforzaron su animación con grandes copas de coñac.

Y así fue como Juan, sin saberlo, pero no sin beberlo —porque bebió como el desagüe de un lavabo—, se encontró de pronto en la puerta de un hotel *meublé* transportando a Verónica del brazo.

Nunca supo quién le guio hasta allí, aunque sospechaba que fue el chófer del taxi

que tomaron al salir de «El pelo en la sopa».

Nunca pudo recordar tampoco las señas de aquel sitio en que las parejas entraban de prisa, cogidas del brazo, y salían despacio, cogidas de la mano.

Pero nunca olvidó aquel escenario que había visto entre brumas de sus abundantes libaciones: el pequeño *comptoir*, con el encargado soñoliento; la escalera, estrecha y empinada, que conducía a los pisos altos; las luces de los pasillos, veladas con pantallitas de tela roja, que prestaba a los rostros el falso rubor de una vergüenza que no tenían...

Y por fin la habitación, con una cama de dos plazas y un lavabo de dos grifos, alfombrada en raída moqueta color de remiendo. En los muebles y paredes de la pieza, la dirección del hotel había fijado numerosos letreros dirigidos a los huéspedes.

Encima de los aparatos sanitarios, por ejemplo, un cartelito decía:

«Se ruega que al salir dejen los grifos cerrados».

Y al pie de las cortinas que cubrían la ventana colgaba una etiqueta con esta súplica:

«Hagan el favor de no limpiarse aquí los zapatos, marranos».

Bajo todos los interruptores, un pequeño recuadro ordenaba:

«Si apagan la luz al entrar, no la dejen encendida al salir».

Y en la cabecera de la cama, una chapa metálica advertía enérgicamente:

«Prohibido bajarse en marcha».

Pero el recuerdo más importante que Juan conservó de aquella noche fue la comprobación personal de un hecho que reforzaba su doctrina de unidad humana: la redondez del ombligo de la mujer francesa. Prueba evidente de que ni el sexo ni la nacionalidad influyen en la forma de este marchamo que nos ponen al salir de la fábrica natal.

En noches sucesivas, con más confianza y menos alcohol, Juan continuó frecuentando los brazos de Verónica.

—Eres una compañera sana y abundante —la piropeaba él, pues era el único piropo que le iba bien a aquella criatura tan desarrollada en todas direcciones.

Y ella se conformaba, porque comprendía que los diminutivos amorosos («palomita», «almendrita», «vidita») le quedaban pequeños. El único que le cabía era el de «elefantita», pero éste le sienta mal a cualquiera.

Juan, como el perspicacísimo lector habrá supuesto, no explicó a sus compañeros de la Embajada que su amiguita era más bien una amigota. Dejó que Ignacio le envidiara creyendo que había conquistado a una sugestiva maniquí del peso pluma, y no quiso confesarle que se trataba de la única modelo perteneciente al peso pesado.

El pobre «Juan sin don» pudo, por primera vez en su vida, presumir de ser un auténtico «don Juan».

Pero aquella felicidad primaveral no le duró mucho tiempo.

No hacía falta leer los periódicos para enterarse de que los asuntos internacionales iban de mal en peor; bastaba mirarlos desde lejos para observar que salían con letras cada vez más gordas y más negras.

Y cuando la primera plana de un diario se ennegrece es señal inequívoca de que el porvenir del mundo se ensombrece. Este sencillo barómetro es tan infalible como el tarro con la rana que sube por la escalerilla, o el monje con el puntero que levanta el brazo.

Puede decirse, por lo tanto, que el ennegrecimiento de los periódicos equivale a la rana trepadora que anuncia la proximidad de las tormentas bélicas. Y casi todos los diplomáticos se fían de este barómetro, porque su ajetreada vida social les deja poco tiempo para leer.

Una mañana, al llegar a su despacho, Juan se encontró con la orden de presentarse inmediatamente al embajador.

«¿Me habrá visto en algún sitio con mi gorda?», pensó el joven secretario preocupado, mientras llamaba a la puerta de Su Excelencia.

Pero no se trataba de su gorda particular, sino de una «gorda» general que estaba a punto de armarse. Don Rosendo Castillete se mostró alarmadísimo.

—Tengo que darle una mala noticia —dijo a Juan.

—Es usted muy amable —rechazó él modestamente—, pero no la merezco.

—Sí, sí —insistió el embajador—; ya lleva usted el suficiente tiempo a mis órdenes para que le conceda esa distinción.

—Pues muchas gracias.

Su Excelencia adoptó un aire misterioso antes de añadir:

—El chico que trae los periódicos a la Embajada me ha dicho que ha estallado la guerra fría.

—¿Qué clase de guerra es ésa? —preguntó el subordinado con un gesto de extrañeza.

—Yo tampoco lo sabía —confesó don Rosendo—, pero me lo ha explicado el chico de los periódicos. Dice que lo sabe de buena tinta; y debe de ser verdad, porque



lleva tantos periódicos encima que está siempre muy entintado. La guerra fría, por lo visto, viene a ser como una guerra en conserva. Dentro de la lata está ya todo guisado y a punto: los cañoncitos aceitados, los muertecitos escabechados... Lo único que hay que hacer es calentar la lata poco a poco, y servirla en un campo de batalla cuando empiece a hervir.

—Muy práctico —reconoció Juan.

—¡Ya lo creo! ¿Usted sabe lo que se tardaba antes en cocinar una guerra para mucha gente? ¡Un horror de tiempo, hijito! Había que preparar los ingredientes con mucha anticipación; poner la paz en remojo, pues las paces de entonces eran muy sólidas y se necesitaban varios años para ablandarlas, y encargar las armas a unos fabricantes con bigote y sombrero hongo que prometían entregarlas en seguida, pero luego se retrasaban una barbaridad porque tenían muchos compromisos con otras potencias; y movilizar a los soldados, que como vivían lejos del cuartel tardaban bastante en incorporarse a filas; y organizar un Sarajevo, que era el fulminante sin el cual no podía reventar toda la pólvora acumulada... Los preparativos eran tan laboriosos que el público se impacientaba, con muchísima razón. Ahora, en cambio, es muy cómodo: se tiene siempre a mano una guerra fría; y cuando apetece utilizarla se calienta, se sirve y ya está.

Juan quedó maravillado de aquel utilísimo invento, que simplificaba tanto las periódicas muertes en masa de la Humanidad.

—Eso de la guerra fría debe de ser una patente norteamericana —opinó—. Como allí son tan aficionados a las conservas...

—Sea quien sea el inventor —continuó Su Excelencia—, esa lata existe y está en estos momentos encima de la mesa mundial. Bastaría un bayonetazo para abrirla y derramar su sangriento contenido sobre todos los continentes. Pero hasta hoy, a pesar de que las bayonetas abundan más que los palillos de dientes, nadie se ha atrevido a perforar la tapa de tan trágica conserva. La guerra fría sigue en el bote, y las grandes potencias se dedican a calentarla. De momento el calor no pasa de un tibio «baño de maría»; pero existe el peligro de que a los rusos, que son tan frioleros, se les vaya la mano echando leña al fuego y hagan hervir el envase hasta que reviente.

—Es para mí un gran honor que Su Excelencia se haya dignado poner mis humildes pelos de punta con esa terrible noticia —agradeció Juan educadamente—. Pero ¿puedo saber por qué me eligió a mí, que soy el secretario con menos jerarquía de toda la Embajada?

—Porque el Gobierno me ha ordenado que envíe un observador a las conferencias de la S. P. R. que van a celebrarse en París —le explicó don Rosendo—. Este organismo internacional, como usted tiene la obligación de saber, acaba de crearse para evitar que la guerra fría se temple demasiado.

—¿Se refiere usted a la Sociedad Protectora de Racionales? —preguntó Juan.

—En efecto. Esta entidad es la sucesora de la antigua y fracasada Sociedad de Naciones. Todos los países han enviado un representante, y el lunes darán comienzo las sesiones. Nuestro Ministerio de Negocios Extranjeros no tiene ninguna fe en la eficacia de semejantes sociedades y no quiere que un miembro valioso de la carrera pierda el tiempo asistiendo a esas reuniones inútiles. Por eso me han dicho que envíe para cubrir nuestra representación al funcionario menos útil de la Embajada.

—Gracias por haberme elegido a mí —dijo Juan con una sonrisa más amarga que una vesícula biliar.

—Eso no significa que dude de su capacidad, amigo Velasco —añadió apresuradamente el embajador—. Pero, dada la índole de su trabajo actual, puedo prescindir de usted sin trastornar el rendimiento de nuestras oficinas.

—Es inútil que trate de arreglarlo.

—Déjeme al menos intentarlo.

—¿Y dónde van a celebrarse esas sesiones?

—La sede de la S. P. R. va a ser el palacio llamado Mediano Trianón, que está situado entre el Pequeño Trianón y el Gran Trianón. Era el único edificio suntuoso que no se había alquilado aún a un organismo internacional. Porque ya habrá visto usted que todo París está cuajado de iniciales: «N.A.T.A.», «O.C.I.P.», «P.U.P.A.», «F.E.O.», «U.P.S.A.», «L.I.T.E.»... Cada uno de estos anagramas abrevia el larguísimo nombre de una vasta organización dedicada a una tarea concreta. La «N.A.T.A.», por ejemplo, se ocupa en regular la producción mundial de leche, incitando a las vacas perezosas al incremento de sus secreciones mediante folletos escritos en varias lenguas de vaca. La «O. C. I. P.», es una poderosa entidad bancaria que tiene bajo su dominio los bancos de sardinas que hay en todos los mares, para que los pescadores no gasten sus reservas de plata líquida...

»Pero la más importante de todas, aunque sirva para menos que las demás, es la «S. P. R.». Sus propósitos son loables, aunque absurdos: pretende, paradójicamente, proteger al hombre de la ferocidad del hombre.

»Aquí tiene el reglamento, para que lo lea y vaya documentado a la sesión del lunes.

Y el embajador le entregó una hoja impresa, que Juan estudió detenidamente, en la que se decían cosas así:

«Las naciones deben darse cuenta de que no tiene sentido fundar y sostener Sociedades Protectoras de Animales, mientras no exista una Sociedad que proteja a los racionales. ¿Cuándo se ha visto que en un barco se instalen botes salvavidas para las ratas y no se ponga ninguno para la tripulación?

»Antes que en el *fox-terrier* de pelo duro, debemos pensar en el hombre de pelo blando. Entendiéndolo así, la Sociedad Protectora de Racionales aplazará *sine die* la resolución de los problemas que afectan al cuadrúpedo, para dar preferencia a los que

afligen al bípedo.

»Esta Sociedad luchará para conseguir que los racionales de todas las razas puedan hablar libremente por las calles, sin que nadie ponga un bozal a sus ideas.

»Esta Sociedad no es tan ingenua como para pretender que, a estas alturas, los hombres se amen los unos a los otros. Pero tratará de conseguir que, por lo menos, se soporten. Con lo cual *tutti* estaremos más *contenti*.

»Todas las naciones que forman parte de esa Sociedad juran por las glorias de sus madres que harán lo posible para que la guerra fría se quede congelada. Prometen igualmente no enfadarse si alguna vecina esclava las insulta buscando camorra, pues del dicho se pasa al hecho y el mundo acaba deshecho.

»No se admitirá a ningún país expansiones territoriales con el consabido truco del «espacio vital», pues ya dice el refrán claramente que donde comen dos comen tres. Un poco más apretados, desde luego, pero comen. ¿Y qué culpa tiene uno que al vecino se le haya quedado pequeña su casa por no dedicar al sueño sus horas de cama?

»Esta Sociedad desea recordar al público en general que la prohibición divina de matar al prójimo continúa en vigor, pues aumenta cada día el número de infractores que suponen derogado ese decreto.

»Los países asociados, por medio de sus representantes, se reunirán todos los días laborables para arreglar pacíficamente las tripas que se le hayan roto a cada cual. Si el número de roturas impidiera la reparación de todas las tripas en un mismo día, se anotarán las reparaciones pendientes por orden alfabético para efectuarlas en sesiones sucesivas».

Estas eran, entresacadas al azar, algunas de las normas importantes que reglamentan la Sociedad Protectora de Racionales.

El lunes siguiente, revestido con el nombramiento de representante de su país, el joven Velasco acudió a la sesión inaugural de la flamante Sociedad.

El Mediano Trianón, situado efectivamente entre los célebres palacios llamados Pequeño y Gran Trianón, ofrecía un aspecto fastuoso. Dos gendarmes, con porras de gala en la mano, regulaban el tránsito en la puerta principal. La fachada del edificio aparecía adornada con docenas de banderas multicolores, como el anaquel de un bar.

Automóviles bruñidos, en fila ininterrumpida, se detenían para soltar su carga humana; de un *Rolls* negro se apeaba un blanquísimo representante americano, y de un *Cadillac* blanco surgía un negrísimo representante africano.

El palacio, construido antiguamente por un rey rumboso para albergar a una *madame* que se le daba bien, había sido acondicionado para la celebración de estas conversaciones. En el inmenso salón de baile que ocupaba casi toda la planta baja se instaló una mesa gigantesca. Alrededor de esta mesa colocaron un cómodo sillón para cada par de nalgas internacionales. Una potente instalación de altavoces y micrófonos impedía que los delegados se durmiesen pretextando que no oían las alocuciones de sus colegas.

La primera ceremonia de aquel acto trascendental consistió en sortear los sillones entre los asistentes para impedir reclamaciones de los quisquillosos.

Pero el azar no entiende de política y distribuyó los puestos en el sorteo del modo más absurdo y peligroso.

Al comisario soviético que representaba a la U.R.S.S., le tocó sentarse junto al cardenal romano que representaba al Papa. Y junto al monóculo del noble delegado inglés se acomodó la sábana del enviado indio. El que tuvo más suerte fue el representante de Bolivia, pues le correspondió el sillón más alejado de la presidencia y más próximo a la puerta; gracias a lo cual, agachándose y andando a cuatro patas, podía escaparse fácilmente del salón en mitad de las sesiones sin que nadie lo advirtiese.

Juan, tan afortunado en el juego como desgraciado en amores, obtuvo un asiento próximo a la presidencia, entre los delegados de Persia y Panamá. El persa tenía cara de eunuco, y debía serlo porque hablaba con una voz de tiple cómica que daba risa. El panameño, en cambio, era tan macho que llegaba afeitado a las sesiones y salía de ellas con bigote y barba.

La presidencia, de acuerdo con los estatutos de la Sociedad, también se sorteó. Y la suerte, que casi siempre hace trampas para adular a los poderosos, recayó en los Estados Unidos.

El representante norteamericano era un sujeto corpulento, de cutis congestivo y aspecto vitaminado, con un oasis de diecisiete pelos rubios en el desierto de su calva.

Poco amigo de discursos grandilocuentes, como todos los políticos de ese país en el que los minutos están fraccionados en sesenta dólares, se limitó a decir que abría la sesión.

El delegado soviético, fiel a su consigna de llevar la contraria al mundo entero, protestó porque se había abierto la sesión sin pedir a Moscú un permiso de apertura.

—Pues, hijo —le replicó el delegado de Honduras, que era un mestizo resultante del cruzamiento de una india con un chulo madrileño—: si cada vez que hablamos tenemos que pedir a Moscú un permiso para abrir la boca, estas conferencias nos van a salir más caras que si fueran telefónicas.

En vista de lo cual el ruso dijo una palabrota acabada en «vich» y puso un veto.

Es sabido que Rusia ocupa el primer lugar en la producción mundial de vetos. La fábrica, oculta bajo una remota estepa siberiana, abastece de vetos abundantes a todos los enviados de la U.R.S.S. en el extranjero. Gracias a lo cual pueden poner vetos con la misma facilidad que una gallina pone huevos.

En el curso de aquella sesión preliminar el ruso vetó tantas veces a los oradores, que el chulángano hondureño comentó:

—A ese soviet, en vez de un cenicero para las colillas, deberían ponerle un vetero para los vetos.

—Con permiso de los honolables lepresentantes aquí plesentes —dijo ceremoniosamente el delegado chino—, quielo plotestal.

La «plotesta» se basaba en que varios aviones desconocidos, con fines de «ploganda», habían volado sobre territorio de la China septentrional arrojando garbanzos para la hambrienta población civil.

—¿Cómo? —se indignó el delegado norteamericano—. De manera que una nación poderosa les obsequia con una lluvia de garbanzos ¿y encima protestan? ¡Es el colmo!

Y el chino aclaró con vehemencia:

—Plotestamos porque no nos gustan los galbanzos. Si nos tilasen aloz...

El yanqui no quiso confesar que conocía la procedencia de esos aviones desconocidos; pero prometió gestionar que en las futuras incursiones aéreas propagandísticas se bombardeara el hambre china con «proyectiles-arroz» en vez de «proyectiles-garbanzos». Y así se resolvió uno de los numerosos incidentes que estaban a punto de calentar la guerra fría.

Resuelta la propuesta del amarillo con el correspondiente veto del delegado moscovita, expuso su queja a la asamblea el representante siamés. También éste tenía la piel amarillenta, aunque no tanto como su colega pequinés.

—Hace ya muchos años —dijo a modo de preámbulo— nacieron en el Siam dos hermanos unidos por un costado. Ambos compartían una víscera común, y el curioso fenómeno fue muy comentado por la prensa mundial.

»La excesiva publicidad dada a tan insignificante suceso grabó en la memoria de los lectores la desgracia de estas infelices criaturas. Se habló mucho tiempo y en todas las lenguas de “los hermanos siameses”; hasta el punto de que este título, aplicado en principio a un aislado caso clínico, comenzó a utilizarse para designar todos los fenómenos de esta clase que nacieron después.

»Hoy se da el nombre de “hermanos siameses” a cualquier pareja de monstruos que vienen al mundo pegados por alguna parte. Lo cual es injusto y ofensivo para Siam. ¿Con qué derecho se llamó “siameses” a ese par de niños yanquis que compartían un solo cráneo? ¿Por qué se llama “siameses” a dos nenas guatemaltecas que nacen pegaditas por la espalda, como un corpúsculo doble que encierra una nuez?

»Bautizar así a todos esos errores de fabricación que produce la Naturaleza, hace suponer a la gente que en Siam nacemos de dos en dos para ahorrar en cada parto alguna víscera. Y no es cierto. Yo les juro que la tara padecida por aquellos hermanitos fue una fatal casualidad que no ha vuelto a repetirse desde entonces. Yo les juro que los niños siameses sólo están unidos por las manos cuando juegan al corro. Pido, por lo tanto, que se retire nuestra nacionalidad a esa variedad de tarados congénitos.

—¡Qué bobada! —comentó despectivamente el delegado peruano.

—¡Nada de bobada! —saltó furioso el siamés, como un gato de su tierra—. ¿Le gustaría a usted, por ejemplo, que la gente llamara «hermanos americanos» a todos los que nacen con estigmas de sífilis, enfermedad nacida en América y propagada por sus antepasados?

Estas palabras produjeron un gran revuelo en el salón. Los representantes de las repúblicas americanas se levantaron como escupidos de sus asientos por un resorte y quisieron linchar al amarillento.

Para dar una idea de la gravedad del tumulto, bastará decir que al inglés se le cayó del ojo el monóculo. Y muy serias tienen que ponerse las cosas para que a un flemático lord se le caiga su típico cristalito de la órbita ocular.

Por fortuna, todos los delegados europeos, excepto Rusia y sus satélites, calmaron a sus compañeros americanos y los convencieron de que el siamés sólo había querido demostrarles que era muy ofensivo para un país ser considerado patria de una tara física.

Resuelta esta segunda cuestión sin que faltara el veto del delegado moscovita, pidió la palabra el delegado italiano para protestar por lo mal que se portaban todas las potencias con Italia durante las guerras.

—Cuando no la ocupan sus aliados y la bombardean sus enemigos —dijo—, la ocupan sus enemigos y la bombardean sus aliados.

—Este es el inconveniente de ocupar una posición estratégica —dijo el delegado alemán, que llevaba botas militares hasta la rodilla bajo las perneras del pantalón de

paisano.

—¿Y qué es una posición estratégica? —preguntó un suizo, que desconocía los términos bélicos por haber sido siempre neutral.

—Es una mejilla colocada entre los contendientes, a la cual van a parar todas las bofetadas de la contienda —definió el delegado francés, cuyo *esprit* le había valido muchos éxitos en los salones parisienses.

—¿Y por qué no hacen la guerra en otra parte, carámboli? —gruñó el italiano, enfurruñadísimo.

—Porque en el Mediterráneo la temperatura es deliciosa —confesó un anglosajón — y se puede guerrear en pleno invierno en mangas de camisa.

Se nombró una comisión para que estudiara la posibilidad de crear en el centro de Europa un campo de batalla internacional con instalación de aire acondicionado, para celebrar allí todas las guerras sin hacer polvo a la pobre Italia. Y con este acuerdo se levantó la primera sesión de la Sociedad Protectora de Racionales. La guerra fría, gracias a esta recién nacida Sociedad, continuaba conservándose a la misma baja temperatura.

Aparte de las horas que perdía asistiendo a esas sesiones pacifistas, Juan tenía que perder algunas más redactando extensos resúmenes de todas ellas para el embajador.

—El resumen de hoy le ha salido muy delgadito —le reprendía don Rosendo palpando las cuartillas.

—Por eso se llama resumen —replica Juan.

—Se nota que es usted nuevo en esta plaza diplomática —le aleccionaba su jefe—. Resumir es una virtud en la carrera de telegrafista, pero no en la nuestra. Si desea conservar su puesto en el extranjero, o conseguir otro mayor, no resuma jamás: infle siempre.

—¿Cómo?

—Adornando cada línea escrita con una abundante guarnición de paja gramatical, hasta formar un párrafo. El Ministerio no calibra nuestros informes por su contenido, sino por su grosor. • Cuantos más pliegos llenemos, más creerán que trabajamos.

—Pero eso es absurdo —protestó Juan.

—No lo crea. Piense que, en resumidas cuentas, no somos más que unos funcionarios estatales distinguidos; unos burócratas del gran rebaño de la burocracia oficial. Nuestros hermanos son esos hombrecillos que, allá en la patria, mueven con sus plumas los prehistóricos mastodontes de los Ministerios. Aunque ellos usen manguitos y nosotros chaqué, aunque ellos cobren su sueldo en calderilla y nosotros en oro, nuestro deber es idéntico: papelear; escribir en papeles que pasarán de mano en mano, hasta terminar su vaivén en el sótano de un edificio oficial.

»Al Estado no le importa lo que escribimos, sino que escribamos. Todo lo que podemos decirle en nuestros papelajos ya lo sabe de memoria, porque el Estado es muy viejo y tiene mucha experiencia de la vida política. Por eso no se molesta en leernos y se limita a contar el número de pliegos que emborronamos. Así comprueba si nos hemos ganado el pan que nos da.

—¡Pero, Excelencia!... —exclamó Juan, francamente escandalizado.

—No me llame Excelencia, hijo; en privado, llámeme Rosen.

—¡Pero, don Rosen! ¿Habla en serio?

—Completamente. Cuando llegue usted a embajador, pensará de este oficio lo mismo que yo. Llegará tan cansado de beber copas y de lamer pompis, que sentirá a veces el deseo imperioso de sincerarse con algún joven secretario para que el infeliz no se forje demasiadas ilusiones. Ahora coja este resumen y haga el favor de añadirle quince folios.

—¿Quince folios? —se horrorizó Juan, calculando que ese trabajo le retendría varias horas en su despacho, impidiéndole acudir a su cita con Verónica.

—Por lo menos —insistió el embajador, impertérrito—. ¿No comprende que debo



llenar la valija de algún modo? Ese es mi gran suplicio, hijito: encontrar cosas para llenar la maldita valija diplomática. Porque la valija no puede viajar vacía, y no es tan fácil encontrar material para nutrir su estómago insaciable.

»En las épocas de penuria es más sencillo, porque siempre hay compañeros en el Ministerio que necesitan botellas de *whiskey*, cartones de tabaco rubio, alguna medicina o cualquier otro producto que escasea y que abulta lo suficiente para ocupar todo el espacio de ese maletín nefasto.

»Durante la pasada guerra, sin ir más lejos, tuve que ampliar la valija a tamaño de un baúl inmenso para atender los encargos que me hacían. Pero ahora que hay de todo en todas partes, paso unos apuros espantosos. El agregado comercial me ayuda bastante, porque semanalmente confecciona un abultadísimo informe con la lista de precios de todas las cosas que se venden en Francia; desde el ligerísimo *soutien gorge* al pesadísimo tractor agrícola. Yo comprendo que esos datos no tiene ningún interés para nuestro Gobierno, pero forman un mamotreto impresionante que pesa kilo y pico. Y a la hora de hacer la dichosa valija, me llena un espacio considerable.

»Es necesario que usted también me ayude, muchacho. Cada sesión de la S.P.R., por insulsa que sea, debe proporcionarle material para cubrir airosamente medio centenar de folios.

—Lo veo difícil.

—Pues es muy sencillo. No se limite a contar lo que digan los delegados; añada comentarios por su cuenta de lo que a su juicio debieron decir. Cuente los vasos de agua que se bebieron, los cigarrillos que se fumaron y las pajaritas de papel que hicieron. ¿Quiere usted que pierda mi puesto por su culpa, insensato? ¿No comprende que esas sesiones son el único aliento con el que puedo saciar el voraz apetito de la valija? ¡Le ordeno que tenga más imaginación!

—Está bien, don Rosen.

—No me llame don Rosen; llámeme Excelencia.

Y Juan, a partir de aquel día, tuvo que trabajar como un forzado. Al salir por las tardes del Mediano Trianón, se encerraba en su despacho a redactar sus prolijos informes.

Concluía tan tarde y tan cansado que sólo le quedaban fuerzas para irse a dormir, sin más compañía femenina que la de Madam Huesiris, que en el cuarto de al lado espiaba sus ronquidos con la oreja pegada al tabique para entrar a robarle cigarrillos.

Sólo disponía de un par de horas para almorzar, entre la sesión matinal y la vespertina, y casi siempre iba a recogerle Ignacio para llevarle al Club de Golf Troupetit.

Este club, como saben todos los diplomáticos que han desfilado por París, es el más elegante del mundo. Su espléndido campo de golf no tiene únicamente dieciocho agujeritos roñosos, sino muchísimos más. Cientos de agujeros. Miles de agujeros.

Puede decirse sin exageración que todo el césped de Troupetit está agujereado como una inmensa criba.

Juan no comprendía la razón de este alarde agujerístico, pero Ignacio se lo explicó:

—En los «golpes» vulgares y corrientes los jugadores tienen que dar penosas caminatas golpeando su bolita, hasta conseguir meterla en escasos y distantes agujeros. Estas fatigas, como comprenderás, sólo las aceptan los deportistas modestos que no pueden pagarse comodidades.

»Pero los socios del Troupetit son demasiado ricos y refinados para consentir que sus finas camisas se impregnen de sudor. Y todas las bolas que lanzan, caigan donde caigan, van a parar siempre a uno de los innumerables agujeros que cubren el campo. De este modo no se cansan en absoluto, y tienen siempre la satisfacción de ser excelentes jugadores que no fallan ningún golpe.

»Pero su dinerito les cuesta, porque las cuotas de este club son elevadísimas. Sólo los “agás” más o menos “khanes” y las grandes fortunas mundiales pueden costearse este magnífico placer deportivo. A los diplomáticos nos admiten, como adorno, pagando una módica tarjeta de invitados transitorios.

—Es que somos un Cuerpo muy decorativo y hacemos bonito en todas partes.

El chalet del club era uno de los poquísimos palacios que se construyeron durante la Revolución Francesa. Pertenecía al efímero estilo que se llamó «cuando Robespierre quiso ser un señorito».

La característica de este estilo consistía en que las ventanas eran estrechas y muy altas, como la guillotina, y estaban provistas de persianas metálicas que caían bruscamente sobre el cuello de las personas que se asomaban a ellas. Y aunque no llegaban a cortar la cabeza, ni mucho menos, la frialdad de su metal hacía pensar en la cuchilla de aquella ingeniosa máquina revolucionaria.

En el gran comedor de la planta baja, con vista a los agujereados campos de bien cuidado césped, se reunían los socios a practicar el más grato de todos los deportes: comer. Varios ases culinarios, en reñida competencia, se disputaban a diario en las cocinas del club el campeonato europeo de los platos pesados. Y el jurado de esta prueba, que no homologaba ninguna federación, eran los propios comensales, que se hinchaban de cosas ricas.

En aquel ambiente suntuoso, entre deportistas millonarios que sólo iban a ejercitar sus músculos masticatorios, conoció Juan a la alta sociedad de sangre dorada. (Me refiero a la aristocracia del dinero). ¿Quién no ha oído hablar del Aga Pun, que ganó millones vendiendo perlas falsas hechas con bolitas de pan? ¿Quién no leyó alguna vez el nombre de Kosimir Mikrofón, el opulento griego que monopolizaba las minas de piedras vistosas para fabricar pisapapeles? ¿Quién no se quita el sombrero, e incluso el cuero cabelludo, cuando le señalan en la calle al

poderoso Monsieur Caniche, fabricante de todos los perros que ostentan su apellido?

Todos estos personajes, y muchos más, se reunían a diario en Troupetit para gozar de sus succulentos *menús*. Y Juan se sentía orgulloso de conocer a ese grupo potentísimo, que era capaz de hundir a la banca europea de un simple papirotazo.

—Son ejemplares rarísimos de la fauna humana, ¿no te parece? —le dijo Ignacio.

—Desde luego. Actualmente, la minoría de sangre dorada puede considerarse tan excepcional como la de sangre azul. Pero yo no me dejo impresionar por su poder porque pienso que, al fin y al cabo, sus ombligos son tan redondos como todos los demás.

—¡Ya salieron los ombligos! —se burló su compañero.

—No; no salieron todavía, pero saldrán. Y cuando yo consiga levantar los faldones de todas las camisas para que la Humanidad compruebe esta igualdad, no harán falta Sociedades Protectoras de Racionales para mantener la paz universal.

El tipo más interesante de aquel grupo de ricachos, a juicio de Juan, era el duque de Languelongue. El título le sentaba como hecho a la medida, pues tenía la lengua larguísima y no paraba de moverla en cuanto pescaba un interlocutor.

Viendo al duque saltaba a los ojos la nobleza de su cuna. Su estampa era realmente ducal: alto y erguido, con la cabeza grande y los pies pequeños. Tenía el pelo blanco, requisito indispensable para parecer un duque de verdad, y los trajes negros. Un bigote grisáceo, menos envejecido que el pelo del cráneo porque comenzó a salirle quince años después, daba sombra a una boca de labios finos y pálidos.

Era delgado, naturalmente, porque la sangre azul es una salsa demasiado delicada para regar grasienta carne de cerdo. Hablaba con voz grave y excesivamente lenta, como si junto a él hubiera un amanuense invisible que tomara notas de sus discursos en una premiosa taquigrafía antigua, para incorporarlos a la Historia.

Este magnífico duque de pura cepa, sin mezcla de bastardía en la savia de su árbol genealógico, se mostró encantado de que Ignacio le presentara a Juan. Todos los socios del club, incluido el propio Ignacio, habían sufrido ya sus largos monólogos. Y la posibilidad de agarrar por las orejas un nuevo «escucha» llenaba de gozo al noble Languelongue.

—¿Quiere usted que almorcemos juntos mañana? —dijo el duque al joven diplomático, marcando tan poco las interrogaciones que no parecían una pregunta, sino una orden.

Aceptó, claro está. Y al día siguiente tuvo ocasión de oír las ideas políticas más originales de toda su vida.

El duque había reservado una mesa apartada donde nadie pudiera molestarlos. Después de elegir la comida cuidadosamente, informándose de la vejez de los vinos y de la juventud de los pescados, se encaró con Juan para decirle:

—Ante todo debe usted saber que soy un monárquico anarquista.

La nariz del joven, que en aquel momento estaba bebiendo agua, se convirtió al atragantarse en un sifón que devolvió al vaso todo el líquido ingerido.

—Me explico que le sorprenda, e incluso que le asuste —sonrió Languelongue con suficiencia—. Pero vivimos en una época extraordinaria que exige también ideas extraordinarias. No olvide que hemos entrado en la segunda mitad del siglo xx y sería estúpido tratar de imponer ahora los programas políticos de hace cien años con los mismos procedimientos. Las Bastillas modernas —añadió con énfasis— no se toman con las mismas armas ni con la misma estrategia que la antigua. ¿Lucharía usted con catapultas y arcabuces contra artillería de largo alcance y fusiles ametralladores?

—No, claro que no —se apresuró a decir Juan, que aprovechaba la charla de su

anfitrión para engullir velozmente sabrosos platitos de entremeses.

—Eso mismo pienso yo —subrayó el duque, ufano—. Y he modernizado mi táctica para hacerla eficaz a estos tiempos. No necesito decirle que soy un monárquico furibundo; se ve a simple vista por mi aspecto y se oye a simple oído por mi título. Pertenezco a la nobleza europea más rancia, en el buen sentido de la palabra, y he visto con tristeza la paulatina desaparición de las monarquías en el Viejo Continente.

»Desde que yo nací, casi una docena de coronas se han desprendido de las altivas sienes que ceñían para rodar por el suelo. Un fétido olor a eructos presidenciales ha invadido muchos salones del trono. Miles de vistosos uniformes cortesanos se apolillan en los desvanes sin esperanzas de que sus dueños vuelvan a utilizarlos. Y los hermosos caballos de las escoltas reales se han vendido en pública subasta al gremio de lecheros.

Dos lágrimas —una blanca de pena y otra verde de rabia— rodaron por las mejillas del duque y desaparecieron entre la maleza de su bigote.

—Pero la contemplación de estas escenas dolorosas —continuó—, lejos de amilanarme, fortificó los ideales de mi linaje. Y decidí luchar con ímpetu para restablecer en sus puestos a los reyes destronados.

—¿A todos? —indagó Juan interrumpiendo la masticación de un rábano.

—Naturalmente.

—Lo veo difícilillo, señor duque.

—La fuerza de un ideal puede mover montañas.

—Pero no reponer coronas. ¿Cómo piensa llevar a cabo una empresa tan gigantesca?

—Es muy sencillo —cuchicheó Languelongue aproximándose a Juan para que no le oyeran desde las mesas vecinas—: empleando los métodos de la anarquía al servicio de la monarquía. Por eso le dije antes que soy un monárquico anarquista.

—No lo entiendo —confesó Juan.

—Escuche y lo entenderá —le tranquilizó el misterioso noble, haciendo la autopsia a un lenguado—. Los reyes, como usted sabe, son hombres de elevadísima cultura. Una sólida formación los coloca por encima de las miserias humanas, y les hace ser benévolos con los arrebatos de sus súbditos.

»Por eso, cuando los demagogos calientan la cabezota popular con engañosas promesas republicanas, ningún rey adopta una actitud enérgica. La excelente educación de los monarcas les impide recurrir a los incorrectos métodos de la violencia para sofocar la rebelión. Son demasiado finos para contestar con una palabrota a los insultos que les dirige la oposición. Aman demasiado a sus compatriotas para castigar sus impertinencias con unos azotes. Tanta bondad, como puede usted suponer, hace que la oposición se envalentone. Y al fin...

—... los súbditos amados ponen a Sus Majestades de patitas en el exilio —remató Juan.

—Exacto. No falla —tuvo que reconocer el duque con un hondo suspiro.

Tan hondamente suspiró, que sus pulmones acumularon suficiente cantidad de aire para soltar la siguiente parrafada:

—Pero observe que los reyes expulsados se marchan mansamente, sin dejar atrás una estela de odio y rencor. Las flamantes y alborotadas repúblicas que les suceden basan su propaganda en atacar la estructura política del régimen anterior, pero respetan a las personas de la realeza. En el fondo reconocen que se portaron correctamente al abandonar sus palacios sin discusión, evitando así derramamiento de sangre. Este respeto latente, unido al fracaso de los gobernantes republicanos, es un terreno espléndido para sembrar la semilla de la restauración.

—No creo que esa semilla fructifique tan pronto como usted supone —dudó Juan, entre dos bocados de pato a la naranja.

—Sola, no. Pero sí con el abono de mi faceta anarquista.

—¿Y en qué consiste esa faceta? —quiso concretar Juan, que empezaba a aburrirse de tanto prólogo.

El imponente noble guiñó un ojo con picardía y dijo en un susurro:

—En poner bombas a los reyes desterrados.

—¿Cómo?... Pero ¿está usted loco? ...

—Es la idea más sensata que he tenido en mi vida. Lea esta circular que ya envié a todos los monarcas desterrados y lo comprenderá.

Y Languelongue, después de mirar una vez más alrededor para cerciorarse de que nadie le observaba, entregó a Juan un pliego impreso en multicopista que había sacado del bolsillo con grandes precauciones.

El pliego redactado por el duque decía así:

*«A Su Majestad el Rey de...*

*»Desterrado en...*

*»Señor:*

*»Por mi nombre y mi título, que figuran al pie de esta circular, comprenderá Vuestra Majestad que soy un monárquico rabioso. Hace siglos que el escudo de mi familia (una larga lengua rampando alrededor de un cetro), se transmite de generación en generación sin mácula de plebeyez.*

*»Esto hace que, por herencia y convicción, desee robustecer el ideal monárquico en todos los países donde se ha debilitado. Propósito que espero lograr con la estratagema que a continuación expongo humildemente a Vuestra Majestad:*

*»Todos los monarcas, al ser destronados por las turbas engañadas y ciegas, marchan apesadumbrados al exilio. Con elegancia soberana, aceptan la torpe decisión de sus vasallos y dejan sus patrias para sufrir una cadena perpetua de soledad en tierras extrañas.*

*»A nadie sorprende que, dada la elevadísima categoría de tan egregios expulsados, la elección de esas tierras extrañas se haga exclusivamente entre las mejores parcelas de Europa. Un rey tiene la obligación de sostener sus jerarquías hasta en el destierro, y no puede instalarse en una mísera aldea con seis chozas y diez cabras.*

*»Es lógico, por lo tanto, que fije su residencia en alguna hermosa playa mediterránea o atlántica. Es lógico, repito, y soy el primero en aplaudir tan augusta decisión.*

*»Pero la benignidad de estos climas y la comodidad de sus instalaciones quitan patetismo a la condena desde el punto de vista popular. El monárquico de clase modesta, obligado por sus escasos ingresos a vivir en un pisito interior sin más sol que una bombilla ni más horizonte que un patio, es difícil que se sienta conmovido pensando que su rey reside en un hermoso chalet de Niza, Cannes o cualquier otro sitio parecido. Su fervor patriótico se enfría a pesar suyo, y se convierte poco a poco en un monárquico indiferente que acaba encogiéndose de hombros cuando oye insultar al que fue su rey.*

*»Tales consideraciones me han llevado a la conclusión de que es imprescindible romper esa perjudicial estampa de la buena vida que se dan Sus Majestades en el exterior.*

*»Es imposible mantener el fuego sagrado en el corazón de los partidarios*

contándoles que Vuestras Majestades se bañan en el mar y toman ricos baños de sol por las mañanas, practican el golf por la tarde y juegan al bacarrá por la noche. Hay que impresionar al pueblo para que reaccione en favor de la causa.

»Y creo haber hallado la fórmula para provocar esta reacción favorable, sin grandes gastos ni grandes daños. Hela aquí:

»Poner bombas a todas las Majestades en exilio, con perdón.

»La bomba, como vuestra augusta y perspicaz inteligencia sabe muy bien, es un artefacto de acción rápida y ruidosa. La onda expansiva de un bombazo no se limita al lugar donde se produce el estampido, sino que se extiende por la superficie de los periódicos del mundo entero. Aunque los daños materiales que ocasione sean mínimos, su eco publicitario es inmenso.

»Si los reblandecidos monárquicos de un país republicano leen la noticia de que a su rey le han puesto una bomba en el destierro, se endurecerán en el acto con la cólera que este hecho les produzca y volverán a luchar activamente por la recuperación del trono.

»Un atentado terrorista, aunque sea falso, provoca siempre un movimiento reaccionario. El estallido de una bomba es el único despertador capaz de poner en pie las viejas doctrinas políticas que duermen cada día más profundamente.

»Demostrada en los párrafos anteriores la eficacia de mi teoría, expongo a continuación mi plan para ponerla en práctica:

»PRIMERO. El soberano en destierro que desee suscribirse a mi Servicio Especial de Bombas a Domicilio, deberá rellenar el boletín adjunto a esta circular y remitírmelo a París con un cheque de cien mil francos para gastos.

»SEGUNDO. Esta suscripción da derecho a una sola bomba, que será colocada en la fecha y el lugar que el egregio suscriptor indique.

»TERCERO. Si el egregio suscriptor desea ser víctima de algunas bombas más, se le hará un descuento global del treinta por ciento por cada media docena. Esta tarifa reducida es muy conveniente para reyes que lleven varios lustros en el destierro, pues sus partidarios deben de estar tan aletargados que serán necesarios muchos estampidos para despabilarles.

»CUARTO. Este Servicio garantiza que las bombas utilizadas serán prácticamente inofensivas, del modelo que podríamos llamar “mucho ruido y pocas nueces”. Su poder destructivo se limitará a destrozarse los cristales de las casas próximas y a partir algún hueso a esos niños que suele haber en mitad de la calle jugando a la pelota. Su potencia sonora, en cambio, será extraordinaria, y podrá oírse en varios kilómetros cuadrados. De este modo el falso atentado será sonadísimo, obteniendo amplia repercusión tipográfica en toda la prensa.

»QUINTO. Las bombas serán puestas por señoritos monárquicos a mis



órdenes, de toda confianza.

»SEXTO. Estos señoritos irán disfrazados de terroristas, sin especificar el partido al que pertenecen. Así, cuando la bomba estalle, todos los grupos enemigos del rey serán acusados de haber querido asesinarle. Y la reacción en favor de la monarquía será tan grande, que hará tambalearse a la república.

»SEPTIMO. Si por causas técnicas ajenas a nuestra voluntad la bomba colocada no estallase, se repetirá el intento con una bomba nueva, sin cobrar ni un céntimo al augusto cliente.

»OCTAVO. Si gracias a los impactos morales de nuestras bombas se vigoriza el sentimiento monárquico en la patria del augusto cliente, hasta el punto de lograr su reposición en el trono, el augusto cliente queda obligado a nombrar al duque de Languelongue miembro correspondiente de la nobleza de su reino.

»NOVENO. Si a pesar de nuestros bombazos no se produce ninguna reacción en el país del augusto cliente, pues a fastidiarse tocan, porque hay exilio para rato».

La circular terminaba con estos vibrantes *slogans* publicitarios:

«¡EVITE LA CALDA DEFINITIVA DE SU CORONA!

»¿Cómo?

»¡DANDO A SU VIDA PLACIDA UN MENSAJE DE EMOCIÓN!

»¡NOSOTROS LE PONDREMOS LA BOMBA Y SU PUEBLO HARÁ TODO LO DEMÁS!»

—Es un buen sistema —elogió Juan devolviendo el papel al duque, que se apresuró a ocultarlo en un bolsillo—. ¿Y tiene ya muchos augustos clientes?

—Aún no he recibido ni una sola respuesta a mi circular —confesó—, pero espero que empezarán a llegar de un momento a otro.

—¿Y usted cree que su teoría dará resultado en la práctica?

—Estoy seguro, porque ya hice una prueba con un éxito rotundo —dijo el duque sin vacilar, rociando con un largo chorro de *kirsch* dos rodajas de piña.

—¿No acaba de decirme que todavía no tiene ni un solo suscriptor a su Servicio de Bombas a Domicilio? —se extrañó Juan.

—Y no lo tengo. Pero antes de enviar mi circular, hice un ensayo por mi cuenta. Después de consultar la nutrida lista de reyes desterrados que residen en Europa, elegí uno al azar como cobaya.

—¿Y sobre cuál recayó su elección?

—Sobre Zumbón II, soberano de Mogambí. Este reino, como usted sabrá, está situado en el corazón de África y ocupa aproximadamente su aurícula derecha.

»Zumbón II fue destronado hace diez años por la tribu terrorista “Marramiau”. Vivía desde entonces plácidamente en una “villa” de Jean les Pins. Hace unos meses, sin decirle ni una palabra, preparé una bomba experimental y se la puse.

»El resultado fue inmediato: los monárquicos de Mogambí, al enterarse del misterioso atentado, sintieron un repentino ardor en el rescoldo de sus moribundos ideales. Arrastrados por una repentina ola de indignación, se lanzaron a la calle como un solo negro. Y la tribu “Marramiau”, que ocupaba el Poder, fue barrida por aquella irresistible marea reaccionaria.

—¿Y volvió al trono Zumbón II? —preguntó Juan, sinceramente admirado de la eficacia del método ducal.

—No pudo —dijo el noble, compungido.

—¿Por qué?

—Porque con el fin de que mi bomba experimental tuviera más resonancia, cargué la mano en el explosivo. Y después de la explosión, no quedó del rey negro ni una mísera piltrafa.

—¡Qué mala pata, hombre!

—Malísima. Pero a pesar de ese pequeño percance, el éxito de mi sistema quedó demostrado plenamente. Que era lo principal.

—Desde luego —dijo Juan atemorizado, apurando de un sorbo su taza de café—. Procure, sin embargo, dosificar mejor la trilita en lo sucesivo. Porque supongo que a esos reyes les gustará más seguir pescando peces encima de una roca, que empezar a criar malvas debajo de una losa.

La Sociedad Protectora de Racionales continuaba charlando por los codos. La proximidad del verano caldeó la guerra fría y transcurrieron unas semanas angustiosas sin que nadie lograra refrigerarla.

El barómetro de la prensa acusó un alarmante ennegrecimiento de titulares, síntoma de que se aproximaba una nueva tormenta internacional. Los voluminosos informes que redactaba Juan por orden del embajador, eran cada vez más pesimistas.

Esta peligrosa situación fue provocada, como de costumbre, por uno de esos países de gente morena y entrapajada que reciben el nombre de «colonias».

El mundo, en realidad, no se divide en cinco partes, sino en tres: Europa, América y Todolodemás. En esta última parte, la más vasta de las tres, viven unas razas atrasadas, teñidas en colores diversos, que sólo se dedican a dar disgustos a los blancos.

El territorio de Todolodemás, hasta hace poco tiempo, estaba formado casi íntegramente por unos países semisalvajes llamados «colonias» no sé por qué, pues todos huelen bastante mal. (He dicho «semisalvajes» por pura cortesía, porque la verdad es que en muchos casos les sobra el «semi» por ser salvajes del todo).

Últimamente, sin embargo, algunas de estas colonias decidieron establecerse por su cuenta como naciones de verdad. Lo mismo que los chimpancés imitan los movimientos y la mímica del hombre, las razas de color pretenden copiar las instituciones y costumbres del blanco. Y el resultado de esta pretensión crea tantos conflictos como si los monos de un parque zoológico decidieran establecer una república independiente gobernada por ellos mismos.

De estas independencias coloniales, cuyos resultados suelen ser desastrosos, se derivan indefectiblemente disturbios y fricciones que ponen en peligro la paz mundial.

Un conflicto de esta clase fue el que excitó los ánimos en aquella ocasión: el archipiélago de Nueva Calderonia, que pertenecía a Inglaterra desde los tiempos en que bastaba llegar el primero a una tierra para apropiársela, deseaba sacudirse el yugo británico y proclamarse nación soberana.

Los nativos calderones expresaban claramente este deseo, organizando típicas matanzas de ingleses con arreglo al vistoso ritual de su folklore. Estas matanzas, como es natural, no le hacían ninguna gracia a Inglaterra. Ella disponía de un cupo restringido de tropas exportables, y le perjudicaban mucho estas mermas imprevistas.

Su reacción, por lo tanto, fue enviar algunos acorazados a las costas del archipiélago para que realizasen unas represalias típicas también. Y los acorazados, que a pesar de su aparente seriedad siempre tienen ganas de juerga, organizaron una noche de fuegos artificiales sobre las islas que produjo honda impresión entre los

indígenas. Tan honda, que murieron varios centenares a consecuencia de la emoción. Y de la metralla.

Esta velada pirotécnica calmó los levantiscos ánimos de Nueva Calderonia, pero excitó, en cambio, a los delegados de la Sociedad Protectora reunida en París.

Todos los chispazos que habían templado poco a poco la guerra fría, palidieron ante este fogonazo que amenazaba reventar su frágil envase.

Las delegaciones, movidas por sus Gobiernos como marionetas, exigieron que ese grave percance fuese incluido en el orden del día para discutirse sin demora. Y una niebla de hostilidad envolvió al representante inglés; porque en las conferencias internacionales es costumbre ponerse inicialmente al lado del más débil, aunque al final se vote siempre contra él.

Pero el monóculo del lord, a pesar del desfavorable clima que le rodeaba, no parpadeó. Seguía incrustado con firmeza en la cuenca de su ojo derecho, resistiendo sin inmutarse los relámpagos del *flash*. Un enjambre de fotógrafos le ametrallaba constantemente, y sus instantáneas aparecían destacadas en toda la prensa. Era la *vedette* del momento.

Tan popular se hizo la efigie del lord, que la gente, como era bajo de estatura y escaso de anchura, comenzó a apodarle «el lorito». Y el mundo entero esperaba con impaciencia el discurso del lorito ante el pleno de la S. P. R., en el cual expondría la postura inglesa frente al grave roce producido en Nueva Calderonia.

Llegó por fin el día en que iba a debatirse tan delicada cuestión y la sala se colmó de público hasta rebosar por las ventanas. El propio presidente, sin poder contener su impaciencia, abrió la sesión unos minutos antes de la hora habitual.

El pequeño lord, con su gesto lleno de flema, pidió la palabra. Se la dieron inmediatamente, mientras los taquígrafos preparaban sus lápices y los fotógrafos le miraban con los ojos de sus objetivos.

El lorito se levantó rodeado de un silencio espeso y su voz, cuando se puso a hablar, tuvo una potencia insospechada.

XXX

*¡Así se habla, lorito!*

—Señores asambleístas —dijo el lorito para empezar, encarándose con todos sus colegas—; sería imbécil iniciar este discurso poniéndoles en antecedentes de un suceso que todos ustedes conocen. Las agencias informativas, que para eso están, han divulgado los pormenores del jaleo que motiva mi intervención. Y todas ellas, como viene ocurriendo desde hace algunos años, dan a sus noticias una tendencia desfavorable al imperialismo británico.

—¡Cochina envidia! —gritó un subdelegado australiano, adulator.

El lorito no hizo caso de esta lisonjera interrupción y prosiguió tranquilamente:

—Esta actitud no nos ha sorprendido en absoluto. Los Estados Unidos, nuestros excelentes aliados, han puesto en circulación una hermosa palabra que suena bien en todas las lenguas, aunque no quiere decir nada en ninguna: «libertad». Pero, protegida por la fuerte escolta del dólar, esta palabra, tan hermosa como vacía, se ha subido a todas las cabezas como un peligroso licor. Me consta que Norteamérica lo hizo con buena intención, pero los resultados han sido desastrosos.

—¡Oiga, oiga! —protestó el estadounidense arrancando astillas a la mesa de un puñetazo—. ¡Ojito, lorito! ¡Tenga cuidado con lo que dice!

—Es la pura verdad —insistió el inglés sin inmutarse—. No descubro ninguna clase de pólvora al decir que la libertad es mortal puesta en manos que no sepan manejarla.

»Admito que algunas repúblicas americanas, no todas, disfrutaban de una aparente y plácida independencia bajo la paternal tutela de Washington. Pero fuera de este tubo de ensayo, en el cual se agrian muchas veces los ingredientes del experimento y produce un precipitado revolucionario, no se debe consentir la autonomía de ninguna colonia. Ni siquiera suavizar el sistema colonial que algunas potencias blancas continuamos manteniendo sobre extensos territorios de África, Oceanía y Asia.

Un clamor de indignación se elevó de todos los asientos ocupados por asambleístas coloreados. Los amarillos se pusieron rojos de furia, y los negros, verdes de bilis. El único que conservó su ordinario color original fue el delegado soviético, que puso su correspondiente veto sin alterarse lo más mínimo.

—¡Sí, señores! —sostuvo con energía el pequeño lord, decidido a que todos le escucharan—. Reconozcan ustedes que, fuera de Europa y América, Todolodemás es inhabitable todavía.

»Seamos objetivos. Echemos, para convencernos, un vistazo a la pobre África. Está a un paso de las civilizaciones más antiguas del mundo. Un estrecho estrechísimo, que puede cruzarse de un brinco a la pata coja, la separa de España. Pocas horas de navegación en un bote elemental, impulsado por una simple vela

latina, bastan para unirla a Roma y Grecia. Por no citar a Turquía, Palestina y Persia, que tampoco fueron mancas en sus siglos de esplendor.

»Y a pesar de su proximidad a las cunas fundamentales de la cultura mundial, ahí la tienen ustedes: andrajosa, sucia y analfabeta. La desdichada África sigue viviendo como en tiempos de nuestros queridos antepasados los trogloditas: cuevas, toscas cabañas y fricción de palitroques para fabricar el fuego.

»El tenue barniz de civilización que hoy tienen esas tribus, se lo deben al antidemocrático régimen colonial: la pastilla de jabón con la cual el hechicero del poblado cura la costra de porquería que se forma sobre la piel al cabo de los años; la jeringuilla hipodérmica, con la que el médico de la colonia cura las porquerías internas que resisten al jabón del hechicero; el cristianismo, que prohíbe comer carne humana y sustituye los ídolos horribles por santos hermosos: la luz eléctrica, el libro, el gramófono...

»Todos los productos, ideas y aparatos que han llevado un poco de luz a los tenebrosos cerebros africanos, pertenecen a las odiadas potencias coloniales. Desde Marruecos a Madagascar, los blancos hemos entreabierto los ojos adormilados y legañosos de las razas morenas.

»Pero estas razas están todavía en los albores del progreso. Necesitan muchos lustros de aprendizaje en nuestras escuelas para terminar su bachillerato de civilización y poder ingresar en la universidad de las naciones soberanas. Tan grave error es apoyar la independencia de estas tribus recién nacidas, como defender que debe concederse la mayoría de edad a los niños de seis años.

»Yo admito que dentro de un siglo, cuando los químicos negros hayan aprendido a fabricar antibióticos en vez de cocimientos mágicos, se les podrá dejar ejercer libremente su profesión sin la tutela de un blanco. Admito también que, transcurrido ese tiempo, los políticos negros habrán asimilado totalmente los errores de nuestros Gobiernos y podrán regir a sus pueblos cometiendo las mismas equivocaciones que nosotros.

»Pero hasta entonces deben continuar sujetos a nuestras enseñanzas. Sería un crimen de lesa humanidad conceder el uso de razón a unas gentes que no son razonables todavía.

Una ovación de todos los delegados blancos, mezclada con una pita de todos los delegados teñidos, cortó este primer pedazo del vibrante discurso. Los taquígrafos aprovecharon la pausa para afilar sus lápices, mientras el lord hacía una garganta con un sorbo de agua antes de proseguir:

—El mismo razonamiento que acabo de exponer aplicado a la pobre África, es aplicable también a todas las virutas terrestres que forman los archipiélagos de la pobre Oceanía.

»Nueva Calderonia, como casi ninguno de ustedes sabe, está formada por diez

islillas de ese puñado de *confetti* geográfico que se llama Micronesia. Lo mismo que esos papelillos carnavaleros, todas son pequeñas y redonditas.

»Cuando en mil ochocientos y pico ancló en sus aguas un buque inglés, ni siquiera tenían nombre. Figuraban en los mapas como insignificantes cagarrutas de insecto, pero nadie había desembarcado en ellas. Y si los tripulantes de aquel buque lo hicieron, fue por pura casualidad: el calor excesivo del trópico reventó su ya vieja caldera, obligándoles a detenerse para buscar una solución a tan grave avería.

»Los nativos recibieron a nuestros marineros con manifiesta hostilidad. Aunque la tribu no era abiertamente caníbal, tampoco debía de ser vegetariana; porque en cuanto mis compatriotas se distraían, les atizaban unos tremendos mordiscos en los que perdían buenos pedazos de carne.

»Es absolutamente falso que las islas del Pacífico fueran en su origen paraísos terrenales que los blancos echaron a perder. Una pandilla de escritores sensibleros y cursis, sugestionados por el clima benigno de aquella zona marítima, ha llenado miles de páginas adjudicando a sus habitantes una vida sana, libre y feliz. Pero basta profundizar un poco en las costumbres de aquellas gentes para ver la gran mentira que encierra esa literatura.

»Los indígenas de Nueva Calderonia (nombre que dio al archipiélago el capitán del barco inglés porque allí tuvo que esperar hasta que le trajeran una caldera nueva) eran unos animales que tenían muy poco de racionales. Aparte de los mordiscos a nuestra tripulación, bastante sintomáticos, cometían otras atrocidades de mayor calibre: chupaban la sangre a las reses haciéndoles incisiones en el cuello, y comían cualquier clase de carne cruda desgarrándola con sus puntiagudos dientes.

»Las bellas frutas tropicales, que crecen dulces y jugosas en aquella tierra ubérrima, eran empleadas exclusivamente por aquellos salvajes como armas arrojadizas en sus luchas intestinas.

»El crimen y el robo eran sus métodos habituales para obtener lo que les apetecía. Sus danzas no eran armoniosas y ondulantes como se falsean en el cine, sino bruscas y descoyuntadas como ataques de epilepsia.

»Desconocían la música. Sus canciones eran enervantes recitados con acompañamientos de *kalúa*. Y la *kalúa* no era más que un largo palo terminado en cachiporra, con el cual un solista golpeaba rabiosa y alternativamente dos docenas de calaveras humanas. Para que este lúgubre xilofón tuviera distintos sonidos, las calaveras eran de diversos tamaños y épocas. Las había grandes y ya viejas, con los huesos del cráneo muy secos, para los tonos graves; otras, en cambio, destinadas a los tonos agudos, eran pequeñas como copas de coñac; y había algunas destinadas a los tonos opacos, tan frescas aún que tenían pedazos de cuero cabelludo adheridos por fuera y trocitos de seso por dentro.

»Para colmar esta medida de barbarie, esa gentuza adoraba a un tarugo de madera

tallado en forma simiesca, que llamaban “Maguala”.

»Esta deidad era, probablemente, la más horrenda de toda la mitología micronésica. Por su enorme boca, armada con triple fila dentaria de tiburón, vertían los indígenas en su interior la lengua de sus parientes fallecidos. Sin este aperitivo, que calmaba, según la leyenda, el apetito de “Maguala”, el cruel diosillo perseguía el espíritu del muerto por la llanura del más allá y se lo comía completo.

»¿Qué país no se habría conmovido al observar el lamentable atraso de este archipiélago?

»¿Puede alguien dudar que Inglaterra tomó esos terruños bajo su protección con el único objeto de elevar su bajísimo nivel cultural? El que lo dude, que levante el dedo.

Un bosque de dedos levantados creció instantáneamente en todo el salón, mientras la voz del panameño gritaba junto a Juan:

—¡Lo dudamos todos!

—Error fundamental —rechazó el lorito sin inmutarse—. Es cierto que los barcos que mandamos a Nueva Calderonia cargados de cultura, vuelven a Inglaterra cargados de copra. Pero sólo por no pasar la vergüenza de volver con las bodegas huecas. Para un capitán de la marina mercante, navegar en lastre es tan vergonzoso como para un cazador regresar del campo con el zurrón vacío. Y por mucha copra que carguemos, nunca podrán pagarnos esos pobres indígenas todo lo que hicimos por ellos.

»Inglaterra les trajo el pudor en forma de faldas y pantalones para ocultar su sexo.

»Inglaterra les enseñó a guisar los alimentos y a beber simple té en vez de sangre.

»Inglaterra les hizo mejores al enseñarles que matar y robar son costumbres más bien ateas, que se castigan con la horca y la cárcel.

»El horripilante “Maguala” fue quemado en la plaza pública y sustituido por la bella imagen de un apuesto apóstol. Las orquestas nativas dejaron de tocar la fúnebre *kalúa* y descubrieron el encanto melódico de los violines, las trompetas y las flautas.

»Bajo nuestra dirección y con nuestro profesorado, se levantaron escuelas en las que los niños aprendieron a no morder, a calcular las distancias en yardas y a medir los líquidos en galones. Se hicieron también bloques de viviendas para que los calderones aprendiesen a vivir como personas, y hasta se pavimentaron algunas callejas de los poblados con miras a la importación de automóviles utilitarios.

»No citaré todas las obras portuarias, sanitarias y hospitalarias que hicimos en aquel rincón del mundo, porque necesitaría una sesión completa para enumerarlas someramente. Baste decir que, gracias a Inglaterra, aquellas tribus bárbaras van adquiriendo un ligero tinte culto. Pero están muy lejos de poder aspirar a la independencia. Sus cerebros amorfos no han tenido tiempo de adquirir la forma del molde civilizado en que los metimos. Retirarnos ahora de Nueva Calderonia



equivaldría a quitar de golpe ese molde. Y la masa encefálica sin cuajar se desmoronaría para convertirse de nuevo en la antigua pasta informe.

»Toda nuestra labor sería barrida por el salvajismo que aún late en el fondo de esos seres educados a medias. La noble imagen del buen apóstol sería derribada por las turbas para entronizar en su pedestal al monstruoso “Maguala”. Y Volverían a profanarse los cementerios en busca de calaveras para la macabra sinfonía de la *kalúa*.

»Pero esto no ocurrirá, señores delegados —dijo el lorito, atacando los párrafos finales de su perorata con inusitado brío—. Porque Inglaterra no está dispuesta a consentirlo. Los trágicos resultados de estas independencias prematuras están en la memoria de todos ustedes. Y debemos impedir que el error se repita.

»Fuera de Europa y América, en las restantes partes del globo que forman Todolodemás, es necesario que el blanco mantenga todavía el dominio de todas las colonias que pueda. Puesto que somos los maestros de la escuela mundial, no debemos consentir que se nos insubordinen los parvulitos.

»¡Enviemos tropas y buques para mantener nuestra hegemonía en las tierras de color!

»¡No consintamos que los pueblos de trapo y turbante nos den un puntapié, porque luego se unirán ellos entre sí para formar una horda y arrasarnos!

»¡Cada palmo de tierra que cedemos en nombre de la libertad es un paso que adelanta la anarquía!

El lord pronunció algunas frases más que no pudieron oírse, porque todos los delegados blancos prorrumpieron en una ovación realmente ensordecedora. Y aunque Rusia puso uno de sus vetos más gordos, la asamblea decidió por mayoría aplastante negar la independencia a Nueva Calderonia y seguir considerándola colonia inglesa.

El mes de Julio entró en París con un calor tan sofocante, que el granulado asfalto de las calles podía untarse en el pan como si fuera caviar. Un periódico festivo propuso cambiar el nombre a este mes y llamarle «el Boche», porque cuando entraba él en la capital los parisienses huían despavoridos hacia las playas y montañas.

La temperatura continuó trepando por los termómetros a tal velocidad, que hasta los existencialistas tuvieron que afeitarse sus amadas barbas para no morir asfixiados.

También en la Embajada se inició la huida del personal hacia climas menos agobiantes. El embajador, como todos los años, tuvo que irse a Noruega con toda la familia para no disgustar a su mujer.

El agregado militar aprovechó sus vacaciones para visitar Alemania, que es el país que más les gusta a todos los militares. El aéreo, en cambio, se fue a Suiza, porque es la nación más alta y más próxima al cielo.

Ignacio quedó al frente de la Embajada durante el período estival. Estaba tan enamorado de París, que hasta resistía sus calores infernales sin una gota de sudor.

La Sociedad Protectora de Racionales, comprendiendo que treinta grados a la sombra no es un clima propicio para sostener discusiones acaloradas, decidió suspender sus polémicas hasta septiembre. Este paréntesis en su actividad fundamental permitió a Juan disponer de unas suculentas vacaciones.

—¿Por qué no te vas con Verónica a la Costa Azul? —le sugirió Ignacio.

—Prefiero irme solo a la Costa Vasca —decidió él.

Pensaba que Verónica era una amiga exclusivamente invernal. Su gordura podía soportarse durante las olas de frío. Pero ¿quién se atreve a dormir con un edredón de ochenta kilos en plena canícula? En esta época del año, cuando hasta la luz de la luna da calor, hay que tener una amiga delgadísima, sin carnes que pesen ni poros que transpiren. Y como su éxito con la voluminosa modelo le hizo creer que poseía el don de las mujeres, creyó que no le sería difícil encontrar una amiguita de estas características en el sitio veraniego que eligiese.

La elección fue sencilla. Se presentó en una agencia de viajes expresando claramente sus pretensiones:

—Deseo pasar tres semanas en una playa fresca y elegante. Que tenga muchos extranjeros, pero pocos reyes desterrados. Que sea cara, pero no ruinosa. Que haya diversiones suficientes para llenar el pozo de aburrimiento que suelen tener todos los lugares de descanso estival. No me importa que el mar esté demasiado frío, porque no pienso usarlo. Tampoco es necesario que luzca siempre el sol, porque no pienso tomarlo. Quiero, en fin, que tenga buenos bares y excelentes restaurantes, que son en definitiva los únicos sitios donde se veranea verdaderamente bien. ¿Qué me recomienda usted?

—Vaya usted a Biarritz —replicó el empleado de la agencia sin titubear—. Es la playa ideal para el bañista que desea encontrar pretextos para no bañarse.

—¿Por qué?

—Porque el sol en el País Vasco es fenómeno meteorológico poco frecuente, y el Mar Cantábrico, que baña sus costas, es una sucursal del Océano Glacial Ártico. Hace dos años, sin ir más lejos, los veraneantes sacaron de la maleta sus trajes de baño una sola vez.

—¿Para ponérselos? —preguntó Juan.

—No: para guardarlos con naftalina y evitar que se apolillaran por falta de uso.

—Esa es la playa que yo necesito —se entusiasmó Juan—. ¿Y es un lugar muy cosmopolita?

—Tan cosmopolita, que le costará trabajo encontrar naturales del país: casi toda la población flotante, y gran parte de la que no flota, está formada por españoles.

—¡Magnífico! —exclamó Juan, apresurándose a reservar una cama para el expreso de la noche siguiente.

—Lleva todo el dinero que tengas, y un poco más —le aconsejó Quesada cuando supo su proyecto—. Biarritz, en los mapas secretos del Ministerio de Hacienda francés, no se apellida *sur-mer* ni *sur-plage*, como la mayoría de las ciudades costeras, sino *sur-roulette*. Porque allí el sol sale poco, pero todas las tardes empiezan a girar unos astros redonditos llamados ruletas. Y su movimiento de rotación hace volar a su alrededor los billetes de todas las carteras.

—Yo no corro ningún peligro porque no soy jugador.

—Pero tendrás que jugar si no quieres morirte de aburrimiento. Biarritz está tan bien organizado en ese aspecto, que todas las diversiones cesan a la hora de abrirse los casinos. De este modo, el único recurso que le queda al veraneante para entretenerse, es hacer una excursión al campo artificial del tapete verde.

Con estas advertencias de Ignacio en el equipaje, Juan subió a su tren en la estación del Mediodía.

Escribió a Verónica una carta de despedida aconsejándole que pusiera un nuevo anuncio, y dejó paquetes de cigarrillos en todos los cajones de su habitación para que Madame Huesiris se los fuese robando durante su ausencia.

La locomotora, sudorosa e impaciente por llegar al mar cuanto antes y darse un chapuzón, arrancó con violencia. Atravesaron los suburbios de París, que no tienen nada que envidiar en fealdad a los de las otras capitales europeas: fábricas sucias y ruidosas, casuchas con la cara manchada por el hollín de las fábricas...

Después vino el campo, cuya descripción ahorraré al lector porque ya sabe cómo es: un arbolito aquí, otro allá, y una vaca echando leche en un cubo.

Juan, que se había asomado a la ventanilla de su «single» para admirar el paisaje, se retiró decepcionado: era completamente de noche y no se veía nada.

Cenó en el coche-restaurante mientras le hacían la cama en su compartimiento.

—¿Por qué es tan escasa la cena en todos los trenes del mundo? —preguntó Juan a un camarero, que le había servido una porción de coliflor que tenía poca flor y mucha coli.

—Porque la frugalidad es el secreto de la longevidad —recitó el camarero, aleccionado por la compañía—. De copiosas cenas, están las tumbas llenas.

—Y también por no cenar, tumbas hay a rebosar —masculló Juan, tragándose la verdureja que le servían a precio de salmón ahumado.

Regresó a su vagón dando tumbos por estrechos pasillos, excusándose con las señoras gruesas cuando tenía que achucharlas contra las paredes para pasar. Por las ventanillas entraba un aire fresco y puro, impregnado de esencia campestre.

—¿A qué hora pasaremos por Alsacia? —preguntó Juan a uno de esos empleados que van en los trenes para que les pregunten cosas.

—A ninguna —le respondieron—, porque Alsacia está en el norte y este tren va hacia el sur.

—Pues me alegro —suspiró Juan, aliviado—. Cuando menos pasen los trenes por Alsacia, más fácil será mantener la paz en Europa. La pequeña Alsacia es la piedra del mechero que puede encender siempre una guerra mundial. Una leve fricción (el paso de un tren, la tos de un aduanero) hace saltar la chispa que prende en el carbón del cercano Ruhr; y ya está el jaleo armado.

El empleado, que era tonto por parte de oficio, no captó la trascendencia de aquella aguda observación política hecha por el viajero. Y se encogió de hombros. Luego, como era ferroviario, se fue a picotear billetes como si fuese una gallina.

Cuando llegó a su departamento, el empleado estaba terminando de hacerle la cama. Juan esperó en el pasillo, encendiendo un cigarrillo. Por las ventanas cruzaban fugazmente letreros iluminados que nadie podía leer, con nombres de pueblos en los que nadie se pensaba apear. Estas luces eran el único paisaje perceptible en la noche sin luna que el tren iba perforando ciegamente.

—El señor ya puede acostarse —dijo el empleado saliendo del cuchitril donde le había dispuesto el lecho.

—Gracias —replicó Juan, siguiendo la trayectoria de una luz roja que tiznó el cristal de la ventanilla como una gota de sangre.

El empleado se alejó por un lado del pasillo, mientras por el opuesto entraba en el vagón una mujer. Era joven, con un alborotado matorral de pelos rubios en su cuero cabelludo. Andaba despacio, con un vaivén de caderas que no me atrevo a calificar de provocativo, pero sí de ostentoso. Y venía echando humo por un cigarrillo puesto en la comisura izquierda de sus labios.

—¿Me deja usted pasar? —dijo la chica insinuante, cuando llegó a la zona del corredor que obstruía Juan.

—Sin pasaporte, no —chuleó él, envalentonado por la media botella de vino que bebió en la cena.

Ella se echó a reír, mostrando unas bonitas encías violáceas propensas a la piorrea. Alentado por ese éxito inicial, Juan hizo lo posible para reanudar la charla:

—¿Va usted muy lejos? —se informó, pues si la muchacha pensaba apearse en una estación próxima no valía la pena trabajársela.

—Hasta el final del trayecto —dijo ella, envolviéndole en una nube azul de su pitillo.

—¿Piensa veranear en Hendaya?

—No: sólo permaneceré allí un par de horas, y volveré a París en este mismo tren.

—¡Qué raro! —contestó Juan arrugando la nariz.

—No lo crea —negó la joven meneando su cabellera silvestre—. Yo trato de establecer un nuevo servicio para el viajero de las grandes líneas ferroviarias europeas. ¿No ha pensado usted que al «coche-cama» le falta algo?

—Pues no, la verdad: tiene sábanas, colchón, almohada, orinalito en forma de salsera...

—¿Y eso es todo lo que un durmiente necesita para pasar una noche feliz? —rio la chica—. Piense un poco y observará una curiosa paradoja: la Compañía de «coches-camas» no proporciona compañía a los que viajan en las camas de sus coches.

—Es cierto —tuvo que reconocer Juan.

—Pues ésa es la vacante que yo pretendo cubrir.

—¿Cómo?

—Haciendo el *trottoir* por los pasillos de estos dormitorios rodantes. Ahora que las aceras de París se ponen difíciles para mi profesión por el éxodo veraniego, es el momento de trabajar en los trenes que parten atestados hacia el mar. Yo soy, modestia aparte, «la respetuosa de los coches-camas y de los grandes expresos europeos».

—Ha encontrado usted una mina —aplaudió Juan—. Su idea es tan sensacional, que deberían adoptarla en gran escala todas las compañías ferroviarias del mundo. Sólo así podrían luchar contra la competencia del avión, el autobús y el barco. Unas cuantas chicas como usted, ataviadas con graciosos uniformes color de carbonilla, proporcionarían al viajero insomne una grata visión nocturna haciéndole olvidar el estruendoso traqueteo de los ejes.

—Eso creo yo —dijo la chica, arrojándose a él con intención de demostrar la eficacia de su idea.

Y logró convencer a Juan de que aceptara la demostración, que duró hasta más allá de Burdeos.

Los pinares de las Landas comenzaban a teñirse de un ridículo color rosado cuando la «respetuosa de los coches-cama y de los grandes expresos europeos»,

abandonó el «single», llevándose unos cuantos miles de francos en el bolso.

El resto del viaje Juan durmió profundamente, arrullado por el ritmo afrocubano de las ruedas.

—¿Cuándo sabré que hemos llegado al país vasco? —preguntó uno de esos viajeros que sacan el jugo al importe del billete informándose de todos los pormenores del itinerario.

—En cuanto empiece a llover —le informó el revisor sin vacilar.

Y su informe fue exacto: unos kilómetros después, al atravesar el tren la línea divisoria de la región vascuence, comenzó a caer una lluvia copiosa que encharcaba todo el paisaje. Un nutrido rebaño de nubes, blancas y lanudas como ovejas, llegaba del Cantábrico cubriendo la pradera celeste. Las ropas que los viajeros guardaban en sus maletas se impregnaron de esa humedad típicamente vasca que hace pegajosas las camisetas y ablanda el almidón de las camisas. Unas ráfagas de viento que habían sobrado de la última galerna, metían la lluvia en las casas por todas las rendijas.

Biarritz, sometido a la ducha constante de un mes lluvioso, estaba limpiísimo. El asfalto de sus calles brillaba como los muslos de una negra joven, y la arena de sus playas tenía un tono más ocre debido a la humedad. Un taxi condujo a Juan al Hotel Mirapez, el más elegante de toda la región.

—¿El señor ha venido a tomar las aguas? —le preguntó el taxista sacando la mano en una curva para dar un azotito en las nalgas a un ciclista.

—No, porque detesto las aguas de todas clases.

—Pues aquí tendrá que tomarlas a la fuerza —suspiró el chófer—. Aunque consiga eludir el castigo veraniego de meterse en el mar, no se librará de empaparse en las calles con la lluvia.

El Hotel Mirapez, como su ingenioso nombre indica, estaba situado en un bonito promontorio frente al mar. Desde todas sus ventanas se veía el líquido elemento donde transcurre la vida de los peces en perpetuo veraneo. La playa, desierta y pelada, se extendía a los pies del hotel como un extenso solar en espera de compradores que lo edificasen. Cerca del hotel, sobre un cabo en forma de puñal hundido en el pecho del Cantábrico, había un farolillo afeminado que se pasaba la noche guiñando el ojo a todos los barcos que cruzaban ante él.

—¿Cómo desea la habitación el *monsieur*? —preguntaron a Juan en el mostrador de recepción.

—Cuadrada, con una puerta y una ventana —contestó él sin vacilar, pues era uno de esos hombres de ideas concretas que siempre saben lo que quieren.

—¿Con baño o sin baño?

—Con baño, naturalmente. ¿Tengo acaso pinta de cochino?

—¿Con cama o sin cama?

—¿Cómo? ¿Las hay sin cama también?

—Claro, *monsieur*. Hay huéspedes que no la necesitan, porque se pasan todas las

noches jugando en el casino.

Antes de que Juan pudiera concretar con el empleado, se produjo un incidente que revolucionó el *hall*. Un botones del hotel entró corriendo de la calle, gritando a pleno pulmón:

—¡El sol!... ¡Está saliendo el sol!

Al principio nadie se movió, porque la noticia parecía demasiado inverosímil para ser cierta. Pero el muchacho, excitadísimo, gritaba cada vez más fuerte:

—¡Va a salir el sol! ...

—Vamos, criatura. No digas disparates —le reprendió el conserje con severidad—. ¿Cómo puedes creer que va a salir el sol, si sólo hace cuatro semanas que está lloviendo?

—¡Lo acabo de ver con mis propios ojos! —insistió el botones, jadeando de emoción.

—Puede que haya sido un espejismo —comentó un huésped que escribía tarjetas postales en un rincón del *hall* y que se levantó al oír los gritos del muchacho.

—Los espejismos son fenómenos que pueden ocurrir en el desierto, pero no en el país vasco —sentenció un oficial jubilado del ejército inglés que acababa de salir del ascensor.

—¿Por qué no? —dijo el huésped de las postales, que no daba su frase a torcer—. Si el ansia de un sediento le hace ver agua en el Sahara, es lógico que el ansia de un veraneante le haga ver sol en el Golfo de Vizcaya.

Como la discusión se iba generalizando, el conserje decidió avisar al director del hotel para que pusiera las cosas en su punto.

—No es necesario —intervino Juan—. Como soy diplomático de un país neutral, me brindo a actuar de árbitro en esta polémica: saldré al exterior para comprobar la exactitud de la sensacional noticia meteorológica transmitida por este muchacho, y les comunicaré el resultado de mi observación.

Todos los reunidos en el *hall*, empleados y huéspedes, aceptaron el arbitraje ofrecido por el joven Velasco. Su neutralidad era una garantía de juicio imparcial, que es para lo único que sirven los países pequeños y neutrales.

Juan salió a la calle por la puerta giratoria, y después de contemplar el cielo unos instantes regresó con el siguiente informe:

Señores: el botones tiene razón. He observado atentamente la densa capa de nubes que cubre el firmamento, y se están produciendo en ella numerosas fisuras por las que se filtra la luz solar. Una fuerte brisa tiende a disipar este frente nuboso, y las fisuras se convierten con rapidez en anchas grietas que descubren trozos de azul celeste. No es aventurado suponer, por lo tanto, que estos preparativos anuncian la inminente salida del sol.

Ni siquiera una pluma tan ágil como la mía es capaz de describir con exactitud la



agitación que produjo el parte de Juan. El conserje, conmovido por tan importante acontecimiento, formó a todos los botones frente al hotel y los hizo entonar «La Marsellesa». Un turista finlandés, que jamás había visto el sol y sólo lo conocía de oídas, cerró los ojos y se precintó los párpados con sellos de correos para no quedar cegado por su luz vivísima.

La centralita telefónica de Mirapez comunicó a todas las habitaciones el trascendental fenómeno que iba a producirse de un momento a otro, y los huéspedes se asomaron a las ventanas para contemplarlo. Un niño que se asomó demasiado, se hizo puré al caer desde el cuarto piso.

El nerviosismo general era idéntico al que precede a los eclipses, aunque el fenómeno que iba a producirse era justo al revés.

—¡Cristales ahumados! —pedía la gente, agitadísima—. ¡Queremos cristales ahumados para ver el contorno del sol cuando aparezca entre las nubes!

Y las cocinas del hotel, obedeciendo una orden terminante de la dirección, dejaron de ahumar salmones para ahumar cristales a toda prisa.

En todas las calles de Biarritz reinaba la misma efervescencia. Los carniceros salían de sus tiendas dejando los filetes a medio cortar, y las cocineras abandonaban sus fogones dejando las patatas a medio freír. La población civil en las casas, la militar en los cuarteles y la penal en las cárceles suspendieron sus quehaceres para contemplar el cielo con la boca abierta.

—¡Va a salir el sol! —gritaban los gendarmes deteniendo el tránsito rodado con la amenaza de sus porras.

La hendidura en las nubes se iba haciendo cada vez mayor. La luz solar iluminaba intensamente los bordes de aquella herida, haciendo refulgir las guedejas que se desprendían al ampliarse el desgarrón. Una tienda de gafas para el sol, que estaba a punto de quebrar por falta de compradores, vendió todas sus existencias en menos de diez minutos.

Y de pronto, un clamor unánime brotó de la multitud. Fue un «¡oh!» gigantesco, lanzado al espacio con la potencia de un hongo atómico. Fue una nota ensordecedora cantada por un orfeón de cincuenta mil gargantas:

¡¡Ha salido el sol!!...

En efecto: el famoso astro, tan popular fuera de aquella comarca, había hecho su aparición por la brecha de la nubosidad.

Una cascada de rayos deslumbradores bañó los tejados, barriendo la luz gris que cubría la ciudad como una espesa capa de polvo. Y salieron a relucir colores inéditos en todas las cosas.

Se vio que el mar no era verdoso sucio, como en los días nublados, sino de un azul intenso y limpiísimo. Y que el uniforme de los gendarmes no era negro, como parecía bajo la lluvia, sino azul también. Y que los jardincillos de musgo que la

humedad plantó en las tejas y fachadas, eran de un bonito color verde esmeralda.

Todas las retinas, a pesar de los cristales ahumados, quedaron cegadas por aquella repentina orgía cromática. Hasta el capullo más insignificante de las florerías se abrió bruscamente en los escaparates al recibir el primer rayo solar de su vida.

Y los aficionados a la helioterapia corrieron a la playa, se desnudaron con rapidez en las casetas y se tumbaron en la arena con las carnes al aire para tomar un baño de sol que quizá no podrían repetir hasta el año siguiente.

Y en el Casino Municipal los *croupiers* detuvieron las ruletas, para correr a los balcones a presenciar la milagrosa aparición.

Y los astrónomos de toda la provincia, condenados al ostracismo casi todo el año por falta de visibilidad, desempolvaban a toda prisa sus pequeños telescopios provincianos para observar y estudiar las fases de este «contraeclipse».

Y los gallos, desconcertados, empezaron a cantar su sonata en «ki» mayor...

Biarritz vivió unos minutos inolvidables. ¡Lástima que fueran tan pocos! Porque sumados hasta el último segundo, apenas llegaban a formar un mísero cuarto de hora. La grieta abierta en las nubes, que el viento impulsaba a su capricho, comenzó a cerrarse lentamente. Las masas algodonosas fueron aproximándose, devorando a pedacitos de galleta al sol. Y al fin chocaron sin ruido, se fundieron unas con otras para formar el típico toldo de lona blancuzca que cubre la ciudad.

Y el mar dejó de ser azul.

Y el uniforme de los gendarmes volvió a ser negro.

Y todos los habitantes, con un suspiro de resignación, volvieron a sus ocupaciones comentando el sensacional espectáculo meteorológico que habían presenciado.

Poco después una lluvia fina limpiaba el polvillo luminoso que había dejado el sol en el paisaje, y se llevaba todos los colores al tinte para teñirlos de luto. Y todo volvió a ser gris, como la culera de un pantalón de franela.

Si es usted español y desea ver a todos los veraneantes de San Sebastián, vaya directamente a Biarritz. Pero si es usted francés y quiere alternar con la colonia veraniega de Biarritz, tendrá que ir a San Sebastián. Estas dos ciudades son vasos comunicantes que intercambian su contenido durante la temporada estival.

La razón de este intercambio es fácil de entender: la gente moderna es muy nerviosa y no sabe estarse quieta en ninguna parte. Antiguamente, el que iba a pasar unas vacaciones a algún sitio se quedaba en él hasta el final. Hoy, en cambio, tiene que moverse de la Ceca a la Meca, pues teme que la quietud le produzca anquilosis. La Ceca, en este caso, es San Sebastián. Y la Meca, Biarritz, Meca para los jugadores que deseen perder con más rapidez que al julepe; para las señoras que aspiran a oler bien y compran en sus tiendas perfumes galos; y para los donjuanillos de Castilla la Vieja, engañados por la leyenda de que las señoritas gabachas son más ligeras de cascos que las celtíberas (leyenda que se desmorona al primer tortazo que el tocante Pérez recibe de la tocada Dupont).

Cumpliendo su deber de diplomático, Juan frecuentó desde el primer día los lugares más elegantes de la población: tomaba el aperitivo matutino en el «Poney-Bar», y el vespertino en el «Shadow-Club».

A estos lugares acudía la gente de calaña más exquisita: príncipes sin trono y nobles tronados, aventureras que habían sido guapas y guapas que buscaban aventuras...

Uno de los personajes más decorativos que no faltaba a ningún coqueo, era el «kamarajá» indio de Cigarropur.

El título de «kamarajá» es el más elevado de la aristocracia hindú y equivale al nuestro de duque. Le sigue en jerarquía el de «marajá», que viene a ser una especie de marqués, y hay luego el de «rajá» pelado, que no pasa de conde corrientito.

El territorio de Cigarropur es uno de los más vastos y ricos de ese inmenso país. Limita al norte con Ranchipur, al sur con Kapurtala, al este con Bramaputra, y al oeste con Hijodepotra. Puede decirse que esta provincia tiene agua corriente central, pues el Ganges la atraviesa por el centro. Puede decirse también que todas sus tierras son de regadío, pues el Ganges se desborda con frecuencia inundando hasta el último rincón. Es probable que puedan decirse muchas cosas más, pero yo no las sé y por eso me callo.

El «kamarajá» estaba en buena posición económica porque sus súbditos le pagaban, todos los días, un tributo equivalente a su peso en patatas.

—¡Pues vaya una birria de tributo! —exclamará el lector calculando el precio que pueden tener las patatas y los kilos que puede pesar un hombre.

Pero el lector se pasará de listo al hacer esa exclamación, porque no conoce la

astucia de las altas castas hindúes. Y el «kamarajá» de Cigarropur era astutísimo: como él vivía siempre fuera de su país, nombró un suplente para que le sustituyera en la balanza de tributaciones.

Y el suplente que eligió fue el elefante sagrado más gordo de todo su reino.

Con lo cual tenían que pagarle diariamente el importe de tres toneladas y pico de patatas. Cantidad considerable si se tiene en cuenta que la patata estaba entonces a cuatro cincuenta el kilo.

El «kamarajá», que se llamaba Ragut, tenía el mismo color que el guiso de carne que lleva su nombre. Poseía además otras particularidades: era tan moreno que sus lágrimas, cuando lloraba, no eran blancas como las de todo el mundo, sino tintas. Llevaba turbante, naturalmente, adornado con un rubí tan grueso y luminoso como el «faro-piloto» de un automóvil. Bebía más que un camello con las jorobas vacías, y en sus borracheras intimaba fácilmente con los bebedores que el azar colocaba en la «barra» junto a él.

Juan le conoció cuando acababa de ingerir el decimoquinto «martini», y lo primero que hizo el indio a modo de saludo fue plantarle un par de besos en las mejillas. Luego vertió algunas lágrimas que mancharon su camisa como gotas de vino tinto, y se puso a hablar con nostalgia de su remoto país:

—Ya habrán empezado en Cigarropur las típicas inundaciones estivales del Ganges. Las aguas sagradas, amarillentas y puercas como las túnicas que envuelven a nuestros sacerdotes, habrán cubierto el ochenta y nueve por ciento del territorio.

»Mis súbditos, con sus flacas pantorrillas hundidas en el fango, pescarán unos catarros tan mortales como la peste o el cólera. Morirá mucha gente, como todos los años, pero esto no será un motivo de tristeza sino de alegría. Porque en la India, gracias a Siva, hay más gente que piojos. Y todas las calamidades que contribuyen a descongestionar un poco la proliferación de habitantes son siempre bien recibidas.

»Los propios muertos agradecen a los dioses que les hayan permitido morir porque en el Cielo de cualquier religión, por mala y modesta que sea, se pasa muchísimo mejor que en nuestro infierno nacional. Esta es la razón de que la India sea un país de fanáticos y místicos. Cuando la tierra sólo da miseria a los vivos, se vuelven los ojos al cielo pensando que quizás en él pueda encontrarse la riqueza *post mortem*. Y el suelo de Cigarropur es tan ingrato, pese al caprichoso regadío que le proporciona el Ganges, que ningún cigarropurense sabe lo que es el tejido adiposo. Esas grasillas superfluas que acolchonan el cuerpo humano y reciben el nombre de gordura, son un lujo que no hemos conocido jamás. Mis vasallos son delgaditos, con la piel cubierta de llagas, pústulas y otras mordeduras de la pobreza.

Y Ragut, tragándose de un sorbo el decimosexto «martini», concluyó llorando lágrimas de vino borgoñón:

—¡Ah!... ¡Cómo me gustaría estar allí, oliendo las fragantes pestilencias de mis

compatriotas!... ¡Cómo gozaría viendo a mi pueblo raquíptico aprovechando la inundación para revolcarse en las charcas sagradas y darse un único baño anual!... ¡Qué feliz sería si pudiese ordenar que apaleasen en mi presencia a media docena de intocables, para oír el concierto folklórico de sus pintorescos lamentos!... ¡Con qué placer saldría de mi palacio a cabalgar en uno de mis hermosos elefantes de carreras, pisoteando en mi paseo berzas de las huertas y viejas de las chozas! ...

—Se nota que Su Marajá es un gran patriota —le aduló Juan, aunque él no estaba de acuerdo con aquella forma de patriotismo tan a lo bruto.

Al decimonono «martini» Ragut se ladeó el turbante con chulería de gorra apache, agarró del brazo a Juan y se lo llevó en su «Cadillac» plateado al Casino Nocturno.

Este casino, llamado también «La bolita caprichosa», es el más elegante de la costa occidental. Para entrar en él es necesario entregar la cartera en una taquilla que hay junto a la puerta, con el fin de que el taquillero cuente los billetes que contiene. Si la cantidad de la cartera rebasa los doscientos mil francos, el taquillero se la devuelve a su propietario con una entrada. Pero si no alcanza esta suma, se la devuelve con un papelillo despectivo que contiene esta frase escrita en varias lenguas:

«Será mejor que se vaya a jugar a las canicas con los chicos de la calle».

El tamiz de este requisito impedía que entrasen en las soberbias salas de juego esas viejas parasitarias que sólo arriesgan dos fichas de cien francos para sacar el importe cotidiano de la pensión donde vegetan.

Ante la luz roja del rubí que ostentaba Ragut, las puertas del casino se abrieron de par en par. Juan, que entró con él, compartió todas las serviles reverencias que le dedicaron los empleados. Una orquesta contratada para amenizar el suicidio de los jugadores arruinados, interpretó el himno de Cigarropur. (Himno feísimo por cierto, a base de flauta, que recordaba la sinuosa melodía que emplean los encantadores indios para encantar a sus... ¡lagarto, lagarto!)

Si digo que el gran salón de ruletas resplandecía como un ascua, los lectores pensarán que soy un cursi. Pero no tengo más remedio que decirlo porque es la pura verdad: resplandecía como un ascua. ¿Qué culpa tengo yo?

Una docena de ruletas giraba en la misma dirección, mientras una docena de bolitas giraba al mismo tiempo en dirección contraria. Las bolitas, al final de sus breves carreras, daban unos alocados brincos antes de caer en un número al que nadie había apostado. Y los *croupiers*, con sus rastrillos, recolectaban abundantes cosechas de fichas que crecían con rapidez en las praderas de paño verde.

—¡Hagan juego! —animaban a los jugadores los muy ladinos, acariciando con impaciencia el mango de sus rastrillos.

Cuando el «kamarajá» se acercó a una mesa seguido de Juan, todos los mirones que la rodeaban se apartaban para dejarle paso. Ragut hizo una seña con la mano y se le acercó un empleado con un montón de fichas multicolores en una bandejita.

—¿El señor va a jugar también? —preguntó el empleado a Juan.

—Sí, claro —tuvo que decir él, pues todo el salón les observaba y temió hacer el ridículo rehusando.

—¿Cuántas fichas desea?

Juan, que pisaba por vez primera las alfombras de un casino, respondió con aplomo:

—Póngame medio kilo de fichas gordas, y otro medio de fichas flacas.

El indio le invitó a sentarse a su lado. Y mientras colocaba fichas en distintos números, le dijo en voz baja:

—Esta noche voy a jugarme el presupuesto de obras hidráulicas.

—No entiendo a Su Marajá —replicó Juan.

—Se lo explicaré: el tributo diario de mi peso en patatas, aunque me sustituya en la báscula un elefante, no me alcanza para sostener mi tren de vida en Europa. De «rajá» para arriba, los indios que residimos aquí estamos obligados a vivir fastuosamente, gastando sumas fabulosas.

—¿Por qué?

—Es cuestión de prestigio —suspiró Ragut—. Los europeos no conciben que un mandamás de la India pueda hospedarse modestamente en un hotel de segunda

categoría, comer en tabernas típicas y usar turbantes de percal.

—Es cierto —reconoció Juan—. ¿Y a qué se debe esa versión que tenemos de sus compatriotas?

—Al mal ejemplo que dieron los primeros príncipes indios que visitaron Occidente. Gastaban fortunas inmensas ahorradas rupia a rupia durante milenios. Ellos fueron los culpables de que se creara la frase «vivir como un rajá» para definir la buena vida. Y desde entonces todos los «rajás» tienen que dilapidar sumas aterradoras para sostener esta ruinosa leyenda.

»Esa es también mi tragedia. Como Cigarropur no es Jauja precisamente, mi fortuna personal es bastante escasa. Y me veo obligado a echar mano del dinero del Estado para que mi fama no decaiga. Hace un mes, por ejemplo, tuve que pagar la cuenta del hotel, donde vivo con mi séquito, dando un tremendo pellizco a nuestro presupuesto nacional de defensa. Este año, por lo tanto, los soldados de mi ejército sólo llevarán en sus cartucheras media dotación de cartuchos.

—¿Y si tienen que disparar más tiros?

—Pues que hagan «¡pom!» con la boca, arrojando al mismo tiempo una piedrecita —dijo Ragut encogiéndose de hombros—. Hace quince días, perdí a la ruleta la asignación anual para construcción de carreteras. Por fortuna no nos urge tener carreteras, porque el único automóvil que hay en Cigarropur es un «Rolls» que posee el Primer Ministro. Y cuando sale a pasear en él, lo llevan a hombros trescientos esclavos. Con lo cual no gasta gasolina ni cubiertas.

—En ese caso, maldita la falta que les hace tener rutas asfaltadas.

—Eso digo yo. Pero lo malo es que mis pérdidas no acaban ahí: anoche me jugué el plan de modernización de nuestros ferrocarriles. Hoy espero recuperarlo arriesgando los millones destinados a levantar un dique que impida las inundaciones del Ganges.

—¿Y si pierde? —le preguntó Juan.

—Si pierdo —dijo Ragut con fatalismo oriental—, el Ganges se quedará sin dique como yo me quedé sin abuela.

Y siguió sembrando fichas sobre el tapete verde para nutrir el rastrillo del *croupier*. Al otro lado de la mesa, justo enfrente de Juan, un hombre casposo y regordete perdía pequeñas cantidades conservando en sus labios una sonrisa jovial.

—Yo —dijo en voz alta para que lo oyera toda la mesa— me estoy jugando el pan de mis hijos.

—¿Y por qué lo dice tan contento? —le reprochó una inglesa, que debía de ser puritana pues era feísima.

—Porque a mis hijos no les gusta el pan. Y les hago un favor al jugármelo y perderlo.

Cuando el empleado le trajo el kilo de fichas que encargó, Juan se puso a jugar

con aire de entendido obteniendo resultados iniciales alternos.

—¿Qué método emplea usted? —le preguntó el «kamarajá», que había leído muchos tratados para perder a la ruleta más despacio y con más elegancia que los inexpertos.

—Yo —dijo Juan dándose importancia— juego con el método infalible que utilizaron todos los grandes maestros ruletistas. Se llama «au bon tuntún».

—¿Y qué quiere decir eso?

—La traducción literal significa «al buen tuntún». Consiste en lanzar rodando las fichas redondas sobre los números del tapete, sin mirar en cuál de ellos caen.

—¿Y después? —indagó el hindú, interesado.

—Se espera que el satélite de la bolita termine su órbita de traslación alrededor del niquelado astro central, y ya está: el resultado de esta técnica, como el de todas las demás, suele ser que el rastrillo se lo lleva todo a los silos de la empresa.

Gracias al maravilloso método del «buen tuntún», las fichas de Juan disminuían con más lentitud que las del «kamarajá». Este jugaba científicamente, anotando en un papel los números que iban saliendo. Y lograba perder con mayor rapidez que su compañero. Cada periplo de la bola abría un boquete en el futuro dique del Ganges.

—Su Marajá juega demasiado fuerte —le advirtió Juan.

—No tengo más remedio: debo tapar a toda costa las brechas del dique.

El regordete de la sonrisa jovial que se estaba jugando el pan de sus hijos, perdió hasta el último mendrugo.

Un mangante con barba levantó un «muerto» y una vieja estúpida se puso a gritar:

—¡Milagro, milagro! ¡Un muerto se ha levantado!

El joven diplomático, que había empezado a jugar por compromiso, fue adentrándose gradualmente en la pasión del juego. No acertaba ningún «pleno», pero reducía el volumen de sus pérdidas apostando caprichosamente al rojo y negro. Si ponía una ficha a un número par, salía un non. Si la ponía a un non, salía un par. Si la ponía a caballo sobre un par y un non, salía cero.

A medianoche, el rastrillo del *croupier* se llevó las últimas piedras del dique proyectado por el Gobierno de Cigarropur. El Ganges, allá lejos, debió de suspirar aliviado al saber que podría seguir desbordándose sin ningún impedimento.

Ragut, sin inmutarse en apariencia, aunque por dentro debía de estar inmutadísimo, abandonó su silla majestuosamente y se fue al bar a terminar de emborracharse.

Juan continuó en la mesa fascinado por los brincos circenses del azar convertido en bolita. Su torre de fichas gordas, que se alzaba en la mesa junto a él, perdía un piso en cada viaje de aquel pequeño tiovivo que tenía números en lugar de caballitos. Bajo la gran lámpara que inundaba de luz el pradillo de paño verde, las frentes de los jugadores sudaban a chorros. Unos seguían con ojos devorantes el girar de la ruleta,



mientras otros esperaban el resultado final mirando hacia otro lado con falsa indiferencia.

Una norteamericana ya talluda, que había venido a Europa buscando los últimos episodios de su carrera sentimental y presumía de jovenzuela, entregó a su amante una ficha de cinco mil francos diciéndole:

—Toma, queridito: ponla en el número de los años que tengo.

—Imposible, cotorrita —respondió él sin pizca de galantería—: la numeración de la ruleta no llega al cincuenta y tres.

Un caballero muy desconfiado, al ocupar la silla abandonada por el príncipe indio, rogó al *croupier* que le mostrara la bola antes de hacer su primera apuesta.

—¿Para qué? —preguntó el empleado, extrañadísimo.

—Para ver si está marcada.

A medida que avanzaba la noche, el humo del tabaco iba azulando la atmósfera del casino. Las frentes sudorosas, caldeadas por la emoción del juego, eran elementos de calefacción que hacían subir varios grados la temperatura.

Los que perdían mucho se aflojaban con disimulo el nudo de la corbata para refrescar su acaloramiento sin perder la compostura. En este grupo, el más numeroso de la concurrencia, estaba Juan.

Existe una misteriosa fuerza centrípeta que atrae hacia la ruleta a los que se sientan junto a ella por vez primera. Y ésta fue la que retuvo al incauto diplomático. Cuando su torre de fichas se redujo a la altura de un chalet de un solo piso, una especie de camarero se le acercó sonriendo servilmente.

—¿Desea el señor que le sirva alguna ficha más?

—Sí —dijo Juan ansiando recuperar sus pérdidas—. Tráigame un kilo de fichas gordas.

Tentado estuvo de empezar a morderse las uñas para calmar el desasosiego que le producía su suerte adversa. Pero recordó a tiempo las lecciones de autodomínio que había recibido en la Escuela Diplomática, y haciendo un esfuerzo logró reducir su desahogo a chuparse un dedo.

El «kamarajá», mientras tanto, se hizo amigo en el bar de un millonario yanqui tan borracho como él.

—Es natural que congeniemos —le decía a Ragut abrazándole con efusión—, porque yo también soy indio, aunque americano. Mi bisabuelo fue el célebre gran jefe de la tribu sioux «Peluquero de señores».

—¿Por qué le llamaban así? —se sorprendió el del turbante.

—Porque se dedicó toda su vida a cortar cabelleras a los blancos.

—¿Y cómo pudo hacerse millonario con un oficio tan modesto?

—Puso una tienda de «Artículos de cuero cabelludo». Vendía maletas, bolsas, carteras...

En una de las mesas, a las dos de la madrugada, el *croupier* dijo una vez más:

—¡Hagan juego, señores!

Pero como todos los señores habían perdido un dineral, contestaron a coro:

—No nos da la gana.

Y abandonaron la mesa como un solo hombre.

Juan, que había empezado a jugar en una mala racha, pescó por fin una racha mucho peor. El ritmo de su déficit se aceleró hasta adquirir una velocidad vertiginosa.

«Soy un estúpido —pensaba, tratando de recobrar la serenidad—. Por recuperar todo lo que perdí, voy a perder una cifra astronómica que jamás recuperaré. Nadie impide que me levante y abandone el juego ahora mismo. Sin embargo, noto en mi hombro una mano invisible que me retiene en esta silla fatídica. Ni mi cultura ni mis teorías me bastan para romper el hechizo de esta tentación.

»Lo mismo que todos los cultos y teóricos que aprendieron a vivir en los libros, caigo como un conejo en las sugestivas trampas que tiende la vida real. El hombre que se hizo misógino estudiando a la mujer en sus lecturas, se vuelve mujeriego en cuanto una vicetiple le guiña un ojo. El abstemio que aprendió a odiar el alcohol en los tratados de medicina, se emborracha en cuanto huele el aroma de un vino añejo. Y a mí, que me eduqué en el temor a los juegos de azar, me ha hipnotizado la primera ruleta que giró ante mis narices. De lo cual se deduce una vez más que estudiar no sirve para nada, y que únicamente viviendo se aprende a vivir».

Cuando después de recorrer todas sus circunvoluciones cerebrales logró llegar a esta conclusión, la segunda torre de fichas había sido barrida por el implacable rastrillo.

—¿Le sirvo un par de kilitos más? —se acercó a preguntarle el encargado del fichero, insinuante.

Y Juan, encogiéndose de hombros, dijo que sí. El señor desconfiado que había pedido ver de cerca la bolita para convencerse de que no estaba marcada, le dijo al oído.

—Va usted a perder la hijuela.

—Pierda cuidado —le tranquilizó nuestro protagonista—: no tengo ninguna hijuela. Soy soltero.

Horrendo chiste que servirá al lector para deducir el lamentable estado de ánimo en que se hallaba.

Un segundo después, desde la terraza que comunicaba con la sala de juego, llegó una fuerte detonación. Todos los ojos, que llevaban varias horas clavados en el tapete verde, se alzaron inquietos como un solo ojo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron varias voces.

—Nada, nada —se apresuró a decir el personal del casino para apaciguar al público—. Algún gracioso, que habrá reventado una bolsa vacía de patatas fritas.

—¡Ni hablar! —negó un viejo coronel que entendía mucho de detonaciones—. Eso ha sido un disparo.

—Entonces será un cliente que estará cazando gaviotas desde la terraza para entretenerse —rectificó el personal sin inmutarse.

—¿Con pistola? —insistió el coronel, terco—. Porque ese disparo se ha hecho con una pistola del calibre seis treinta y cinco.

El personal ya no supo qué decir y despistó rogando al público que continuara jugando. Algunos empleados salieron a la terraza y regresaron poco después con un fardo envuelto en una sábana. El fardo tenía contorno humano y una mancha de sangre en el abultamiento correspondiente a la cabeza.

—¿Y eso qué es? —volvió a la carga el viejo coronel, socarrón—. ¿Una gaviota?

—¡Hagan juego, señores! ¡Hagan juego! —gritaron los *croupiers* mientras los empleados portadores del fardo abandonaban la sala por una puertecilla lateral.

La caldeada atmósfera del casino se enfrió repentinamente con el paso del cortejo que conducía el cadáver del suicida.

La Muerte, esa odiosa aguafiestas que estropea las mejores diversiones, hizo con sus manos descarnadas una desagradable cosquilla en todas las columnas vertebrales. Y muchos jugadores, temerosos de que el azar los arrastrara a un fin análogo, abandonaron las mesas y se fueron a sus casas. Pero muchos también permanecieron en sus puestos, decididos a seguir luchando contra su pésima suerte hasta el último céntimo. Entre estos últimos estaba Juan, que no quiso aprovechar la trágica lección dada por el suicida. Y continuó clavado en su sitio, aumentando en cada jugada el volumen de su catástrofe.

«Si me vieran perder los profesores de la Escuela Diplomática —pensó para consolarse—, estarían orgullosos de mí. Pierdo como un caballero: mis manos no tiemblan y mis labios sonrían. Sudo un poco, lo reconozco, pero esa pizca de sudor puede atribuirse a la noche excesivamente calurosa y no a mis nervios. Me mantengo erguido en mi asiento; ni siquiera parpadeo cuando el rastrillo se lleva mis fichas; y fumo serenamente, sin chupar con ansia el cigarrillo ni aplastar con rabia la colilla en el cenicero. Soy, en fin, un perdedor ejemplar y todos los *puntos* que me rodean me miran con admiración».

Pero este consuelo no le impidió consumir infructuosamente dos nuevas remesas de fichas.

A las tres menos siete minutos, el voraz rastrillo se llevaba el último disquito de pasta. Sólo entonces se levantó de la mesa. Sus manos, de cuya inmovilidad se había enorgullecido toda la noche, temblaron al encender un nuevo cigarrillo. Y la falsa sonrisa de sus labios, sostenida durante varias horas con un esfuerzo de sus músculos faciales, se convirtió en una mueca dolorosa y dolorida.

Luego, con pasos que pretendían ser firmes pero que acusaban cierta vacilación, se alejó de la mesa. Al pasar junto al «bar», en el que Ragut continuaba bebiendo con el millonario yanqui, el indio le preguntó:

—¿Qué tal, amigo? ¿Le ha tratado la ruleta mejor que a mí?

Juan quiso contestar, pero comprendió en el último momento que no era dueño de sí mismo y que su voz delataría su desesperación. Calló por pudor, y con una palidez digna de ser llamada cadavérica continuó su camino hasta salir a la terraza.

La terraza era amplia. Tenía capacidad para cincuenta suicidas simultáneos, aunque nunca, ni siquiera en la época de las vacas gordas, se había alcanzado esa cifra.

La noche era pobre: no tenía estrellas. A veces, cuando se adelgazaba en el cielo la permanente capa de nubes se veía un tenue resplandor lechoso de la luna. Abajo, a los pies del casino, el mar dormía en la oscuridad con ronquidos acompasados. El farillo feminoide próximo al Hotel Mirapez, continuaba guiñando su ojo único tratando de seducir a un barco.

Juan, protegido por la penumbra que reinaba en la terraza, dio rienda suelta a su desesperación.

—¡Qué imbécil soy! —escupió entre dientes—. He perdido estúpidamente todo el dinero que tenía. Yo, el superhombre que aspiraba a unir la Humanidad por la redondez del ombligo, me he dejado fascinar por la redondez de la ruleta. ¿Qué dirán en la Embajada cuando se enteren? Enviarán un informe al Ministerio para que me expulsen de la carrera por mi mala conducta. El castigo será justo. Un diplomático tiene la obligación de dominar todas las pasiones. Debe ser siempre frío, cerebral. No le está permitido apasionarse por nada; ni por juegos de azar, ni por mujeres alegres, ni por ideas políticas. Yo he violado este voto de frialdad que se hace al ingresar en la Orden de la Diplomacia y merezco la expulsión.

Y apoyando los codos en el pretil de la terraza, se cubrió el rostro con las manos. En esta actitud desesperada permaneció algunos minutos, escuchando la rítmica respiración del mar.

Hasta que un nuevo ruido, sumándose al de las olas, le sacó de su ensimismamiento: eran los pasos de una mujer que acababa de entrar en la terraza. La mancha blancuzca de claridad lunar no bastaba para distinguir sus facciones, pero

tenía una silueta juvenil y sus carnes no fofeaban al andar.

Deslumbrada todavía por las potentes lámparas del interior, no vio a Juan hasta que estuvo a su lado. Y al verle, en lugar de rehuir el encuentro, se dirigió a él resueltamente.

—Usted perdone —le dijo con voz alterada—. ¿Va usted a suicidarse?

—Me da usted una idea. Sería una solución espléndida para todos los problemas que me ha planteado este mundo.

—¿Piensa suicidarse, sí o no? —se impacientó la mujer.

—Aún no lo he decidido. Pero ¿por qué quiere saberlo?

—Para pedirle que me preste el arma que vaya a emplear. Al fin y al cabo, después que usted la utilice ya no le servirá para nada.

—¿Y para qué quiere un arma?

—Para suicidarme yo también.

—Comprendo. ¿Ha perdido?

—Claro.

—¿Mucho?

—Todo.

—Igual que yo —suspiró Juan.

—Pues entonces no le entretengo más —cortó ella—. Acabemos cuanto antes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que saque la pistola y se la ponga en la sien. O en la boca. O donde le dé la gana.

—Le complacería con mucho gusto, pero hay un pequeño inconveniente: que no tengo pistola.

—¿No?... ¿Y cómo piensa matarse usted? ¿Con un puñal?

—Tampoco tengo puñal.

—En ese caso, tendrá veneno.

—La verdad es que no tengo nada —confesó Juan—, porque no pensaba matarme de ninguna manera.

—¡Ah! Entonces, ¿por qué me dijo...?

—Yo no dije ni una palabra. Fue usted quien lo dijo todo.

—¡Dios mío! —se desesperó la desconocida, apoyando los codos en la balaustrada y sujetándose la sien con las manos—. ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿A quién puedo recurrir?

—Si tanto interés tiene, no necesita que nadie la ayude. Puede suicidarse sola tan ricamente.

—Pero tendré que comprar un arma. Y no tengo dinero.

—No se preocupe: hay sistemas de suicidio sin armas, tan eficaces como dispararse un cañonazo en la cabeza. Tírese al mar, por ejemplo.

—No me sirve; porque nado como un pez.

—Pues no nade.

—No soy tan tonta.

—En ese caso, pruebe a tirarse delante de un automóvil para que la atropelle.

—A estas horas de la madrugada no pasan automóviles por ninguna calle.

—Pues vaya a su casa y abra la llave del gas.

—No tengo llave, ni gas, ni casa a la que pueda ir...

La voz de la mujer se quebró en un sollozo. Como el remojo de las lágrimas femeninas ablanda siempre el duro corazón del hombre, Juan se enterneció. Y aunque sospechaba que él había perdido mucho más dinero que ella, se propuso consolarla.

Pero antes quiso ver el aspecto físico de aquella infeliz, porque está demostrado que se consuela más fácilmente a una Venus, aunque sea manca, que a una Venus, aunque esté completa. Y la luna, como si hubiese adivinado sus pensamientos, apartó las nubes a manotazos para alumbrar un instante a su misteriosa interlocutora.

Un haz de rayos luminosos, al posarse en la terraza, revelaron que la aspirante a suicida era fea. Francamente fea. Tenía la nariz sobresaliente, en forma de mascarón de proa, que navegaba delante de ella anunciando su llegada con varios segundos de antelación. Tampoco su dentadura era muy correcta, pues la hilera superior asomaba fuera de sus labios como esa defensa que llevan las locomotoras para limpiar la nieve. Resultaba difícil concretar el color de sus cabellos debido a que tenía mechones de tonalidades tan diversas, que no se distinguía si eran morenos teñidos de rubio o rubios teñidos de moreno.

Añadiré que también su figura dejaba mucho que desear, por carecer del incentivo fundamental que convierte el cuerpo femenino en un circuito apasionante: las curvas. Un inoportuno almohadillado adiposo rellenaba las depresiones que dan emoción al recorrido, creando rectas monótonas al tacto y a la vista.

Los únicos alicientes de aquel conjunto anatómico eran su juventud, y un par de ojos colosales orlados de pestañas grandes como púas de peineta. Aquellos ojos de campeonato, en los que cabía todo el Golfo de Vizcaya, merecían unos alrededores menos vulgares. Pero merecían también, por sí solos, unas cuantas frases de consuelo.

—¿Ha dicho usted que no tiene casa? —empalmó Juan el diálogo roto cuando la luna volvió a cubrirse con su edredón de nubes—. ¿Dónde vivió hasta hoy?

—Es una historia muy larga.

—Entonces no me la cuente.

—Puedo hacerle un resumen.

—En ese caso, bueno.

—Nací hace treinta años. Tengo ahora, por lo tanto, veinticuatro.

—¿Cómo es eso? —enarcó las cejas Juan.

—En los países galantes, la edad de las mujeres tiene un veinte por ciento de descuento.

—Es verdad, perdóneme. Continúe.

—Cuando cumplí los seis meses, mis padres se fueron al otro mundo en automóvil.

—¿Viaje de turismo?

—No; choque contra un árbol. Murieron en el acto.

—¡Vaya por Dios! Se quedaría usted huérfana en un santiamén, ¿verdad?

—¡Qué remedio! —se lamentó ella—. En cuanto mueren los padres de una, ya se sabe: huérfana al canto. Y como aún me faltaba mamar un rato largo para criarme del todo, me pusieron un tutor.

—No le serviría de nada.

—Eso pensé yo: que para los menesteres de la crianza, mejor hubiera sido ponerme una tutora. Pero el niño propone y el juez dispone. El tutor que me pusieron era astuto y me sacó adelante a base de biberón. Luego me mandó a un colegio, después me puso de largo, y, por último, se enamoró de mí.

—Todos los tutores son iguales —filosofó Juan.

—Menos el mío, que era feísimo. Yo le rechacé y él juró vengarse. Se repetía una vez más la historia del tutor rijoso y la huérfana inocente, tan manoseada en las novelas baratas del siglo diecinueve.

—Y principios del veinte —completó Juan.

—La venganza de aquel malvado consistió en apoderarse con mil ardides del dinero que él debía administrar hasta mi mayoría de edad. Y cuando cumplí los veinte años, me encontré más pobre que un hombre honrado. Todos mis bienes habían caído en manos del diabólico tutor, impidiéndome lograr la ansiada independencia. Privada totalmente de recursos económicos, no tuve más remedio que continuar a su lado para no morir de hambre. Así he vivido una larga y espantosa época, resistiendo heroicamente los ataques a mi honestidad de ese monstruo exasperado por mis negativas.

—¿Por qué no le abandonó y se fue a vivir por su cuenta? Puesto que ya era usted mayor de edad...

—No pude hacerlo porque en el colegio recibí una educación tan exquisita, que me incapacitó para ganarme la vida trabajando. Pero el asedio de aquel fauno llegó a límites insoportables y no tuve más solución que huir. Ayer por la mañana entré en el cuarto de mi tutor mientras dormía, le robé todo el dinero que guardaba en un cajón y me vine a Biarritz. Mi propósito era multiplicar la cantidad robada en la ruleta para marcharme a América. Pero ya ve usted el resultado: he perdido, no puedo ir a ninguna parte, y mi tutor me habrá denunciado a la policía por ladrona. ¿No le parecen motivos suficientes para que desee suicidarme?

—Sí, claro —tuvo que reconocer Juan.

Y los dos guardaron unos segundos de silencio rumiando sus tragedias respectivas.



La pausa silenciosa duró medio minuto. Ella, mujer al fin, fue la primera en hablar:

—Ahora que sabe mi trágica historia, supongo que me ayudará.

—¿Cómo quiere que la ayude?

—He oído decir que la mujer encargada de los lavabos alquila pistolas para estos casos. ¿Cree usted que será verdad?

—No me extrañaría —dijo Juan—. Las encargadas de los lavabos me han parecido siempre unas brujas siniestras capaces de tener las cosas más insospechadas. En los subterráneos infernales donde viven, esconden sin duda las substancias y objetos más extraños: filtros de belleza para las clientes que bajan al tocador, hilos y agujas para coser el desgarrón que hizo en el vestido de la chica el novio impaciente, martillo y clavos para fijar los tacones desprendidos, botones de todos los calibres, medicinas, estupefacientes... No es raro que en un casino tengan también pistolas.

—Si pudiera alquilar una... Pero dicen que la encargada cobra doscientos francos por el alquiler. Y yo no los tengo. ¿Podría prestármelos?

—¿Yo? ¡A buena parte va! Estoy tan arruinado como usted.

—¿No le quedó nada?

—Unas monedas sueltas. Pero no llegan a doscientos francos.

—También a mí debe de quedarme alguna calderilla. Quizá podamos reunirlos entre los dos. ¿Cuánto tiene usted?

Juan rebuscó en sus bolsillos y la mujer en su bolso. Unieron en un montón todas las monedillas que encontraron, y ella las contó para hacer el balance final.

—¡Doscientos siete francos con cincuenta céntimos! —cantó alborozada.

—¡Magnífico! Ya puede alquilar su pistolita y pegarse su tiritito.

—¿Qué hacemos con el pico que sobra? —Déselo de propina a la de los lavabos.

—No, no. Si usted no se decide a suicidarse, puede hacerle falta.

—¿Cree que con siete francos y medio puedo rehacer el dineral que he perdido? No podría adquirir ni una ficha para volver a jugar.

—Tiene razón —dijo ella—; la ficha más barata cuesta doscientos francos.

Y con una mueca resignada la mujer se dirigió a la puerta de la terraza.

—¡Espere! —gritó Juan cortando su mutis—. Ha dicho usted doscientos francos, ¿verdad?

—Sí.

—Es que se me acaba de ocurrir una idea. ¿Y si en vez de alquilar la pistola compráramos una ficha con ese dinero?

—¿Para qué? —Pues para jugar.

—¡Qué disparate! Nos quedaríamos sin la ficha y sin pistola.

—Quizá no. Puede que la suerte nos favorezca.

—¿A nosotros? No diga tonterías. Con la mala pata que tenemos los dos...

—¡Quién sabe! —insistió él—. Dos malas patas unidas pueden conducir a una buena suerte. Al fusionamos, nuestras ganancias respectivas chocarán, y es posible que queden anuladas en el choque.

—No lo creo.

—Con intentarlo no perdemos nada.

¿Cómo que no? Perdemos la pistola.

—Pero, en cambio, podemos ganar la vida que pensábamos quitarnos con ella. ¿No le parece que vale la pena correr el riesgo?

La mujer vaciló antes de contestar:

—Será inútil. Yo no he acertado jamás ni un solo número.

—Ni yo —confesó Juan.

—¿Cómo vamos a jugar entonces?

—He pensado un sistema que quizá tenga éxito. Como el capital es de los dos, lo justo es que cada uno proponga un número. Entonces lo sumaremos y apostaremos la ficha al resultado de la suma. De ese modo la responsabilidad quedará equitativamente repartida. Y teniendo en cuenta que las leyes del azar son caprichosas, puede que el producto de nuestros dos errores sea un acierto.

—Está bien —transigió ella—. Vamos allá. Convirtiendo la bala en ficha, daremos a la vida la última oportunidad de que no nos abandone.

Y se dirigieron a la puerta de la terraza para entrar en la sala de juego.

La ficha de doscientos francos era verde, lo mismo que la esperanza depositada en ella por ambos jugadores. La madrugada había despejado de mirones el amplio salón. Dos mesas dormían ya cubiertas con sábanas blancas. Alrededor de las que aún funcionaban era fácil encontrar sillas libres.

Después de pensarlo mucho, los dos socios de la ficha única decidieron jugársela en una ruleta atendida por un *croupier* tan calvo como la bolita que lanzaba. No hicieron la elección por su calvicie, sino porque al pasar junto a él advirtieron que era jorobado. Su joroba distaba mucho de ser una montaña, pero tenía la altitud reglamentaria que la superstición exige a las jorobas para considerarlas talismanes de la buena suerte.

Juan, con cierta solemnidad, alzó la ficha verde entre los dedos y dijo a su compañera:

—Ha llegado el momento. ¿Qué número propone usted?

—El diecisiete.

—Pues yo el catorce.

Como habían acordado, sumaron las dos propuestas. Y Juan, con bastante emoción, depositó la ficha en el cuadrado número treinta y uno.

La ruleta emprendió su carrera y aún cayeron algunas fichas sobre el cuadriculado tapete antes de que el cheposo gritara:

—¡No va más!

A medida que la bola perdía velocidad, los dedos de la mujer se hundían con más fuerza en el brazo de Juan. Cayó al fin en el casillero giratorio de los números y después de dar algunas bruscas cabriolas se detuvo.

—¡Treinta y uno negro, impar y pasa! —cantó el *croupier* con voz de barítono.

Juan y su compañera se miraron llenos de alegría. Por vez primera en aquella noche aciaga, el rastrillo no se acercó a su apuesta para llevársela, sino para dejar junto a ella treinta y cinco fichas de doscientos francos.

—Tenía usted razón —dijo ella con una sonrisa que echó para afuera sus dientes en forma de quitanieves—. Uniendo nuestras dos malas patas hemos caminado hasta llegar a la buena suerte.

—¿A qué número jugaría usted ahora? —preguntó él.

—Al veintidós. ¿Y usted?

—Pues yo al cinco.

En vista de lo cual, Juan puso todas las fichas que había ganado en el veintisiete.

—¿No cree que deberíamos retirar parte de los beneficios? —sugirió ella, prudente.

—Ni hablar —se opuso él—. El capital de nuestra sociedad es demasiado débil todavía para pagar dividendos a los accionistas.

Poco después la voz del jorobado les sonó a trompeta celestial cuando cantó:

—¡Veintisiete rojo, impar y pasa!

Los siete mil doscientos francos que había puesto al veintisiete se transformaron en ¡doscientos cincuenta y nueve mil doscientos! La sonrisa de ambos socios les llegó esta vez hasta las orejas.

—¿Tampoco ahora repartiremos dividendos aprovechando esta ampliación del capital? —insinuó la mujer viendo el montón de fichas gordas que empujaba hacia ellos el rastrillo.

—¡No, por Dios! —se horrorizó Juan—. La suerte, en este momento, se ha colocado junto a nosotros y nos mira con simpatía. Debemos demostrarle que confiamos en ella plenamente. Si nos ve retirar una parte de las ganancias, pensará que dudamos de su generosidad. Y se marchará de nuestro lado enfadadísima.

—Bueno —se resignó ella mirando con lástima las grandes placas ovoidales de diez mil francos que iban a exponer—. ¿Y en qué número le gustaría enterrar nuestra fortuna?

—Yo propongo el nueve.

—Pues yo el cuatro.

—¡Caramba! —exclamó Juan—. ¡Sumando esos dos factores, el resultado es

trece!

—¡Dios mío!... ¡Mi número fatídico!

—Y el mío también. Pero no podemos apartarnos de nuestro sistema.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Pretende que nos lo juguemos todo al número trece?

—También a mí me parece una locura, pero hay que respetar las órdenes de la suerte.

Con mano ligeramente temblorosa, Juan empujó la pila de fichas hasta cubrir con ellas el cuadro del número siniestro. Los grandes ojos de su compañera duplicaron su tamaño en una dolorosa mirada de despedida.

Hubo un murmullo de asombro y emoción en todos los circunstantes. Incluso acudieron jugadores de las mesas vecinas para presenciar aquella jugada sensacional. Los empleados cuchichearon entre sí, preguntando a sus jefes si podían admitir una apuesta tan considerable. Los jefes hicieron un cálculo de probabilidades y aceptaron la apuesta pensando que es fácil que la suerte se repita, pero que es difícilísimo que se tripita.

Y la bola partió en medio de un silencio cargado de expectación.

Durante varios segundos no hubo más ruido en el casino que el producido por ella al rodar sobre la madera de su pequeño circuito. Hasta el *barman* detuvo en el aire su estrepitosa coctelera esperando que llegara a su destino.

En el brazo de Juan, la circulación sanguínea quedó interrumpida por la presión emocionada de los dedos de su pareja...

Poco después, de todas las gargantas brotó un irreprimible «¡Oh!» al oír la voz del *croupier* giboso, que cantaba:

—¡Trece negro, impar y falta!

No menos estridente que los «¡Ohes!» del público, fueron los lanzados por Juan y su *partenaire*. Esta, sin poder frenar su explosión de entusiasmo, abrazó al joven diplomático y por poco le hinca su sobresaliente dentadura al darle un apretado beso en la mejilla.

El acontecimiento desencadenó una catarata de comentarios en todo el edificio. Y es natural, porque una simple multiplicación bastará al lector para comprobar que los doscientos cincuenta y nueve mil doscientos francos de nuestros héroes se habían convertido en ¡nueve millones trescientos treinta y un mil doscientos! Cifra que dista mucho de ser una fruslería.

Cobrada esta cantidad en un precioso cheque firmado por el propio director del establecimiento, la pareja ganadora abandonó la mesa bajo una lluvia de miradas envidiosas.

—¿Vamos a celebrarlo? —propuso Juan.

—Vamos —accedió ella.

Fueron al bar y se sentaron junto al «kamarajá» de Cigarropur, que continuaba embalsando alcohol sin perder el equilibrio sobre su alto taburete. El rico yanqui de los artículos de cuero cabelludo se había marchado, dejando a Ragut sumido en tristes cavilaciones. Pensaba que la noche siguiente tendría que jugarse el presupuesto cigarropurenses de sanidad nacional, dejando a su pueblo sin una inyección que llevarse al culín.

La exsuicida, con los dientes más afuera que nunca debido a la apertura de su sonrisa victoriosa, encargó *champagne*. Y alzando su copa, propuso a Juan:

—Brindemos por el éxito que ha obtenido nuestra sociedad.

—Nuestra sociedad anónima —completó él—. Porque yo aún no sé su nombre ni usted sabe el mío.

—Es cierto. Ya es hora de que nos presentemos. Yo me llamo Jacoba.

—¡Qué coincidencia! —dijo él alzando las cejas—. Y yo me llamo Juan.

—¿Dónde está la coincidencia?

—En la jota.

—Tiene razón. Quizá por eso nos haya favorecido la suerte. ¿A qué se dedica usted?

—A hacer gestiones en el extranjero para que mi país, en caso de guerra, esté siempre al lado del más fuerte.

—¡Ah! ¿Es usted judío?

—No, mujer; soy diplomático.

Con estos dimes y diretes vaciaron la botella. Al pagar, como ninguno de los dos tenían dinero en efectivo, Juan sacó el cheque y le dijo al *barman*:

—¿Tiene usted cambio de nueve millones trescientos treinta y un mil doscientos francos?

El *barman*, que también tenía sentido del humor, abrió el cajoncito donde guardaba el dinero, echó un vistazo dentro y dijo muy serio:

—No; se me ha terminado la calderilla. Ya me pagará otro día.

El «kamarajá», impregnado en alcohol hasta el turbante, cayó de pronto al suelo desde la cima de su taburete.

—¿Es de ustedes este indio que hay en la alfombra? —preguntó un camarero acercándose a Juan y señalando al caído.

—No —contestó él con naturalidad—. Nosotros no usamos indio; hemos venido a cuerpo.

—Déjelo ahí mismo —dijo el *barman* al camarero—. Ya lo recogerán mañana las mujeres de la limpieza, hasta que vengan a reclamarlo.

Juan y Jacoba salieron del casino. El portero, apoyado en una jamba de la puerta, les hizo una inclinación con la cabeza que no se sabía bien si era una reverencia respetuosa o una cabezada indecorosa. El pequeño jardín plantado a la entrada aparecía cubierto de gotitas.

—¿Rocío? —pregunta el lector, poético.

—Chaparrón —contesto yo, prosaico.

El trozo de noche que aún quedaba hasta el amanecer era fresco y húmedo, con ráfagas de viento que venían del mar cargadas de aroma a salmonete crudo.

Comenzaron a andar hacia el centro de la población porque ya no circulaba ni un solo taxi que pudiera transportarlos.

—¿Tiene inconveniente en que la acompañe a su casa? —dijo Juan.

—Sí —contestó ella—. Un inconveniente bastante gordo: que no tengo casa.

—Entonces tendrá que hospedarse en un hotel. Y como el capital de nuestra sociedad está depositado en un solo cheque, debemos unificar nuestro domicilio social. Viviendo los dos en el mismo sitio, podremos vigilarnos mutuamente para evitar que uno de los dos se fugue con todo el dinero.

—¿Me cree capaz de una infamia semejante? —se ofendió Jacoba.

—Yo a usted no, pero puede que usted a mí sí.

—Tampoco —negó ella con acento sincero—. Tan convencida estoy de que esa fortuna la debemos a nuestra alianza, que estoy segura de que se esfumaría en cuanto alguno de los dos intentara separarse del otro. Volveríamos a tener una sola mala pata cada uno, con lo cual no es posible alcanzar a la buena suerte. Y seríamos tan desgraciados como antes de conocernos.

—Quizá tenga usted razón. ¿Y qué piensa hacer ahora que ya tiene dinero?

—En primer lugar devolveré a mi tutor la cantidad que le robé. Después, trataré de ser feliz.

—¿Cómo?

—No lo sé aún. Supongo que haciendo todas las cosas que no pude hacer hasta ahora. ¿Y usted? ¿En qué empleará su dinero?

Juan contestó sin vacilar:

—En fundar la Hermandad del Ombligo.

—No se enfade, hombre. Si no quiere decírmelo...

Juan explicó que lo que había dicho no era un exabrupto, sino el sueño de toda su vida. Y mientras iban hacia el Hotel Mirapez por las calles desiertas, fue contando con detalle el fundamento de su proyectada asociación. Ella le escuchaba con sus grandes e inteligentes orejas muy abiertas para no perder ni una sílaba.

—Puede estar orgulloso —le dijo cuando él concluyó su explicación—. Ha inventado la Filosofía Umbilical. Una bella y profunda doctrina filosófica, con la cual un especialista del género podría levantar un edificio de sabiduría colocando tomo sobre tomo como si fueran ladrillos. Pero ¿cree que vale la pena sacrificar su vida en beneficio de la Humanidad?

—Es un fin muy noble.

—Pero bastante inútil. Aunque llegara usted a convencer al mundo entero de que todos los hombres son hermanos, no serviría de nada. ¿Olvida que las luchas fratricidas fueron inventadas por Caín y Abel cuando en el mundo no había más que cuatro gatos? Recordar a un soldado que su enemigo de la trinchera vecina tiene un ombligo igual al suyo, sólo serviría para sugerirle una idea macabra.

—¿Qué idea?

—La de apuntarle con el fusil al centro del vientre, para tratar de hacer blanco con la bala en la diana de su circulito umbilical.

—¡Qué horror! —se escandalizó Juan—. ¿De veras cree que el hombre es tan malvado?

—Creo lo que aprendí en el colegio estudiando Historia. Y me parece imposible que un puñado de idealistas, que es lo mismo que decir de insensatos, pretendan cortar con una hacha de bellas palabras la cadena de crímenes y atrocidades que forman el pasado del *homo sapiens*. Porque el *homo*, a mi juicio, es una fiera bípeda tan carnívora como las cuadrúpedas. Sólo se diferencia de ellas en que pone al fuego un rato la carne de sus víctimas antes de devorarla.

—Por eso mismo pienso que es conveniente predicar la bondad; para convencer al *homo* de que sea más *sapiens* y menos *brutens*.

—Sólo lograría usted convencer a unos cuantos —insistió Jacoba, pesimista—. Un domador puede amaestrar a una *troupe* de seis leones, pero no a todos los leones

que hay en la selva.

Pasaron junto a la valla de un solar en la que aún se veían, descoloridos por la lluvia, viejos carteles de propaganda electoral que se fijaron con motivo de unos comicios ya lejanos.

—¡Mire cuántos domadores tratan de cazar leones para exhibirse en el circo de la política! —exclamó ella señalando aquellos harapos de papel—. Todos prometen programas estupendos para apaciguar a las fieras, y exhiben en una mano tentadores terrones de azúcar para atraerlas. Pero en la otra, escondida tras el cartel, empuñan el látigo con el que mantendrán la disciplina de los que entren en sus jaulas. Estos grupos políticos que aspiran a la elección son pacifistas, pero guerrean entre sí constantemente defendiendo cada uno su paz particular. Al grito de «¡Mi paz es mejor que la tuya!», los hombres pacíficos viven en perpetua guerra.

—Exactamente —le dio Juan la razón—. Por eso mismo quiero hacer mi gran Hermandad: para unificar esas paces partidistas, defectuosas y mediocres, y meterlas en una sola Paz, amplia y cómoda donde todas se encuentren a gusto. El único medio de acabar para siempre con la guerra constante entre los pacifistas es lanzar un ideal de paz más atractivo que todos los inventados hasta ahora. Una especie de Superpaz que deje chiquitas a las mil pavecillas diferentes que hoy discuten y pelean.

—¿Y cómo sería esa Superpaz? —preguntó Jacoba con escepticismo.

—Es difícil de explicar con palabras —dijo Juan—. Tendría que dibujársela en un papel.

—¿Dibujarla? —se extrañó ella.

—Sí. Los hombres, igual que los niños, necesitan ver gráficamente el paisaje de los grandes ideales para comprenderlos. Para un niño, el Paraíso terrenal es un manzano con una serpiente enroscada al tronco como un sacacorchos, rodeado de árboles frondosos y frutales. Y el Cielo es un blandísimo colchón de nubes, sobre el cual dormitan en siesta eterna almas con blancos camisones que saben tocar el pífano. Para un hombre, que en el fondo sólo es un niño más larguirucho, la Paz suele estar representada por un trigal con espigas maduras, un campesino sonriente tostado por el sol y una mujer sanota amamantando a un rorro.

»Para otro hombre, en cambio, la versión gráfica de la paz está compuesta de elementos distintos: en el sitio del trigal, un bosque de chimeneas; en vez del campesino tostado por el sol, un obrero ennegrecido por el hollín de los hornos; y en lugar de la mujer amamantando al rorro, un surtidor echando gasolina a una motocicleta.

»El cuadro de la Superpaz será mucho más amplio y seductor; se verán en él hombres de todas las razas y colores, contemplándose con afecto sus ombligos respectivos; se verán fábricas de armas fabricando exclusivamente máquinas de coser; se verán fronteras derribadas para que todos los pueblos puedan abrazar a sus



vecinos sin pagar derechos de aduanas; se verán sabios de Oriente y Occidente vaciando el contenido de las bombas atómicas y rompiendo después el casco... Y se verán muchas cosas más, tan convincentes como éstas, en la grandiosa estampa de la Superpaz que predicarán mis correligionarios umbilicalistas.

—No se haga ilusiones —le desanimó Jacoba—. Cuantos más adeptos logre reunir al principio, más ruidoso será su fracaso final.

—¿Por qué?

—Porque siempre ocurre lo mismo: cuando se reúne un grupo de partidarios bajo la bandera de un ideal, surge en la acera de enfrente un grupo antagonista para hacerle la competencia. Si usted funda la Hermandad de los Ombligos, se fundará inmediatamente la Asociación de las Narices. Y aunque los fines de ambas entidades sean pacíficos, estallará la guerra entre ellas. Es el triste destino de todos los movimientos colectivos; sin que nadie pueda evitarlo, surge de pronto un tambor que se coloca en cabeza de la masa entusiasmada. Y al redoble de ese tambor va tomando forma, como si fuera masa de hacer empanadillas; poco a poco, inconscientemente, los que componen esa multitud comienzan a marcar el paso. Después, por un reflejo atávico, el ritmo del tambor transmite a los que marchan en tropel el deseo de ordenar su formación anárquica. Y van colocándose de tres en tres, en filas equidistantes, hasta componer una columna de aspecto marcial.

»Al tambor que sostiene la disciplina del desfile, se unen entonces unas cuantas cornetas salidas de nadie sabe dónde. Su música enardece a los componentes de la formación pacifista, contagiándoles una agresiva belicosidad. Surgen armas en sus manos vacías y sus ropas burguesas se van transformando en prendas de uniforme. Más tarde, cuando este ejército de pacifistas tropieza con otro análogo que avanza hacia él en dirección contraria, empieza la batalla.

Jacoba hizo una pausa mientras cruzaba un charco dando un saltito, y al llegar a la otra orilla concluyó:

—Eso mismo le sucedería a su utópica Hermandad. Porque los hombres son así.

—¿Cómo?

—En cuanto se reúnen más de mil para defender la paz, no pueden resistir la tentación de formar un regimiento para hacer la guerra.

—¿Qué haría usted entonces para conservar la tranquilidad en el mundo? —preguntó Juan a su despabilada compañera.

—Todo lo contrario que usted: evitar que los hombres se reúnan. Disolver los partidos, los ejércitos y las agrupaciones de todas clases. Clausurar los ateneos, los casinos y hasta los cafés.

»¿No ha visto lo que hacen los guardias para impedir los tumultos callejeros? Prohíben a la gente que forme grupos y la obligan a circular. Porque está demostrado que los sujetos levantiscos, cuando no pueden unirse para darse calor mutuamente, se enfrían en la soledad y vuelven apaciguados a sus casas.

»Ese mismo sistema, en gran escala, es el que aplicaría yo. Prohibiendo la formación de grupos grandes y pequeños, no volvería a producirse ni un solo conflicto. La unión hace la fuerza, y la fuerza hace la guerra.

—No es mala su teoría —admitió Juan—. Pero ¿qué hará el ser humano si usted le cierra todos los lugares de reunión? ¿Qué hará en un mundo sin ideas que defender, sin enemigos que atacar y sin locales donde discutir?

—Estar más tiempo en su casa, que buena falta le hace. Preocuparse de su propio hogar y no meterse a arreglar los ajenos. Tener una vida privada más llena de contenido, que es la única forma de ser feliz. Preferir quedarse junto a su chimenea en compañía de un buen libro, a zascandilear por los cafés diciendo y escuchando mentecateces. Disfrutar de una intimidad serena, en la que darán los mismos frutos todas sus capacidades intelectuales. Encontrarse a sí mismo, lo cual es mucho más sano que buscar en la calle un antagonista para armar gresca.

»Si cada hombre se preocupara únicamente de su pequeña felicidad individual, no ocurrirían esas grandes catástrofes colectivas. El mundo de cada uno debe terminar en el tabique que le separa de su vecino. Y dedicando todos sus esfuerzos a cultivar la diminuta parcela de su casa, ¿qué hombre no es capaz de convertirla en un auténtico paraíso? Cuando cada cuarto sea un paraíso en miniatura, no habrá pretextos para formar rebaños que salgan al campo a matar y morir.

—Es posible —dijo Juan, pensativo—. Pero encuentro que su plan es muy egoísta. Eso de vivir pensando únicamente en uno mismo, prescindiendo por completo de los demás...

—Eso no es egoísmo, sino individualismo —aclaró Jacoba—. Y el individualismo es uno de los pocos atributos intelectuales que le diferencian a usted de un animal.

—Muchas gracias —dijo Juan, halagado por el piropo.

—El hombre nace dotado para vivir con independencia absoluta de sus congéneres. Todas sus agrupaciones son tan artificiales y forzadas, que siempre le

conducen a resultados desastrosos. Por eso debe volver a sus costumbres primitivas y recluirse en las cavernas aisladas donde vivió en la prehistoria. Y la equivalencia moderna de sus refugios antediluvianos son las casas de pisos.

—Ese programa es aceptable para los hombres casados. Pero ¿no cree que la perspectiva de encerrarse en sus domicilios tiene que resultarles muy aburrida a los solteros?

—Pues que se casen —resolvió Jacoba con voz tajante—. Ese es otro de los factores con los que hay que contar para mantener la paz del mundo: el emparejamiento de los individuos con el lazo del amor. Para que cada casa se convierta en un auténtico Paraíso, tiene que haber en todas ellas una Eva y un Adán.

—Y una serpiente.

—Esa la hay siempre: el casero.

—¿Cree usted de veras que el matrimonio es una institución que ayuda a sostener la paz? —dudó él.

—Estoy convencida. La relativa tranquilidad mundial que ahora disfrutamos, no la sostienen los jefes de Estado ni ustedes los diplomáticos. Está sostenida por los soldados de todos los países beligerantes que se casaron al terminar la guerra anterior, y que son tan felices en sus hogares que se niegan a abandonarlos para participar en un nuevo conflicto.

»No le hable usted a Tommy de dejar sus zapatillas y su pipa para repetir un desembarco en Normandía. No le hable a Fritz de que abandone la cuna de su primer hijo para romper otra línea Maginot. Hasta al propio Iván, que tiene justa fama de ser muy bestia, le disgustaría separarse de su compañera para ir a pisotear con un tanque el mapa de Europa.

»Estas nuevas familias recién formadas, que acaban de estrenar la cerradura de una alcoba donde guardan un tesoro de intimidad, son el único freno eficaz que impide poner en marcha el carro de la guerra. Si no fuera por la resistencia pasiva de Tommy, Iván y Fritz, hace tiempo que estaríamos nadando en otro mar de sangre.

—¡Vaya! —dijo Juan fingiendo un enfado que no sentía—. Ha pulverizado usted en un momento todas mis ideas. Casi me ha convencido. Pero tenga en cuenta que mi espíritu es eminentemente filantrópico. Y si renuncio a fundar mi liga internacional, ¿qué otra cosa puedo hacer en beneficio de la Humanidad?

—Trate de ser un hombre feliz, para que su felicidad sirva de ejemplo a los que le rodean.

—¿Y cómo quiere que encuentre la felicidad encerrándome en casa solo como un caracol?

—Construya su pequeño paraíso individual.

—¿Con qué materiales?

—Comprando libros de poesía y anulando las suscripciones a los periódicos

diarios. Apagando la radio cuando termina el concierto y el locutor empieza a leer el boletín de noticias. Acostándose una hora más temprano que hasta ahora y levantándose una hora más tarde... Y si no es usted lo bastante inteligente para paladear el exquisito sabor de la soledad, incorpore a su mundito una mujer.

—Eso ya me gusta más —confesó Juan—. Pero ¿qué clase de mujer?

—Una que sirva para fundar una familia.

—Pero eso no es una mujer, sino una esposa —rectificó Juan.

Ella no contestó, porque habían llegado al Hotel Mirapez y entraban en aquel momento en la puerta giratoria.

—¿Desea la habitación con vistas al mar? —preguntó a Jacoba un redicho encargado del *comptoir*.

—Depende del mar —dijo ella—. ¿Ha cambiado de programa, o sigue haciendo las mismas olas de siempre?

—No ha variado en absoluto —confesó el redicho, un poco avergonzado—. Nos ha prometido unas mareas vivas de gran espectáculo, con resaca y remolinos, pero temo que no las estrenará hasta el mes de octubre.

—Entonces prefiero no verlo ni oírlo. Ese gran pelmazo mete tanto ruido con su agüita, que no hay forma de dormir a su lado. Deberían pararlo de noche, como hacen con los surtidores de las fuentes y otras atracciones acuáticas.

—¡Qué más quisiéramos nosotros! —suspiró el empleado—. Todos los huéspedes se quejan de que es demasiado ruidoso. Muchos de ellos, desesperados, abren la ventana por la noche y le tiran una bota para que se calle. Pero el mar se traga la bota y sigue alborotando tan fresco.

—¿Y por qué no lo denuncian? —preguntó Juan.

—Lo hemos intentado, pero es inútil; el Ayuntamiento le concedió hace muchos años un permiso para exhibir su espectáculo en sesión continua...

—En ese caso...

—Le daré a la señorita la mejor habitación del hotel: la ventana da a un patio interior. El patio, además de silencioso, es tan pequeño y oscuro que tampoco le despertará la luz del día.

—¡Qué maravilla! —le dijo Jacoba satisfecha, cogiendo la llave que le entregó el empleado. Y dirigiéndose a Juan, añadió—: Mañana, a las doce, le esperaré en el *hall* para que salgamos a cobrar el cheque.

—Muy bien —aceptó él—. Y además, si no tiene inconveniente, podemos almorzar juntos para celebrar el acontecimiento.

—Encantada —aceptó también ella, tendiéndole la mano—. Buenas noches, socio.

—Buenas noches, socia. Y Jacoba se dirigió al ascensor mientras Juan, contemplando su silueta maciza, pensaba: «¡Extraña mujer!»

Como nueve millones y pico de francos abultan demasiado para llevarlos en la cartera, Jacoba y Juan abrieron una cuenta corriente a nombre de los dos. Ella insistió en no separar la mitad que le correspondía, temiendo que el dinero se esfumara al disolver la sociedad que les dio la buena suerte.

Almorzaron en el *Restaurante Parisien*, situado en una placita próxima al casino. La plaza se llamaba *de la Roulette* porque, además de ser redonda, tenía justamente treinta y seis portales con los treinta y seis números del ingenioso aparato tragaperras.

El restaurante era feo y carísimo, pero muy *chic*. Nadie sabe en qué consiste el *chic* exactamente, pero este valor misterioso es el que más se cotiza en Francia. A una mujer horrenda se le perdona la fealdad si tiene *chic*, lo mismo que a cualquier local se le toleran sus precios abusivos gracias al *chic*.

Desde la mesa que ocupaban junto a un ventanal veían caer la eterna lluvia vasca sobre la placita. Por las mojadas aceras iban y venían turistas sin paraguas, con multicolores ropas veraniegas, que sentían así la ilusión de estar disfrutando de un auténtico verano. Esta ilusión solía terminar en una mojadura colosal que degeneraba en el consiguiente catarrazo; pero las vacaciones en Biarritz son tan costosas, que la gente se juega el tipo con mucho gusto para amortizarlas.

Juan dedicó todo el almuerzo al examen minucioso de Jacoba. Cada ascenso de su tenedor desde el plato a los labios le permitía levantar la cabeza para lanzarle una mirada de reojo. Y en este examen la examinada obtuvo un rotundo suspenso. Tenía la nariz demasiado grande, con dimensiones casi pinochescas. Tampoco sus orejas eran un modelo de pequeñez ni sus dientes en abanico un modelo de simetría. Pero el brillo de sus ojos, inmensos y dorados, eclipsaba estos defectos hasta hacerlos tan invisibles como las manchas del sol a simple vista.

—Jacoba... —empezó a decir Juan, deteniendo a medio camino un viaje de su tenedor cargado de setas.

—¿Qué? —le animó a continuar ella, tragando un buche de espinacas a la crema.

—Nada —se replegó él acobardado.

Pero aquel «nada» quería decir algo. Y los dos, que comprendieron el texto de aquel mensaje mudo, continuarán comiendo más de prisa para ocultar su azoramiento.

«Es fea —pensaba Juan entre seta y seta—, pero yo también soy un espantajo. Sus ideas para conseguir la paz mundial son vulgares, pero eficientes. Todo lo que dijo anoche me impresionó muchísimo. Además poseemos una pequeña fortuna común, con la cual podríamos hacernos un estupendo paraíso particular...»

El destino, siempre juguetón, hizo que ambos sintieran sed al mismo tiempo. Y sus manos, al ir a coger el agua mineral, se encontraron en la botella.

—Jacoba... —empezó él, oprimiendo ligeramente los dedos de ella.

—¿Qué? —dijo Jacoba, sin retirar sus dedos oprimidos.

—Nada —volvió a replegarse Juan, soltando la botella como si contuviese agua hirviendo.

Pero aquel segundo «nada» quería decir mucho. Y los ojos de ella, empleando un alfabeto Morse de brillos y parpadeos, le contestaron:

«No seas cobardica, hombre; suéltalo de una vez. Sospecho lo que tratas de comunicarme y te garantizo que tu declaración será bien recibida».

Y los ojos de él, con el mismo lenguaje, se disculparon:

«Es que aún no estoy decidido. Tienes a tu favor la inteligencia y los ojos, pero tienes en contra la nariz y los dientes. Déjame pensarlo un poco más».

Y los ojos de ella, amenazándole con las bayonetas de sus largas y azuladas pestañas, concluyeron:

«Está bien: piénsalo hasta el postre».

Concluida la masticación de un «chateaubriand» achaparrado, que disimulaba su corta estatura calzando una suela gruesa de pan frito, el camarero les sirvió sendas raciones de piña. Aquellas rodajas del sabroso fruto tropical, perforadas en el centro con un agujerito redondo, hicieron exclamar a Juan:

—Parecen ombligos vegetales, que me como simbólicamente para indicar que renuncio a la fundación de mi Hermandad.

—¿De veras ha renunciado? —preguntó Jacoba con las córneas humedecidas de alegría.

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Diga mejor «por quién» —corrigió Juan—. Sospecho que las teorías que usted expuso me han convencido. Empiezo a pensar que tiene razón; sólo lograremos encontrar la felicidad colectiva dedicándonos a la búsqueda de nuestra felicidad individual. Y yo, desde este momento, he decidido buscar la mía.

Dicho esto, Juan alargó la mano para servirse agua mineral. Pero al llegar a su objetivo, encontró sobre la botella la mano de Jacoba, que le estaba esperando. Y allí se quedaron las dos, entrelazadas sobre el cristal, olvidando que sus dueños querían beber agua.

—Jacoba —comenzó Juan neutralizando a fuerza de tragar saliva la sequedad de su garganta—. Yo...

—No te molestes —dijo ella con sencillez, ahorrándole el penoso discurso declaratorio—. Yo también...

Cambiaron una sonrisa para rubricar su pacto amoroso, cambiaron después unos billetes de mil para pagar su almuerzo copioso, y salieron del restaurante cogidos del brazo.

Con esta declaración sin cursilerías, de austeridad casi espartana, se inició una nueva etapa en la vida de Juan. Nunca había sido novio formal de una señorita decente. Este estado civil intermedio entre la soltería y el matrimonio era para él una experiencia nueva bastante divertida.

—Eres la primera novia que he tenido —confesó a Jacoba el mismo día que se prometieron sobre la botella de agua mineral.

—En ese caso —dijo ella—, debo explicarte el código del noviazgo.

—No sabía que los novios tuviesen un código para circular, como si fueran motocicletas.

—Pues lo tienen y muy severo. No olvides que el noviazgo es una situación peliaguda, sostenida por un soporte de índole moral. Si no existiera un código para reforzar este débil soporte, pocos noviazgos llegarían a la meta sin sufrir en el camino algún grave percance.

—¿Por qué? —preguntó Juan ingenuamente.

—Porque los protagonistas son un hombre y una mujer que se han confesado un mutuo amor. Y como el amor está estrechamente unido al deseo, la reacción lógica después de esta confesión sería la caída fulminante de uno en brazos del otro, con todas sus consecuencias. Por eso se creó el código del noviazgo: para frenar en esos momentos los impulsos instintivos de la pareja enamorada e impedir que se líe precipitadamente la manta a la cabeza.

—No veo la necesidad de ese dichoso código —discutió Juan, agarrando con entusiasmo el brazo de ella—. Si una pareja se quiere, ¿por qué no la dejan que se líe la manta sin tantas zarandajas?

—Porque el noviazgo —replicó ella desasiendo su brazo con dulzura— es el único estado civil que da jerarquía al amor del hombre sobre el de la bestia. En esa pausa de meses entre el «quiero», y el «toma», entre la petición y la entrega, se revela la superioridad del ser humano sobre el gorila y el perro.

—¿Por qué?

—Porque ningún animal tiene la potencia intelectual necesaria para contener a voluntad su apetito amoroso. Machos y hembras aman sobre la marcha, en cuanto surge la atracción recíproca y la coyuntura propicia. Hombres y mujeres, en cambio, poseen un cerebro superior que les permite dominar sus deseos y aplazar su consumación tranquilamente.

—Eso de tranquilamente vamos a dejarlo —gruñó Juan.

—El noviazgo es la prueba de este autodomínio —prosiguió Jacoba—. Un alarde de cómo el espíritu puede someter las exaltaciones de la materia.

—Pero ¿es imprescindible realizar esa prueba? —insinuó él astutamente—. Soy un hombre modesto, y te advierto que no me gusta hacer alardes de ninguna clase.

—Pues tendrás que hacerlo —insistió ella con firmeza—. Porque el noviazgo es

el alambique donde se destila lentamente el instinto primitivo y se transforma en amor civilizado. ¿Comprendes?

—¡Qué remedio! —suspiró él—. ¿Y cuál es el código que debo respetar?

—Consta de varios artículos —recitó ella—. El primero consiste en saber mantenerse junto al fuego que irradia la persona amada, conservando una distancia prudencial que permita disfrutar de un grato calorcillo sin quemarse. Esto no es fácil, porque todos los novios son imanes que tienden a acortar esa distancia hasta unirse totalmente. Pero si no se resiste a esa atracción, el noviazgo se va al cuerno porque se convierte en aventura.

»El segundo artículo exige al elemento masculino de la pareja una dosis considerable de paciencia para soportar los defectos de su compañera. Estos defectos, salvo error u omisión, suelen ser cinco. A saber: impuntualidad, simpleza de ideas, afán de ver películas en los cines más caros, ganas de merendar y odio a los amigos del novio. (Estos amigos, por finos que sean, serán calificados por ella de groseros “amigotes”).

»El tercer artículo...

—¡Basta, por favor! —cortó Juan, abrumado por tantas prohibiciones—. En vez de romperme la cabeza aprendiendo el código, prefiero que me pongas una multa cada vez que corneta una infracción.

Durante varios días salieron como dos novios formales, a hacer el tonto por ahí. Se citaban por la mañana en el vestíbulo del hotel, bajaban de sus habitaciones respectivas y se iban a dar un chapuzón de lluvia hasta la hora del almuerzo. Paseaban por las callecitas céntricas, estrechas y en cuesta, atestadas de españoles que fueron con la esperanza de ver señoritas en «bikini», pero que sólo las veían en «gabardini».

Juan, obedeciendo el artículo 56 del farragoso código de noviazgos, se detenía dócilmente cuando Jacoba deseaba contemplar algún escaparate. Y como ella deseaba contemplarlos todos, avanzaban en su paseo con gran lentitud.

El comercio de Biarritz es un París en miniatura. Usted puede comprar allí desde un lápiz de labios a una turbina de chorro. Es raro encontrar un edificio cuya planta baja no esté ocupada totalmente por tiendas: junto a una *boutique* dedicada a la venta de sostenes, otra vende senos postizos para las que no tienen nada que sostener. Frente a un almacén de ropitas infantiles, un hotel amueblado para elaborar los bebés. Al lado de un establecimiento de baños turcos para adelgazar sudando, un restaurante de cocina vasca para engordar comiendo.

—El mejor negocio de todos —le contó Jacoba a su novio— lo ha hecho un judío: ha abierto este año un local donde se pueden tomar baños de sol.

—¿Y de dónde saca el sol?

—De unas cuantas lámparas de cuarzo. Por quinientos francos la sesión, el



veraneante que pasó sus vacaciones a la sombra de un paraguas puede regresar a su oficina tan tostado como un grano de café.

Por las tardes iban a merendar a una *cafeterie* (que quiere decir «cafetería»), tipo de local puesto de moda por los americanos en el que los europeos comen cosas que no les gustan a unos precios que les gustan menos todavía.

—¿Es posible que tengas hambre a estas horas? —decía a su novia el pobre Juan, cuyos jugos gástricos luchaban aún con la digestión el indigesto almuerzo.

—No —confesaba ella hincando su avanzadilla de dientes conejiles en el cremoso pastelón—. Pero la merienda es un rito importante del noviazgo. El amor es una golosina que estimula el apetito de cosas dulces. Y estos comistrajos empalagosos que ingieren los novios a media tarde, son el carburante que sostiene su exaltación en los límites del romanticismo y la castidad. Los noviazgos, sin las azucaradas inyecciones de las meriendas, se agriarían en seguida y no podrían continuar.

—¿Por qué?

—Porque un célebre escritor español, llamado Álvaro de Laiglesia, lo dijo hace tiempo: la enfermedad que padecen los novios es exactamente la diabetes al revés. Los diabéticos se pinchan insulina para rebajar su azúcar, y los enamorados mastican golosinas para neutralizar su acritud. Según las recientes estadísticas del Instituto Gallup, un noviazgo de duración normal necesita para sostenerse dos hectolitros de «batidos» y cien kilos de pasteles.

—Pero nosotros podemos reducir cuanto queramos la duración de nuestro noviazgo —se defendió Juan horrorizado ante la perspectiva de convertir su estómago en una confitería—. Puesto que los dos somos libres y carecemos de parientes que obstaculicen nuestra boda...

—Ser libres no nos autoriza a ser libertinos —sentenció Jacoba—. Para llegar a un matrimonio feliz, debemos subir paso a paso el calvario prenupcial de las parejas decentes. Pide un «batido» y come pasteles.

Consumidas sus semanas de vacaciones, Juan regresó a París para justificar con su presencia el sueldo que percibía en la Embajada. Jacoba prometió reunirse con él unos días después. Continuaba observando con rigidez las normas del noviazgo, y no le parecía correcto que hicieran el viaje juntos.

—El traqueteo del tren es muy excitante —dijo—, y nadie sabe lo que puede ocurrir.

«Biarritz-sur-roulette» se había portado bien con nuestro joven diplomático: además de proporcionarle una mujer, le dio el dinero necesario para sostenerla. Lo cual no es *morve de paon* (que quiere decir «moco de pavo»).

Ignacio Quesada le recibió con los brazos abiertos porque había empezado a cansarse de su soledad veraniega.

—Estos últimos días han sido atroces —dijo cerrando sus brazos en torno al cuello de Juan—. Tú ya sabes que para dar en el Ministerio la sensación de que trabajamos, tenemos la costumbre de enviar un telegrama diario con alguna noticia. Pero durante el verano nunca ocurre nada y me he visto negro para llenar esos renglones justificativos de nuestra succulenta nómina. Al principio de agosto, siguiendo el ejemplo de los periódicos, inventé unos cuantos monstruos marinos y los distribuí por diversos puntos del litoral. Fui pescándolos uno a uno y enviando descripciones espeluznantes de todos ellos en clave de «ti». Hasta que el ministro, harto de que le sirviera pescado todos los días, puso un telegrama ordenando:

»*Dejen de pescar monstruos. Stop. Pesquen noticias.*

»Cambié entonces el pescado por la carne, y serví durante dos semanas las cifras de muertos por insolación en la última ola de calor. Para dar a nuestras informaciones el interés político que exige el Ministerio, insinué que la ola venía de Rusia y que quizá fuera un arma secreta que estaba ensayando para achicharrar a las potencias occidentales. A fines de agosto, por desgracia, la temperatura refrescó cortándome el recurso de las insolaciones.

»Pasé días amargos y noches de insomnio buscando temas para rellenar el maldito mensaje cotidiano. Tuve que recurrir a todos los tópicos que resucitan regularmente las cancillerías para galvanizar a la opinión pública: un día comuniqué que se rumoreaba que Hitler no murió en la última guerra, y que vivía en Honolulu disfrazado de bailarina hawaiana. Otro, transmití el manido bulo de que en la U.R.S.S. se preparaba un complot para derribar al siniestro régimen soviético y sustituirlo por un bondadoso gobierno de curitas ortodoxos. Otro, que los técnicos habían hallado indicios de petróleo en la Península Ibérica...

»Así me he defendido hasta ayer, y me alegro de que hayas vuelto para ayudarme a idear nuevos embustes. El embajador aún tardará una semana en regresar de

Noruega y a mí ya no se me ocurre nada.

Juan le contó todas las peripecias de su estancia en Biarritz, ilustrando su relato con algunas fotos de su novia formal.

—¡Vaya mujer! —exclamó Ignacio, pues este piropo tiene la ventaja de que encierra un elogio difuso que no es preciso concretar y lo mismo puede querer decir «¡vaya bombón!» que «¡vaya birria!»

—¿Verdad que es interesante? —insistió Juan con entusiasmo.

—¡Ya lo creo!

Devanándose los sesos en busca de otra galantería para quedar bien, Ignacio encontró al fin ésta:

—Se ve en las fotos que su gran nariz respira inteligencia. Hacéis muy buena pareja.

El primero de setiembre, la Sociedad Protectora de Racionales reanudó sus sesiones en el Medio Trián. Además de los problemas que coleaban todavía de la temporada anterior, cada delegado trajo de su veraneo un par de ellos para enriquecer las discusiones.

En la sesión inaugural los representantes sudamericanos protestaron de que Brasil tirara al mar tantas toneladas de café, pues habían ensuciado de tal modo los océanos Atlántico y Pacífico, que daba asco bañarse en las playas de aquel continente. El pleno de la asamblea acordó enviar una nota al Gobierno brasileño rogándole que no fuese tan sucio y que hiciese el favor de tirar sus basuras a otra parte.

Después de tomar este acuerdo, los ojos de los delegados se volvieron al representante soviético esperando que pusiera su consabido veto. Pero con gran asombro de todos no sólo no lo puso, sino que votó a favor.

Un murmullo de extrañeza crepitó en el salón. Muchos asistentes, ante aquel hecho insólito, se frotaron los párpados con los puños para cerciorarse de que no soñaban. Los delegados de Persia y Panamá, entre los cuales se hallaba Juan, prorrumpieron en gritos de sorpresa.

—¡El ruso se ha vuelto loco! —aulló el panameño.

—Seguro —le apoyó el persa con su vocecilla de eunuco—. A ése le depuran volando.

Los periodistas abandonaron precipitadamente la tribuna reservada a la prensa y corrieron a los teléfonos para comunicar esta sensacional noticia:

«RUSIA VOTA Y NO VETA».

Pero el estupor de la asamblea llegó al paroxismo al observar la transformación que se iba operando lentamente en el rostro del bolchevique: su gesto adusto y hermético se suavizaba por momentos, hasta hacerse casi simpático. Y sus ojillos esclavos se empequeñecieron más aún mientras se agrandaba su boca en una sonrisa.

¡Una sonrisa, sí!

¡La primera sonrisa oficial que el Soviet Supremo exportaba más allá del telón de acero!

Al delegado inglés se le cayó el monóculo del ojo, y al americano el «chicle» de la boca. Al chino le dio tal patatús, que juró presentar la dimisión y cortarse la coleta. Y los comentarios continuaron durante toda la sesión, mientras el ruso proseguía sonriendo sin parar.

Con este motivo, Juan obtuvo el mayor éxito de su carrera enviando por valija el siguiente informe secreto:

*Una vez más Rusia ha demostrado que dispone de medios modernos para sostener una guerra con el mundo occidental. Hace tiempo supimos que poseía la bomba atómica. Poco después, por un tremendo brinco que dieron los sismógrafos, averiguamos que también fabricaba la de hidrógeno. Y hoy, a través de su representante en la S. P. R., nos ha comunicado cínicamente que ya dispone del arma secreta más poderosa para penetrar en nuestro bloque defensivo: la sonrisa.*

*No sé dónde con exactitud, pero es indudable que la U.R.S.S. posee ya una fábrica de sonrisas. Puede que esté en los confines de Siberia, agazapada debajo de una estepa. O hundida en el vientre de los Urales. O quizás a orillas de alguno de sus mares siniestros, que son los más tristes del mundo: el Muerto, el Negro, el Glacial...*

*En esa fábrica, los sabios comunistas han logrado producir un modelo de sonrisa que se adapta sin dificultad a los rostros endurecidos de todos sus dirigentes. Hay que fijarse mucho para advertir que estas sonrisas son falsas, obtenidas artificialmente con productos químicos que contraen la musculatura facial. Tan exacta es la copia de las sonrisas naturales usadas en Europa, que sólo peritos muy expertos son capaces de notar la diferencia.*

*Porque lo único que le falta a la falsificación para ser perfecta, es esa chispa que se enciende en los ojos del que sonríe naturalmente. Pero esa lucecilla es tan pequeña y breve que apenas se ve, y corremos el riesgo de aceptar las sonrisas sintéticas de Rusia como si fueran auténticas.*

*Los altos jefes del Presidium Central, a los que supongo corresponderá el tratamiento de Presidarios, tienen ya en su poder el arsenal más temible para herir el corazón de Occidente: una simpatía tan bien imitada que parece sincera. Con ella pueden infiltrarse en nuestras líneas y abrir brechas de engañosa cordialidad en las fuerzas que habíamos agrupado para combatir al comunismo. Este bombardeo de sonrisas hará decir a muchos de nuestros aliados:*

*—Pues los rusos no son tan antipáticos como pensábamos.*

*Y sus dedos ya no serán capaces de apretar el gatillo del fusil cuando llegue el momento de la guerra decisiva. Lo mismo que las bombas lacrimógenas anulan al enemigo haciéndole llorar, las bombas sonrisógenas le desarman haciéndole sonreír.*

*¿Quién es capaz de disparar contra un hombre que le sea simpático? El poder*

*que proporciona la energía nuclear, es mucho más débil que el obtenido por la fuerza de simpatizar. Una sonrisa que inspire confianza, rompe un frente con más facilidad que una división acorazada.*

*Una ola de cordialidad falsificada caerá en breve sobre el mundo occidental, para ablandar la entereza de su espíritu anti-bolchevique. El bloque de los pueblos democráticos frente al enemigo común está en peligro. Si nuestro espionaje no consigue localizar y destruir esa fábrica de sonrisas, pronto ondearán miles de banderas rojas desde Spitzberg a Algeciras.*

Este informe, en el que Juan dosificó sabiamente los «latiguillos» de eficacia infalible, gustó tanto en el Ministerio que el propio ministro felicitó al embajador. Y don Rosendo, que acababa de regresar de Noruega con su familia, se apresuró a aceptar la felicitación sin saber ni siquiera a qué obedecía. Más tarde, cuando lo supo, tuvo la delicadeza de llamar a Juan a su despacho para darle las gracias.

—Los secretarios tan despiertos como usted —le dijo en un arrebató de sinceridad— son los que sostienen a los embajadores tan dormidos como yo. Deseo premiarle de algún modo por este éxito que me ha proporcionado. ¿Le gustaría tener una condecoración?

—No me vendría mal. Precisamente pienso casarme pronto, y siempre hace bonito lucir algún adorno en el uniforme.

—Puedo conseguir que le nombren Mayordomo del Gran Cordón Polaco. Es una condecoración preciosa: se tira del cordón y suena un timbre.

—¿Para qué?

—Para llamar al Mayordomo.

—Preferiría una que no tuviera música —insinuó Juan.

—En ese caso le gestionaré la Orden Imperial del Partenón. Es una chapa como las que se usan para tapar las botellas de cerveza, pero mucho más grande. No me será difícil lograr que se la den, porque durante la pasada guerra proporcioné varios cartones de tabaco rubio al encargado de Negocios griego y me está muy agradecido.

—Pero Grecia no tiene Imperio —objetó Juan.

—No. ¿Y qué? —dijo don Rosendo, sorprendido por la objeción.

—¿Cómo es posible entonces que tenga una Orden Imperial?

—Por eso precisamente: las Ordenes Imperiales son el último reducto donde se defiende la grandeza de los pueblos que han dejado de imperar en todas partes.

—Creo que yo no merezco una condecoración tan rimbombante —dijo Juan—. ¿No podría proporcionarme alguna más modesta?

—Lo veo difícil —meneó la cabeza don Rosendo—. Las condecoraciones más fáciles de conseguir suelen ser las que tienen nombres más sonoros. Para ostentar el Águila Tricéfala del Poderosísimo Cuñado del Trueno, basta convidar a unas copas al «kamarajá» de Cigarropur que usted conoció en Biarritz. En cambio, para merecer

una humilde Medallita del Trabajo, hay que deslomarse durante veinticinco años en algún oficio rudo.

Y así fue como Juan, una semana después, recibió en la Embajada un estuche que contenía la Orden Imperial del Partenón con todos sus accesorios: chapa dorada circular con los bordes dentados, en la que se veía uno de esos templos que el Ayuntamiento de Atenas debería derribar por hallarse desde hace siglos en estado ruinoso: cordoncillo para sujetar la chapa al cuello del portador, nudoso y blancuzco como una solitaria; y pergamino escrito en caracteres griegos, en el cual se autorizaba a Juan el uso de ambos colgajos.

Orgulloso de haber obtenido aquella distinción, mostró el estuche a Jacoba.

—Es muy bonita —elogió ella—. Y muy práctica. Porque el cordón es tan largo, que puede servirte también para saltar a la comba.

Jacoba, al llegar a París, se había instalado en el Hotel Papillon. Juan iba a recogerla por las tardes, al terminar su trabajo, para seguir cubriendo las últimas etapas de sus relaciones. Ignacio tuvo razón al afirmar que hacían muy buena pareja: la gran nariz de ella emparejaba a las mil maravillas con la ganchuda de él, y los defectos restantes de cada uno encontraban equivalencias en el otro.

Madame Huesiris, a la que Juan mostró las fotos de su prometida, no ocultó su perplejidad:

—Pero ¿qué ha visto usted en esta mujer para desear casarse con ella? Aparte de esas protuberancias nasales y dentales que enriquecen su perfil, tiene un tipo más monótono que una longaniza.

—Pues a mí me gusta. No sabría decir por qué, pero la encuentro atractiva. Quizá me atraiga su inteligencia, su rectitud moral, su bondad... Además, aparte de estas virtudes espirituales, me parece adivinar en ella muchos encantos ocultos.

—Pues es usted un adivino formidable, porque sus encantos deben de estar ocultísimos.

Pero, pese a todos los juicios adversos que Jacoba suscitaba, Juan no se desanimó.

El amor, gracias a Dios, es ciego. Y nadie logrará jamás trasplantarle la córnea de un vidente para devolverle la vista.

*Fijada al fin la fecha de su boda, Juan se dedicó a repartir invitaciones entre todos los pintorescos personajes que había conocido en Francia. Confeccionó primero una minuciosa lista para evitar olvidos y perder regalos, y en ella figuraba a la cabeza todo el personal de la Embajada: desde el embajador —que había aceptado desempeñar las funciones de padrino— hasta los agregados vinícola, militar, aeronáutico, agrícola, deportivo y alimenticio.*

A continuación anotó en la lista a los representantes del Cuerpo Diplomático con los cuales había estado en contacto, y por último a las personalidades francesas que tuvieron con él alguna atención:

La condesa Josefa de Champignon y su correspondiente conde, en cuyo salón literario conoció a muchos artistas renombrados y a muchos intelectuales que no nombraba nadie. Las Madames Frapé y Flambé, únicas supervivientes de los ya lejanos tiempos frívolos, que aún paseaban por el bosque de Bolonia con un «gigoló» colgado del brazo. Los delegados de Persia y Panamá en la Sociedad Protectora de Racionales, vecinos de Juan en la mesa de ese organismo tan importante como inútil. El duque de Languelongue, el intrépido monárquico anarquista que intentaba vitalizar las monarquías poniendo bombas a los monarcas desterrados. El «kamarajá» de Cigarropur, que ya había regresado de Biarritz después de perder a la ruleta los presupuestos de su país destinados a escuelas y beneficencia... Y un distinguido «etcétera» compuesto de personas elegantes que Juan había conocido en diversas comidas, comidillas y comilonas.

Jacoba, por su parte, no quiso invitar a nadie.

—Pero ¿no tienes ni siquiera un poquitín de familia? —se extrañó Juan al saber esta decisión de su novia.

—Ni pizca. No tengo más que un solo pariente político: mi tutor. Y a ése, como comprenderás, que le invite su abuela.

—¿Y amigas?

—Tampoco. Como mi tutor tenía celos de todo el mundo, no se separaba de mí. Y nunca pude alternar con nadie.

—Es raro —comentó Juan.

También a Ignacio le chocó que Jacoba asegurara no tener familiares ni amistades.

—¡Claro que es rarísimo! Por retraída que sea una mujer, siempre conoce a alguien. Yo en tu caso tendría cuidado. —¿Qué quieres decir?

—Que quizá sea espía, lanzada por Rusia en paracaídas.

—¿Estás loco? —protestó Juan dando un respingo.

—Es sólo una hipótesis. Aunque eso explicaría que tu misteriosa novia no tenga

familia ni amigos. —No digas insensateces.

—Ojalá sea una insensatez. Pero tú mismo has visto que Rusia ha cambiado de táctica. Ahora trata de minar nuestra fortaleza con descargas de sonrisas recién fabricadas. ¿Quién te dice a ti que no han reforzado esta «ofensiva simpática» bombardeando Europa con mujeres astutas, encargadas de ocupar matrimonialmente a los hombres estratégicos?

—Yo no soy estratégico —se defendió Juan.

—Te equivocas: todos los diplomáticos lo somos. Nuestro Cuerpo es el enlace que coordina a las potencias occidentales. Si la U.R.S.S. logra proporcionarnos esposas que rompan algunas mallas de nuestra red, los pueblos aliados contra ella quedarán desconectados y la alianza perderá su poderío.

—Pero Jacoba no puede ser espía —balbució Juan, alzándose contra aquella infamante suposición.

—¿Por qué no? ¿Qué sabes de ella en realidad? Su historia del tutor es bastante vaga. ¿Te dijo quién era ese tutor, cómo se llama o dónde vive?

—No.

—¿Lo ves? —dijo Ignacio con aire triunfal—. Es sospechoso. ¿Por qué no dio a este personaje un nombre? ¿Por qué no dio a su pasado un domicilio? Nadie la conoce ni ella conoce a nadie. Tampoco te ha dicho dónde nació ni dónde ha vivido hasta que la viste en la terraza del casino. ¿No crees que hay base suficiente para suponer que es una paracaidista?

Juan, en vez de contestar, abandonó el despacho de Ignacio cerrando la puerta de golpe. El portazo es la contestación que dan los que no pueden dar ninguna respuesta. Estaba furioso con su compañero, pero en el fondo de su cólera se erguía el asqueroso gusano de la duda formando un signo de interrogación.

Bien mirado, en efecto, no sabía los antecedentes de Jacoba. El relato que le hizo de su vida era confuso. Pero él estaba convencido de que el Destino la había cruzado en su vida para darle buena suerte. Y los hombres que creen en el Destino, aceptan agradecidos sus favores sin pedirle explicaciones.

En esa misma confianza estaba el peligro: ¿qué pruebas tenía de que Jacoba le había dicho la verdad? Cualquier chica, cuando no trata de ocultar algo, describe con detalle el paisaje donde se desarrolló su pasado. Ella, en cambio, no ambientó su historia en un punto geográfico concreto. Pudo ocurrir en Francia, en Australia, en los Polos Norte o Sur, en ninguna parte...

—¡Madame Huesiris! —llamó Juan excitadísimo al llegar a su casa, carcomido por la duda.

La vetusta Chandra Govín salió de su cocina, donde trataba de empalmar cuatro colillas con delicadas suturas para convertirlas en un cigarro completo. El joven Velasco, procurando sujetar sus nervios desatados, mostró una vez más a la anciana



patrona las fotos de su novia.

—Usted —dijo— ha sido una de las espías más importantes de este siglo, ¿verdad?

—La más importante —rectificó la vieja con orgullo.

—Entonces, conocerá perfectamente las cualidades físicas que debe reunir una mujer para ingresar en un Servicio de Espionaje, ¿no es así?

—Desde luego.

—En ese caso, le ruego que examine estas fotografías y conteste con sinceridad a esta pregunta: ¿Cree usted que la señorita retratada puede ser una espía extranjera?

—Ni extranjera ni de fabricación nacional —negó la momia egipcia rotundamente—. Con esa nariz en la cara y ese abanico de dientes en la boca, sólo podría espiar por el ojo de una cerradura sin que la vieses.

Aunque el veredicto de esta experta le tranquilizó un poco, Juan quiso tranquilizarse del todo hablando con Jacoba. Y una tarde, cuando fue a recogerla al Hotel Papillon, expuso claramente los temores que le inspiraban la vaguedad de su pasado y su falta absoluta de amistades.

Ella le escuchó con atención mientras en sus labios iba dibujándose una sonrisa enigmática.

—Tus sospechas, querido Juan, no son infundadas —le dijo cuando terminó de exponer sus dudas—. Existe, en efecto, un secreto en mi vida que no puedo revelarte todavía. Un secreto tan grande que eclipsa mi verdadera personalidad. Por eso te hablé tan poco de mí. Por eso no sabes dónde ni cómo viví hasta ahora. Pero estoy segura de que cuando conozcas este secreto, comprenderás que hice bien en ocultártelo.

¡Dios mío! —exclamó él sintiendo que las palabras de ella le precipitaban en un pozo de inquietudes—. ¿Y cuándo sabré la clave de este misterio?

—En cuanto nos casemos.

—¿Cómo?... ¿No vas a decírmelo antes?

—Imposible.

—¿Y pretendes que me case sin saberlo?

—Es indispensable.

—Pero entonces ya será demasiado tarde para volverme atrás —protestó Juan.

—¿Y por qué ibas a volverte atrás?

—Porque tu secreto puede ser un obstáculo para nuestra felicidad. Y sabiéndolo con anticipación, podría suspender la boda.

—¿Serías capaz?

—Ponte en mi lugar, mujer. Imagínate, por ejemplo, que me confieras haber tenido un hijo natural, o que has matado a tu papá...

—¡Qué horror! ¿Crees que tengo cara de haber hecho esas atrocidades?

—No. Pero esas atrocidades no se hacen con la cara. Y muy grave debe ser tu secreto cuando tienes tanto empeño en ocultarlo.

—Lo hago para comprobar si tienes fe en mí.

—Es una prueba demasiado dura, ¡caramba!

—Si me quisieras tanto como dices, no te importaría —se enfurruñó ella.

—Te quiero muchísimo. Incluso más de lo que digo. Por eso mismo creo que tengo derecho a saber...

—Lo sabrás todo después de la boda.

—¿Es tu última palabra? —dijo él, irritado por aquella terquedad.

—Sí —contestó Jacoba, inflexible.

—Pues entonces, adiós.

Y Juan se alejó mientras ella, segura de sí misma, le decía sonriendo:

—Adiós, cariño. Hasta mañana.

Jacoba no se equivocó: al día siguiente, Juan se presentaba en el Hotel Papillon a la hora de costumbre. Había pasado veinticuatro horas infernales luchando contra aquel maldito secreto, que adoptaba en su imaginación las formas más diversas: unas veces era un hombre cuyo rostro no podía ver, que besaba a Jacoba en el cuello y abría después la cremallera de su vestido con la facilidad del que está acostumbrado a hacerlo con frecuencia. Otras, era un niño que corría hacia ella gritando con voz de pito:

—¡Mamá!...

Después el niño se esfumaba para dar paso a una especie de cosaco rojo, ante el cual se cuadraba Jacoba para recibir instrucciones.

Estas imágenes obsesionantes, mezcladas con la horrenda visión de un viejecito al que Jacoba asesinaba de un garrotazo, le persiguieron también durante el sueño obligándole a despertarse muchas veces bañado en sudor.

Para combatir tan negros pensamientos, oponía Juan el retrato de una Jacoba ingenua y huerfanita huyendo de un tutor malvado y libidinoso. La misma que en Biarritz le proporcionó la buena suerte. La misma que le había aconsejado renunciar a su Liga Umbilical porque opinaba que para hacer feliz al mundo no hay que unir a los hombres en una sola felicidad colectiva, sino fraccionarlos en millones de felicidades individuales.

En esta batalla entre la duda y la confianza, triunfó por fin la segunda aliada con el amor. Y volvió al lado de Jacoba violentamente, consintiendo en esperar hasta después de la boda para conocer su secreto.

—Gracias, cariño —le dijo ella besándole dos veces en la frente—. No esperaba menos de ti.

Juan, suspicaz, pensó que aquel par de besos en la región frontal podía ser una cura preventiva para hacer menos doloroso el brote de las defensas que quizá le impusiera el secreto. Pero rechazó esta idea al ver los ojos de Jacoba, tan limpios y transparentes que daban ganas de pedir una pastilla de jabón para lavarse las manos en ellos.

—Lo que sea, sonará —murmuró, pues nada mejor que acudir a estas frases hechas por la sabiduría popular cuando no se le ocurre ninguna idea a la estupidez particular.

Y la cola de los días fue acortándose lentamente, hasta que llegó ante la ventanilla del calendario el señalado para la ceremonia.

Era un treinta de octubre, tibio y soleado como casi todos los treinta de octubre en París. No describiré la caída de las hojas en los parques, dorados por la galvanoplastia del otoño, porque todas las novelas ofrecen al lector una minuciosa descripción de

esta lluvia vegetal. Diré sencillamente que los árboles se iban quedando calvos, como de costumbre en esa época del año, y que cada cual adorne esta calvicie con las imágenes poéticas que más le agraden. Así podré seguir narrando los acontecimientos sin enredarme en metáforas y cursilerías.

La parroquia de Pasemisí, en la que iba a celebrarse la boda por residir el novio en ese barrio, era un templo que empezó a construirse en estilo románico, que continuó haciéndose en gótico, y que se terminó por fin en neoclásico. La suma de estas tres tendencias dio como resultado un estilo hórrido.

Minutos antes de comenzar la ceremonia, los puntos estratégicos de la iglesia fueron ocupados por parejas de fotógrafos. Estas tropas vestidas de paisano, armadas con aparatos de repetición que disparan fogonazos cegadores, han tomado al asalto todos los lugares donde se celebran actos públicos. Hoy es imposible casarse, reunirse o banquetearse sin una fuerte escolta de esos modernos milicianos con el *flash* en bandolera. No hay gesto ni sonrisa que no queden inmovilizados por uno de esos disparos silenciosos. Muecas grotescas y arrugamientos de nariz se fusilan sin piedad, y constan para siempre en un documento gráfico que avergüenza al retratado.

¿Cómo tolera la fuerza pública que esta milicia fotográfica dispare impunemente contra la población civil? ¿Con qué derecho puede un fotógrafo robarnos nuestra efigie todas las veces que quiera sin que nos esté permitido denunciarle? ¿Por qué los legisladores no oponen a este abuso el dique de una ley?

Aquel treinta de octubre, los ladrones de efigies acudieron en enjambre a la parroquia de Pasemisí. Desde el primer momento dominaron la situación, amenazando a los invitados con sus cámaras.

—¡Sonría o disparo! —conminaban a Juan apuntándole con sus objetivos.

Y el novio sonreía con el mismo entusiasmo que si le hubieran dicho: «¡Manos arriba!».

El relámpago de los bombillones era tan intenso, que a nadie le hubiese extrañado oír poco después el estampido de un trueno formidable.

Ni a mí mismo me sorprende que el enlace del joven Velasco despertara tanta expectación, porque toda la concurrencia era de muchas campanillas. Los miembros del Cuerpo Diplomático lucían sus uniformes de los domingos, con la raya de los pantalones tan marcada que parecía hecha debajo del colchón.

Las señoras, por su parte, se habían puesto unos sombreros tan grandes y con tantas cosas encima, que hacían pensar en las bandejas del *bufet* posnupcial.

También el «kamarajá» de Cigarropur estaba impresionante con su casaca de seda color de violeta, sus calzones color de marfil y su faja color de gazpacho. Malas lenguas aseguraban que el rubí que lucía en el turbante era falso, porque había vendido el auténtico para jugarse el importe en Biarritz. Pero, falso o no, aquel pedazo de vidrio colorado hacía mucho efecto.

Al lado del indio no desmerecía el duque de Languelongue, que se había puesto sobre el frac una especie de gualdrapa bordada en oro, distintivo de los caballeros de la Orden del Café (réplica brasileña a la famosa Orden de Malta).

Un relámpago más intenso que los «flashes» anunció la llegada de la novia, que hizo su entrada en el templo aferrada al brazo del embajador. Siento no poder informar a las lectoras de qué tela estaba hecho el traje de Jacoba, porque no entiendo de «satines» ni «sangtunes», pero era un tejido fino desde luego, blanco por supuesto, y con brillo naturalmente.

Juan, abriéndose paso con dificultad entre la barrera de fotógrafos, consiguió acercarse al altar para que le casaran. Y aunque el que tenía que echar las bendiciones era el cura, los que dirigieron la ceremonia fueron los fotógrafos.

En primer lugar, obligaron al párroco a quedarse un rato muy quietecito con las manos juntas para tirarle unas placas. Después dijeron a Jacoba que se apartara el velo de la cara para retratar su nariz en toda su longitud, y ordenaron a don Rosendo que retrocediera un paso para que la foto quedara más artística.

—¡Levante la barbilla! —le espetaba uno a Juan encañonándole con su «Leica».

—¡Saque el pecho! —exigió otro.

—¿Cuál? —preguntó Jacoba ingenuamente.

—No se lo digo a usted, sino al embajador —aclaró el fotógrafo.

—¡Mire aquí! —añadió un tercero.

El párroco, que se aburría de estar quietecito con las manos juntas, preguntó tímidamente:

—¿Puedo moverme ya?

—Sí —le autorizaron—. Ahora avance un poco y quítese el bonete.

—¡No se lo quite todavía —contradijo otro—, que yo aún no le he sacado con bonete!

—¿Qué hago? —interrogó el párroco, desconcertado—. ¿Me quito el bonete, o no?

—Quíteselo y entrégueselo a la novia.

—Eso no está en la liturgia— protestó el sacerdote.

—Pero será una foto preciosa —decidieron los fotógrafos.

—¿Y yo qué hago con el bonete? —pidió instrucciones Jacoba.

—Usted se lo entrega al novio. También resultará una foto muy bonita.

—Si pretenden que yo me ponga el bonete, me voy —advirtió Juan, ceñudo.

—Usted hará lo que le mandemos —le replicaron los fotógrafos torvamente.

El bonete anduvo un rato de mano en mano, mientras las cámaras no cesaban de funcionar.

—No quisiera interrumpir los retratos —insinuó el párroco con mucho tacto—, pero me gustaría casar a esta pareja si les queda un rato libre entre foto y foto.

—Tenga un poco de paciencia —le replicaron—: lo primero es lo primero.

Un rato después los fotógrafos consintieron que el sacerdote iniciara los latines de la ceremonia, aunque le interrumpían a cada momento con órdenes tajantes:

—¡Quietos!...

—¡Sonrían! ...

—¡No se muevan!...

Después de muchos frenazos y dilaciones, el párroco logró llegar a la iniciación de su plática. Era la escena cumbre de su papel, en la que le gustaba lucirse soltando con voz vibrante una piececita oratoria de su invención. Pero antes de que pudiera concluir el primer párrafo, en el que advertía a los contrayentes que el matrimonio no es ninguna juerga, un piquete de reporteros gráficos se interpuso entre él y los novios impidiéndole continuar.

—Abrevie, abuelo —le dijeron por lo bajo sin pizca de respeto.

Y el bondadoso sacerdote tuvo que tragarse el resto del discurso, en el que culpaba a Eva de habernos manchado a todos con el pecado original por no haber sido una buena ama de casa. Y tenía razón. Porque si en lugar de darle de postre a su marido aquella maldita manzana, le hace un flan...

Llegaron por fin al momento decisivo de pronunciar el «sí», afirmación que es necesario hacer por triplicado para que todo el mundo la oiga y quede la boda bien remachada. Así no hay duda de que cada cual está dispuesto a cargar con la parte contraria, y no vale querer librarse después pretextando que uno dijo «sí» a la ligera, sin enterarse de lo que le habían preguntado.

Cuando Juan tomó el anillo para ponérselo a Jacoba, los disparos del *flash* fueron tan intensos que le cegaron momentáneamente. Y tardó varios minutos en encontrar el dedo.

—¡Pero, hombre! ¡No se lo ponga en el pulgar! —le corrigió don Rosendo en voz baja.

—Perdón —se excusó Juan—. Es que no veo ni torta.

Después, tropezando a cada paso con los chicos de las cámaras, lograron llegar a la sacristía para que los testigos pudieran retratarse un poco firmando el contrato matrimonial.

Y los contrayentes, transformados en contraídos, abandonaron la iglesia a los acordes de una «marcha» tocada con alegría de «marchiña».

Juan dio una propina al mozo que les había subido el equipaje, y cerró con llave la puerta de la habitación.

—Si fuéramos unos recién casados vulgares —dijo a Jacoba—, exclamaríamos ahora: «¡Al fin solos!».

—Y encargáramos que nos subieran una botella de *champagne* —añadió ella.

—Y pondríamos un cucurucho de papel en la bombilla de la lámpara, para tamizar la luz.

—¡Calla, pícaro!

—Pero como no somos vulgares, no necesitamos hacer tantas tonterías para ser felices, ¿verdad?

—Claro que no.

—Tampoco hemos cometido la vulgaridad de emprender un viaje después de la boda. Habiendo en París hoteles tan cómodos como éste, ¿qué necesidad hay de cansarse recorriendo kilómetros para pernoctar en un hotelucho provinciano mucho peor?

—Es cierto —corroboró ella—. Da la sensación de que los recién casados no tienen demasiada confianza en el sacramento que acaba de unirlos, y huyen como delincuentes para amarse en lugares donde nadie pueda reconocerles.

—Nosotros, en cambio, no nos avergonzamos de nuestro amor. Yo estoy seguro de que es lícito, sincero e inquebrantable.

—Y yo también —se adhirió ella.

—¿También tú? —preguntó Juan, clavando en su esposa una mirada intensa.

—Pues claro. ¿Por qué me miras así?

—Porque hay una barrera que nos separa todavía —explicó él, dando a su voz una inflexión dramática—: tu secreto. El misterio de tu vida. ¿Crees que lo he olvidado?

Jacoba bajó la cabeza. Pero no lo hizo para ocultar su turbación, que es para lo que suelen bajar la cabeza los personajes de las novelas, sino para esconder una sonrisa que había asomado a sus labios.

—¡Mi secreto! —repitió sin levantarla vista del suelo. Luego su vista trepó por una pata del lecho matrimonial, descansó un instante en la almohada, y fue dando un rodeo por la pared para esquivar los ojos de Juan hasta lanzarse por la ventana. Las cortinas descorridas dejaban ver un retal de cielo nocturno, en el que la pobre luna estaba hecha un lío: siguiendo el ejemplo de Pulgarcito, había echado estrellitas blancas para orientarse en las tinieblas; pero echó tantísimas, que ahora no sabía qué camino seguir.

Hubo un pequeño silencio que Juan no quiso romper porque deseaba con

verdadera ansiedad que Jacoba continuara hablando. Y Jacoba continuó:

Antes de contarte lo que tú llamas «el misterio de mi vida», te agradezco la fe que has tenido en mí. Hace falta un valor de héroe wagneriano para casarse con una mujer que se oculta tras la nube de un pasado nebuloso. Porque la vida del hombre que corre ese riesgo puede quedarse destrozada al conocer la verdad.

—Pues yo quiero saberla cuanto antes —dijo Juan, esforzándose en dar a su voz temblona un atisbo de firmeza.

—Tampoco yo podría ocultártela ni un minuto más —suspiró ella—. Ha llegado el momento de que conozcas mi secreto.

—Pues adelante —balbució él, mientras su corazón le batía la sangre como si fuera mayonesa.

Y Jacoba, avanzando dos pasos con decisión, le confesó en un susurro:

—Te he engañado: yo no soy en realidad como tú me ves.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi aspecto físico es totalmente distinto. La mujer que tienes delante no se parece nada a mí.

—¿No?... ¿Cómo es posible?...

Y Jacoba, con las mejillas ardiendo de rubor, explicó avergonzada:

—Muchas de las cosas que llevo encima... son postizas.

En el interior del pobre Juan se produjo un derrumbamiento de ilusiones. Se había enamorado de Jacoba pese a todos sus defectos, pero era un golpe demasiado duro saber que tenía muchos más. ¡Por tolerante que sea un amor en materia de imperfecciones anatómicas, hay también un límite para la tolerancia, cuerno!

«¡Cielo santo! —pensó el recién casado sin moverse del sitio, pues le había caído el alma a los pies y temía pisársela—. Quizá sea calva y lleva peluca... O puede que tenga una pierna ortopédica...»

Pero comprendiendo que era mejor salir cuanto antes de aquella incertidumbre, cortó el hilo de sus negras conjeturas para decir:

—No es que me importe demasiado, pero me gustaría saber las cosas que llevas postizas.

—Una de ellas —confesó Jacoba—, los dientes.

—¡Diablo! —se le escapó a él—. ¿Todos?

—Sí; la dentadura completa. Fíjate.

Y uniendo la acción a la palabra, Jacoba se llevó una mano a la boca. Introdujo en ella los dedos pulgar e índice, y extrajo con facilidad sus dos hileras dentarias.

El primer movimiento de Juan fue cerrar los ojos horrorizado. Pero se contuvo y optó por abrirlos mucho más, porque había observado algo que le llenó de asombro:

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¡Te has quitado unos dientes, y tienes otros en la boca!



—Sí, mi cielo —dijo ella mostrándolos ampliamente en una cinemascópica sonrisa—: los míos.

Y se acercó a él sin cesar de sonreír, para que pudiera verlos bien: ambas hileras formaban una dentadura perfecta, joven y blanquísima, engarzada en unas encías frescas y jugosas.

También los labios, libres del abultamiento producido al acoplar los dientes postizos, habían vuelto a su armoniosa posición normal dibujando una boca espléndida.

—Pero..., Jacoba... —tartamudeó Juan sin salir de su perplejidad.

—Espera, amor mío. Mi disfraz no acaba aquí.

Y de un rápido manotazo Jacoba se quitó la nariz, que fue a parar debajo de la cama dando botes porque era de goma.

Juan no pudo contener un grito de sorpresa. Pero su sorpresa se transformó en admiración al ver la realidad que ocultaba el grotesco suplemento artificial: una nariz pequeña y bien proporcionada, recta sin llegar a griega y chatilla sin llegar a chata, que formaba con la frente el ángulo exacto para no desentonar ni entorpecer la exhibición de los ojos hermosísimos.

—¡Pero..., Jacobita! —volvió a tartamudear el infeliz, cada vez más feliz.

—Espera un poco aún, tesoro.

Y con movimientos parecidos a los que hacen las mujeres para quitarse los pendientes, se quitó ella las orejas.

En el lugar que habían ocupado aquellos dos enormes cartílagos postizos, hechos de materia plástica, aparecieron un par de orejitas encantadoras, sonrosadas sin llegar a la rojez y provistas de unos lobulitos deliciosos que estaban diciendo «comedme».

—¡Pero..., Jacobitina! —insistió en su tartamudeo el desconcertado Juan.

—No digas nada hasta que veas la verdad completa —le rogó ella con dulzura.

—¿Cómo?... ¿Aún tienes más cosas de mentira?

—Cierra las cortinas de la ventana y vuélvete de espaldas hasta que yo te avise.

Juan obedeció. Se puso de cara a la pared mientras ella comenzaba a quitarse el vestido.

Durante algún tiempo, sólo se oyó en la habitación el susurro de la ropa al abandonar el cuerpo de Jacoba. Juan oía también los latidos de su propio corazón, que sonaban fuertes y opacos como martillazos en una almohadilla.

—Ya puedes mirar —le autorizó por fin su esposa.

Y al girar sobre sus talones presenció un espectáculo maravilloso: en el centro de la habitación, erguida sobre la alfombra, se alzaba la estatua viviente de la Mujer Perfecta. Era una suma, tallada en carne y hueso, de todas las perfecciones femeninas captadas por el cincel de los escultores griegos. Era un prodigio de la ingeniería biológica. Era un problema geométrico resuelto sin un solo error ni siquiera

infinitesimal: cada forma robaba al aire circundante el espacio justo, y cada concavidad le cedía el espacio exacto. Había un sitio para cada cosa y cada cosa estaba en su sitio.

A los pies de tanta belleza reunida, yacían las ropas que ocultaron aquella obra maestra realizada por la Naturaleza en colaboración con la vida. Y entre esas ropas había fajas y refajos, con los cuales se envolvió apretujada como una momia para disimular sus contornos.

Considero superfluo describir las reacciones de Juan frente a visión tan fabulosa, pues fueron las mismas que tendría cualquier hombre corriente en circunstancias análogas. La sorpresa total, unida a las parciales que había experimentado contemplando la sucesiva renovación de los dientes, la nariz y las orejas, terminó de fascinarle privándole del uso de la palabra.

—Ahora ya sabes mi secreto —dijo Jacoba aproximándose a él con los brazos abiertos—. ¿Me perdonas por haberte ocultado todo esto?

Juan sólo pudo tragar saliva y decir que sí con la cabeza.

—Gracias, mi vida —dijo ella, abrazándole—. Voy a explicarte ahora por qué te lo oculté.

—Ahora no —murmuró Juan, correspondiendo a su abrazo—. No me corre prisa... Ya me lo explicarás después...

Y después, mucho después, cuando la luna ya se había ido porque al fin encontró su camino entre todas las estrellitas que tiró al cielo para orientarse, Juan estuvo en condiciones de escuchar la explicación. Sus manos de diplomático, que habían perdido la diplomacia durante algún tiempo, descansaban mansamente fuera de las curvas del circuito jacobino.

—Para que comprendas por qué te escondí mis encantos —empezó a explicar ella—, es necesario que te cuente toda mi historia. En líneas generales ya conoces el argumento porque es el mismo que te conté en Biarritz: muerte de mis padres en accidente de automóvil cuando yo acababa de cumplir seis meses, entrega de mi cuerpecillo a un tutor que acabó mi crianza a fuerza de biberones... Lo que no dije fue que ya entonces era yo una criatura excepcional. El tamaño de mis ojos llamaba la atención, y me mantenía tan erguida en mis faldones que los hombres exclamaban al verme: «¡Qué buen tipo tiene esta recién nacida!»

»Los años fueron añadiendo carne a estos atractivos iniciales, y a los dieciséis me había convertido en una mujercita sensacional. Desde ese momento comencé a padecer las consecuencias de mi belleza: un batallón de admiradores me asediaban de la mañana a la noche, bombardeándome con declaraciones amorosas verbales y postales. No podía salir sola a la calle, porque al volver a casa me seguía una escolta nutridísima de individuos pertenecientes a toda la escala social. No podía tener amigas, porque todas las mujeres huían de mi lado para que yo no las eclipsara con

mi fulgor. No podía asistir a ninguna fiesta, porque todos los invitados abandonaban a sus parejas para bailar conmigo...

—¿Y no te agradaba tener un éxito tan clamoroso? —preguntó Juan recorriendo con suavidad aquellos perfiles que codiciaron tantas muchedumbres humanas.

—En absoluto —suspiró Jacoba, estremeciéndose con la caricia—. Porque yo, como todas las mujeres, ansiaba unir mi vida a la de un hombre que me quisiera de verdad. Uno solo, ¿comprendes? Y yo sabía que ese hombre único no estaba entre aquel batallón de candidatos. Ellos no se habían enamorado de mí, sino de mi belleza. Esa es la tragedia de todas las mujeres demasiado guapas y el motivo de que ninguna llegue a ser feliz.

—¿Cómo? —se sorprendió Juan—. ¿Tú crees que las mujeres demasiado guapas no llegan a ser felices?

—Hasta ahora ninguna lo ha logrado —afirmó Jacoba—. Repasa la historia de las beldades célebres, desde Cleopatra a nuestros días, y observarás que todas tuvieron que cambiar de nombre varias veces a lo largo de sus vidas. Las infelices creían ser amadas y comprendían después que sólo eran deseadas. Por eso sus amores acababan siempre pronto y mal. Y cuando los años curtían sus hermosas pieles haciéndolas desagradables al tacto, se quedaban solas y tristes porque nadie pensó nunca que tenían un corazón.

»Yo me di cuenta a tiempo de que corría el mismo peligro que mis antecesoras. Cuando mi tutor se unió a la corte de mis perseguidores, huí de aquel asedio desesperante en busca de mi felicidad. Quería encontrar un amor auténtico y hondo; un hombre que no se acercara a mí atraído por la caja donde guardo mi corazón, sino por el corazón que guardo en mi caja. Por eso escondí mi belleza debajo de aquel disfraz: porque sólo las mujeres feas tienen la seguridad de ser amadas sinceramente. Por eso no me quité el *camouflage* hasta después de la boda: porque quería tener la certeza de que te casabas con mi alma y no con mi piel. Por eso no mandé ni una sola invitación a mis amistades: para que nadie me reconociese en la iglesia y conservar mi incógnito hasta el final.

Juan, incorporándose en la cama para contemplarla extasiado, murmuró:

—Me has hecho con tu belleza un regalo de boda tan espléndido, que estoy un poco avergonzado de no poder corresponder. Yo, desgraciadamente, no puedo quitarme mi espantosa nariz para ofrecerte otra más proporcionada; mis orejas en forma de biombo...

—No te preocupes —rio ella—. Siendo como eres, tendré la tranquilidad de que estarás siempre a mi lado. Porque con esa cara nunca llegarías muy lejos.

—Reconozco que no soy ningún Adonis —dijo Juan fingiéndose enfadado—, pero no me avergüenzo de mi fealdad: soy igual a ti en lo más importante de todo.

—¿En qué?

—¿De veras no te has fijado? Mi ombligo es tan redondo como el tuyo.

Después se callaron los dos, porque aún quedaba un buen trozo de noche y no era cosa de desperdiciarlo diciendo tonterías.

*Esperando el autobús,  
primavera de 1956.*



ÁLVARO DE LAIGLESIA. Nació en San Sebastián, el día 9 de septiembre de 1922. No fue un niño prodigio, pero casi. Su nacimiento estuvo precedido de toda clase de señales y acontecimientos históricos, de ningún modo malgastados si se considera que, andando el tiempo, corriendo los días, Álvaro de Laiglesia había de ser elevado, sin oposiciones ni cónclaves, por méritos propios, a la muy digna y codiciada silla donde se sienta el director de *La Codorniz*.

A los catorce años comenzó a hacer sus primeros pinos de plumífero como redactor jefe de una publicación y durante la guerra colaboró en *La Ametralladora*, revista humorística —en lo que cabe— de campaña. Después de la guerra viajó por diversos países, no precisamente de turista, entre ellos Cuba, donde colaboró en *El Diario de la Marina*. En 1941 volvió a España porque acababa de nacer *La Codorniz* y nuestro autor no quiso perderse. En ese momento la vida dio una de sus muchas y famosas vueltas, y ya tenemos a Álvaro de Laiglesia colaborando, al principio muy tímidamente, en esta importante publicación. Y desde esa vuelta de la vida ambos nombres propios son ya inseparables. Desde 1945 Álvaro de Laiglesia dirige *La Codorniz*, y lo codornicesco —porque la revista se ha merecido de sobras un adjetivo para ella sola— dirige a Álvaro de Laiglesia.

Efectivamente, para el autor de *Sólo se mueren los tontos*, *Los que se fueron a la porra* y *Todos los ombligos son redondos*, humor es sinónimo de «codorniz», y cada uno de sus libros es como una «Codorniz» con más páginas. Por eso, merece la pena detenerse en la revista. Antes de la guerra hubo semanarios satíricos —así se

subtitulaban—, pero muy poco humor. Se hacían bromas crueles a costa de personas y acontecimientos, y la mayoría de las veces con sangre. La última de ellas, *El Mentidero*, murió precisamente el día 21 de diciembre de 1921, nueve meses, día más día menos, antes de la fecha de nacimiento de Álvaro de Laiglesia. (Si esto no es una señal prodigiosa, ya dirán ustedes qué más quieren). A partir de entonces, las nuevas hornadas de humoristas y dibujantes comienzan a hacer verdadera literatura humorística. Pero todavía no es *La Codorniz*. Llegó la guerra, el diluvio escampó, pasaron los siete años de vacas flacas, y un buen día apareció *La Codorniz* llevando en su pico un ramito de humor negro, una nueva manera de interpretar el mundo alrededor. Se dice de *La Codorniz* y de Álvaro de Laiglesia que han cerebralizado el humor. No se sabe. También es posible que hayan «codornizado» la filosofía y la poesía. Pero no importa. De ambos se ha dicho casi todo, lo que demuestra que son algo serio. Tan serio que uno se explica que no haya un departamento de codornices en la Real Academia. Lo cierto es que ellos han devuelto su dignidad a palabras y fórmulas expresivas que la rutina sainetera había maleado y envilecido.

Y hoy, cuando *La Codorniz* está a punto de convertirse en pájaro treintañero, y Álvaro de Laiglesia ha cumplido ya cinco lustros como director, ambos son el resumen y la cifra, algo así como la Biblia, del mejor humor. Por muchos años y usted que lo vea.

Pero aparte de la inmensa labor de regeneración periodística que ha llevado a cabo en *La Codorniz*, Álvaro de Laiglesia es el escritor humorístico más leído de España y uno de los más prolíficos, que quiere decir, uno de los más trabajadores. Cuando se han publicado cerca de treinta libros, sin abandonar sus compromisos de periodista, sus colaboraciones en TV, conferencias y demás fatigas del pluriempleo se tiene derecho al adjetivo «trabajador» y a un poco de respeto.

C. A.

# Notas

[1] *Nota para el posible traductor:* El autor le ruega que, al llegar aquí, no se olvide de poner una notita como ésta, que diga: «En francés en el original». Las palabras y pequeñas frases en otras lenguas que los escritores intercalan en sus libros, constituyen una de sus vanidades más pueriles. La mayoría de las veces, estas citas políglotas se elaboran trabajosamente con un diccionario del idioma citado. Pero el esfuerzo vale la pena porque luego, cuando el libro pasa las fronteras para ser traducido, los lectores extranjeros piensan que el autor es un individuo cultísimo. Esa es también mi intención, pues soy casi tan vanidoso como todos mis colegas. <<